

A low-angle photograph of a space shuttle launching, showing the orange external tank and white boosters against a blue sky with wispy clouds. The shuttle is angled upwards, and a bright white plume of smoke is visible at the bottom.

**Kevin Anderson / Doug Beason**

# Ignición

Un *thriller* apasionante sobre los peligros imprevisibles de la carrera espacial.



**Lectulandia**

El lanzamiento del transbordador *Atlantis* supondrá un hito histórico y un golpe de efecto político singular, pues por vez primera una cosmonauta rusa va a formar parte de una tripulación de la NASA. Todo está listo para el lanzamiento, y los encargados de la misión en Houston no prevén problema alguno. Nadie sospecha, sin embargo, que las imágenes que millones de espectadores están contemplando por televisión pertenecen en realidad a un lanzamiento efectuado un año atrás. ¿Qué está ocurriendo en Cabo Cañaveral? Solo el coronel Iceberg Friese, excomandante de la misión, sabe toda la verdad, que un grupo de terroristas ha secuestrado el *Atlantis* y amenaza con hacerlo pedazos si sus peticiones no se ven satisfechas en menos de tres horas.

*Ignición* es una novela intensa y cargada de emociones que nos conduce sin remedio hacia una dramática cuenta atrás, un relato en que suspense y alta tecnología se dan la mano para recrear un panorama estremecedor de las tensiones que se viven en la carrera espacial y en la lucha por el futuro.

**Lectulandia**

Kevin Anderson & Doug Beason

# **Ignición**

**ePub r1.0**

**Ablewhite** 27.05.2018

Título original: *Ignition*  
Kevin Anderson & Doug Beason, 1997  
Traducción: Josefina Meneses

Editor digital: Ablewhite  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Para los hombres y mujeres de la NASA,  
el programa espacial norteamericano,  
que continúan iluminando nuestros  
sueños acerca del futuro

## Agradecimientos

Este libro no habría sido posible sin la valiosísima ayuda de Las siguientes personas: Milt Finger, del Lawrence Livermore National Laboratory; Tina Pechón, Manny Viarata, y Bill Johnson, del Departamento de Relaciones Públicas de La NASA en el Centro Espacial Kennedy; Charlie Parker, de la NASA; Michael Mini Mott, de la central de la NASA; el doctor Kerry Joels; el teniente coronel Chuck Beason; el comandante Lon Enloe; y Norys Davila.

Recibimos también valiosos consejos de Dean Koontz, Al Zuckerman, Richard Curtis, Patrick Nielsen Hayden, Joseph M. Singer, Brian Lipson, Amy Victoria Meo, Lil Mitchell, Scott Welch, Philippa Pride, Janet Berliner, Bob Fleck, Mark Budz, Marina Fitch, Kristine Kathryn Rusch, Dean Wesley Smith, Deb Ray, Inés Heinz, general Tom Stafford, Joe Domenici, y, como siempre, de Rebecca Moesta Anderson y Cindy Beason.

## **Nota de los autores**

Si bien hemos investigado extensamente sobre la NASA, el Centro Espacial Kennedy, el Centro Espacial Johnson, y el programa Ariane de la Agencia Espacial Europea, son muchos los detalles específicos que se han cambiado premeditadamente. Se han alterado las ubicaciones de ciertos edificios en instalaciones —en particular la planta ensambladora de vehículos y el Centro de Control de Lanzamiento—, y también se han modificado ciertos procedimientos de seguridad de la NASA a fin de proteger la integridad de tales instituciones.

# Prólogo

Centro de Lanzamiento Arianespace

*Kourou, Guayará Francesa*

La intensa humedad era como una lupa que aumentaba el calor del sol en las selvas del litoral de la Guayana Francesa. Al norte de la pequeña población de Kourou, patrullas de seguridad cerraban las puertas e inspeccionaban las cercas como preparativo para el lanzamiento de un cohete Ariane 44L de la Agencia Espacial Europea.

Por carreteras recién abiertas a través de la selva sudamericana, guardias con uniformes caqui patrullaban las pantanosas inmediaciones del Centro Espacial de Guayana. Aunque armados, los guardias estaban tranquilos, ya que ignoraban que en el interior del complejo se había infiltrado un grupo de saboteadores.

La cuenta atrás del Ariane continuaba.

Phillips, confortablemente acomodado en el mullido asiento de su *jeep* con pintura de camuflaje, se llevó los prismáticos a los ojos y ajustó cuidadosamente el enfoque. Pese al calor de la selva, el hombre llevaba un immaculado traje blanco y corbata. Sus movimientos eran lentos y meticulosos, como si planease cada uno de ellos, hasta la más mínima flexión de una falange. Estudió el inmenso vehículo de lanzamiento situado en la ELA-2, la plataforma que se utilizaba para todos los cohetes Ariane 4.

Impresionante, se dijo. Muy impresionante. Phillips se pasó por la frente un pañuelo blanco como la nieve para que empapase el sudor que la perlaba, y aprovechó para colocar en su lugar un rebelde mechón de su negro cabello. Si no prestaba atención a los pequeños detalles, los grandes también se le escaparían.

El calor era opresivo, totalmente distinto a la fría humedad de Connecticut, donde había pasado buena parte de su vida, pero hizo caso omiso de la momentánea incomodidad, como había hecho con tantos otros obstáculos antes.

Junto a él, en el interior del *jeep*, un joven de bronceada tez y poblada cabellera color castaño aplastó un insecto.

—Malditos bichos —dijo, y luego se palmeó una y otra vez el mismo lugar de su brazo, aunque el insecto estaba muerto y bien muerto—. Después de toda esta humedad, Florida me parecerá un auténtico paraíso. De veras.

Phillips le dirigió una sesgada sonrisa.

—Cada cosa a su tiempo, Rusty. Por favor, no sigas moviéndote, porque no me dejas enfocar.

Florida también tenía una humedad espantosa, pero bueno, la incomodidad solo



sería temporal.

Estudió la silueta del cohete como si fuera la de una atractiva mujer. El 44L no tripulado era una especie de huso alargado con cabeza redonda y bulbosa, y parecía una reluciente lanza blanca con cuatro cohetes menores situados en torno a su base.

Lamentablemente, aquel cohete en particular nunca llegaría a estar en órbita. Ni hoy, ni nunca.

Frente a Phillips, recostado en el capó del camuflado *jeep*, se encontraba Jacques, cuyo pelo era tan rubio que lo hacía parecer casi albino, aunque tenía la piel ligeramente bronceada. Sostenía con una mano el detonador, una caja no mayor que una cajetilla de cigarrillos. Los explosivos siempre habían sido el fuerte de Jacques.

Phillips sacó su reloj de bolsillo y miró la hora. Paciencia, se dijo. Se enderezó la corbata y sacó del bolsillo una pastilla de menta.

Se oyó un rumor a la izquierda, y Phillips pudo ver a un guardia de seguridad de uniforme caqui saliendo de la jungla por uno de los angostos senderos. El guardia, cuya tez bronceada y larga cabellera negra indicaban su ascendencia amerindia, sostenía descuidadamente su fusil, y unas gafas de sol de espejo ocultaban sus ojos.

Totalmente sorprendido, el guardia se detuvo al descubrir al hombrecillo impecablemente trajeado sentado con sus compañeros en el interior de un *jeep*. Phillips sonrió al ver la expresión estupefacta del guardia.

El guardia alzó su fusil y lo movió en abanico.

—*Halte! Qu'est-ce que vous faites la? Je vous arrête!* —exclamó, pues supuestamente en toda la zona restringida no quedaba ni un solo curioso.

Phillips hizo un gesto de desagrado ante la aparición del intruso. Les había resultado muy trabajoso meterse en la zona restringida: primero el soborno, y luego la desagradable tarea de deshacerse del oficial que les había permitido el acceso. Aunque le incomodaba aquel contratiempo adicional, Phillips tenía previstas en sus planes todas las contingencias posibles.

Jacques se guardó el detonador en el bolsillo. Simulando entregarse, alzó las manos por encima de la cabeza y tradujo:

—Quiere saber qué hacemos aquí, *monsieur* Phillips. Su acento es espantoso. Acaba de arrestarnos.

Phillips alzó las cejas.

—¿Ah, sí?

Silenciosa como una cobra y ligera como una gacela, una esbelta rubia apareció entre el follaje de detrás del guardia. La mujer sacó de su cintura un fino estilete que parecía un punzón de hielo.

Sigilosa y decididamente, recorrió los diez metros que la separaban del guardia. Este se detuvo, como si hubiera oído algo... y entonces la rubia le clavó el estilete en la base de la espalda. Sin decir palabra, subió la hoja por la columna vertebral del hombre, como si tratara de extraer la carne del interior del caparazón de un cangrejo.

El hombre se estremeció como un toro apuntillado. Abrió los dedos de las manos

y el fusil se escapó entre ellos. La musculosa rubia giró la muñeca y el estilete salió del cuerpo con un húmedo pop. El guardia se derrumbó como una marioneta a la que le cortan los hilos.

—Gracias, Yvette —dijo Phillips—. Has sido sumamente oportuna, como siempre.

Imperturbable, ella limpió la sangre del estilete con la hoja de un árbol de caucho cercano, y luego volvió a enfundar el arma.

Rusty, que permanecía con la vista en el blanco cohete situado sobre la plataforma de lanzamiento, no había prestado atención al incidente.

—Si hubiéramos utilizado uno de los misiles Stinger de Mory, como hicimos en China, ahora estaríamos dándonos un chapuzón en la playa. De veras.

Phillips le habló como un padre comprensivo. A diferencia de los otros miembros del equipo, Rusty no era un profesional, y había que tener paciencia con él.

—Son objetivos distintos, Rusty. En China demostramos que somos capaces de infiltrarnos en zonas altamente restringidas. Aquí debemos demostrar que somos capaces de colocar subrepticamente una carga explosiva y hacerla detonar a nuestro antojo.

—Pero ¿por qué no volamos el cohete ahora mismo, mientras aún está en la plataforma? ¿Por qué hemos de esperar al lanzamiento? —Dicho esto, Rusty aplastó otro insecto de un manotazo.

Phillips negó con la cabeza.

—Esperando controlamos la situación. El impacto será mucho mayor y resultará mucho más divertido.

—Sí, claro —dijo Rusty que, evidentemente, no entendía por qué debían tomarse tantas molestias, aunque a él no le pagaban para pensar—. Lo que pasa es que tengo ganas de oír el estruendo.

Tan rubia como Jacques, Yvette avanzó a largas zancadas hacia este y se detuvo a su lado junto al *jeep*. Dos pares de ojos color azul hielo se miraron. La pareja habló en voz baja en francés; Yvette acarició repetidamente el brazo de Jacques. Luego se besaron larga e intensamente, como si el resto de los miembros del equipo no estuviera allí. Respirando aceleradamente, sus bocas se abrieron y sus lenguas se entrelazaron. Los dedos de Jacques acariciaron suavemente el pecho derecho de la mujer.

Phillips dio una palmada.

—¡Luego habrá tiempo para eso!

Los dos se separaron, con los rostros perlados de sudor y las respiraciones entrecortadas.

—Que todo el mundo esté pendiente del reloj —dijo Phillips—. Falta menos de un minuto.

El punto de observación Toucan para visitantes distinguidos del centro de lanzamiento de Kourou estaba destinado a acomodar a altos dignatarios, pero el coronel Adam Iceberg Friese lo veía como una simple hilera de asientos metálicos sombreada por un toldo de lona. El polvo, la humedad y el sol cegador convertían en una auténtica tortura el mero hecho de permanecer allí sentado.

Sin embargo, a él no le importaba gran cosa, ya que, como astronauta, había tenido que sufrir incomodidades peores. Lo que en aquellos momentos le interesaba era contemplar el espectacular lanzamiento del Ariane 44L.

Aunque lo que le hacía sentir mucho más incómodo que el calor o el estado del observatorio era la menuda mujer sentada a su lado. Su corto cabello rubio, aunque húmedo a causa del sudor, estaba impecablemente peinado, y su maquillaje era perfecto. Hasta donde alcanzaban los recuerdos de Iceberg, la mujer acostumbraba a no llevar maquillaje. Ahora su aspecto era el de la perfecta administrativa deseosa de ascender peldaños en su escala profesional.

—Al menos, consigues mantener la sonrisa en los labios, Iceberg —dijo Nicole Hunter en un susurro.

—Estoy aquí en representación de mis compañeros astronautas —replicó él con voz fría. Como un iceberg. La propia Nicole había sido astronauta, así como una consumada aviadora naval... hasta que, recientemente, cambió de aficiones—. Cumplo con mi obligación profesional.

—Sí, los dos somos grandes profesionales.

La joven vestía falda y blusa de vistosos colores pero de corte convencional, y llevaba unos *pantys* que, en pleno trópico, debían de dar un calor espantoso. Para colmo de colmos, Nicole lucía además pendientes y un fino collar de oro.

Ni en los momentos más íntimos de los años que hacía que se conocían se le había ocurrido a Iceberg regalarle joyas a Nicole. Las joyas nunca formaron parte del estilo de Pantera.

No, él la imaginaba en sudadera, corriendo a su lado durante los ejercicios matinales... o vestida con mono de astronauta en los simuladores del Centro Espacial Johnson, escrutando con el ceño fruncido los controles, resolviendo mecánicamente los problemas que iban planteándole los controladores del simulador de vuelo. Ella e Iceberg habían sido los mejores: parte de un equipo, seguros de que muy pronto los seleccionarían para una misión de lanzamiento. Fue toda una sorpresa cuando ella abandonó su puesto en la Marina para convertirse en una astronauta civil.

Pero luego Nicole cambió de idea y, tras completar un master en administración de empresas nada menos que en Harvard, se incorporó a la jefatura de la NASA. Una nueva chica mimada destinada a convertirse en breve plazo en directora de lanzamiento de un próximo vuelo. Y a Iceberg lo escogieron para encabezar sin ella la tripulación de la lanzadera espacial.

En los altavoces colocados en torres próximas al puesto de observación sonó un anuncio en francés distorsionado por la estática. Iceberg no entendió una palabra, pero veía con toda claridad los parpadeantes números de la cuenta atrás. Ya faltaba poco.

Se removió en la incómoda silla metálica, acalorado y sudoroso, pero decidido a mantener su aparente imperturbabilidad. Al menos, no vestía el uniforme de las Fuerzas Aéreas, que le hubiera dado aún más calor. Y si a Nicole le era posible mantener la compostura en aquellas circunstancias, a él también.

Aunque Iceberg ocultaba bien sus sentimientos, le resultaba doloroso mirar a su compañera. No lograba entender que Nicole se hubiera unido a las filas de los funcionarios en vez de seguir con el auténtico trabajo, el que permitía alcanzar la auténtica gloria. Desde luego, ni ella ni él eran dados a las medias tintas.

Desde el puesto de observación Toucan, Iceberg divisaba la plataforma de lanzamiento ELA-2. El cohete Ariane se encontraba junto a una torre articulada de servicio en la que aparecía el logo de la Agencia Espacial Europea: un círculo azul que rodeaba las letras minúsculas aee.

En los asientos próximos aguardaban otros espectadores bien trajeados, haciendo visera con las manos y mirando hacia el este, en dirección al sol de la mañana. Algunos eran políticos locales, otros, gente famosa, pero todos parecían igualmente sofocados por el pegajoso calor tropical.

En las montañas situadas por encima de las tierras bajas costeras, los residentes en la zona, provistos de cestas de pícnic, se habían congregado para contemplar el lanzamiento. Según le habían contado a Iceberg, aquel era uno de los pasatiempos favoritos en la zona próxima al Centro Espacial de Guayana.

La cuenta atrás seguía y la tensión se iba acumulando. Los invitados se removían en los asientos, como si con ello mejorasen su visión.

—Ojalá sucediera algo —murmuró Iceberg.

—La paciencia nunca ha sido tu fuerte —comentó Nicole.

Cuando oyó el chasquido del *walkie-talkie* que llevaba sujeto al cinturón, Phillips torció el gesto. Pese a las estrictas medidas de codificación tomadas, todos los miembros del equipo habían recibido instrucciones de mantener un absoluto silencio radiofónico.

Por el aparato sonó la voz de Mory, distorsionada a causa del sistema decodificador.

—¡Malas noticias, señor Phillips! Un guardia nos ha descubierto a Cueball y a mí. Se ha largado en su *jeep* antes de que pudiéramos acabar con él. No sé si habrá pedido ayuda por radio.

Otra voz, esta con acento australiano, sonó por el intercomunicador.

—Aquí Duncan, señor Phillips. No hay problema; yo me ocupé de él. El tipo está

a punto de cruzar la... línea... de puntos.

Amortiguada por la vegetación de la selva, se oyó la explosión de una pequeña mina terrestre.

Phillips oprimió el botón de su *walkie-talkie* y dijo:

—Magnífico trabajo, Duncan.

El aludido agradeció el cumplido con dos rápidos clics de su transmisor.

—Faltan diez segundos. Espero que no suspendan el lanzamiento. —Phillips se volvió hacia Jacques, que permanecía junto a Yvette acariciando la carcasa del detonador—. Listo para detonar si la cuenta atrás se detiene. Si no es así, disfrutemos del espectáculo.

Frente a él, ignorantes del trascendental suceso que estaba a punto de producirse, revoloteaban un par de mariposas color azul zafiro. La tensión se mascaba en el aire.

En la plataforma de lanzamiento ELA-2, la cuenta atrás llegó a cero.

Ignición.

Cuatro motores Viking 5 de primera fase se encendieron simultáneamente en el centro del Ariane 44L y, al mismo tiempo, entraron en funcionamiento cuatro propulsores auxiliares Viking 6. La plataforma de lanzamiento se llenó de llamas y humo blanco. Unas y otros no tardaron en ocultar el cohete.

Por último, en el lugar de lanzamiento comenzaron a sonar ruidosas alarmas, que fueron amortiguadas por la distancia y casi ahogadas por el rugido de los motores de despegue. Phillips oyó el gorjeo de una sirena, pero el Centro Espacial de Guayana era tan enorme que él y sus hombres dispondrían de tiempo más que sobrado.

Como una blanca lanza, el 44L no tripulado se alzó en el aire sobre una columna de fuego, alcanzó la parte alta de su torre umbilical y siguió elevándose por encima de la nube tóxica formada por sus toberas.

Jacques, con el detonador en una mano e Yvette colgada de su otro brazo, se volvió hacia Phillips.

—¿Ahora, *monsieur* Phillips?

Phillips seguía con la vista fija en el maravilloso cohete, pasmado por aquel prodigio tecnológico, por la enorme fuerza de los motores. Era como un inmenso fuego de artificio suspendido sobre una gran bola de plasma rojo y blanco.

—Fantástico —dijo.

El cohete siguió subiendo más y más, adquiriendo velocidad en su lucha contra la fuerza de gravedad.

—¿Ahora, *monsieur* Phillips? —repitió Jacques, ya nervioso.

—Sí —susurró Phillips—. Ahora.

Jacques oprimió el botón que detonaría los explosivos ocultos tras uno de los motores Viking 5 de la primera fase.

Aun ascendiendo y ganando velocidad, el Ariane 44L se convirtió en una bola de fuego que, unos instantes más tarde, fue seguida por un trueno ensordecedor que conmovió toda la selva.

Phillips observó con emociones contrapuestas la creciente nube de humo y fragmentos incandescentes. Qué lástima, destruir una obra tan excelsa de la tecnología.

Siguió contemplando con hipnótico interés el terrible espectáculo y al fin salió de su abstracción.

—Un trabajo perfecto —dijo—. Os felicito a todos. —Aplaudió con sus cuidadas manos—. Ahora, deprisa, que todo el equipo acuda al punto de encuentro antes de que nos descubran. —Lanzó un extático suspiro—. Se acabaron los preliminares. Ahora hay que ponerse a planear el combate principal.

Iceberg se puso en pie de un salto tratando de determinar qué había ocurrido. ¿Se trataba de un accidente o de otra cosa? Poco antes del lanzamiento, le había parecido oír unas débiles alarmas.

Incapaz de comprender los avisos en francés que no dejaban de sonar por el sistema de megafonía, miró con los párpados entornados hacia el neblinoso sol. De la lejana explosión no dejaban de brotar llamas y humo. Por la pantalla de su mente desfilaron imágenes del desastre del *Challenger*...

En la tribuna de visitantes distinguidos reinaba una enorme agitación. Todo tipo de vehículos de emergencia avanzaban por los cenagosos caminos de la jungla en dirección a la zona restringida.

Iceberg cerró los puños. Su instinto y sus reflejos lo impulsaban a entrar en acción, a responder a la crisis. Los astronautas estaban acostumbrados a hacer algo, no a quedarse cruzados de brazos. Sin embargo, ahora él se veía obligado a permanecer donde estaba, como simple observador, confiando en otros. Se sentía frustrado, maniatado, ansioso de actuar. No obstante, se obligó a permanecer inmóvil.

No era su problema, ni su misión, ni su programa espacial.

Sin volverse hacia ella e intentando en vano mitigar el sarcasmo de su voz, le dijo a Nicole:

—Ahora que eres una importante supervisora, Pantera, espero que nunca permitas que algo así ocurra estando tú de servicio. —Iceberg abrió y cerró los puños.

Nicole negó con la cabeza, con la vista fija en el punto en que se había producido la explosión.

—Pierde cuidado —dijo.

## Centro Espacial Kennedy

### *Seis meses más tarde*

A las tres de la madrugada de un día de lanzamiento, el Centro Espacial Kennedy estaba tan concurrido como la neoyorquina Times Square en Nochevieja. A través de los puntos de control, un constante flujo de tráfico discurría por las carreteras de acceso —Kennedy Parkway, Phillips Parkway, NASA Parkway—, y los relucientes faros de los vehículos parecían formar un luminoso ciempiés.

Lejos del tráfico, más allá de los puestos de control que impedían el acceso a la zona restringida a cuantos no fueran personal autorizado, un viejo Pontiac Firebird se detuvo sobre el césped que bordeaba la calle, y dejó en él, junto a otras muchas rodadas, las huellas de sus neumáticos. La garita de guardia se encontraba a tan corta distancia que hasta cojeando se podía llegar fácilmente a ella.

—Gracias por traerme, muchacho.

—De nada, Iceberg. Ándate con ojo, no vayas a romperte otro hueso.

Iceberg gruñó al sacar la pierna del coche de su hermano menor, pues se movía con una lentitud que resultaba sorprendente en alguien que, hasta hacía escasas semanas, se había encontrado en inmejorable forma física. La maldita escayola, que le cubría el pie y el tobillo y le llegaba casi hasta la rodilla, entorpecía tanto sus movimientos como una cadena y una bola de hierro. Y todo por un par de huesecillos rotos. Iceberg se dijo que parecía más una anciana artrítica que el astronauta más distinguido de la NASA.

Miró hacia la iluminada lanzadera espacial situada sobre la plataforma de lanzamiento más próxima, a cinco kilómetros de distancia. Bajo la potente luz de los focos se veían las blancas nubes de vapor que brotaban de los depósitos de oxígeno e hidrógeno líquidos de la lanzadera. La torre articulada de servicio, los inmensos deflectores de llamas de cemento, y el resto del complejo de lanzamiento 39A parecían irreales en la oscuridad de tres horas antes del amanecer.

Hacía solo un par de días, otra lanzadera, la Endeavour, había sido emplazada en la segunda plataforma de lanzamiento, la 39B. Pero aquella era otra misión. Una misión ajena que a Iceberg le tenía sin cuidado.

La tripulación de la lanzadera, la tripulación de Iceberg, estaría poniéndose los trajes de vuelo, preparándose, desayunando antes de la misión... Aquellas eran las personas con las que él se había entrenado durante el último año. Doce meses de preparativos, de adiestramiento, de compenetración. Eran los mejores especialistas en misiones espaciales del mundo. Y ahora tendrían que arreglárselas sin el mejor

comandante de misiones del mundo.

Amos, el hermano de Iceberg, se encajó mejor sobre la nariz las gafas de gruesa montura. Los astronautas las llamaban «gafas anticonceptivas», porque ninguna chica se acercaría ni a cien metros de alguien con unos lentes tan anticuados y espantosos. Sin embargo, Amos estaba más pendiente de los monitores de vídeo que de su aspecto.

—Procura no meterme en un lío, Iceberg —dijo mientras un helicóptero de seguridad sobrevolaba la zona a baja altura y ahogaba sus palabras con el ruido de los motores.

Aguardó sonriente a que el estruendo cesara. Quitó una mano del volante para atusarse el revuelto cabello oscuro, aunque con ello no volvió a colocar en su sitio ni uno solo de los rebeldes mechones.

—No te preocupes, me meteré en un lío yo solito.

Según las normas, Iceberg debería encontrarse en su casa, descansando. Por eso había recurrido a Amos, la única persona que, con toda certeza, no lo delataría.

Media docena de helicópteros de la NASA patrullaban la zona marítima inmediata para mantener a raya a los curiosos que esperaban presenciar el lanzamiento desde sus barcos. Mucho más arriba, un avión C-130 de operaciones especiales de las Fuerzas Aéreas evolucionaba metódicamente por encima de la zona de lanzamiento buscando intrusos con complejos sensores infrarrojos. En la selva que rodeaba el complejo de lanzamiento había fuerzas de seguridad, pero estas podían encontrarse a kilómetros de distancia.

—¿Asistirás a la reunión de la Sociedad Espacial de la semana que viene? —preguntó Amos esperanzado—. Podrías explicarnos qué tal salió la misión. Así me devolverías el enorme favor que te estoy haciendo.

—De acuerdo —dijo Iceberg. En sus finos labios se formó una distintiva sonrisa que comenzaba en la comisura izquierda de la boca para transmitirse luego a la derecha.

—¡Fantástico!

A Iceberg, su hermano pequeño le recordaba a un cachorro, siempre ansioso de cariño.

Inclinándose sobre el asiento delantero, Iceberg repasó el contenido de su bolsa. El pequeño televisor portátil y el pequeño tentempié resultaban sorprendentemente pesados. Le hubiese gustado llevar consigo un pequeño radiotransmisor para comunicarse con su tripulación, pero eso les habría causado fuertes retortijones de estómago a los de la NASA.

—Bueno, muchacho, hasta después del lanzamiento. Y saluda de mi parte a Cecilia. Ella está de guardia contigo esta mañana, ¿no? Y ya sabes, nada de sobos ni arrumacos.

Amos casi se sonrojó por la turbación.

—Tengo mejores cosas que hacer en un día de lanzamiento. —Volvió a encajarse



las gafas sobre la nariz.

—Ojalá yo pudiera decir lo mismo.

Iceberg sacó la bolsa del coche y se la echó al hombro. Vestía fina camisa de algodón y *shorts*, una y otros de colores neutros, para que sirvieran de camuflaje entre la vegetación. En cuanto amaneciese, la temperatura subiría. En aquellos momentos notaba fresco en los desnudos y musculosos muslos, pero la férula supuestamente ligera de escayola y fibra de vidrio que llevaba en la parte inferior de la pierna no tardaría en comenzar a darle un calor espantoso. La había cubierto con una «bota lunar» hermética como precaución contra el terreno irregular por el que tal vez tendría que moverse. Al menos, le era posible caminar.

Cerró tras de sí la portezuela del Pontiac y se dirigió renqueando hacia la entrada del edificio. El viejo coche avanzó un trecho para luego detenerse por un momento en la garita de seguridad, donde enseguida le franquearon el paso. Tras recorrer menos de kilómetro y medio, Amos se detendría en el búnker reemisor de comunicaciones situado en el interior de la zona restringida. El trabajo del muchacho era innecesario, pero las normas de la NASA establecían que dos personas debían estar presentes para supervisar las reemisiones de vídeo durante los lanzamientos tripulados, aunque todo se hacía de modo totalmente automático.

Un cartel situado en lo alto de un poste rezaba: zona restringida de lanzamiento, prohibido el paso. Iceberg avanzó cautelosamente en dirección a la garita de guardia. La luz del interior era visible a través de una puerta abierta. Un triciclo todoterreno se encontraba estacionado junto a la pequeña estructura. En los alrededores, los insectos y las ranas de los pantanos organizaban un estrépito similar al de un concierto de *rock*.

Aquella mañana, el guardia debió de estar muy ocupado dejando pasar a tanta gente y examinando tantos pases extra. Parecía lógico que los guardias estuvieran más alerta los días de lanzamiento, pero Iceberg sabía que los momentos de calma eran los más problemáticos, pues en ellos los aburridos guardias tendían a ver terroristas escondidos detrás de cada uno de los matorrales.

Mientras Iceberg se aproximaba caminando junto a la cuneta, un hombre uniformado salió de la garita. El guardia era casi tan alto como la puerta, tenía una contundente tripa y lucía un gran bigote canoso. Al ver aproximarse entre las sombras la silueta de Iceberg, el hombre echó mano a la pistolera.

—Póngase donde yo lo vea —ordenó.

Iceberg lanzó una risa y siguió hacia la garita.

—Tranquilo, Salvador, viejo chivo. No me digas que al fin te dieron balas para la pistola.

Tranquilizado, el guardia dijo con marcado acento hispano:

—¡Iceberg! ¿Qué haces por aquí? Hoy deberías estar ocupando el mejor asiento del local.

—El mejor asiento está en la cabina del transbordador espacial, Salvador, pero los

jefazos no dejan volar a nadie con un pie roto. —Se rascó el cabello, que llevaba muy corto para minimizar las molestias al ponerse los distintos cascos.

Salvador sonrió y se acarició la barbilla.

—Quería decir que deberías estar en la sala VIP de Control de Lanzamiento, con el resto de los invitados distinguidos.

Desdeñosamente, Iceberg replicó:

—La que va en el transbordador espacial es mi tripulación, y no pienso ver este lanzamiento con un montón de funcionarios que no saben lo que es volar. Jamás verás a un astronauta en esas cómodas salas con aire acondicionado.

Imaginaba las cámaras de televisión, las incesantes preguntas, los periodistas armados con magnetófonos pidiéndole que contara la «triste historia» de cómo, a causa de un estúpido accidente, él se había perdido la oportunidad de comandar la misión. Los periodistas habrían pasado más tiempo mirándolo a él que contemplando el lanzamiento. Un enternecedor «toque humano» para sus reportajes.

Salvador enarcó las cejas.

—No sabía que considerases a Pantera una funcionaría. Te vas a perder una maravillosa oportunidad de verla.

—Tus palabras ponen en evidencia la cantidad de tiempo que llevas aquí encerrado, viejo —dijo Iceberg—. Esa chica ya no quiere verme ni en pintura. Además, ahora le gusta que la llamen Nicole en vez de Pantera.

Aunque solo hacía ocho meses que había dejado el cuerpo, la joven se había convertido en la perfecta funcionarla. Ahora, la reina de hielo está en su elemento, se dijo Iceberg. Nicole se encontraría tan ocupada atendiendo a los distinguidos visitantes de la sala VIP que ni siquiera lo echaría de menos.

Salvador señaló hacia el interior de la reducida garita.

—¿O sea que vienes a hacerme compañía? Qué honor. No hay muchos que vengan por la carretera del este, a través de Cañaveral. —Movi6 la cabeza—. Me alegro de que hoy no me toque guardia en la entrada de turistas. ¡Menudo foll6n!

Iceberg lanzó un gruñido de asentimiento y entr6 renqueando en la garita. Salvador había convertido el pequeño habit6culo de seguridad en un lugar c6modo y acogedor. Cortinas a cuadros blancos y azules cubrían las ventanas; un televisor sintonizado con el canal de la NASA mostraba una toma cercana del *Atlantis*; en una pared había cuatro monitores que mostraban imágenes procedentes del búnker de reemisión de Amos.

Salvador había pegado sobre la puerta dos hileras de distintivos de tela, de los que llevaban cosidos en sus monos los tripulantes de las misiones espaciales, recuerdo de las numerosas misiones en que el viejo guardia había trabajado. Salvador llevaba en aquel puesto desde tiempos inmemoriales y se había convertido en toda una reliquia, como las viejas plataformas de lanzamiento Redstone, ahora abandonadas, oxidadas e invadidas por la selva de Florida.

—Agradezco la hospitalidad, amigo, pero hoy prefiero estar solo —dijo Iceberg.

Dejó su bolsa en el pequeño mostrador que había junto al teléfono negro y revolvió en su interior—. Deseo acercarme más a la zona de lanzamiento. Buscaré un sitio cómodo a kilómetro y medio o así de la plataforma.

Al fin encontró lo que buscaba. Sacó de la bolsa un distintivo de misión en el que aparecían bordados una águila y un oso tendidos hacia las estrellas.

—Necesitas uno de estos para tu colección. Es uno de los parches originales de esta misión, y en él aún figura mi nombre. Creo que solo existen seis como este.

Salvador dejó su café sobre el escritorio y cogió el distintivo. Primero lo miró con el entrecejo fruncido y luego, al ver los nombres FRIESE, GREEN, BURNS, bordados en la parte alta, sonrió como un chiquillo que acaba de encontrar el cromó que faltaba en su colección.

—Esto es una auténtica joya.

Iceberg sonrió con cansancio.

—Hasta hace una semana pensaban hacer miles de distintivos como ese. Pero ahora, querido amigo, tienes en tu poder una auténtica rareza. Todos los demás llevan el nombre del doctor Marc Franklin.

En la distancia se oía el zumbido de los helicópteros de seguridad de la NASA, que seguían inspeccionando la zona con visores infrarrojos. Dentro de nada saldría el sol, y los visores perderían toda su utilidad. Sobre la zona de lanzamiento, las nubes estaban teñidas de rosa; por el este, el mar relucía con un ligero tinte rojizo.

Iceberg se puso trabajosamente en pie y se echó la bolsa al hombro.

—Bueno, me largo.

Salvador, contemplando aún el raro distintivo de misión, dio un sorbo a su café y señaló con un movimiento de cabeza la hilera de monitores de seguridad.

—Ojo con los sensores. Si tropiezas con uno, harás que me echen.

—No te preocupes —rió Iceberg—. Podría caminar por estos andurriales con los ojos cerrados.

—No son solo los sensores —dijo Salvador—. Cuidado con los caimanes, los jabalíes y las serpientes... Pueden atacarte en el momento menos pensado.

—No te preocupes, no querrán nada conmigo.

Iceberg se volvió hacia la lanzadera y vio ante él la gran extensión de selva, densa y casi impenetrable. Lentamente echó a andar en dirección al silencioso titán que aguardaba bañado por la luz de los potentes focos. Dentro de poco, la tripulación del *Atlantis* estaría ocupando sus puestos, lista para el despegue. Era su tripulación, pero partiría sin él.

## Plataforma de lanzamiento 39A

Jacques notaba el sudor adherido a su mono de vuelo blanco mientras subía en el ascensor de la torre de servicio situada en la plataforma de lanzamiento. Faltaba poco para el amanecer, y el aire húmedo de Florida seguía siendo fresco, mucho más agradable que el de las selvas ecuatoriales de la Guayana Francesa. Sin embargo, Jacques se sentía como en el interior de una olla a presión.

Era experto en trabajar bajo grandes tensiones.

Dos técnicos auténticos de la NASA compartían el ascensor abierto con él, y estaban comentando gloriosas historias de pasados lanzamientos. Jacques mantenía la cabeza baja, simulando estudiar un informe técnico que había guardado en uno de los bolsillos del mono. Su caja de herramientas modificada permanecía a sus pies, sobre el suelo metálico.

Llevaba dos semanas practicando aquella infiltración, acostumbrándose a la rutina, ensayando todos los movimientos. Su placa y sus códigos de acceso estaban puestos al día y, habiendo casi un millar de técnicos trabajando en el Atlantis durante los frenéticos preparativos previos al lanzamiento, estaba seguro de que le sería posible pasar, en tanto en cuanto no hiciera nada que llamase la atención. Las medidas de seguridad podían parecer sumamente estrictas, pero lo cierto era que el caos reinante en días como aquel hacía que la infiltración resultase aún más fácil.

El ascensor se detuvo en el nivel 195, que era por donde entraba la tripulación. Al abrirse la puerta, Jacques vio a tres técnicos detenidos junto a la caja de fusibles del ascensor. Dio un respingo, ya que no esperaba encontrar a nadie, pero enseguida se dio cuenta de que los tres hombres debían de estar aguardando la llegada de los astronautas. Mientras los técnicos del interior de la cabina salían, uno de ellos se volvió y le mostró a Jacques el puño con el pulgar vuelto hacia arriba. Señalando con la cabeza hacia la parte más alta del depósito exterior, le deseó:

—Buena suerte allá arriba.

—Lo mismo digo —replicó Jacques tratando de disimular su acento francés, que luego alguien podría recordar.

La puerta del ascensor se cerró de nuevo y Jacques se tranquilizó. Con un agudo zumbido, la cabina continuó subiendo hacia el brazo de servicio del oxígeno gaseoso. Tocó con el pie la caja de herramientas, que contenía una sorpresa de diez kilos de peso.

En muchos aspectos, aquello había resultado mucho más fácil que infiltrarse en la zona de lanzamiento del Ariane. Aunque la NASA tenía a más de mil cuatrocientas personas contratadas trabajando en el programa de la lanzadera espacial, los

norteamericanos eran tan confiados que rotaban el personal del equipo de lanzamiento de mil personas en mil personas. Demasiados rostros para que los de seguridad los recordaran todos, lo cual los obligaba a confiar en complejos sistemas de pases codificados y de monitores electrónicos de seguridad.

Sonrió al pensar en la grácil Yvette y en el papel que ella desempeñaría en la misión. En aquellos momentos, Yvette debía estar en el búnker reemisor de la señal de televisión, y muy pronto las cámaras de vigilancia dejarían de ser un problema.

Como un reloj. Los planes de *monsieur* Phillips funcionaban siempre con exactitud cronométrica.

El resonante ascensor redujo velocidad y se detuvo en un punto situado en la parte superior de la torre de servicio. Las puertas metálicas se abrieron y Jacques contempló el panorama del Centro Espacial Kennedy desde muchas decenas de metros por encima de la inmensa plataforma de lanzamiento de hormigón. En la oscuridad previa al amanecer, la zona brillaba como un árbol de Navidad, inundando de luz los pantanos de las inmediaciones.

Un poco más hacia el norte, en la plataforma de lanzamiento 39B, se veía otra lanzadera situada junto a otra torre articulada, y aún a más distancia se encontraban los andamios de servicio de los cohetes Titán. El puerto espacial de Norteamérica, se dijo Jacques. A partir de hoy, no volverá a ser el mismo.

Bañado por la luz blanca de los proyectores, el brazo de acceso del oxígeno gaseoso disponía de una pasarela de dos metros de ancho que se tendía ante él en dirección a la parte alta del anaranjado depósito externo de la lanzadera. El vehículo espacial era como una gigantesca bomba repleta de explosivos. Solo hacía falta una pequeña chispa para detonarla.

Jacques recogió su caja de herramientas, salió a la pasarela y miró en torno parpadeando a causa del resplandor. Un único técnico estaba trabajando en el extremo del brazo de acceso, controlando el flujo de oxígeno que salía del depósito. Una escalerilla de peldaños de acero conducía desde el brazo de acceso hasta un banco de contenedores de metal abiertos situado inmediatamente debajo. Una cámara de vídeo que vigilaba el depósito y el equipo adjunto estaba enfocada hacia el otro lado, y no se veían otras cámaras en las proximidades.

Así que estaban solos. Espléndido.

Jacques se subió la capucha de la careta de oxígeno, cuyo uso era obligatorio a fin de proteger a los trabajadores de los vapores tóxicos. Cerró la cremallera y cubrió esta con una solapa de velero. Los de la NASA y su obsesión con la seguridad. Abrió el flujo de oxígeno y aspiró controladamente: la puntualidad era básica. Todo debía funcionar como un reloj.

Movió una enguantada mano en dirección al técnico situado al extremo del puente de servicio hasta conseguir llamar su atención. Dentro de la holgada capucha blanca, la voz de Jacques sonó amortiguada, con lo cual su acento francés resultó apenas perceptible.

—Perdone, ¿puede acercarse un momento? Tengo un problema.

El técnico cerró una válvula de seguridad y, con fuerte resonar de sus gruesas botas, caminó por el puente de servicio en dirección a Jacques. Tras su propia máscara respiratoria, el hombre miró a la izquierda y a la derecha para ver la placa de identificación de Jacques.

—Oiga, a usted no se le permite el acceso a este nivel —dijo el técnico, ceñudo—. ¿Qué hace aquí?

Jacques señaló hacia los contenedores de abajo, que quedaban fuera del alcance de la cámara fija de vídeo.

—Ha surgido un problema. Necesito su ayuda.

—¿De qué se trata? —El técnico se inclinó para ver mejor.

Rápidamente, Jacques rodeó con el antebrazo el encapuchado cuello del hombre, y apretó con todas sus fuerzas. Oyó un chasquido amortiguado y el cuerpo del técnico se relajó.

—Me he equivocado, *mon ami* —masculló Jacques—. El problema ya está resuelto.

Siguiente paso.

Setenta metros por encima de la plataforma de lanzamiento, en lo alto del rascacielos, la larga manguera del oxígeno gaseoso se unía a una gran «caperuza» situada en la parte superior del depósito externo. El nitrógeno gaseoso tibio era introducido en la válvula para evitar que el helado oxígeno gaseoso formara hielo al mezclarse con el aire húmedo de Florida, lo cual podría provocar problemas durante el lanzamiento.

Irreconocible con su mono blanco de trabajo, Jacques permaneció unos momentos junto a la válvula de ventilación, recostado en la barandilla. A la vista de las cámaras de diagnóstico, hizo ver que efectuaba una inspección en busca de partes cubiertas de hielo.

Deteniéndose de cuando en cuando para ver mejor, Jacques salió del alcance de las cámaras y echó mano al interior de su caja de herramientas, de la que sacó un estuche de plástico que contenía los explosivos y el radiotransmisor conectado al detonador. El estuche estaba pintado del mismo color rojo óxido del depósito externo. Quitó la protección de las franjas adhesivas y pegó con fuerza el artilugio en el revestimiento del depósito.

El brazo de ventilación era el que estaba situado más alto de los tres que salían de la estructura fija de servicio. Un minuto y cuarenta y cinco segundos antes del lanzamiento, el brazo de ventilación se alzaría de la parte alta del depósito y se replegaría.

Eso haría que la bomba quedara totalmente inalcanzable.

Y una vez que el explosivo detonase, el combustible almacenado en el depósito

externo de la lanzadera y en la catapulta lanzacohetes se ocuparía del resto.

Cumplida satisfactoriamente su misión, Jacques retrocedió por el brazo de servicio en dirección a la cabina del ascensor. Echó una mirada a los contenedores situados un nivel más abajo. Desde su privilegiado punto de observación, el cadáver apenas era perceptible.

El cuerpo del técnico sería incinerado por el intenso calor, o bien durante el lanzamiento, o bien por la explosión del *Atlantis*, lo que antes se produjera.

Se metió la mano en un bolsillo y accionó un pequeño transmisor que envió una señal codificada de un microsegundo de duración a *monsieur* Phillips. El siguiente paso ya estaba dado.

## Centro de Control de Lanzamiento

Si los efectos de la adrenalina no hubiesen sido para ella tan embriagadores, Nicole Hunter jamás habría luchado por conseguir un trabajo tan caótico y enloquecedor como el de dirigir el Centro de Control de Lanzamiento. Pero a la joven le gustaba tener el control total, ser la directora de la orquesta, y no una simple intérprete.

La lanzadera espacial *Atlantis* se encontraba en la plataforma de lanzamiento 39A, a cinco kilómetros de distancia, bañada por la brillante luz de los focos. La cuenta atrás seguía adelante sin problemas. En el exterior, las marismas y el denso follaje daban un tranquilo aspecto al Centro Espacial Kennedy. Estaba a punto de amanecer.

Pero allí, en el Centro de Control de Lanzamiento, Nicole tenía un centenar de problemas de los que ocuparse, un millar de detalles que supervisar y un millón de contratiempos que podían detener la cuenta atrás. En otras palabras, se trataba de una misión típica, aunque era la primera en la que Nicole actuaba como directora de lanzamiento. Era el centro de todas las miradas.

En la sala de despegue había un centenar de capacitadísimas personas acomodadas en pupitres informáticos aparentemente idénticos. Cada una de ellas tenía un teléfono *beige*, una impresora, monitores dobles de rayos catódicos y un panel de luces indicadoras.

El lugar era una versión muy reducida del viejo Centro de Control de Lanzamiento de las misiones lunares Apolo. El número menor de pupitres se debía en parte a los avances en tecnología informática o, al menos, esa era la versión optimista de la historia que la sonriente Nicole daba a todos los periodistas. La realidad, sin embargo, era que la reducción de personal se debía a años y años de drásticos recortes presupuestarios.

Nicole detestaba los términos como «reestructuración» u «optimización de recursos», pero al entrar en el mundo de la burocracia había tenido que aprender un nuevo lenguaje. Incluso en sus días de astronauta le habían enseñado a medir bien las palabras en sus contactos con la prensa, pero cuando se convirtió en administrativa se dio cuenta de que, solo para sobrevivir, tenía que andarse permanentemente con pies de plomo.

Nicole se puso las manos en las esbeltas caderas y luego colocó en su lugar un rebelde mechón de dorado cabello. Hasta ahora, su trabajo nunca había requerido que ella se preocupase tanto de su aspecto, su maquillaje, su peinado y su indumentaria. En su época de astronauta, los relaciones públicas de la NASA le inspiraron siempre muy poco respeto, y en su época de aviadora naval, menos aún; pero ahora no se



encontraba en un curso de adiestramiento, ni haciendo una aparición pública en una escuela o un supermercado. Las cámaras de televisión estaban funcionando y ella, además de ocuparse de sus deberes, tenía la obligación de parecer eficaz y competente.

Avanzó entre las hileras de pupitres informáticos, como un general pasando revista a las tropas. Con una bata blanca sobre un conjunto de blusa blanca de seda, americana y pantalones holgados, sabía que estaba adecuadamente presentable para las cámaras; discreta y profesional, muy distinta a los siempre jactanciosos pilotos de prueba y astronautas. Su vida era una constante navegación por rápidos, y ella actuaba como una timonel experta.

Aunque menuda de cuerpo, la joven no era una delicada damisela, sino toda una dinamo. De otro modo, no habría sobrevivido a los rigores de la profesión de astronauta y de la convivencia con Iceberg. Ninguno de los presentes en la sala de despegue parecía intimidado por su presencia, y Nicole se alegraba de que fuera así.

Alzó la vista hacia el gran palco acristalado de los VIP, situado medio piso más arriba. Allí, una docena de personas contemplaban la actividad del Centro de Control de Lanzamiento, en espera del despegue. Aunque Nicole estaba obligada a tratar a todos los visitantes con el mismo respeto, no todos le resultaban igualmente gratos.

Volviendo la espalda a la frenética actividad que reinaba en la sala, como si esta no le interesara en absoluto, el senador Charles Boorman estaba disertando ante los cámaras y periodistas, que había llevado consigo al gran palco de observación, escogiendo las palabras con todo esmero para evitar que las reprodujesen inadecuadamente. Era como si estar alejado de las cámaras le produjese urticaria.

Nicole hizo un gesto de contrariedad. Normalmente, iba contra las normas de la NASA llevar periodistas allí, pero el senador se consideraba por encima de las normas.

—Supongo que no tendrá usted nada que ocultar —le había dicho Boorman con una sonrisa forzada.

Así que el Centro de Control de Lanzamiento se había reconvertido para acoger debidamente a los *paparazzi* de Boorman. Este no había querido contemplar el espectáculo desde las gradas de la tribuna de VIP de Banana Creek, similares a aquellas desde las que ella e Iceberg presenciaron el desastroso lanzamiento del Ariane en la Guayana Francesa, ni tampoco quiso aceptar un puesto en una de las zonas acordonadas especialmente en la NASA Causeway, orientadas en dirección este, hacia la zona de lanzamiento. No, Boorman prefería los sillones cómodos, el aire acondicionado y el café caliente del centro de control. El senador no se oponía expresamente al programa espacial sino que, simplemente, no dedicaba al tema la menor atención, y formaba parte de la legión de genios que decían «primero resolvamos los problemas que tenemos aquí en la Tierra, y luego ya nos ocuparemos de las estrellas». Sin embargo, sus obligaciones políticas lo habían obligado a asistir al lanzamiento del *Atlantis*.

Nicole chasqueó la lengua con desagrado al ver cómo el rostro de Boorman se iluminaba como el de un predicador. Braceó y agitó las enormes manos, y Nicole pensó que tal vez estuviera hablando de los fallos que encontraba en el nuevo plan espacial que estaba estudiando su comité del Senado, y que necesitaba de su visto bueno personal para ser aprobado. El senador había expresado frecuentemente sus dudas acerca de si era adecuado seguir efectuando misiones conjuntas con el programa espacial de los rusos; temía que tal acuerdo significara el desembolso de millones y millones de dólares en concepto de subvenciones. Era mucho más partidario de que los proyectos espaciales se quedaran en el país y, de ser posible, en el Estado del que él era senador.

Boorman se expresaba con total libertad. Se daba perfecta cuenta de que sus opiniones sobre el programa espacial no podían caer bien en aquel lugar; pero... era el centro de atención, y eso era lo que se proponía. Y Nicole tenía la obligación de mostrarse cortés con él. Eso había quedado bien claro durante su curso intensivo de capacitación para el puesto de directora de lanzamiento.

Se dirigió hacia el técnico de la estación de telecomunicaciones y, señalando con un movimiento de cabeza hacia el puesto de observación, preguntó:

—¿De qué habla ahora nuestro «distinguido visitante»?

El técnico se tocó los auriculares y, con la mirada perdida en los ladrillos acústicos del techo, respondió:

—Sigue con su perorata de siempre. —El técnico echó mano a un rollo de papel higiénico que había junto a su monitor—. El *kleenex* de la NASA —dijo, y arrancó un pedazo para quitar el polvo adherido a su monitor.

Arriba, en el palco de visitantes ilustres, el senador se volvió hacia donde estaba Nicole y pareció mirar a través de ella. Las cámaras de televisión siguieron su movimiento. Nicole mostró una resplandeciente sonrisa y saludó con la mano a los reporteros; esperaba que la cámara la sacase favorecida.

Por el gran reloj del control desfilaban las cifras de la cuenta atrás. Los teléfonos no paraban de sonar; informes de última hora, listas de comprobación... Un teléfono sonó en las proximidades; la encargada de la zona de seguridad contestó, y luego comenzó a marcar números en el teclado de su ordenador.

—Señora Hunter —llamó un técnico de Control de Tierra mostrando en alto un teléfono *beige*—. La llaman del búnker reemisor de vídeo.

—Hablaré desde aquí —dijo Nicole, que se dirigió al pupitre más próximo, descolgó el teléfono y accionó la tecla de línea adecuada.

—Hola, señora Hunter. Soy Amos Friese, del búnker de reemisión. El hermano de Iceberg.

—Déjate de ceremonias, Amos, ya sé quién eres.

Nicole se echó a reír pese a la poca gracia que le hacía pensar en Iceberg. Amos era callado y tímido, y parecía abrumado por vivir a la sombra de su legendario hermano. El muchacho los había acompañado en infinidad de fiestas y barbacoas, y

debería haber adquirido confianza con ella, pero no era así.

—¿De qué tienes que informar?

—¿Se sabe algo de Cecilia, mi compañera? —preguntó Amos con voz nerviosa—. Su nombre completo es Cecilia Hawkins. Debía estar aquí antes que yo, pero cuando llegué me encontré el búnker vacío, aunque el aire acondicionado estaba conectado.

Fantástico, gimió para sí Nicole. Otro contratiempo. Operación cancelada a causa de la ausencia de un técnico. Como sabía lo nervioso que era Amos, habló con voz suave y calmada.

—¿Cuál es el nivel de imprescindibilidad de Cecilia?

—Pues... creo que es de nivel dos.

Nicole se sintió aliviada. Eso significaba que el cometido de la técnico era vigilar un sistema automatizado.

—Supongo que al llegar te darías cuenta del lío de tráfico que hay organizado, Amos. Quizá Cecilia esté en un atasco. Aún queda mucha cuenta atrás. No te preocupes.

—No, si no me preocupo —respondió Amos como si hiciera acopio de valor—. En el peor de los casos, puedo arreglármelas solo. Confíe en mí.

—Gracias por informar —dijo afablemente Nicole.

Colgó el teléfono y trató de recordar cuál era la siguiente cosa que requería su atención. La bata blanca le daba calor, y se alegraba de que el centro de control dispusiera de aire acondicionado. El calor que haría en el exterior en cuanto saliera el sol sería espantoso.

Detrás del acontecimiento de aquella mañana había meses, incluso años, de preparación. Todo lanzamiento tenía sus complicaciones y sus atractivos, pero, por razones políticas, aquel vuelo había sido una gran manzana de la discordia. La estación espacial rusa Mir, convertida en la columna vertebral de la Estación Espacial Internacional —si es que esta, que ya iba por su quincuagésimo diseño, se plasmaba alguna vez en realidad—, dependía del transbordador espacial estadounidense para las misiones regulares de reabastecimiento, y en esta ocasión casi la mitad de la tripulación estaba formada por ciudadanos rusos. Estaba previsto que la cosmonauta bielorrusa Alexandra Koslovsky, formada en la Ciudad Estrella de Moscú y en el Cosmódromo de Baikonur, efectuase un paseo espacial en una unidad tripulada de maniobra norteamericana.

Era de particular importancia que todas las cámaras de vídeo se encontraran en perfecto estado de funcionamiento para registrar hasta el último detalle del despegue. Las tomas serían una gran publicidad a la hora de conseguir fondos para el siguiente año.

En el Centro de Control de Lanzamiento, las conversaciones sobrepuestas formaban un zumbido monocorde que fue intensificándose según la cuenta atrás se acercaba a su fin y las distintas secuencias iban completándose: CAPOM, EGIL,

DPS, INCO, MOD y una docena más de siglas que parecían inventadas por un jugador de Scrabble enloquecido.

—Zona de control oriental, sin novedad.

—Sistemas de maniobra orbitadora en orden.

—Sistemas de navegación orbitadora en orden.

Nicole se sentía como gallo en corral ajeno, pero debía ocuparse de todos los detalles. Ella era el capitán del barco, y todos estaban pendientes de sus decisiones. Jugueteeó con el colgante que llevaba al cuello: una pequeña llave que su padre le había regalado.

—La llave del futuro —le había dicho él con voz solemne—. Con ella abrirás todas las puertas que se interpongan entre tus sueños y tú.

Y ella había seguido sus auténticos sueños, renunciando primero a su comisión naval para dar luego un nuevo giro y meterse en el mundillo político y administrativo de la NASA que tan apasionante le resultaba. Podría haber sido una buena astronauta o una excelente administradora del programa espacial, pero ella escogió la excelencia por encima de la mediocridad. Lamentablemente, la pequeña llave de oro no había bastado para abrir la mente de Iceberg y conseguir que él entendiera la decisión que ella había tomado. Para Iceberg, cualquier carrera que no fuese la de astronauta era una pérdida de tiempo.

—Dispense, señora Hunter —le dijo otro técnico—. Las barricadas ya están listas y los guardias dispuestos para cortar el tráfico. El vehículo de la tripulación se encuentra frente al edificio de operaciones y control, y los astronautas ya tienen puestos los trajes y están listos para subir a bordo y salir en dirección a la plataforma de lanzamiento.

—Bien —dijo Nicole—. ¿Han hecho ya sus declaraciones a los periodistas?

—Sí, según lo previsto —respondió el técnico—. Ya han salido de la sala de prensa. Aguarde un momento... —Se tocó los auriculares—. El capitán Green quiere hablar con usted antes de que lo pasemos a CAPCOM.

El sistema CAPCOM del Centro Espacial Johnson en Houston controlaba todas las comunicaciones con los astronautas una vez estos subían al transbordador.

—Comuníqueme.

En el monitor de televisión que Nicole tenía delante apareció una imagen procedente de unas cámaras privadas de la NASA. El técnico apartó su sillón para hacerle sitio.

—¿Qué tal, Pantera? —preguntó el capitán Vick Green. Tenía la tez color cacao, ojos grandes, pómulos pronunciados y expresión de buenhumorada inteligencia.

—Hola, Gator —le saludó ella. Tras años y años de ser astronautas, todos se habían acostumbrado tanto a sus nombres clave que estos ya habían tomado carta de naturaleza. Sin embargo, a Nicole su antiguo nombre clave, Pantera, le recordaba excesivamente el pasado—. ¿Todo bien? ¿Qué tal el desayuno?

—Huevos revueltos y beicon, como siempre —contestó Gator sonriendo—. Me

siento ligero como una pluma. Ojalá vinieras con nosotros. Pese a la ausencia de Iceberg, nos lo estamos pasando divinamente; pero no le cuentes a él que he dicho eso.

Nicole era ya experta en poner cara de póquer cuando salía a relucir el nombre de Iceberg.

—Si se quedó fuera de la misión fue por hacer gansadas.

—Iceberg es como es —dijo Gator—. Oye, ¿qué tal si, cuando bajemos, nos vamos los tres a Fat Boy's, en Cocoa Beach? Qué demonios, y que Amos se venga también. Creo que aún siguen sirviendo todo el pollo a la barbacoa que uno sea capaz de comer.

—Otra vez estás pensando con el estómago, Gator. No, yo paso.

Nicole recordó los tiempos en que el grupo de astronautas iba al pequeño restaurante situado en las proximidades del paseo marítimo. En el comedor había gran cantidad de pequeños reservados. Los menús estaban llenos de grasientas huellas de dedos, y el aire olía a humo y a salsa. De los paneles de madera de las paredes colgaban fotos con autógrafos de astronautas y pilotos de prueba. Nicole, Iceberg, Gator Green y su novia de turno iban frecuentemente por allí para comer costillas y beber cerveza en grandes jarras.

Gator movió la cabeza sonriendo.

—Esto es lo que ocurre cuando dos personas tozudas se acercan demasiado. Seguro que si le desafío a ello, Iceberg estará dispuesto a ir. Podríais echar un pulso.

Nicole se echó hacia adelante y dijo con voz suave:

—Sería mejor que te ocuparas más de tu misión y menos de mi vida personal.

—Tienes razón, Pantera. —El hombre pareció momentáneamente turbado—. ¿Sabes si Iceberg está con los visitantes distinguidos? A los chicos y a mí nos gustaría despedimos de él.

Nicole rio forzosamente.

—¿Crees que Iceberg va a estar con los reporteros? ¿Para qué le pregunten estupideces y lo hagan parecer patético en televisión? Por una vez, estoy de acuerdo con él. Probablemente se haya tomado el día libre y esté durmiendo.

Gator puso cara de incredulidad.

—¿Durmiendo? ¿Iceberg? Eso no te lo crees ni tú, Pantera.

—Más respeto, que soy la directora de lanzamiento —dijo Nicole sonriendo—. Cuando yo hablo, la gente escucha.

—De acuerdo, jefa —dijo Gator—. Los míseros astronautas no estamos a tu altura. Oye, os enviaré un mensaje a través de CAPCOM desde el transbordador. El vehículo de transporte de la tripulación nos está esperando.

—Buena suerte y buen viaje, Gator —dijo Nicole.

Sin darle tiempo ni a respirar, alguien más la llamó.

—¡Señora Hunter! Dispense, señora Hunter... —Vio que el técnico de comunicaciones de antes le hacía señas—. Creo que le conviene escuchar esto... Ni

se imagina de qué está hablando el senador en estos momentos.

Con un nudo en el estómago, Nicole cogió los auriculares y se los puso. En sus oídos sonó la voz nasal de Boorman diciendo en tono pomposo:

—... la decisión de efectuar una investigación de rutina sobre las finanzas de todos los miembros del cuerpo de astronautas. Y respondiendo a su pregunta, el hecho de que el coronel Friese ya no ocupe el cargo de comandante de misión no lo excluye de mi investigación.

Nicole se arrancó los auriculares, furiosa y a punto de perder la compostura. Sonríe para las cámaras, se dijo.

—Dispense... subo al palco VIP.

—Pero señora Hunter... Los astronautas ya están subiendo a bordo del vehículo de transporte.

Esforzándose por mantener la voz calmada y sin quitarle ojo al senador Boorman, Nicole replicó:

—Ya saben dónde encontrarme. No tardaré mucho.

## Búnker reemisor de TV de la NASA

En el interior del búnker de reemisión de televisión, gracias a la batería de monitores de vídeo, Amos Friese podía repantigarse en su sillón y contemplar el despegue desde todos los puntos de vista. Era casi mejor que estar personalmente en la plataforma de lanzamiento.

El canal de la NASA y las televisiones comerciales seleccionarían los mejores planos de las cintas de Amos para montar con ellos un boletín de veinte segundos que sería pasado en el noticiero de la noche... a no ser que tuvieran alguna noticia más importante, como por ejemplo la de que, misteriosamente, el gato de un político había comenzado a cojear.

Con toda una pared llena de monitores de vídeo, aquel era el mejor de todos los puestos de observación. Amos sentía tal amor por la astronáutica que le encantaba verlo todo... aunque eso significase que debía permanecer en el interior de un viejo y frío búnker en vez de presenciar el sobrecogedor espectáculo directamente, con la plataforma de lanzamiento a la vista.

Se preguntó cuánto habría logrado acercarse Iceberg.

Amos pensó en su hermano, el famoso astronauta. El antiguo comandante de misión había dedicado meses y meses a prepararse, a aprenderse de memoria los paneles de control, los subsistemas de enlace y los programas informáticos de respaldo... Sin embargo, hacía solo un mes, Iceberg le había pedido en secreto a su hermano pequeño que orientase su nueva antena parabólica. Habiéndose titulado como director de gestión en la academia de las Fuerzas Aéreas, a Iceberg se le daba bien aprender procedimientos de memoria, pero en cuanto a los detalles técnicos, siempre necesitaba una mano amorosa que lo guiase. Amos casi se había reído de la incompetencia de su hermano, e Iceberg lo amenazó con graves represalias si contaba alguna vez lo de la parabólica, cosa que Amos, desde luego, no tenía intención de hacer.

Solo en el búnker, Amos se retrepó en su viejo sillón. Era cómodo pero crujía como la billetera de un avaro. Era una vieja butaca, vestigio de los días del proyecto Apolo, lo mismo que aquel viejo búnker que conectaba los sistemas de observación de control de despegue, las cámaras de vídeo situadas en la torre de servicio y las colocadas en torno a la propia plataforma de lanzamiento.

Su escritorio estaba lleno de cintas de vídeo con crípticas etiquetas, una cadena de clips, un juguete que reproducía un transbordador espacial color naranja y un gran frasco lleno de caramelos duros, una de sus debilidades. Los caramelos no sabían demasiado bien, pero al menos duraban mucho.

Dio un sorbo de una lata de Jolt Cola y consultó su reloj. Debía encontrarse en plena forma y con los reflejos agudizados al máximo. ¡Como si permitirle a Iceberg que se metiera a hurtadillas en la zona restringida no fuera suficiente para despabilarlo a uno! En realidad, casi todas las emociones fuertes que Amos había experimentado en su vida se debían a los líos en que su hermano mayor lo había metido. Pero Amos no habría cambiado por nada aquellos momentos.

Se moría de ganas de que apareciese Cecilia. Como él le había dicho a la señora Hunter, la directora de lanzamiento, él se las podía arreglar sin su compañera. Las cámaras sabían lo que debían hacer, las videocasetes ya se estaban grabando. Él era una pieza relativamente inútil en el sistema, aunque la NASA mantenía a rajatabla el principio de supervisión humana.

Pero, hasta el momento, Cecilia nunca se había retrasado, y la demora comenzaba a preocuparle.

Miró hacia el otro escritorio y vio la taza de café y las plantas de plástico de su compañera. Pensar en Cecilia hizo que un escalofrío le recorriese la espalda..., lo cual le produjo una gran turbación.

Cecilia tenía un cuerpo pleno y espléndido, cabello negro, tez morena, labios generosos y la voz más dulce que Amos había oído. Ella era, como él, técnico de vídeo. Tenían tanto en común trabajaban tan estrechamente unidos que... ¿cómo evitar que su compañera le gustase? A Amos le aterraba la posibilidad de que Iceberg se diera cuenta de lo que ocurría y le gastara implacables bromas acerca de su incipiente idilio, o utilizara su arrolladora personalidad para obligarle a proceder con más prisa. Pero Iceberg había advertido la atracción y, para alivio de Amos, se había limitado a mostrarse comprensivo y nada más. A veces parecía que Iceberg hasta tenía tacto.

El acondicionador de aire seguía zumbando a toda potencia, haciendo que el ambiente dentro del búnker se pareciera aún más a una tumba. Amos se sentía aterido hasta los huesos, y no solo por el frío, sino también a causa de la preocupación por Cecilia. Fue al perchero, cogió de él un grueso suéter de punto, se lo puso y fue a echarles un vistazo a las imágenes de sus monitores.

Al fondo del pasillo, la pesada puerta del búnker se abrió hacia adentro girando sobre sus recién engrasadas bisagras. Amos respingó, sobresaltado, cuando Cecilia Hawkins hizo su aparición.

—Hola, Amos, lamento el retraso —saludó la joven, no sin cierta incomodidad y con una sonrisa titubeante.

—Comenzaba a preocuparme —dijo él.

Cecilia vestía un top floreado magenta y verde, y pantalones negros. El sonrojo de sus mejillas no hacía sino aumentar su atractivo.

Amos se había preguntado muchas veces qué aspecto tendría Cecilia con falda, pero para averiguarlo tendría que invitarla a salir. Las normas de la NASA prohibían los *shorts* y las faldas, y todo lo que supusiera ir con las piernas descubiertas, debido



al riesgo de lesiones existente en las zonas de trabajo. Sin embargo, a Amos también le gustaba Cecilia en pantalones.

Cecilia miró inquieta por encima del hombro, y Amos se dio cuenta al fin de que otras dos figuras habían entrado tras ella, un hombre y una mujer que empujaban una carretilla por el corredor atestado de equipo. Ambos eran altos y musculosos, y vestían monos de trabajo del Centro Espacial Kennedy. La mujer, una rubia platino de aspecto atlético, era verdaderamente despampanante y, pese a la presencia de Cecilia, los ojos de Amos se fijaron en ella como atraídos por un imán.

La exótica mujer tenía los pómulos altos y planos, y el rostro tan bronceado que el color parecía artificial. Su corto cabello era casi blanco, a juego con las cejas, que eran dos niveos trazos sobre la frente despejada. Tenía los ojos de color azul acuoso, como si hubiera mirado con ellos demasiado tiempo al sol y se le hubieran desteñido.

El hombre que la acompañaba tenía el pelo color zanahoria y un rostro extraordinariamente pecoso. Ambos empujaban a la vez una carretilla llena de componentes de vídeo, herramientas de todo tipo, cables y videocasetes de repuesto, cada una de ellas críticamente etiquetada.

—¿Qué ocurre, Cecilia? —preguntó Amos señalando a los dos recién llegados—. Buenas, soy Amos Friese. Es un poco tarde para efectuar una revisión, ¿no?

—Han venido a ayudarnos, Amos.

Cecilia se adelantó. Sus ojos miraban inquietos de un lado a otro eludiendo los de Amos. De pronto este sintió que, pese al aire acondicionado, el grueso suéter que se había puesto le daba demasiado calor.

Los dos operarios llevaron la carretilla hasta la pequeña sala central del búnker. El pelirrojo cogió una de las tres videocasetes etiquetadas y la inspeccionó. Luego miró su reloj y escogió uno de los estuches de plástico negros.

—Cecilia, no necesitamos ayuda —dijo Amos—. Este lugar está tan automatizado que hasta podríamos echamos una siesta durante el lanzamiento.

Cecilia bajó la voz y por sus ojos cruzó la sombra del miedo.

—Cállate, Amos, por favor.

El pelirrojo rio entre dientes. Amos parpadeó confuso y por un momento pensó en accionar alguna alarma. Pero Cecilia lo agarró por el brazo con tal fuerza que Amos notó el contacto de cada uno de sus dedos a través del grueso suéter. En voz baja y tono temeroso, dijo:

—Son de la CIA, Amos... tienen la documentación en regla. Debemos cooperar con ellos.

Amos parpadeó sorprendido y se volvió hacia los dos desconocidos.

El pelirrojo hizo un leve gesto de asentimiento, aunque en su sería expresión parecía haber un toque de burla.

—Resulta que, debido a las connotaciones internacionales de esta misión, los tripulantes rusos y todo eso, hemos venido para reforzar las medidas de seguridad, a fin de proteger los intereses de nuestro país.

—*Oui* —dijo la rubia.

—Yo creía que los de la CIA iban siempre con traje y corbata —dijo Amos, inseguro de cómo debía reaccionar en aquella anómala situación.

—Esos son los del FBI —replicó el pelirrojo—. Tranquilícese.

—Llamé al teléfono que me dieron y recibí confirmación de que todo lo que dicen es cierto —dijo Cecilia.

La bella amazona tomó un fino tubo metálico tan largo como su antebrazo. Se lo acercó al rostro y estudió los dos bruñidos extremos.

—Quizá esto te ayude a tranquilizarte. —En su boca, el marcado acento francés era como chocolate fundido.

Se llevó el tubo a la boca y sopló fuertemente. Amos respingó instintivamente al tiempo que un brillante dardo rojo volaba hacia él y lo alcanzaba en el pecho. A través del grueso suéter notó un pinchazo.

—¡Ay! —Desprendió el dardo rojo de su pecho. El punto en que había recibido el pinchazo le ardía—. ¿A qué viene esto?

Su visión se hizo borrosa. Todo pareció llenarse de niebla... Comprendió que lo habían drogado. Nunca me han gustado los dardos, se dijo. Luego se le aflojaron las rodillas y se derrumbó como un fardo sobre el suelo del búnker.

Yvette observó cómo Cecilia Hawkins se arrodillaba junto a su estúpido compañero de trabajo y la miraba con ojos muy abiertos.

—¿Por qué lo has hecho? ¡No hubiera creado ningún problema! —dijo Cecilia.

La puta gorda sostenía la mano del caído con sus dedos amorcillados y luego le pasó una mano por las mejillas. El hombre respiraba profundamente, como un niño dormido abrazando a su osito. Cuidadosamente, Cecilia le quitó a Amos las redondas gafas y luego se puso en pie y la miró, indignada y confusa.

—No podíamos arriesgarnos —replicó Rusty, el pelirrojo.

Yvette volvió a dejar la cerbatana sobre la bandeja. Sigámosle el rollo a la puta durante un minuto. Es todo el tiempo que necesitamos, pensó.

—¿Funcionan bien todos los sensores? —preguntó, ya sin molestarse en disimular su acento. Cecilia vaciló e Yvette le espetó—: ¡Te acabo de hacer una pregunta!

—Sí, sí, se han verificado especialmente para el lanzamiento —replicó Cecilia mirando con inquietud al caído Amos.

Sin hacer caso de ella, Rusty se adelantó al panel de control, echó un vistazo a los diales y apartó a un lado la tablilla de Amos. Seleccionó una de las videocasetes que habían llevado con ellos.

—Todo marcha sobre ruedas —dijo—. Las condiciones climáticas adecuadas, la hora justa... el sol saldrá en unos minutos.

Yvette se inclinó sobre los controles. Cecilia parecía sentirse cada vez más

incómoda.

—Explícanos el funcionamiento de estos sistemas.

—Pues... todo es muy sencillo —balbuceó Cecilia—. ¿Qué necesitáis saber?

—Todo.

Cecilia miró con preocupación hacia su compañero inconsciente y luego se puso frente a la consola. Meticulosa pero rápidamente, les mostró cómo funcionaba todo. Se sentía cada vez más aterrada, y tenía el rostro sudoroso y macilento.

—Quizá sea mejor que atienda a Amos...

Señalando una pequeña pantalla de color, Rusty, sin hacer caso de la gordita, dijo:

—La cosa es bastante simple... todo se reemite a través de aquí. Esa batería de monitores controla los sensores sónicos y de movimiento; esta otra, las cámaras de vídeo. Incluso tienen baterías separadas para el Centro de Control de Lanzamiento y otras estaciones.

Cecilia rio forzada y nerviosamente.

—Sí, dicen que hasta un chimpancé podría hacer nuestro trabajo.

Rusty volvió a bufar desdeñosamente. Yvette consideró aquello como uno más entre los desagradables ruidos que solía hacer. La mujer cogió de nuevo la cerbatana y metió en ella un nuevo dardo.

—Me temo que necesitamos un poco más de intimidad, *mademoiselle*. Lo siento.

Antes de que Cecilia tuviera oportunidad de moverse, Yvette se llevó la cerbatana a los labios y, con un rápido soplido, lanzó un dardo rojo que fue a clavarse en la suave carne del brazo de Cecilia.

—¿A qué viene eso? —Cecilia desprendió el dardo de un manotazo—. He colaborado...

Yvette apartó la vista, disgustada por la debilidad de aquella puta. Mientras recogía sus cosas, oyó a Cecilia dar un par de pasos vacilantes.

—Dios mío, me ahogo...

Yvette ni siquiera se volvió al oír a Cecilia desplomándose sobre el suelo.

Menos de cinco minutos más tarde, Rusty se apartó del control de sistemas.

—El bucle ya está puesto. Detectores de movimiento sónicos y de infrarrojos desconectados. Estamos listos, si es que Jacques ha terminado lo que tenía que hacer en la torre articulada de servicio.

—No te preocupes. En estos momentos ya tendrá los explosivos armados —dijo Yvette con cierta sequedad en la voz. Rusty no debería haber puesto en tela de juicio la eficacia de Jacques.

Rusty señaló las formas inertes de Amos y Cecilia.

—¿Qué tal si les pego un par de tiros, por si despiertan de su siesta demasiado temprano? —propuso echando mano a la pistola que llevaba en el mono de trabajo.

Yvette alzó las cejas molesta por el hecho de que ahora su compañero pusiera en tela de juicio las acciones de ella. Rusty estaba olvidándose de quién daba las órdenes.

—Cada uno de esos dardos contenía una cantidad de tranquilizante suficiente para dejar fuera de combate a un elefante. Una dosis necesariamente fatal para cualquier ser humano. Míralo tú mismo, la puta está muerta. Dormirán hasta que los peces críen pelos.

—Hasta que las ranas críen pelos —la corrigió Rusty.

Suavemente y con palabras afiladas como navajas de afeitar, ella replicó:

—¿Y qué importa eso?

Dándose cuenta del desagrado de su compañera, Rusty enfundó el arma y dijo:

—Nada. Nada en absoluto.

—Vámonos. —Yvette consultó su reloj—. *Monsieur* Phillips espera.

Yvette fijó sensores de alarma a los explosivos ya cableados y salieron del búnker. Una vez hubieron cerrado la puerta, activaron la bomba trampa.

Un Sedan con la inscripción SoLO USO OFICIAL se acercó con un pasajero en el asiento delantero derecho. Yvette y su acompañante subieron al vehículo y cerraron las portezuelas.

El coche se puso en marcha hacia su siguiente parada.

## Centro de Control de Lanzamiento

En el nivel 3, Nicole corrió hacia la puerta de la sala de despegue. Pasó su tarjeta de identificación por la máquina lectora y obtuvo acceso al corredor externo del Centro de Control de Lanzamiento. Se dirigió a toda prisa al palco de observación del entresuelo e irrumpió en él mientras el senador Boorman seguía hablando a su grupo de reporteros.

Los ayudantes del político escuchaban la arenga de su jefe en variadas actitudes. Uno de ellos estaba echándole un vistazo a la lista de cotizaciones de bolsa del Wall Street Journal.

—Disculpe, senador —dijo Nicole sin aliento y tratando de hablar en tono amable—. ¿Me permite hablar con usted un instante en privado?

Boorman pareció sorprendido, pero no tardó en recuperar el aplomo. Sonriendo a los reporteros, siguió a Nicole.

—Desde luego, señora Hunter.

Tomando al senador por el codo, Nicole lo alejó de los reporteros. Cuando se encontraron solos en el corredor, la joven, con exagerado alivio, le dijo:

—Espero haber llegado a tiempo de evitarle quebraderos de cabeza. Respecto a esas investigaciones...

Boorman alzó una enorme manaza interrumpiéndola.

—Ya sé lo que va usted a decir, señora Hunter. Pero como senador de Estados Unidos, tengo pleno derecho a revisa® las cuentas del programa espacial, y eso incluye a todo el personal. Si encuentro a algún astronauta que haya cometido alguna irregularidad, tendrá que pagar las consecuencias.

—Tiene usted razón, senador —dijo Nicole esforzándose en mantener una actitud ecuánime. En sus tiempos de astronauta, se habría limitado a tumbar al tipo de un puñetazo en el estómago, pero ahora debía actuar con tacto e inteligencia. Negociar—. Sin embargo, creo que estaba usted a punto de cometer un grave desliz ante la prensa. Debería reprender a sus asistentes por darle información errónea. —Señaló con un movimiento de cabeza hacia los ayudantes que, evidentemente, no podían oírlo. Boorman frunció el ceño.

—¿Información errónea? ¿De qué habla? Mi gente no comete errores.

—Debieron decirle que las finanzas y la situación tributaria de los tripulantes ya fueron investigadas y recibieron el visto bueno oficial. Cuantas dudas pudo haber se despejaron durante los interrogatorios. A la NASA tampoco le gustan las irregularidades económicas, senador.

—No tenía noticia de que hubiera habido una investigación anterior.

—Forma parte del programa de seguridad y puesta a punto para el trabajo. La oficina de prensa de la NASA le facilitará cuanta información adicional precise. Cualquier nueva investigación resultaría redundante, sobre todo una en la que no existan pruebas previas de irregularidades por parte de los astronautas. La cosa supondría, en el mejor de los casos, un derroche del dinero de los contribuyentes o, en el peor, parecería un acto de venganza o una caza de brujas. —La joven sonrió calmada, amistosamente.

Simulando una interrupción, Nicole cogió el buscapersonas que llevaba en la cintura y lo miró con el entrecejo fruncido, aunque no lo hubiera notado vibrar. Aquel era un buen pretexto para abandonar la zona VIP tras haber dicho lo que deseaba.

—Si me dispensa, senador... En un día de lanzamiento, todos tenemos muchas cosas que hacer. Gracias por dedicarme su tiempo. Si desea algo más, no dude en decírmelo.

Ahogando un suspiro, entró de nuevo en el palco VIP y se dirigió a uno de los teléfonos. Todo aquel politiquero le producía emociones muy distintas a las que experimentó en sus tiempos de astronauta. Ser directora de lanzamiento constituía todo un reto intelectual. Tenía que bregar con palabras en vez de con controles, y utilizar personas en lugar de subsistemas para conseguir lo que deseaba.

Al cabo de solo ocho meses de salir del cuerpo de astronautas, Nicole Hunter se había convertido en la niña mimada de la NASA. Tras obtener su master en Administración, pasó directamente a puestos de gran responsabilidad. Nicole estaba ya familiarizada con el trabajo, conocía los detalles técnicos, al personal y a los propios astronautas. Tras trabajar en Houston durante tres lanzamientos en calidad de jefe de comunicaciones, ahora se veía convertida en directora de lanzamiento para el *Atlantis*.

Percibió el acre olor de un café que llevaba demasiado tiempo sobre el hornillo y se volvió hacia uno de los ordenanzas.

—Prepare otra jarra, por favor —le dijo—. Y cuando esté lista, tráigame una taza. Dos terrones y sin leche. Llevo despierta desde la una de la mañana y necesito cafeína.

El ordenanza hizo un gesto de asentimiento y desapareció.

Un gran hombretón se levantó de su butaca y se dirigió hacia ella mientras Boorman se reunía con sus ayudantes y, aparentemente, procedía a darles una buena reprimenda. De rostro rubicundo y con el pelo cortado al cepillo, el embajador Andrei Trovkin, el agregado ruso para cuestiones de astronáutica, dirigió un saludo a Nicole, se le acercó y, guiñando un ojo tras las gafas de gruesa montura, susurró en tono humorístico:

—¡Bravo, señora Hunter! En Rusia también tenemos políticos estúpidos. Estoy seguro de que le puso usted «las peras al cuarto», como dicen ustedes.

Nicole se irguió y se atusó el corto y dorado cabello.

—Bueno, no considero al senador un estúpido, embajador Trovkin. Se trata de un

hombre muy importante, que preside el Comité de Relaciones Exteriores del Senado. A él le incumbe la decisión sobre el nuevo tratado que regulará la relación futura entre Estados Unidos y Rusia en cuanto a misiones espaciales.

—Parece un «hueso duro de roer». No le gustan los programas espaciales. Ni el ruso ni el norteamericano.

Nicole miró a su interlocutor con expresión seria.

—El senador Boorman es hombre de gran influencia; pero hasta ahora nunca ha constituido una amenaza para nosotros. Sin embargo, dependiendo de cómo vote, podría convertirse en una amenaza. Por eso debemos ser amables con él. —Sus labios se curvaron en una amplia sonrisa que casi parecía sincera.

—Hay que convencerlo de que el tratado es conveniente para ambos países —dijo Trovkin.

El ordenanza se acercó a ella con una taza de plástico llena de café.

—Tome, señora Hunter —dijo—. En la sala de despegue encontré una jarra llena.

Nicole le dio las gracias y bebió un sorbo del caliente brebaje. Nada como el café para aliviar los dolores de cabeza y las preocupaciones. Lanzó un profundo suspiro y luego se volvió de nuevo hacia Trovkin que, sonriente y mostrando la amplia brecha que tenía entre los dientes, miraba el monitor de televisión sintonizado con el canal de la NASA.

Vestidos con sus trajes presurizados y con los cascos al brazo, los astronautas del *Atlantis* estaban subiendo al vehículo que los conduciría hasta la plataforma de lanzamiento.

En el Centro Espacial Kennedy se había cortado el tráfico para permitir el paso del vehículo de transporte de la tripulación. Sería grotesco tener que retrasar un lanzamiento porque los astronautas se vieran atrapados en un atasco de tránsito y, habida cuenta de la cantidad de espectadores que asistían a cada lanzamiento, la posibilidad de un embotellamiento no tenía nada de remota.

La astronauta bielorrusa Alexandra Koslovsky montó en el vehículo y miró directamente a la cámara. Llevaba el rubio cabello recogido en una trenza y lucía unas gafas de sol que sin duda dejaría en el vehículo antes de que el equipo entrase en el ascensor que los conduciría torre arriba hasta el puente de acceso de la tripulación.

—Fíjese usted en ella —dijo Trovkin con la vista fija en la pantalla. Las lentes de sus gafas reflejaban los tubos fluorescentes del techo—. Qué movimientos tan gráciles, qué fortaleza de carácter... ¡Es fantástica!

Nicole miró al embajador.

—Sí, es muy bella.

—Eso salta a la vista, amiga mía —dijo Trovkin con ojos relucientes—. Espere a verla pasear por el espacio. Entonces advertirá toda su elegancia.

Nicole había oído rumores acerca de la pareja. Trovkin y Koslovsky no hacían nada por ocultar la relación existente entre ambos. Una y otro tenían mucho en común. El propio Trovkin había intentado ser astronauta, pero tuvo que dejar el

programa debido a un soplo cardíaco. No parecía importarle que Alexandra fuera a efectuar su paseo espacial saliendo del transbordador espacial norteamericano. El hombre parecía entusiasmado por la oportunidad de que iba a disfrutar su compañera.

Una vez todos los astronautas estuvieron a bordo del vehículo, las cámaras de televisión cambiaron el plano y Trovkin logró apartar al fin su atención de la pantalla. Nicole le estudió: hombros amplios y mentón cuadrado. El prototipo del héroe, se dijo.

—Y dígame, directora de lanzamiento Hunter —siguió Trovkin—, ¿ha venido su amigo el coronel Friese a presenciar el lanzamiento?

—Me temo que no, embajador Trovkin —se limitó a responder ella.

—Lástima. Me muero de ganas de conocer al famoso Iceberg.

—Sí, bueno —dijo ella tratando de pensar en alguna excusa—. Creo que tenía otros compromisos profesionales. Dadas sus excelentes cualificaciones, se le va a destinar otra tripulación y...

Trovkin rio entre dientes.

—Lo entiendo, lo entiendo. En sus circunstancias, a mí tampoco me habría gustado que me vieran con una pierna escayolada, convertido en vivo recordatorio de lo vulnerable que es el ser humano. Ese hombre es más ruso que norteamericano... Imperturbable.

—¿Ah, eso cree? —preguntó Nicole enarcando las cejas—. Supongo que «imperturbable» es un término que no le queda mal... Pero debo seguir atendiendo mis obligaciones, embajador. Espero que disfrute del lanzamiento.

—Lo intentaré, querida amiga.

Sosteniendo con cuidado su taza para evitar salpicarse su blanca blusa, Nicole se disponía a salir del palco VIP cuando el reportero del Canal 7 la cogió de un brazo.

—¿Me permite unas preguntas, señora Hunter?

—Claro.

Mientras esperaba a que se acercase la cámara, Nicole se dijo que comprendía que Iceberg no hubiera querido estar presente para el lanzamiento. Sus motivos eran todos los enunciados por Gator Creen y Andrei Trovkin, pero probablemente también ocurría que al muy fanfarrón no le hacía gracia estar con su antigua novia en un lugar en el que ella, a todas luces, era la que mandaba.

Aunque habían tenido sus diferencias, también había entre ellos vínculos muy fuertes, y ahora Nicole sentía auténtica compasión por Iceberg. Él había perdido su oportunidad de comandar aquella misión debido a una broma que se le ocurrió hacer ante las cámaras.

Supuestamente en cuarentena, evitando contraer cualquier tipo de afección viral, Iceberg había estado corriendo por la playa mientras los reporteros y técnicos de un canal local de televisión le aplaudían y animaban. Para culminar sus ejercicios, Iceberg efectuó el rápido y ágil salto hacia atrás que se había convertido en su marca distintiva. En la universidad, Iceberg fue un atleta destacado y había dado aquel salto



cientos de veces, pero allí, frente a las cámaras, sus ansias de lucirse le hicieron un flaco servicio. Cayó mal y se rompió el pie izquierdo.

Y ahora, el día del lanzamiento, un comandante sustituto, el doctor Marc Franklin, ocuparía el asiento izquierdo de mando del *Atlantis*.

Nicole no se atrevía a expresar lo mucho que lamentaba aquel hecho. El ego de Iceberg era ya gigantesco, y quizá la lección fuera provechosa para él. Si no podía ocupar la presidencia de la mesa, Iceberg prefería perderse el almuerzo. Él era así.

Pero hoy, mientras Iceberg podía permitirse el lujo de dormir hasta tarde haciendo caso omiso del caos del día del lanzamiento, Nicole tenía un millar de importantes detalles que atender. Cuando el piloto rojo de la cámara se encendió, los teléfonos de la sala principal de lanzamiento continuaban sonando y en el reloj de la cuenta atrás los números seguían su avance hacia cero.

Paso a paso, los preliminares del lanzamiento se iban completando.

A tres kilómetros de la plataforma de lanzamiento 39A

E y E: Escape y Evasión. Al amanecer.

Iceberg utilizaba las técnicas aprendidas casi veinte años atrás en la academia de las Fuerzas Aéreas. Disfrutando de su travesura, se había alejado de la garita de guardia de Salvador, adentrándose más y más en la zona restringida, hasta un punto desde el que podría presenciar el lanzamiento sin ser observado.

Caminaba encorvado, eludiendo los caminos abiertos y pendiente de los múltiples sensores de movimiento, sonido e imagen escondidos entre la maleza. Conocía la ubicación de los aparatos y, al menos, esa era su esperanza, sabía cómo evitar que se disparasen. Solo necesitaba mantener la serenidad. Nervios de acero, control total.

Iceberg recordó un cursillo llamado SERE que había tomado en la academia: Supervivencia, Escape, Resistencia y Evasión. Las dos E habían sido de gran importancia durante la guerra fría. Incluso cuando estalló la guerra, saber eludir al enemigo salvó las vidas de muchos pilotos, como le sucedió al capitán Scott O'Grady cuando fue derribado sobre Bosnia.

Avanzando furtivamente entre la vegetación de los pantanos, a Iceberg le agradaba ser capaz, incluso con un pie roto, de mantenerse fuera del alcance de las lejanas patrullas de la NASA. Esperaba que la bota lunar protegiese adecuadamente la escayola. Sería un auténtico fastidio que se le metiera arena donde no pudiera rascarse.

Ascendió a un pequeño promontorio y vio nítidamente ante sí la lanzadera, iluminada por los focos y la creciente luz del amanecer. Aquel era un buen sitio para establecer su base. El Endeavour, cuyo lanzamiento tendría lugar antes de un mes, se encontraba sobre otra plataforma más alejada. Se dejó caer al suelo, para no ser visible desde la plataforma de lanzamiento o, más importante, desde el edificio del Centro de Control de Lanzamiento y el resto del Centro Espacial Kennedy.

Notaba en el pie fuertes latidos, pero había logrado que la escayola se mantuviera seca. Se frotó la piel en torno a la escayola, justo por debajo de la rodilla, molesto por la fuerte comezón que sentía en puntos en los que no le era posible rascarse. Lanzó un suspiro y trató de distraerse con la actividad circundante.

Helicópteros de seguridad de la NASA sobrevolaban el terreno a baja altura, en busca de alguien que, como Iceberg, tratara de entrar a hurtadillas en la zona. Pero como el sol ya había aparecido sobre el horizonte y su energía estaba ya caldeando los pantanos, para detectar presencias no autorizadas, los aparatos tenían que confiar cada vez más en la vista de sus tripulantes y cada vez menos en los sensores infrarrojos.

Efectuar una inspección eficaz durante un día de lanzamiento era casi imposible, mucho más difícil de lo que le resultaba al servicio de guardacostas encontrar a una persona flotando en el océano, pues en el océano no había vegetación, ni dunas, ni árboles tras los cuales esconderse. Una vez, durante su período de entrenamiento como astronauta, Iceberg fue en uno de los helicópteros de seguridad de la NASA durante un vuelo de reconocimiento en el que se buscaba a posibles terroristas. Naturalmente, no encontraron ninguno, pero Iceberg aún recordaba la emoción de volar a baja altura, alborotando a los caimanes del amplio y perezoso río Banana.

Miró brevemente por encima del hombro antes de acomodarse en su observatorio personal. Desde allí, alzando la cabeza por encima del nivel de la vegetación, aún era visible, a lo lejos, la garita de vigilancia, pese a que había dado un rodeo de no menos de tres kilómetros por el pantano.

Miró su reloj. En aquellos momentos la tripulación debía estar ya en el vehículo de transporte, camino de la plataforma. Su tripulación.

Una mañana, cuando faltaba más de un mes para la fecha prevista de lanzamiento, Iceberg utilizó su autorización de seguridad para acceder al lugar en que se estaba preparando el *Atlantis* para la misión. En el enorme hangar, equipos de operarios examinaban el inmenso aparato orbitador probando cada uno de los diminutos sistemas, cada conexión, cada punto de tensión.

En la parte de atrás, las puertas estaban abiertas; la lanzadera era tan alta que sobre aquellas se había cortado una gran muesca para dejar que pasara la aleta vertical. El sol que entraba a raudales hacía palidecer los focos de iluminación que colgaban de las pasarelas superiores. Operarios en mono de trabajo iban de un lado a otro, tablilla en mano, repasando listas de comprobación.

Iceberg había permanecido bajo el *Atlantis* admirando el aparato, observando cómo los técnicos comprobaban una a una cada una de las baldoséis térmicas de la parte inferior del casco y sustituían las defectuosas. Insertaron un relleno entre los bordes de las baldosas destinado a evitar que el inmenso calor llegara al casco de aluminio. Iceberg había recorrido silenciosamente el hangar, mirándolo y tocándolo todo, como un niño en una juguetería. Uno de los supervisores de turno le preguntó si necesitaba algo, pero él dijo que no, que solo quería echar un vistazo antes del lanzamiento.

Qué confiado estaba en aquel entonces.

Tras la lesión de Iceberg, la NASA había confiado el puesto de comandante al idiota de Marc Franklin. Aparte de ser un civil, Franklin no tenía lo que hay que tener para ser astronauta. Sí, claro, había volado en un par de misiones, y en el último vuelo efectuó unas actividades extravehiculares muy notables. Pero existía una endemoniada diferencia entre cumplir órdenes formando parte de una tripulación y ser el principal responsable de una misión. Era una cuestión de actitud. ¿Por qué, si no, dedicaban las fuerzas armadas tanto tiempo a pulir las dotes de mando de los oficiales?

Iceberg trató de no pensar en todo aquello. Ya no había remedio. A fin de cuentas, el responsable de haberse roto el pie era él mismo y no podía culpar a ninguna otra persona. Sus hombres sabían lo que hacían. Sacarían adelante la misión incluso mandados por Franklin.

Abrió la mochila y sacó un frasco de aspirinas reforzadas. Tras una breve vacilación, se tragó a palo seco tres tabletas para mitigar el dolor de su pie. No quería impedimentos en el caso de que tuviera que volver a toda prisa a la garita de Salvador.

Extrajo de la bolsa los prismáticos y el televisor portátil, sacó la antena y sintonizó el Canal 7, que estaba retransmitiendo el lanzamiento. Vio el *Atlantis* posado en la plataforma, una imagen procedente del búnker reemisor de televisión de Amos. En televisión, la lanzadera, recortándose contra un frente nuboso, parecía más brillante. Iceberg alzó la vista. El cielo estaba totalmente despejado. Frunció el entrecejo. Qué cosa tan rara, se dijo. ¿Captaban las cámaras algo que él no veía, o estaba recibiendo en su televisor portátil una imagen fantasma?

Iceberg trató de mejorar la recepción. El busto parlante del Canal 7 apareció para explicar que todo estaba listo para el lanzamiento. Iceberg se tumbó de bruces y apartó el televisor en miniatura para hacer uso de los prismáticos. Inspeccionó el suelo. Las hormigas que desfilaban por la arena se asustaron a causa de su presencia. Las espantó soplando fuertemente y luego procedió a enfocar los prismáticos.

Técnicos ataviados con monos blancos se movían en torno a la estructura de lanzamiento. A cosa de kilómetro y medio de distancia se encontraba el transporte de personal armado M-13 más próximo, listo para entrar en acción en la plataforma de lanzamiento en cuanto recibiese la orden. Los siete cables salvavidas, el sistema de salida de urgencia, iban desde el nivel de sesenta metros de la torre articulada de servicio hasta un búnker de seguridad situado a 365 metros de distancia.

Iceberg estaba situado en la misma línea de la trinchera ignífuga, parte del sistema antillamas que biseccionaba la plataforma de lanzamiento. La cortaba a todo lo largo de la plataforma, 152 metros de largo, dieciocho de ancho, doce de profundidad. Cerca, un depósito de agua elevado aguardaba listo para derramar su contenido sobre la plataforma durante los primeros segundos del lanzamiento, como parte del sistema de refrigeración y de supresión de ruido. Durante el encendido, las llamas de los motores principales del transbordador y de los cohetes aceleradores de propulsante sólido eran encauzadas por la trinchera y salían por los costados de la plataforma. La mortífera nube naranja de los cohetes de propulsante sólido se dispersaría sin peligro sobre el mar.

Iceberg se dijo que él mismo se encontraba en un punto suficientemente seguro.

En la plataforma de lanzamiento, un equipo de operarios estaba efectuando la inspección final. La cuenta atrás debía estar ya en sus últimos veinte minutos.

Se dio la vuelta y subió el volumen del televisor. La pequeña pantalla estaba ocupada casi por completo por el sonriente rostro profesional de Nicole Hunter. En la

parte inferior de la pantalla se leía: DIRECTORA DE LANZAMIENTO. En vez de la voz de Nicole sonó la del reportero del Canal 7.

—¿Y cree usted que tener experiencia como astronauta le da más credibilidad ante los tripulantes cuando tiene que tomar decisiones difíciles?

—¿Decisiones difíciles? Qué estupidez —murmuró Iceberg para el televisor—. ¿Acaso no tiene una lista de comprobación?

—Desde luego —replicó Nicole—. Además, tengo una lista de comprobación y los astronautas saben que tienen a una de los suyos dirigiéndolo todo. Yo sé lo que es estar en la plataforma, y conozco los pensamientos que en estos momentos están cruzando por las cabezas de esos hombres.

—Sí, claro —murmuró Iceberg. Miró de nuevo por los prismáticos y estudió la plataforma de lanzamiento—. Apuesto a que lo que la tripulación está pensando es: «Dejémonos de relaciones públicas y despeguemos de una puñetera vez».

Iceberg estudió la lanzadera mientras la entrevista de Nicole proseguía. La voz de la mujer evocó los recuerdos de cuando ella formaba parte del equipo de astronautas, de lo mucho que se divirtieron, de la enorme cantidad de cosas que compartieron. Pero eso fue cuando Nicole formaba parte del equipo de operaciones, no del equipo administrativo.

Iceberg pensó que de todo tenía que haber en el mundo: equipos de mantenimiento, técnicos de infraestructuras, e incluso encargados de relaciones públicas e intrigantes profesionales que arreglaran las cosas en el Congreso. Pero Nicole había sido una astronauta, una de las contadísimas personas que habían tenido el privilegio de abandonar los confines de la Tierra y —sí, por cursi que sonase— de tocar el rostro de Dios. Y renunció a ello.

Nicole se justificó diciendo que tenía que hacer planes profesionales a la larga. Parecía una frase sacada de un estúpido manual de autoayuda. Ahora, sin embargo, la joven estaba bañada por la luz de las candilejas, junto con Franklin, Gator y el resto de su tripulación.

Y él estaba allí, escondido entre el polvo, asaeteado por los mosquitos.

De momento, lo que iba a hacer era tumbarse y descansar. Que otros se divirtieran mientras él permanecía discretamente escondido. Siempre había sentido curiosidad por saber qué experimentaban los turistas durante un lanzamiento.

## Pantanos, parte alta del río Banana

Las burbujas de aire rompían la superficie de las quietas y tibias aguas; las moscas y los mosquitos no dejaban de zumbar. Las cabezas semisumergidas de dos caimanes cortaron el agua como oscuras canoas apartándose de mala gana de las burbujas. Las aguas infestadas de caimanes servían como barrera natural para los mirones que deseaban aproximarse a las instalaciones de lanzamiento.

A no ser que los intrusos estuvieran bien preparados.

Un reguero de tinte azul, apenas visible a la aún débil luz solar que se filtraba entre los árboles, brotaba de las burbujas. Los caimanes eludían el desagradable olor del repelente y, para alejarse de él, se subían a la orilla fangosa. Un enorme ejemplar abrió la boca, amenazador, pero no hizo ademán de volver al agua.

El pequeño arroyo fluía tierra adentro y se detenía entre las plataformas de lanzamiento y el inmenso edificio de la planta ensambladora de vehículos. Hacia el norte, el *Atlantis* permanecía junto a su torre de servicio, iluminado por las primeras luces del amanecer.

En el agua, las burbujas se intensificaron al tiempo que dos rostros cubiertos con máscaras de buceo rompían la superficie. Los hombres llevaban trajes de buzo de color negro y equipo de submarinismo, y el repelente azul oscuro flotaba en torno a ellos. Una vez en tierra tendrían que cuidarse de las serpientes y los jabalíes. Problemas de fácil solución.

Los hombres rana nadaron silenciosamente hacia la orilla, pendientes de los helicópteros de la NASA que pudieran sobrevolar la zona. Pero la luz del alba había hecho que los aparatos ascendieran al tratar de abarcar una zona lo más amplia posible en busca de intrusos.

Los dos hombres se pusieron en pie en las aguas de poco fondo, con las aletas hundidas en el cieno. Arrastraban tras ellos un saco hermético negro que parecía una bolsa para cadáveres, pero que estaba en realidad lleno de armas. El primer hombre se quitó el respirador de la boca y la máscara de buceo del rostro y, con la rala barba goteando, se llenó los pulmones de un aire que olía a materia vegetal en descomposición.

—No hay nada como hacer turismo en los pantanos, ¿verdad, Cueball?

El segundo hombre, más corpulento que el primero, también se despojó de la máscara, pero no dijo nada. Tenía la piel color ébano y la cabeza rapada y reluciente, como una negra bola de billar. El hombre miró inquisitivamente a Mory, su compañero, y le hizo un gesto con la mano.

Mory olisqueó de nuevo y torció el gesto ante la mezcla de olores. Trataba de

detectar por el olfato alguna presencia humana oculta: humo de escape procedente de alguno de los todoterrenos que recorrían la zona, aceite lubricante para armas, olor corporal humano.

Mirando hacia atrás, Mory advirtió que el repelente para caimanes se estaba diseminando por el agua. Espléndido, porque su olor era de veras hediondo. Tras lanzarse al agua hacía seis horas desde un oculto yate privado, habían calculado a la perfección su llegada a la orilla. Un poco antes, los sensores infrarrojos de los helicópteros de la NASA hubieran detectado su presencia; un poco más tarde, el tinte azul hubiera resultado perfectamente visible a la luz del sol.

Mory se fijó en una pequeña depresión situada bajo un espeso dosel de mangles cubiertos por enredaderas. Allí podrían ocultarse, al amparo de las miradas procedentes de la planta ensambladora de vehículos y de la plataforma de lanzamiento. Perfecto. Con un poco de camuflaje, quedarían totalmente invisibles. Se quitaron rápidamente las aletas de goma y se las colgaron de los cinturones.

Mory tiró del saco flotante al tiempo que, con la otra mano, señalaba hacia la depresión.

—Esconderemos el equipo ahí.

Cueball asintió y agarró la parte posterior del saco. Chapoteando sobre el barro, se dirigieron a la orilla y se ocultaron.

Mory olfateó el aire y se volvió justo a tiempo para ver otro caimán que se introducía en el agua con una zambullida sorprendentemente grácil. Alisó los matojos y la blanda tierra en torno a la bolsa del equipo a fin de abrir esta sobre una superficie plana. Su mano encontró algo pequeño y metálico hundido en el terreno.

—Mira esto.

Cayó de rodillas y comenzó a cavar cuidadosamente en torno al artilugio. Tras retirar la arena de los alrededores del tubo metálico, descubrió una pequeña antena de mástil flexible y varios complejos sensores que concluían en una cavidad bulbosa que contenía una pila.

Cueball abrió mucho los ojos. El hombre rapado descargó un golpe fuerte con el puño para llamar la atención de Mory y habló por señas usando el lenguaje de los sordomudos.

Mory sonrió.

—Tienes razón, es un sensor de sonidos que, probablemente, también capta los movimientos. Pero ahora de poco les sirve a nuestros amigos de la NASA, ¿no?

Cueball miró su reloj y una sonrisa se extendió lentamente por su rostro. Imitó los movimientos de alguien siendo alcanzado por un dardo.

Lo tiró lejos el sensor desactivado.

—Vamos, tenemos un horario que cumplir. Mucho ojo y lleva el arma lista por si tenemos que cargamos a alguna de las patrullas ambulantes de la NASA, aunque preferiría dejar esa divertí para más tarde.

Cueball se quitó el traje de buceo; el tipo de la cabeza monda tenía el pecho

sumamente musculado y sus brazos eran enormes, tan gruesos como las piernas de Mory.

Bajo los trajes de buceo, los dos hombres llevaban bañadores. Mory rompió el sello hermético de la bolsa del equipo y sacó ropa de camuflaje y unas botas. Le tiró a Cueball las prendas y las botas de mayor talla. En unos momentos ambos se transformaron, pasando de hombres rana a comandos camuflados.

Mory terminó de abrir la cremallera de la bolsa, hizo a un lado las dos capas de protección hermética y comenzó a sacar el armamento. Cueball se inclinó para ayudarlo. Entre los dos sacaron dos fusiles automáticos Valmet M78 de 7,62 milímetros, de cañón largo, provistos de miras telescópicas y cargados con munición blindada, otros dos fusiles de asalto FAMAS G2, prismáticos de largo alcance, dos radios, mochilas, un lanzamisiles portátil Stinger y seis pequeños misiles.

—Bueno, con esto es suficiente para la fiesta —dijo Mory.

Se pasó una mano por la barba húmeda y luego se acuclilló en la parte superior del promontorio y miró por los prismáticos. Detectó una pequeña nube de humo de escape; pero el helicóptero que la había lanzado ya estaría lejos y no constituía ninguna amenaza. Mató de una palmada un mosquito que se le había posado en el rostro. Malditos bichos. Al menos eran preferibles a los caimanes.

Notó la mano de su compañero en el hombro. Cueball había metido el equipo de buceo en la bolsa, aunque había dejado las armas fuera y a mano. Arrancó del suelo unos matojos y ocultó con ellos la arena removida.

—Bien —dijo Mory—. En marcha. Un kilómetro más adelante estaremos ya en posición. No quiero arriesgarme a disparar desde tan lejos.

Cueball asintió y luego se inclinó para recoger su parte de la carga, que era mucho más de la mitad del total. Cada uno se colgó del hombro un fusil de asalto y mantuvo empuñado un fusil de precisión. Cueball cogió el lanzamisiles mientras Mory se aseguraba a la espalda una pequeña mochila.

Ya cargado, Mory abrió la marcha caminando lo más agachado posible. Mientras sorteaba la vegetación y las dunas, sus botas hacían crujir las ramas del suelo y se hundían en el barro. Tras él, Cueball miraba en torno como un robot programado para una misión de búsqueda y destrucción.

Recorrieron la distancia en poco más de veinte minutos. El Adenitis permanecía sobre la plataforma como un cordero preparado para el sacrificio. Mory divisó junto a la torre de servicio el transporte de personal armado. Espléndido. Desde aquel punto también les sería posible cubrir a Jacques.

Mory se detuvo y se libró de la mochila. El camino más próximo se encontraba a medio kilómetro de distancia, así que serían invisibles para cualquier vehículo de patrulla que pasara inesperadamente. Le indicó a Cueball que se apostara. El mudo, tras examinar las inmediaciones, se colocó en un punto desde el que divisaba tanto el complejo de lanzamiento como la planta ensambladora de vehículos. A nadie le sería posible entrar ni salir sin ser visto.



Mory se colocó junto a su compañero y echó un vistazo al reloj. Aún no eran las seis, y disponían de tiempo de sobra. Estaba jadeando y tenía el rostro cubierto de sudor, debido más a la maldita humedad que al cansancio físico. Utilizó la manga de su camisa de camuflaje para secarse el sudor; luego sacó de la mochila un buscapersonas portátil.

Cueball permanecía alerta, vigilando el terreno.

Mory marcó en el aparato el número y la clave del Skypage. Debía mantener a *monsieur* Phillips al tanto de sus progresos.

Tras enviar el mensaje, Mory se dispuso a aguardar cómodamente el comienzo del espectáculo.

## Plataforma de lanzamiento 39A

El capitán Gator Green se apeó en la base del *Atlantis* del tráiler de la NASA que hacía de vehículo de transporte para la tripulación. Notó que su ritmo cardíaco se aceleraba. Aquello era aún mejor que salir a un campo de fútbol iluminado.

Había llegado el momento. Faltaban dos horas para el despegue y ya habían terminado los ensayos. Se acabaron los interejercicios preparativos para su primer vuelo auténtico como piloto de la lanzadera. Lo único que echaba de menos era la presencia de Iceberg.

La blanca y bella nave espacial aguardaba sobre la plataforma, solícitamente atendida por miles de ingenieros. Bautizada en recuerdo del barco de investigación del Instituto Oceanográfico Woods Hole que estuvo en servicio desde 1930 hasta 1966, la OV-104 *Atlantis* medía 56 metros desde la base de sus cohetes portadores de combustible sólido hasta la punta del tanque externo color rojo óxido. De los depósitos salían blancos vapores de oxígeno e hidrógeno líquidos.

Los técnicos dejaron su trabajo y se pusieron a aplaudir cuando Gator y los otros astronautas se apearon del vehículo de transporte. El camino ante ellos estaba lleno de videocámaras y cámaras fotográficas de la NASA; una docena de manos se tendieron para palmear a Gator en la espalda. Desde su infancia en el gueto negro de Atlanta, Gator había recorrido un largo camino. Por suerte, la Marina se mostró bien dispuesta hacia un ambicioso y bienhumorado muchacho de color con excelentes notas que no dejó de insistir en ser astronauta hasta que alguien aceptó.

A su espalda, una ronca voz femenina preguntó con acento ruso:

—¿Cuánto tiempo más vas a posar para las fotos, capitán Gator? Nos estás demorando.

En tono de broma, Gator replicó:

—Dispensa, camarada. Tú primero. —Sabía que a los rusos les molestaba que los llamaran por el antiguo apelativo comunista.

La cosmonauta Alexandra Koslovsky pasó sonriendo junto a él. El traje presurizado color naranja ocultaba su esbelta figura y la mujer no tenía un aspecto demasiado llamativo, pero Alexandra era una de las estrellas de aquel vuelo, en el que se efectuaría el primer paseo espacial conjunto ruso-norteamericano.

—No esperaba tantos mirones —dijo Gator—. Deben de haber venido a ver a nuestros amigos rusos.

—Entonces, quizá deba ser yo y no tú quien pose para las fotos —dijo Alexandra hablando por encima del hombro.

Gator se echó a reír y se volvió hacia la hilera de hombres de la NASA y personal

contratado. Así deberían ser siempre las cosas, se dijo. Echó a andar hacia el ascensor que conduciría a la tripulación torre arriba hasta el puente de acceso a la nave, llamado la sala blanca, donde abordarían el transbordador espacial.

Estrechó la mano de quienes querían desearle suerte, técnicos de operaciones del centro espacial, contratistas de la NASA e incluso unos cuantos ejecutivos de alto nivel que se distinguían del resto por llevar corbata bajo el mono de trabajo. Los siete astronautas entraron en el ascensor y el relativo silencio de la cabina.

—Prefiero esta despedida a la que nos dieron en Bielorrusia —dijo Alexandra—. Nuestra prensa no hace tantas alharacas como la vuestra.

—La diferencia es que nuestra prensa jamás se entera de los lanzamientos —dijo Orlov, uno de los astronautas compañeros de Alexandra.

Gator y los otros norteamericanos sonrieron cortésmente. Hasta hacía muy poco, a los periodistas rusos ni siquiera se les había permitido asistir a los lanzamientos espaciales. El ascensor inició su resonante ascenso.

—Puede que vosotros —dijo Gator—, los europeos orientales, no le deis importancia a esas cosas, pero a nuestra prensa le encantan las primicias, como la misión de reabastecimiento del año pasado para la Mir o este paseo espacial conjunto ruso-norteamericano. Nuestra primera astronauta femenina, Sally Ride, se convirtió en una celebridad, aunque vuestra primera cosmonauta, Valentina Tereshkova, la precedió en casi dos décadas.

El doctor Marc Franklin, comandante de misión sustituto, intervino:

—Deberíais haber visto cómo despedían a nuestros chicos en los años del Apolo, cuando ganamos la carrera por la Luna.

Álcese la pierna, métase la pata, pensó Gator. Acostumbrarse aún nuevo comandante durante la última semana y media había sido difícil para la tripulación, y no fue ninguna ayuda el hecho de que Franklin resultara ser un rígido fantoche carente de sentido del humor. Las intenciones de Franklin eran excelentes, y el tipo tenía fama de trabajador. Pero, indiscutiblemente, no había en él madera de jefe.

Orlov pareció ofendido por el comentario de Franklin, pero Alexandra lo encajó bien. Acercó los labios a la oreja de Gator y susurró:

—El doctor Franklin no participó en la ceremonia del vodka y el caviar, así que no podemos tenerle en cuenta sus palabras.

Gator sonrió. Una de las veces que salieron juntos durante los primeros meses de entrenamiento con la tripulación de cosmonautas, Alexandra había invitado a los norteamericanos a un pequeño ágape consistente en una latita de caviar Beluga y una botella gris verdosa de vodka destilado en Minsk, ciudad natal de Alexandra. Esta había mantenido el vodka en el congelador, y luego extendió cuidadosamente las diminutas perlas negras de caviar sobre galletas, y le añadió cebolla finamente picada. Distribuyó las galletas entre los miembros de la tripulación como un sacerdote repartiendo la eucaristía.

Gator miró recelosamente el canapé y, tras olisquearlo, dijo:

—Si no fuera por la cebolla, esto olería simplemente a huevas de pez. Así, al menos, huele a huevas de pez con cebolla.

Alexandra hizo un gesto de asentimiento, sonrió y se comió su galleta con evidente fruición, lo mismo que los otros dos cosmonautas rusos. Los dos especialistas norteamericanos, el comandante Arlan Bums y Frank Purvis, no se mostraron tan entusiastas. Frank Purvis se comió el canapé delicadamente, haciendo comentarios corteses, y Arlan Bums engulló el suyo de un bocado, como si fuera una medicina. Gator miraba a Iceberg, pues ambos esperaban que el otro fuera el primero en echarse el caviar a la boca. Como si se hubieran puesto de acuerdo por telepatía, los dos mordieron el canapé simultáneamente. Por suerte, el vodka que les sirvió Alexandra disipó el sabor en sus bocas al tiempo que llenaba de lágrimas los ojos de Gator. Sintió una gran satisfacción cuando todos volvieron a la cerveza...

—Antes de montar en el vehículo de transporte estuve viendo la conferencia de prensa de ese tal senador Boorman —dijo Alexandra rompiendo el incómodo silencio—. Me sorprende que un político haya demostrado tal falta de respaldo al programa espacial y me sorprende aún más que lo haya hecho en un centro de lanzamiento. ¿Qué tienen que ver las finanzas personales de los astronautas con su cometido profesional?

—Pero ¿cómo? ¿No te habían dicho que todos los astronautas son millonarios? —replicó Gator sarcásticamente.

—En Rusia, los políticos comprenden la importancia de los vuelos espaciales y saben que el público necesita héroes —dijo Alexandra—. Pese al fin de la guerra fría y a la fragmentación de la Unión Soviética, las distintas nacionalidades cooperan en nuestro programa espacial.

—Lamentablemente, en la política norteamericana abundan los neandertales.

—Entonces, nuestros países no son tan distintos —rio Orlov.

El ascensor se detuvo en el nivel 195, donde se encontraba la sala blanca. Franklin hizo como si no hubiera dicho ninguna impertinencia, o quizá ni siquiera advirtió su metedura de pata.

—Bueno, amigos, dejemos la política en tierra y pongámonos manos a la obra. Tenemos una misión que cumplir.

Técnicos con mono blanco permanecían alineados a lo largo del puente de acceso que conducía a la sala blanca, conectada al transbordador. El puente, de metro y medio de ancho y veinte de largo, parecía el túnel de los gladiadores. Los técnicos aplaudieron mientras Gator avanzaba hacia la nave espacial. La verdad es que no me costaría nada acostumbrarme a esto, se dijo. Y pensar que todos me consideraban endiosado cuando yo no era más que un simple miembro del equipo de fútbol de la Marina...

Llegó a la escotilla circular, situada en el lado izquierdo del transbordador, que conducía directamente al nivel medio de la nave. A cada lado había un técnico para ayudarlo, y otro esperaba en el interior del transbordador.

—Buena suerte, capitán —dijo uno de los técnicos femeninos al tiempo que le tendía la mano para ayudarlo a cruzar la escotilla—. Mi hija quiere ser astronauta, como usted.

Gator estrechó la mano de la mujer, cuyos ojos tenían un brillo muy similar al que el astronauta había visto muchas veces en los ojos de su madre, una mujer que siempre lo animó a no conformarse con la mediocridad.

—Entonces, procure que su hija vaya a Annapolis y no a esas escuelas de pacotilla que se hacen pasar por academias militares —dijo Gator.

—¡Te estoy oyendo, Gator! No le metas ideas absurdas en la cabeza a esa joven. —Al dejar Iceberg la misión, el comandante Arlan Bums era el único de los tripulantes que pertenecía a las Fuerzas Aéreas.

Aun riendo el comentario, Gator se inclinó y entró en el transbordador utilizando como suelo el tabique central del puente. Con la cabeza baja, pasando sobre los amarres para pies y manos, se dirigió a la cabina de mando. En ella, el asiento del piloto se encontraba en el extremo derecho, con el respaldo vuelto hacia el suelo.

La sección frontal de la cabina de mando estaba cubierta de paneles iluminados, viejas pantallas de visualización e interruptores protegidos por guardas metálicas. Toda aquella tecnología databa de los años setenta, pero funcionaba y estaba casi garantizado que con ella no había fallos. Gator se aproximó al asiento del piloto y se acomodó en él de espaldas.

El comandante Franklin se acomodó junto a él en el asiento de la izquierda y ambos se ajustaron los arneses de seguridad. Gator fijó la vista en la consola de mandos tratando de concentrarse única y exclusivamente en la misión. Todo era como en el simulador. Buscó con la mirada los paneles al frente, al lado izquierdo, junto al comandante, al centro, a la derecha, junto al piloto arriba y las pantallas lectoras. Ninguna sorpresa, todo estaba en su lugar.

Faltaban unos minutos para que llegara el momento de sacar del archivo de vuelo las tarjetas de indicaciones con dorso de velero para fijarlas al panel de instrumentos. Se colocó el casco de intercomunicación y lo conectó a la consola. La misión duraría dos semanas, y aquella sería la última ocasión que Gator tendría para estar a solas con sus pensamientos.

Bueno, allí estaba él, el jugador de fútbol más bajo de Annapolis, encima del castillo de fuegos artificiales más alto del país. Miró hacia Franklin. El nuevo comandante se volvió y, por encima del hombro, vio a los técnicos que ayudaban a subir a bordo a los astronautas. Alexandra se acomodó justo detrás de él, en el puesto del especialista de misión, y procedió a amarrarse el arnés de seguridad; sus pañanos rusos no eran visibles, pues se encontraban en el centro de la cabina de mando, junto con Bums y Walker. Franklin dejó que todos ajustaran manualmente la posición de sus asientos.

Aunque todo eran movimientos muy bien ensayados, Gator seguía echando de menos la segura guía de Iceberg. Estaba pensando en su amigo cuando la voz de

Franklin sonó por el intercomunicador.

—Dispuestos para la comprobación acústica, muchachos.

Gator volvió a quedar pendiente de los instrumentos de vuelo. Faltaba poco más de una hora para el despegue, pero a partir de aquel momento todo sería pura rutina. Sin sorpresas.

## Garita de control en la zona restringida

Al tiempo que el vehículo robado de la NASA se alejaba del búnker de reemisión de vídeo, Phillips se arrellanó en el asiento del acompañante y estudió su agenda electrónica personal. Ajustó el brillo de la pequeña pantalla de cristal líquido y estudió la lista que mostraba el ordenador.

Tareas para hoy. Con ayuda de un pequeño punzón romo, fue haciendo aparecer en pantalla cada una de las etapas de la cuenta atrás y marcó las que ya habían transcurrido. Se pasó un dedo por el bien afeitado labio superior y estudió el horario paralelo de su equipo, marcando las actividades ya completadas y las tareas que estaba efectuando su gente en aquellos momentos.

Borró de su buscapersonas el mensaje que había aparecido hacía solo unos momentos: PAQUETE COLOCADO, JACQUES.

—Bien. —Por medio del punzón, marcó aquel ítem en la pantalla sensible al tacto.

Mientras Duncan, fumando un cigarrillo mentolado, conducía el vehículo en dirección norte por la angosta carretera bordeada de hierba, Phillips sacó su reloj de bolsillo y, tras consultarlo, miró la pantalla de su agenda electrónica. Sonrió satisfecho al ver que estaban cumpliendo el horario previsto.

—Vamos bien. —Se volvió en el asiento para mirar a Yvette y Rusty, que ocupaban los asientos posteriores. Ambos tenían los rostros encendidos a causa de la excitación—. El éxito solo se alcanza por medio de la planificación cuidadosa —les dijo—. Y no cabe duda de que hemos sido cuidadosos.

—Usted siempre lo es, señor Phillips —dijo Rusty.

Duncan se quitó de los ojos un mechón de cabellos y, apartando la vista de la carretera, miró hacia el pasajero que iba junto a él.

—Estamos a menos de un kilómetro de la garita de guardia, señor Phillips —anunció con su marcado acento australiano y arrojó el cigarrillo por la ventanilla.

—Muy bien, para al borde de la carretera, por favor. Yvette, querida, ¿te importa conducir? Dentro de unos momentos nos harán falta tus expertos servicios.

—*Oui, monsieur* Phillips —dijo ella.

El coche se detuvo sobre la hierba aplastada y húmeda que había junto a la carretera y los neumáticos dejaron sus huellas junto a las otras muchas que ya había en el blando y arenoso terreno. Duncan puso el coche del gobierno en punto muerto, abrió la chirriante portezuela, se apeó y mantuvo la portezuela abierta para la rubia amazona.

Phillips examinó la zona mientras Duncan e Yvette cambiaban de puestos. La

carretera estaba desierta. Como iban en un vehículo de la NASA, les había sido posible acceder a la vía de seguridad del este, por la que habían llegado aquella mañana desde Cabo Cañaveral. El terreno no tenía nada que ver con el paisaje quebrado y rocoso al que Phillips se había acostumbrado durante su infancia y juventud en la costa de Nueva Inglaterra; aquí, en las marismas, sin duda serían detectados si hacían algo que se saliese de lo normal.

Yvette se colocó al volante y echó el asiento hacia atrás hasta el tope. Ajustó el retrovisor y luego accionó el intermitente izquierdo antes de reincorporarse a la carretera desierta. Condujo el blanco automóvil del gobierno justo al límite de velocidad marcado, y ni por un momento pisó la línea central de la carretera.

Phillips volvió a concentrarse en su agenda electrónica y fue tocando con el punzón los otros puntos de su lista.

—Rusty —dijo—, ¿seguro que todos los sensores de movimiento están desconectados? Los bucles de vídeo que está emitiendo el búnker de comunicaciones ¿crean la ilusión perfecta?

—Desde luego, señor Phillips —dijo Rusty—. Escogí un vídeo que encajase con las condiciones climáticas y horarias de este lanzamiento. Los de la NASA no quitan ojo a sus pantallas, pero no saben que lo que están viendo es el lanzamiento del año pasado. Tarde o temprano alguien se dará cuenta de las diferencias, pero para entonces ya les habremos tomado el pelo un buen rato.

Phillips marcó el ítem como realizado y luego enderezó el pin blanco y dorado que llevaba en la solapa y que reproducía un transbordador espacial. El buscapersonas sonó en su bolsillo y lo sacó para leer el breve mensaje que aparecía en la minúscula pantalla: LISTO, MORY.

—Ah —dijo sonriente—, nuestros amigos acuáticos están en sus puestos. Espléndido. —Utilizó el punzón gris oscuro para marcar el siguiente ítem de la lista, y luego cerró la tapa de su agenda electrónica—. A la fase uno solo le quedan dos etapas. Todo se está efectuando con meritoria eficiencia.

—Estamos llegando a la garita, *monsieur* Phillips —dijo Yvette reduciendo velocidad.

—Pues adelante, ¿a qué esperamos? —dijo Phillips.

En el asiento posterior, Duncan comentó:

—A partir de hoy ya no tendremos que volver a trabajar hasta que nos muramos, compañeros.

Phillips se volvió hacia él y le dirigió una mirada reprensiva.

—No nos anticipemos, Duncan.

No mucho mayor que una cabina telefónica, la garita de guardia se alzaba solitaria a un lado de la carretera. En un cartel se leía en letras rojas sobre fondo blanco: atención, zona restringida.

Un viejo con bigote estaba junto a la garita, sentado en una silla de vistosos colores de las que se podían adquirir por unos pocos dólares en cualquier



hipermercado. Al ver aproximarse el vehículo blanco de la NASA, el guardia se puso en pie y se quedó esperándolos. Por la desenvoltura con que se movía y la expresión amistosa de su rostro, saltaba a la vista que el hombre no esperaba contratiempo alguno. En las últimas horas debían de haber pasado más de un centenar de coches por aquel punto. El viejo no sería problema.

Yvette detuvo suavemente el coche y el guardia se dirigió a la ventanilla del conductor. La mujer bajó el cristal y puso el cambio en punto muerto para poder utilizar las dos manos.

—Dispense, amigo —dijo Phillips arrojándose a Yvette—, ¿se va por aquí a la zona de lanzamiento?

Yvette susurró:

—Necesito espació, *monsieur* Phillips... ¿puede apartarse un poco?

Phillips se retiró y quedó pegado a la portezuela derecha.

—Lo lamento, señores —dijo el guardia con acento hispano al tiempo que se inclinaba junto a la ventanilla de Yvette. El tipo era moreno y tenía un protuberante abdomen—. Esta zona ha sido evacuada a causa del lanzamiento. Más allá de este punto no hay nadie. El último camión con operarios de la plataforma de lanzamiento estará aquí en cualquier momento. Tendrán que volver a la carretera principal y estacionar allí para ver el lanzamiento, o bien pueden ir dando un rodeo hasta el mirador para visitantes distinguidos de Banana Creek. —Fruunció el entrecejo—. ¿Me enseñan sus pases, por favor?

—Pues no, me temo que no —dijo tranquilamente Phillips.

El guardia alzó las cejas.

—¿Cómo? —Se asomó al interior del coche, como si no diera crédito a lo que Phillips acababa de decir.

Yvette actuó con felina rapidez. Pasó el brazo izquierdo sobre el cuello del viejo guardia y tiró de él. El hombre se debatió y gimió al aumentar Yvette la presión. Luego, la mujer empujó la cabeza hacia abajo al tiempo que la hacía girar. La laringe del viejo se quebró contra el borde del cristal. Un seco chasquido resonó en todo el coche, y el guardia quedó inerte. Sus ojos, desorbitados por el asombro, no tardarían en adquirir el vidriado brillo de la muerte.

—¿Se le atragantó algo? —preguntó Phillips, que tendió la mano, agarró por los pelos la cabeza del guardia y la empujó hacia afuera, apartando al viejo de la portezuela del conductor para evitar mancharse el traje.

A Phillips le asombraba lo bien que se había movido Yvette en un lugar tan angosto. ¡Fantástico! Aparte de una profesional consumada, aquella mujer era entretenidísima. La única persona que remotamente podía compararse con ella era Jacques, su adorado amante.

Duncan se apeó del coche mientras Rusty enfundaba la pistola con silenciador que había sacado por si Yvette tema dificultades. Yvette permaneció al volante mientras los otros se ocupaban de sus cometidos. Ella ya había cumplido con el suyo.

Phillips aguardó impasible junto a ella.

—Ábreles el maletero, Yvette —ordenó.

Duncan se inclinó sobre el cuerpo del guardia, lo agarró por debajo de las axilas y, tras despojarlo de su arma corta, lo arrastró sobre la hierba hasta el montón de hojas y maleza que había detrás de la garita. Lo dejó allí de forma que no fuera visible desde la carretera. Se despojó del anónimo mono de trabajo que llevaba y bajo él apareció el uniforme gris del personal de seguridad de la NASA. Se arrodilló, le quitó la placa al guardia y se la prendió en su propia camisa. Luego dobló el mono de trabajo y lo escondió tras el cuerpo.

Rusty sacó del maletero una caja de minas terrestres cuidadosamente embaladas y fue a dejarlas tras la garita, junto a un viejo y estropeado dispensador de agua. Un triciclo todoterreno que parecía un descomunal juguete se encontraba estacionado junto a la garita. Después Rusty transportó hasta el mismo punto los trípodes, los cables para trampas, los sensores de movimiento y cinco fusiles de asalto automáticos FAMAS G2. Estos los dejó junto a la garita para que Duncan los montase una vez se hubiera instalado en su puesto.

Phillips salió un momento del coche para estirar las piernas. Atisbó con curiosidad en el interior de la garita de guardia, preguntándose qué clase de hombre era capaz de pasarse allí todo el día muerto de aburrimiento esperando a que ocurriera algo... y que, cuando al fin ocurría, no estaba preparado para ello. Negó con la cabeza.

Numerosas pegatinas de misión adornaban las paredes, los trofeos de caza de aquel pobre diablo. Sobre el moteado mostrador de fórmica había un distintivo de misión nuevo, el correspondiente al vuelo del *Atlantis* de aquella mañana. En el parche, polícromo y lleno de bordados, aparecían un oso y una águila. Qué patriótico. Phillips tomó el distintivo entre los dedos y palpó la áspera y regular textura de los finos bordados.

Con una sonrisa en los labios, el hombre se echó el distintivo al bolsillo y luego se alisó la chaqueta del traje.

—Será un bonito recuerdo... y quizá algún día valga algo. —El lanzamiento... o la ausencia del lanzamiento de aquella mañana, pasaría sin duda a la historia.

Phillips se volvió para ver la lejana lanzadera espacial posada sobre su plataforma. El transbordador espacial permanecía inmóvil, como un corcel en espera de que le soltaran las cuerdas para saltar al vacío del espacio. Contempló, admirado, la lanzadera. Una máquina realmente extraordinaria. Una auténtica maravilla tecnológica. La obra cumbre de la ingeniería humana. Elegante, esbelta, asombrosamente complicada... aunque de apariencia engañosamente sencilla.

Deseaba sinceramente que no fuera necesario hacerla volar en pedazos.

Rusty se limpió las manos en el mono, regresó al coche y montó por la portezuela posterior.

—¿Nos vamos?

—Bueno, Duncan, ocupa tu puesto en la garita —dijo Phillips—. El vehículo de los técnicos está a punto de regresar tras efectuar las últimas comprobaciones de rutina en la plataforma de lanzamiento. No te olvides de saludar al conductor, porque aquí todos somos amigos. Luego echa la barrera, coloca las minas terrestres y monta los puestos de tiro.

—Descuide, señor Phillips —dijo Duncan antes de acomodarse en la vistosa silla de lona, bostezar, como un auténtico guardia de seguridad, y dejar su fusil de asalto bajo la silla.

Yvette puso el coche en movimiento. Phillips cerró la portezuela, se ajustó el cinturón de seguridad y consultó de nuevo su reloj de bolsillo.

—Y ahora, sin perder ni un instante, al Centro de Control de Lanzamiento —dijo—. Hemos de cumplir nuestro horario.

## Plataforma de lanzamiento 39A

Jacques ni siquiera pestañeó cuando sonó la sirena de la plataforma anunciando la suspensión prevista de la cuenta atrás a la hora H menos veinte minutos. Sobresaltadas por el súbito sonido, unas garcetas blancas levantaron el vuelo desde los mangles que crecían en las proximidades del complejo de lanzamiento. La actividad en la plataforma se intensificó mientras el último equipo de técnicos se disponía a marcharse.

Una voz resonó por el sistema de megafonía.

—Que todos los técnicos despejen la zona. Estamos listos para continuar con la cuenta atrás. Repito: que todos los técnicos despejen la zona. Una vez despejada, la cuenta atrás proseguirá en H menos veinte minutos.

La tropa de técnicos vestidos de blanco comenzó a salir ordenadamente de la lanzadera. Algunos operarios aguardaban los elevadores de la estructura fija de servicio. Los que ya se encontraban a nivel del suelo se dirigieron hacia los autobuses que los esperaban.

Silbando de satisfacción, Jacques recogió su caja de herramientas y se incorporó al grupo de técnicos de la NASA. Sin el artefacto explosivo y los detonadores, su caja de herramientas pesaba diez kilos menos.

Iniciando el largo descenso en el ascensor, Jacques dirigió una última mirada al brazo de acceso del oxígeno gaseoso. Desde la torre de servicio, el paquete de plástico resultaba invisible ya que se confundía con la espuma aislante que recubría el inmenso depósito externo. Cuando la cuenta atrás se reanudase, el brazo de acceso se retraería y dejaría la bomba aislada e inalcanzable.

El ascensor se detuvo en el nivel 250. Entraron dos técnicos que apenas se fijaron en Jacques. Uno llevaba una tablilla y charlaba con su compañero que, por el símbolo que aparecía en su distintivo, era un técnico en prácticas. Ambos estaban enzarzados en una discusión acerca de la lista de comprobación final de la cuenta atrás.

Jacques se volvió para que sus compañeros no pudieran verle el rostro. Estaba actuando con la misma impasibilidad que cuando él e Yvette se dedicaban a buscar clientes por las calles de Cahors y vendían sus cuerpos como si se encontraran desconectados de la realidad circundante. Ahora, lo mismo que entonces, la única forma de sobrevivir era desconectando el cerebro del cuerpo. Hacer lo que fuera necesario.

Cuando era más joven, le había resultado difícil aceptar dinero de extraños, hacer lo que sus clientes desearan. Nunca trató de entender qué placer sacaban de sus actos, porque Jacques sabía que él siempre regresaría a los brazos de Yvette. Ella lo

consolaba y arrullaba, y luego hacían el amor, intentando ambos limpiarse la mancha de haberse prostituido. Para ellos, aquel fue el único modo de sobrevivir en las calles.

Mientras el ascensor seguía andamio abajo, Jacques volvió a desconectarse de su cuerpo para repasar el plan de *monsieur* Phillips. El técnico que acababa de matar no era más que una insignificante pieza sacrificada a fin de alcanzar sus objetivos. *Monsieur* Phillips lo habría llamado una «inversión». Jacques tenía en la mano la tarjeta electrónica del difunto. Para que existiera la certeza de que nadie se había quedado atrás, antes de salir, todo el personal tenía que pasar sus tarjetas de identificación por una máquina lectora. La NASA no reanudaría la cuenta atrás hasta que la zona se encontrara totalmente despejada.

Vio que el transporte de personal armado se encontraba detenido al borde del complejo de lanzamiento. Un técnico se acercó al vehículo para llevar una botella de agua a los guardias estacionados en el interior. Espléndido. Nadie sospecharía nada.

La última batería de focos de la torre articulada de servicio arrojaba sobre el terreno un resplandor más brillante que la luz del sol de la mañana. Jacques observó el flujo de técnicos que abandonaban la zona. Resultaba difícil verlos bien debido a la iluminación desigual. Junto a los accesos había guardias de seguridad, pero todos ellos miraban hacia afuera. Jacques sintió una cálida oleada de satisfacción: nadie sospechaba que la amenaza pudiera proceder de dentro.

El ascensor se detuvo al nivel del suelo, y los dos técnicos que iban con Jacques salieron de la cabina. Jacques atravesó un puesto de control computerizado tras pasar su tarjeta por el aparato lector. Lo hizo con premeditada torpeza y, simulando no haber tenido éxito en su primer intento, cambió su tarjeta por la del técnico muerto y la pasó de nuevo por el lector. Con ello, la cuenta del personal cuadraría a la perfección.

Un grupo se dirigió a la derecha, hacia el primer autobús. Jacques se unió a él y, mientras los demás montaban en el vehículo, retrocedió lentamente hacia la inmensa trinchera ignífuga, a cuyo fondo no llegaban las luces de los focos. En aquel oscuro escondite, Jacques se despojó rápidamente de su mono de trabajo blanco, bajo el cual llevaba otro mono, este de camuflaje. Miró en torno y vio que no había nadie en los alrededores.

Hizo un rebujo con el mono blanco y lo metió en la casi vacía caja de herramientas. Resultaba excesivamente arriesgado dejar el mono tirado por allí. Caja de herramientas en mano, Jacques se dirigió cautelosamente hacia el transporte de personal armado. Como, gracias a Yvette, las cámaras de seguridad solo emitían un bucle continuo de imágenes de paisaje, él se encontraba a salvo de los sistemas de vigilancia electrónica.

El transporte de personal armado se encontraba detenido en una posición estratégica a cosa de kilómetro y medio de la lanzadera, cerca del lugar en que los cables que actuaban como salidas de emergencia estaban amarrados a tierra. El vehículo estaba allí para, en caso necesario, acudir con la mayor rapidez posible al

rescate de los astronautas.

Pero Jacques tenía planes muy distintos para el transporte de personal armado.

## Centro de Control de Lanzamiento

Cuando Yvette metió el blanco coche de la NASA en el atestado estacionamiento del Centro de Control de Lanzamiento, Phillips señaló hacia la izquierda y dijo:

—Ahí tienes un hueco. Ni que nos estuvieran esperando.

Yvette condujo entre vehículos de todo tipo hasta el lugar indicado. Phillips leyó lo escrito en el bordillo con letras negras sobre fondo blanco:

—«Solo para coches oficiales» —dijo—. O sea, que estamos en el lugar debido. No me gustaría cometer ninguna infracción.

En el asiento trasero, Rusty se echó a reír. Phillips se volvió y lo miró enarcando una ceja. El pelirrojo se calló.

A pesar de que Rusty lo sacaba de quicio con frecuencia, Phillips, en recuerdo de los buenos tiempos, se abstenía de deshacerse de él... aunque cada vez le resultaba más difícil soportarlo.

Cuando su cartera de inversiones perdió todo su valor, y él mismo desapareció del patio de operaciones de la bolsa, Phillips se vio obligado a cometer un «suicidio físico». Desaparecería con unas sabrosas ganancias, aunque sus propias inversiones hubieran sido desastrosas y hubiesen acabado con una otrora cuantiosa fortuna familiar. Se levantaría de entre las cenizas como una nueva persona e iniciaría una nueva vida sin ataduras con el pasado.

Pero, una vez hubo trucado su Porsche descapotable para que se despeñara por un risco de la costa de Nueva Inglaterra y lanzó el vehículo hacia la destrucción contra las rocas batidas por las olas, Phillips se volvió y vio que Rusty había detenido su vieja camioneta para contemplar el espectáculo y sonreía, aparentemente muy divertido por las acciones de Phillips.

Rusty, que se había dado cuenta de lo que el otro se proponía, se echó a reír y llevó a Phillips a su propia casa. Rusty estaba deseoso de emociones y aventuras, y no tenía absolutamente nada que perder. Desde aquel primer momento, siempre se comportó como un valioso cómplice: un hombre al que no le importaba mancharse las manos y que no llamaba la atención en lugares a los que Phillips no se rebajaría a ir. Rusty compensaba con entusiasmo su falta de discernimiento.

Ahora había llegado el momento de cosechar el fruto de tantos y tantos desvelos. Y si no era ahora, ya no sería nunca.

Los tres se apearon del coche; Phillips se guardó en el bolsillo de la chaqueta la agenda electrónica y se echó una pastilla de menta a la boca.

—¿Todos listos? Comienza el espectáculo.

Alzó la vista hacia el alto edificio blanco. El Centro de Control de Lanzamiento,

construido en el estilo arquitectónico de mediados de los años sesenta, tenía cuatro pisos de altura. La fachada que daba a las plataformas de lanzamiento estaba tachonada de angostas ventanas verticales cubiertas por grandes postigos negros de protección que fueron instalados en la época de los vuelos Apolo, cuando los inmensos cohetes Saturno V despegaban con tal violencia que podía darse el caso de que llegaran pequeños cascotes al Centro de Control de Lanzamiento, situado a casi cinco kilómetros de distancia.

Rusty abrió el maletero del coche y sacó las armas. Tras quitar el seguro de pulgar, lanzó a Yvette una pistola Colt OHWS provista de silenciador y supresor de fognazo. La joven la atrapó y se la metió en la cintura del holgado mono. Luego empuñó su fusil automático de asalto FAMAS G2 y se guardó varios cargadores de munición. Rusty se echó al bolsillo su propia Colt OHWS y agarró para sí otro fusil de asalto. Tendió una Beretta de 9 milímetros a Phillips, pero este la rechazó con cortés ademán.

—Como quiera, señor Phillips.

Se guardó la Beretta en otro bolsillo. El hombre, cuyo pecoso rostro reflejaba gran entusiasmo, se echó al hombro una mochila llena de munición.

En el exterior del estacionamiento del CCL habían dejado otro guardia muerto, y en esta ocasión ni siquiera se molestaron en utilizar a un sustituto disfrazado. A Phillips casi le desagradaba lo fáciles que estaban resultando las cosas: hacía solo seis meses que habían saboteado el cohete Ariane, y él había esperado que la NASA escarmentase en cabeza ajena; pero no. Sospechaba que, después de lo que iba a ocurrir, habría unos cuantos jefazos que se quedarían sin empleo.

La hora de la sutileza había concluido. Ahora el plan requería decisión y rapidez. Debían entrar en el edificio sin llamar la atención. Las cámaras de televisión y las gradas de la prensa se encontraban a cosa de un kilómetro hacia el norte, y ellos podrían convertir el Centro de Control de Lanzamiento en una bien armada fortaleza repleta de rehenes.

—Entremos —dijo Phillips. Se ajustó la corbata y el pin del transbordador espacial—. No me gusta depender demasiado de la suerte.

Le abrió la puerta a Yvette y esta agradeció la cortesía con una inclinación.

El vestíbulo estaba decorado con sillones mullidos color azul oscuro, teléfonos y una maqueta de todo el Centro Espacial Kennedy. Rusty mantenía la pistola con silenciador apuntada hacia el techo. Yvette se echó al hombro izquierdo su fusil de asalto.

Nada más entrar en el vestíbulo, un vigilante armado se volvió hacia ellos. Otro, sentado tras un escritorio, se levantó sorprendido al ver las armas.

—¡Escuchen! ¡No pueden...! —El otro guardia hizo ademán de sacar el arma de su pistolera.

Rusty bajó la pistola e hizo dos rápidos disparos. El arma silenciada tosió dos veces y los dos guardias se derrumbaron sobre el suelo de linóleo.



—Vamos a tiro completo —dijo Yvette.

—Se dice «a tiro hecho» —la corrigió Rusty.

Phillips señaló hacia la puerta de los servicios.

—Meted los dos cuerpos en el servicio de señoras. Probablemente se usa menos que el de hombres, a no ser que la NASA haya contratado a gran cantidad de personal femenino desde la última vez que investigué.

—¿Qué hacemos con la sangre? —preguntó Rusty señalando el suelo.

—El personal nocturno de limpieza tendrá que ocuparse de ella —dijo Phillips—. Démonos prisa.

Rusty e Yvette agarraron cada uno a un guardia por los brazos y arrastraron los cuerpos sobre el suelo de linóleo. Los negros zapatos de los guardias chirriaron sobre la lisa superficie. Yvette abrió con el pie la puerta de los servicios y entró. Rusty la siguió inmediatamente.

Phillips entretuvo la espera inspeccionando como un turista los modelos educativos que se encontraban en exhibición. Frunció los labios y estudió la maqueta de la planta ensambladora de vehículos cúbica, de la plataforma de lanzamiento 39A y de la planta de reparación de vehículos orbitadores, donde se revisaban y acondicionaban los transbordadores espaciales antes de cada misión. La pared de la izquierda estaba cubierta de placas de madera con los distintivos de misión de cada lanzamiento del transbordador espacial. De cada placa colgaban dos pequeñas etiquetas metálicas en las que estaban grabadas las fechas de lanzamiento y de aterrizaje de cada misión espacial.

En el servicio de señoras se oyó un agudo grito que fue seguido por otra tos de la pistola con silenciador. Phillips frunció el entrecejo y sacó el reloj de bolsillo. No quería impacientarse, pero el tiempo comenzaba a apremiar. ¿Con quién se habría tropezado ahora Rusty?

Yvette y Rusty salieron del servicio y la puerta de madera se cerró silenciosamente tras ellos. Rusty se frotó las manos, como orgulloso de un trabajo bien realizado. Yvette, con las mejillas arrojadas por la excitación, lanzó un suspiro y volvió a guardarse la pistola en el bolsillo.

—Dentro había una mujer retocándose el maquillaje —explicó.

—¡Estaba hecha un asco! —rió Rusty—. ¡De veras!

Phillips hizo una mueca de desagrado. El pelirrojo carecía por completo de tacto. Aunque Rusty le había sido útil en el pasado, después de aquella misión tendría que replantearse si seguía utilizando sus servicios.

—Qué mala suerte —dijo Phillips. Lanzó un suspiro, pues se sentía eufórico: habían rebasado el último obstáculo que los separaba del centro de control—. Démonos prisa.

Comenzó a cruzar el vestíbulo, seguido por los otros dos. Sabía exactamente adonde dirigirse. Había estudiado aquella misión durante tanto tiempo como el que la NASA empleaba normalmente para preparar un lanzamiento. Conocía el interior del

Centro de Control de Lanzamiento tan bien como la casa de Connecticut en la que pasó su niñez. Incluso mejor, porque había soñado con llegar allí, al centro neurálgico del sistema espacial, mientras que hacia la vieja y fría mansión de su madre no sintió más que odio. La casa de su madre era oscura y solitaria, el CCL era un lugar dinámico, lleno de energía. Un preludio del futuro.

Se metió por el corredor de la izquierda. El edificio era una reliquia de los sesenta. Las paredes estaban cubiertas por una gruesa capa de pintura *beige*, el zócalo era de vinilo color castaño y el suelo, de linóleo. Phillips movió la cabeza ante tan austera decoración. Una agencia como la NASA, que utilizaba tecnología punta, debería tener unas instalaciones más modernas y elegantes... Sin embargo, todo aquello parecía salido de una vieja serie de televisión. Imperdonable, se dijo, pero significativo.

—El centro de control de lanzamiento propiamente dicho se encuentra en el tercer piso —anunció Phillips—. Si logramos llegar al palco VIP del entresuelo sin que nadie nos descubra, la cosa está hecha. —Se alisó con los dedos las solapas de su traje.

—¿Subimos por la escalera? —preguntó Rusty.

Phillips frunció los labios y negó con la cabeza.

—No, usaremos el ascensor. Es absurdo que nos cansemos innecesariamente. Necesitaremos nuestras energías para... otras cosas.

Notaba el efecto de la adrenalina que inundaba su corriente sanguínea. El nerviosismo que sentía le recordó la primera vez que apareció por el patio de operaciones de la bolsa. Estaba a punto de dar el mayor golpe de su vida.

Rusty comenzó a reír de nuevo, y esta vez Phillips hizo caso omiso de él.

## Centro de Control de Lanzamiento

A su regreso a la planta principal del Centro de Control de Lanzamiento, Nicole Hunter pasó su tarjeta por el lector magnético a fin de obtener acceso.

—La tripulación ya se encuentra en el transbordador, y la escotilla está cerrada —le anunció uno de los jefes de estación—. Plataforma despejada y lista.

—Justo según el horario —dijo Nicole tras echar un vistazo al reloj mural de la cuenta atrás.

Aunque el comandante Franklin y su tripulación eran profesionales expertos, a ella, en su calidad de directora de lanzamiento, le incumbía cerciorarse de que todo ocurriera en el momento exacto. Recuerda el axioma de las cinco P, se dijo.

«Pausados preparativos previenen peligrosos percances». Se pasó rápidamente una mano por el dorado cabello y luego siguió su camino, tensa como una cuerda de violín... y encantada de ello.

Una jefa de estación alzó la vista y anunció:

—El último autobús ha regresado de la plataforma. Se han cortado Beach Road, Kennedy Parkway y el acceso del vehículo oruga.

—Anotado —dijo uno de los otros técnicos.

—Puertas de perímetro seis T, cuatro y dos C, en verde. La vigilancia aérea informa de que no hay novedad en la zona —anunció otro.

—Transporte de personal armado en su puesto para posible rescate de emergencia. En espera.

Nicole bajó la mirada a su propia lista de comprobación y estudió los distintos puntos. La información fue manando hacia ella como el agua de una boca de riego. Todas las estaciones fueron anunciando que se encontraban listas. Nicole dirigió la vista a un monitor de televisión. A través de las cámaras de la plataforma de lanzamiento llegaba la imagen de la augusta e inmensa lanzadera, con su depósito externo color rojo óxido y sus cohetes aceleradores de propulsante sólido, que parecían largos y gruesos lápices pegados a cada lado. La torre articulada de servicio se había apartado, pero el brazo de servicio de la «caperuza» seguía en su lugar en la cúspide del depósito externo. Al fondo de la pantalla se veía el cielo y unas menudas nubes —cirros— flotando en él.

Nicole miró por la ventana; el cielo de la mañana estaba totalmente despejado, sin una sola nube. Qué raro. Apuró su café hasta los posos y tiró a la papelera la taza de plástico. Olvidó la discrepancia en cuanto alguien volvió a requerir su atención.

—Los guardias de las garitas nos están dando el «todo en orden». Ningún problema... —El hombre frunció el entrecejo, habló de nuevo para su micrófono y

quedó a la espera—. Falta el informe de uno de los guardias.

Nicole sintió una punzada de preocupación.

—¿El de alguna de las puertas del perímetro?

—No, todas las puertas del perímetro han dado la luz verde —respondió el hombre—. Se trata de la garita situada en el exterior del Centro de Control de Lanzamiento. Aquí mismo, no en las inmediaciones de la plataforma de lanzamiento.

Nicole lanzó un suspiro de alivio.

—Probablemente habrá salido a observar la lanzadera con los prismáticos. Avisen a control de seguridad. Que vayan a la garita y reprendan al guardia por abandonar su puesto. Sigamos con la cuenta atrás.

Mirando en torno, vio que en todas las estaciones los técnicos estaban absortos en su trabajo. Unos hablaban por teléfono y otros permanecían atentos a las pantallas de sus ordenadores. Impresoras matriciales levantaban acta del cumplimiento de cada paso. Todo el CCL era una máquina perfecta funcionando a pleno rendimiento.

Se tocó la llavecita que pendía de la cadena de oro de su cuello y sonrió, totalmente satisfecha de sí misma y de su posición.

Nicole hizo una seña a su ayudante, un sosegado hombre de mediana edad con el pelo cortado a cepillo.

—Sustitúyame unos minutos —dijo—. Voy al palco VIP, a tranquilizar a unos cuantos y a amansar a un caimán.

Traspuso las puertas de vidrio con ayuda de su tarjeta y subió por la escalera al entresuelo, donde los invitados contemplaban la actividad de abajo como si fueran espectadores en un parque zoológico. A aquellas alturas, los técnicos estaban ya acostumbrados a trabajar bajo el cristal de una lupa.

El embajador Andrei Trovkin, el agregado ruso, permanecía en pie con las manos a la espalda, mirando por las angostas ventanas en dirección a la plataforma de lanzamiento. Sobre un pequeño promontorio situado más a la derecha se alzaban las gradas de la prensa, atestadas de equipos de televisión y fotógrafos. Tendrían una impresionante vista del lanzamiento, al otro lado del río Banana, en dirección a Cabo Cañaveral. Una serie de blancas edificaciones separadas mostraban los logos de las principales cadenas de televisión: ABC, NBC, CBS y CNN. Tras ellas se encontraban los viejos remolques del Departamento de Prensa de la NASA. Sobre un elevado mástil, una bandera norteamericana colgaba flácida en el quieto aire de la mañana.

—¿Qué tal le sienta el suspense, embajador Trovkin? —le preguntó Nicole al ruso.

El hombre se volvió y le dirigió una sonrisa preocupada.

—Estoy pasmado de lo maravillosamente públicos que son los lanzamientos norteamericanos —dijo—. En Rusia ni siquiera los anunciaban. Ah, y llámeme Andrei, por favor.

—Lo haré si usted me llama Nicole.

—Gracias —dijo el ruso con una inclinación.

Ella se volvió hacia uno de los ordenanzas.

—¿Puede traerme otro café, por favor? Dos terrones...

El joven hizo un gesto de asentimiento.

—... y sin leche —dijo—. Lo recuerdo, señora Hunter.

Se volvió hacia la escalera y en aquel momento sonó el ding-dong del ascensor. Se abrieron las puertas y salieron tres desconocidos que cortaron el paso al ordenanza. Uno de los recién llegados, una escultural rubia con el pelo tan rubio que más parecía blanco, empujó al ordenanza contra el muro como si espantase a un moscón. Los desconocidos subieron ágilmente la escalera que conducía al entresuelo y se desplegaron.

Con la visión de imagen congelada que produce la adrenalina, Nicole advirtió que la rubia llevaba un fusil automático de asalto. Un hombre que apareció junto a ella —pelo color zanahoria y rostro salpicado de pecas— blandía dos pistolas, una con el cañón fálicamente prolongado por un largo silenciador, y llevaba en bandolera un fusil automático de asalto.

Entre ambos había un hombre impecablemente vestido que parecía ser el jefe. Era bajo, de poco más de metro y medio, y vestía un elegante traje de finas rayas. En la solapa llevaba un pin con un transbordador espacial blanco y dorado. Su actitud y su aspecto parecían los de un mayordomo inglés.

—¿Se puede saber quiénes son ustedes? —preguntó Nicole sintiendo una opresión en el pecho, y retrocedió para pulsar el botón de la alarma silenciosa que alertaría a los guardias del vestíbulo.

—La alarma no servirá para nada —dijo el tipo elegante con expresión ligeramente reprobatoria—. Me temo que abajo no hay nadie que pueda responder a su llamada.

El pelirrojo se echó a reír y el tipo de corta estatura le dirigió una mirada fulminante que lo hizo callar. Luego, volviéndose al resto de los visitantes que ocupaban el palco, dijo:

—Les ruego que me presten atención. Me llamo Phillips. Creo que disponemos de unos cinco minutos antes de que llegue el primer contingente de fuerzas de seguridad, así que quisiera explicarles cuáles son las reglas de este juego. Yvette, Rusty, venid junto a mí, por favor.

Trovkin, el senador Boorman, sus ayudantes y el resto de los invitados se pusieron en pie entre indignados y perplejos, con la vista fija en las amenazadoras armas que blandían los recién llegados. Los periodistas que acompañaban a Boorman se dieron cuenta de que estaban ante una gran noticia y apuntaron sus cámaras hacia Phillips y sus dos compañeros.

Nicole permanecía paralizada, con la cabeza dándole vueltas. No lograba recordar cuáles eran las normas que le habían enseñado para lidiar con una situación como aquella.

—Disculpen la intrusión —dijo Phillips—, pero lamentablemente no he tenido

más remedio. Se producirán ligeras modificaciones en el plan de lanzamiento de hoy, pero sé cuál es su intervalo de lanzamiento, señora Nicole Hunter. —Aunque la identidad de la directora de lanzamiento no era ningún secreto, a Nicole le sobresaltó que el hombre conociera su nombre—. Así que haré todo lo posible por evitar una demora. Sé lo costoso que resulta retrasar el lanzamiento de un transbordador espacial.

Nicole parpadeó. Aquello era una locura. A no ser que el tal Phillips tuviera a todo un ejército protegiéndolo, en el plazo de unos minutos se presentarían allí, literalmente, centenares de hombres de la NASA, el ejército y la policía estatal.

—Sea usted quien sea, creo que subestima las defensas de este centro espacial.

Dio un paso hacia adelante, pero se detuvo cuando el tipo pecosó apuntó hacia ella una de sus pistolas desde menos de metro y medio de distancia.

—Gracias, Rusty —dijo Phillips. Y, volviéndose hacia Nicole—: Si a las fuerzas de seguridad se les ocurre irrumpir aquí como un puñado de superhéroes, puede que se encuentren con obstáculos inesperados.

Cuadrando los amplios hombros, Andrei Trovkin, con el rostro congestionado por la ira, fue a colocarse junto a Nicole.

—¿Cómo se atreve a entrar aquí con armas? ¡La mitad de los tripulantes de esta misión son rusos! ¡Está usted provocando un incidente internacional!

Phillips crispó los labios, como molesto por la interrupción. Estudió la chapa de identidad que Trovkin llevaba en el pecho. El elegante hombrecillo apenas llegaba a la altura del esternón del ruso.

—Bien, mi foráneo amigo, aprovechemos los escasos minutos que nos quedan hasta que las fuerzas de seguridad de la NASA asomen sus feas cabezas.

Sacó de un bolsillo una agenda electrónica, levantó la pantalla de cristal líquido, sacó el punzón y tocó con él la pantalla para abrir un archivo que luego estudió con atención.

—¡Aquí está! —dijo triunfal—. Andrei Ivanovich Trovkin, nacido en Bielorrusia, se graduó en ingeniería y ciencias aeroespaciales, estudió en la academia de las Fuerzas Aéreas y completó su adiestramiento como cosmonauta, pero fue excluido —pronunció la palabra con desagrado— del servicio como cosmonauta debido a un soplo cardíaco. Lástima. —Negó con la cabeza—. A Deke Slayton le ocurrió lo mismo, pero al final tuvo la oportunidad de volar en la misión Apollo-Soyuz, así que no pierda usted la esperanza.

Mientras Trovkin farfullaba algo, Nicole se volvió hacia Phillips, calmada y profesional. Dentro de unos minutos se presentarían las fuerzas de seguridad, y ella quería que el elegante hombrecillo siguiera hablando.

—Veo que se ha informado usted a conciencia. ¿Por qué no nos dice qué se propone?

El senador Boorman se adelantó con la actitud indignada e imperiosa que debía de ser su marchamo en el Senado.

—Nuestro país tiene la norma expresa de no negociar con terroristas. Se proponga usted lo que se proponga, no lo conseguirá. —Las cámaras de vídeo se volvieron inmediatamente hacia él y captaron la escena con todo detalle.

—Vaya, el senador Boorman —dijo Phillips con apenas enmascarado desdén—. Veamos... —Buscó nuevos datos en su agenda electrónica—. Caramba, tiene usted un expediente larguísimo. Pero hay un punto que destaca por encima de todos los demás. —Alzó curiosamente las cejas—. ¿Cuál fue el motivo exacto de que lo arrestaran a usted llevando ropa interior de mujer al salir del dormitorio de la fraternidad femenina en mil novecientos sesenta y cinco? El veintiuno de mayo. ¿Recuerda el incidente, senador Boorman?

El senador tomó aire y luego, rojo por la ira, exclamó:

—¡No me dejaré intimidar por...!

Phillips lo interrumpió:

—Ya le he intimidado, y tengo informes acerca de todas las personas que aquí se encuentran, así que, si lo desean, podemos jugar al juego de la verdad delante de la audiencia televisiva. Aunque será mejor dejar eso para luego, porque en estos momentos tenemos un poquitín de prisa... Solo falta un minuto para que llegue la caballería. Y, como no creo que la NASA se fie de mi palabra, me temo que voy a verme obligado a demostrar la seriedad de mis intenciones. —Se acercó a una de las cámaras de vídeo situada en un rincón junto al techo, alzó la cabeza, carraspeó y, hablando para la cámara, dijo—: En primer lugar, sé que nos están viendo por los monitores de seguridad. Les aseguro que si alguien intenta asaltar este edificio, dispararemos contra los rehenes. Los mataremos a todos. Así de simple. —Chasqueó los dedos en dirección a la altísima rubia a la que había llamado Yvette.

Mientras apuntaba con su fusil al grupo de visitantes distinguidos, Yvette sacó de una de las bolsas verdes que llevaba una pequeña máscara respiratoria. Se la tendió a Phillips y este la mostró a la cámara.

—Segundo, disponemos de máscaras antigás, pero nuestros rehenes no. Si disparan bombas de gas al interior del edificio, los rehenes morirán. No necesito añadir más. —Le arrojó la máscara a Yvette y esta la atrapó con un ágil movimiento—. Así que no se les ocurra irrumpir en el edificio. Además, tengo numerosos colegas apostados en puntos estratégicos por toda la zona de lanzamiento, y tienen orden de castigar con severidad cualquier incumplimiento de las normas.

Phillips se apartó de la cámara, cruzó los brazos y escrutó con la mirada a su público.

—Señora Hunter, es usted la persona con quien deseo hablar. —Miró sesgadamente al senador—. Nunca he sentido el menor respeto por ese tipo ni por sus trasnochadas ideas.

Nicole se mantuvo inexpresiva, aunque por dentro estaba aterrorizada. Debía seguirle la corriente a aquel hombre, andarse con pies de plomo.

Phillips miró las cámaras de seguridad del techo.

—¿Te importa librarne de ellas, Rusty? Deja solo una y destruye el resto. Prefiero tener un control más directo sobre las imágenes que se emiten desde aquí.

Rusty apuntó la pistola que blandía con la mano derecha hacia las cámaras de vigilancia.

—¡Desde luego!

Realizó unos cuantos disparos que, a causa del silenciador, sonaron como secas toses y por todas partes volaron fragmentos de cristal, metal y plástico de las destrozadas cámaras.

Los reporteros de prensa apuntaron sus propias cámaras hacia el espectáculo.

Como remate, Rusty disparó otras dos veces contra los paneles acústicos del techo. Los ayudantes de Boorman se congregaron en torno a este y el resto de los presentes respingaron sobresaltados; pero Nicole consiguió, no sin esfuerzo, mantenerse impávida e inmóvil. Todos estaban pendientes de ella y, pese a que por dentro estaba como un flan, debía dar sensación de firmeza.

—Ahora, si tienen la bondad de atenderme —dijo Phillips pausadamente—, formularé mis demandas y les explicaré qué ocurrirá si ustedes no las atienden. De momento, mantengamos a los astronautas de la lanzadera ajenos a la situación, no vaya a ser que reaccionen de modo inadecuado.

Consultó su reloj de bolsillo y luego lo volvió a cerrar.

—Les aseguro que lo tengo todo bajo control. —Sonrió plácidamente—. Me encanta controlarlo todo.



## Cabina de mando del atlantis

Gator Green tendió la mano hacia la consola central de la cabina de mando del *Atlantis* y echó un vistazo a la lista de comprobación plastificada que reposaba sobre su pierna. Lo mismo que en las simulaciones, solo que esta vez la cosa era en serio. Pero carecía de importancia que él llevara traje presurizado y casco. Se detuvo antes de accionar el interruptor y leyó de la lista.

—Comprobar presurización del sistema orbitador maniobrable —dijo.

—Comprobada —respondió Marc Franklin con voz átona y profesional. Franklin, acomodado en el asiento del comandante, situado en el lado izquierdo de la cabina, leía de una lista de comprobación idéntica.

Gator accionó los dos interruptores SOM.

—Hecho. —Dirigió su atención al panel superior, cerca de Franklin—. Aumentando la presión de cabina a dieciséis coma siete libras por pulgada cuadrada.

Franklin estudió cuidadosamente las lecturas.

—Comprobación de fugas en cabina concluida.

Gator accionó el interruptor de su micrófono.

—Control, *Atlantis*. Conectada presurización del sistema orbitador maniobrable, sistema de ventilación de cabina verificado.

—Recibido.

El *Atlantis* vibraba a causa de las bombas internas, los relés y las válvulas que chirriaban bajo la constante contracción y expansión del propulsante criógeno del depósito externo. El transbordador parecía lleno de vida y ansioso de partir mientras Gator repasaba metódicamente el resto de la lista de comprobación.

Finalizada la verificación verbal, Franklin procedió a cerrar los dos interruptores de ventilación de cabina. Una vez hubieron completado la secuencia, por la radio sonó la voz de CAPCOM.

—Cambio de planes, *Atlantis*. Mantenemos la parada técnica. Permanezcan a la espera.

Gator suspiró y accionó el conmutador del micrófono.

—Recibido —dijo preguntándose qué duración tendría esta vez la demora.

Miró a Franklin. A pesar de que era el cuarto vuelo espacial del comandante, este parecía tan nervioso como un novato, aunque ocultaba su inquietud tras un forzado estoicismo que solo servía para que Gator se sintiera aún más tenso. En sus otros vuelos, Franklin había sido un simple especialista de misión. Saber que uno es responsable de toda la tripulación debe de resultar tremendo, se dijo Gator. Se preguntó si tal tensión también habría afectado a Iceberg.

Gator estaba seguro de que, si la misión hubiera seguido los planes originales, Iceberg, en aquellos momentos, habría dormido como un leño en el asiento del comandante durante toda la espera. Tenía nervios de acero, y su segura calma se habría contagiado al resto de los tripulantes imbuyéndoles la certeza de que la misión sería un completo éxito.

Recordó una barbacoa en el patio de su apartamento de Cañaveral City a la que asistieron Iceberg y Nicole. Mientras preparaba las hamburguesas, él no había dejado de intentar lucirse ante Monique, una mujer con la que, al final, solo salió durante dos meses. No había dejado de salpicar las hamburguesas con tabasco, animando a sus invitados a beber más limonada. A él se le había metido en la cabeza preparar limonada al estilo de su madre, así que se encerró toda la tarde en la cocina, la dejó hecha un asco y echó a perder una bolsa completa de limones, por lo que Iceberg y Nicole tuvieron que beberse el mejunje, les gustara o no.

Aquella misma noche, Monique le había comentado lo mucho que envidiaba la estabilidad que se evidenciaba en la relación entre Iceberg y Nicole...

Ahora, en la cabina de mando, él y Franklin no tenían nada que hacer, salvo matar el tiempo. Gator trató de reducir la tensión de la espera. Apagó el micrófono para evitar que sus palabras se oyesen en todo el transbordador e, inclinándose hacia Franklin, dijo:

—Escucha, Marc, una vez nos acoplemos con la Mir, no será difícil mantenemos conectados. ¿Qué tal si nos quedamos allí arriba un rato? Podríamos contribuir a la glásnost echando una partida de póquer con los tripulantes rusos.

Franklin, que estaba repasando la lista de comprobación, alzó la vista hacia él. Bajo el casco tenía los ojos cansados, enrojecidos.

—¿Bromeas?

Gator trató de mantenerse inexpresivo. Pues claro que bromeo.

—A lo mejor ellos quieren hacer una gira por el *Atlantis* mientras nosotros exploramos su estación hasta el último recoveco. Nadie tendría por qué enterarse.

Alexandra Koslovsky se echó hacia adelante en el sillón del especialista de misión, situado detrás de los puestos del piloto y del comandante de misión.

—¿Discutiendo sobre el plan de viaje, capitán Gator?

Franklin, tras un respingo, replicó:

—Solo estamos repasando la lista de comprobación, cosmonauta Koslovsky. — Sus palabras no sonaron convincentes.

Gator le hizo un guiño a Alexandra.

—Y pensar que podríamos haber abierto una nueva frontera en las relaciones internacionales...

Franklin torció el gesto al comprender que le estaban tomando el pelo. Antes de volver a enfrascarse en la lista de comprobación, dijo:

—Ahora que ya te has divertido, déjate de bromas, Gator.

—Vale —dijo Gator—. Solo trataba de animar un poco la espera. —Leyó otro

punto de la lista de comprobación: «Cargar plan de vuelo OPS-1 en el ordenador». Tendría que cargar el programa cuando terminase la espera.

A partir de aquel momento, lo único que había que hacer era seguir los puntos de la lista de comprobación. La cosa era parecida a prepararse para un partido en Annapolis, con la estrategia de juego fijada hacía días. Lo único que tenía que hacer era correr por el campo de fútbol mientras cuatro mil cadetes de la Marina gritaban y agitaban sus gorros blancos en las gradas, y ejecutar el plan sin cometer errores.

Como debía de haberles sucedido a todos los demás astronautas durante la última década, en el fondo de su mente estaba la imagen del desastre del *Challenger*. Apenas este hubo despegado, y mientras todos los sistemas de seguridad permanecían en verde, el transbordador hizo explosión. Era imposible estar a bordo del transbordador, esperando en la plataforma el momento del lanzamiento, y no pensar en el terrible accidente.

Gator trató de apartar de su mente tan desagradables imágenes. No podía dejarse ganar por la aprensión. Con o sin Iceberg como comandante, aquella misión seguiría adelante. Nada iba a detenerlos.

Repasó otra vez con Franklin la lista de comprobación poslanzamiento, sin perder de vista los interruptores mecánicos, los viejos tubos de rayos catódicos, los interruptores de diodos fotoemisores ni las pantallas de datos de los ordenadores. Gator se inclinó hacia la derecha y volvió a adherir la lista de comprobación a la tira de velero; luego se desperezó. Echó un vistazo al reloj de la cuenta atrás y frunció el entrecejo preocupado.

—Escucha, Marc, nos estamos acercando al límite horario.

Franklin echó un vistazo a una hilera de pilotos encendidos y comprobó él mismo el reloj de la cuenta atrás. Accionó el interruptor de su micrófono.

—CAPCOM, aquí *Atlantis*. Estáis muy callados. ¿Por qué no nos decís qué ocurre? Dadnos alguna buena noticia.

Se produjo una inquietante pausa antes de que se oyera la respuesta de Houston.

—*Atlantis*. Aquí CAPCOM. Seguimos en demora indefinida. Permanezcan en espera de órdenes.

Gator alzó las cejas y miró a Franklin.

—¿Tú qué crees? ¿Se propondrán abortar la misión? ¿Qué estará ocurriendo?

El personal de tierra tenía fama de ser excesivamente perfeccionista. Franklin torció el gesto disgustado. Accionó de nuevo el conmutador de su micrófono.

—¿Podéis darnos detalles, CAPCOM?

—Negativo. En estos momentos no disponemos de datos, *Atlantis*.

Gator activó su propio micrófono e, incrédulamente, dijo:

—Vamos, no nos digáis que no tenéis ni idea de cuál es el problema. ¿Pensáis cancelar la misión?

—La espera fue ordenada por la propia directora de lanzamiento. Os daremos más información en cuanto la recibamos del Centro Espacial Kennedy.

Gator se removió en su asiento. Permanecer de espalda con la vista en el cielo comenzaba a resultarle condenadamente incómodo.

—CAPCOM, ponédme con Pantera... Quiero decir con la señora Hunter.

—Lo sentimos, *Atlantis*. Tenemos problemas para comunicarnos con Control de Lanzamiento. Os mantendremos al corriente de lo que ocurra.

—¿Problemas para comunicarnos? —dijo Gator con clara incredulidad.

—Tenemos que cortar, *Atlantis*. Estaremos un rato sin comunicarnos con vosotros. Tranquilos. Trataremos de arreglar las comunicaciones.

Gator accionó dos veces el interruptor de su micrófono para dar a entender que había entendido las instrucciones. ¿Arreglar las comunicaciones? Era extraño. Se encogió de hombros. Probablemente se trataría de alguna insignificancia.

—No podemos hacer gran cosa —dijo Franklin—. Ya has oído a CAPCOM.

—¿Qué tal si nos soltamos los arneses para que vuelva a circular la sangre por las piernas, Marc? Es imposible saber cuánto tiempo nos harán esperar esos payasos.

Con torva expresión, Franklin replicó:

—Nuestro horario de lanzamiento no admite una demora superior a los treinta minutos, transcurridos los cuales tendríamos que reprogramar. —Comenzó a soltarse los arneses mientras hablaba por el intercomunicador de a bordo con el resto de la tripulación—. Bueno, tomémonos un breve descanso. Cascos fuera. Pero todos listos para volverse a amarrar.

Libre ya de sujeciones, Alexandra Koslovsky se echó hacia adelante y, agarrándose al respaldo del asiento de Gator, preguntó:

—¿Cuál crees que es el problema, capitán?

Gator se giró para mirar a la bonita cosmonauta rusa.

—Sabe Dios —replicó con una sonrisa—. Gremlins probablemente. En todos los lanzamientos surge alguna pega.

## Control de seguridad centro espacial Kennedy

En el complejo de seguridad de la NASA no dejaban de sonar las sirenas de alarma. Muchos de los edificios se encontraban desiertos debido a que los trabajadores estaban sentados en sillas plegables en los jardines o acomodados en las tribunas públicas esperando el inminente lanzamiento. Sin embargo, las alarmas seguían sonando.

Guardias con uniformes caquis y negros salieron de Control de Seguridad blandiendo fusiles automáticos o poniéndose los chalecos antibalas. Calzaban gruesas botas negras y llevaban cascos provistos de micrófonos y auriculares. Los guardias corrieron en dirección a sus negros vehículos todoterreno, cerraron las pesadas portezuelas y pusieron en marcha los motores.

En el interior de los vehículos, las radios no dejaban de dar órdenes:

—Atención a todos los equipos: esta es una alarma de prioridad uno. No se trata de un ejercicio. Repito: no es un ejercicio. Situación con rehenes en el Centro de Control de Lanzamiento y posible peligro para la plataforma treinta y nueve A. Los sensores y las cámaras de vídeo han sido neutralizados. Se ignora cuál es la situación.

Los componentes de los equipos fueron ocupando sus puestos mientras las tensas voces radiofónicas no dejaban de dar órdenes.

—Seguiremos el plan G de Golf. Que los equipos sintonicen los canales correspondientes; equipo uno, sintonice canal uno; equipo dos, canal dos...

Cada uno de los equipos de seguridad, formados por cinco personas, sintonizaron el canal prefijado además de la frecuencia de coordinación por la que emitía Control de Seguridad. La estupefacción y el nerviosismo reinaban entre los equipos: llevaban años entrenándose para un momento así, pero nadie había creído que la cosa llegara a suceder. ¿Quién iba a tener la osadía, la desfachatez, de atacar el Centro Espacial Kennedy?

Siete vehículos todoterreno salieron como exhalaciones del estacionamiento. Tres de ellos se dirigieron a la garita de guardia del punto más suroriental de la zona restringida de lanzamiento. Los otros enfilaron la autopista estatal 1, hacia el amenazado CCL.

Al otro lado de la península de Florida, en la orilla del golfo de México, el centro de mando central de la base McDill de las Fuerzas Aéreas recibió la notificación de que se estaba fraguando lo que podía ser una emergencia nacional. El mensaje se filtró a través de la primera línea de funcionarios que se ocupaban de seguir el lanzamiento, y pasaron varios minutos antes de que alguien con autoridad para emprender una acción directa se enterase de la noticia. El aparato C-130 de las

Fuerzas Aéreas que hasta hacía poco había estado patrullando las inmediaciones desde el cielo, abandonó su zona de espera.

Treinta kilómetros más al sur, en la Estación Cabo Cañaveral de las Fuerzas Aéreas, un equipo de élite entró en acción. La noticia de la alerta pasó de la Agencia Federal de Coordinación de Emergencias a la red de control de crisis del Departamento de Defensa. El personal militar comenzó a preparar metódicamente una réplica adecuada.

En el Centro Espacial Kennedy, dos helicópteros estacionados en el centro de una plataforma de hormigón comenzaron a calentar motores. Pasarían dos minutos antes de que pudieran alzar el vuelo, y la espera se les estaba haciendo eterna a los pilotos y a los hombres que habían salido apresuradamente de sus alojamientos y se encontraban ya amarrados en la parte posterior de los aparatos. Cuatro helicópteros que se encontraban patrullando los cielos tomaron rumbo al Centro de Control de Lanzamiento.

El primer todoterreno negro se detuvo con un chirriante frenazo ante el blanco edificio de Control de Lanzamiento. Los cinco componentes del equipo de seguridad salieron del vehículo blindado y, utilizando la carrocería de este como escudo, se pusieron en cuclillas y prepararon sus armas.

La jefa de equipo alzó un puño.

—Equipo uno. Comprobación. Aquí Alfa.

Los otros cuatro se ajustaron los micrófonos de casco.

—Bravo.

—Charlie.

—Delta.

—Eco.

Tras verificar que su equipo estaba listo, la jefa de grupo cerró el puño en torno al frío cañón de su fusil automático M-16.

—Tenemos órdenes de limitamos a rodear el edificio. Manteneos a quince metros de él como mínimo. Adelante.

Mientras el equipo se desplegaba, aparecieron los otros vehículos procedentes de Control de Seguridad. La jefa de equipo activó su micro.

—El equipo uno se está colocando en posición. La situación está controlada. Esperamos instrucciones.

—Actúe con cautela, Alfa —dijo Control de Seguridad—. Han tomado rehenes, y entre ellos hay algunos personajes importantes.

Mientras el equipo uno corría a situarse en torno al alto edificio blanco, una salva de fusilería automática estalló en la caja de la escalera del tercer piso. Inmediatamente, dos miembros del equipo uno se derrumbaron como si los hubieran golpeado con bates de béisbol. Un tercero, alcanzado en el brazo, se detuvo en seco.

La jefa del equipo uno corrió a protegerse tras un coche estacionado al tiempo que gritaba a su micrófono:

—¡Atrás! ¡Atrás! ¡Control de Seguridad, disparan contra nosotros! ¡Abortar G de Golf!

Respirando entrecortadamente, se acurrucó junto al automóvil estacionado. Una lluvia de proyectiles caía en torno al vehículo. Los cristales de los coches aparcados en las inmediaciones saltaron hechos añicos, y los fragmentos regaron el suelo como blanco granizo. Los otros vehículos blindados habían frenado y estaban intentando retroceder.

La jefa del equipo uno asomó la cabeza para ver qué había sido de sus compañeros y evaluar las bajas. Vio a dos de los cuatro miembros caídos de bruces, manchando con su sangre el pavimento. La mujer gritó a su micro:

—¡Equipo uno, informad! ¡Aquí Alfa!

—Eco. Estoy bien, oculto tras una camioneta roja.

—Delta —dijo una voz más débil—. Estoy herido y sangrando, pero creo que puedo aguantar un poco.

Una voz sonó por el auricular:

—Equipo uno, aquí Control de Seguridad. ¿Cómo están las cosas?

—Siguen disparando contra nosotros. Han alcanzado a tres miembros del equipo. —Tomó aire y, con la vista en el segundero de su reloj, contó el número de balas que iban impactando en el vehículo y las inmediaciones—. El fuego es menos nutrido, pero la situación sigue siendo grave.

—¿Sabe de dónde procede el fuego?

—Creo que hay un solo tirador, pero el tipo va en serio. Parece que dispara desde la escalera, en el tercer piso. Una ubicación estratégica perfecta.

—Facilite ayuda médica a su equipo si puede hacerlo con seguridad. Espere la llegada de refuerzos. No continúe con el plan de asalto.

La mujer se sentó a esperar mientras las balas seguían cayendo en torno a ella.

Tres vehículos negros de transporte de personal armado avanzaban a gran velocidad hacia la garita de guardia de Salvador, en el punto más al sureste de la zona restringida de lanzamiento. Los miembros del equipo de seguridad del interior agarraban los fríos cañones de sus armas al tiempo que escuchaban el intercambio radiofónico de sus colegas del equipo Alfa en el exterior del CCL.

—¡Menuda guerra tienen armada!

Cuando ya casi llegaban a la garita, el primer vehículo pisó el cable detonador de una mina terrestre y voló por los aires.

Al mismo tiempo, una batería de armas automáticas montadas sobre trípodes ocultos entre la maleza del borde del camino y manejada por control remoto abrió fuego contra ellos. Una andanada de proyectiles se estrelló en los costados de los negros vehículos desgarrando el metal y haciendo saltar los vidrios. Los agónicos gritos de los guardias no tardaron en extinguirse. El primer vehículo rodó hasta la

cuneta y quedó inmóvil y muerto.

Veinte metros más abajo, junto a la garita de guardia, un hombre puso en funcionamiento su radio.

—Atención, señor Phillips, aquí Duncan en el punto de control uno. De la primera oleada no ha quedado nadie con vida. Tres vehículos abatidos. Qué hermosura.

La respuesta procedente del Centro de Control de Lanzamiento llegó en un instante.

—Espléndido, Duncan. Gracias. Quizá a partir de ahora nuestros amigos de la NASA nos escuchen con más atención.

Satisfecho, Duncan se dio la vuelta para vigilar el camino por si llegaba más tráfico. Aún había muchas minas repartidas por la zona, y él podría abatir a cualquiera que tratase de desarmarlas.

Procedió a cambiar los cargadores gastados. Luego encendió un cigarrillo mentolado y, fusil en mano, regresó a su silla de lona, dispuesto a esperar.



A kilómetro y medio de la plataforma de lanzamiento 39A

Iceberg permanecía tras el promontorio cubierto de maleza, bien oculto de las patrullas regulares, y seguro de que no iban a descubrirlo. A lo lejos divisaba la plataforma de lanzamiento, cuya carretera de acceso se encontraba a más de kilómetro y medio de distancia. Oyó sirenas lejanas que, probablemente, eran el último aviso para que el personal de seguridad abandonase la zona restringida. En otras circunstancias, aquello hubiera sido como un día de pícnic.

Solo que él, en aquellos momentos, debería estar en la cabina de mando.

Iceberg contempló por el minitevisor la cobertura que la NASA estaba haciendo del lanzamiento. Aunque no le gustaba perder el tiempo prestando atención a la política, le parecía que el senador Boorman llevaba demasiado tiempo siendo el centro de la noticia. ¿Acaso los periodistas no eran capaces de plantearse adecuadamente sus prioridades ni siquiera en un día de lanzamiento?

Lo único que aparecía ahora en la pantalla era una lejana toma del *Atlantis*. Los técnicos habían salido de la zona de lanzamiento con antelación a la parada técnica de la hora H menos veinte minutos, que se estaba prolongando más de lo normal por algún motivo que Nicole no se había molestado aún en explicar. Quizá Pantera necesitara retocarse el maquillaje.

Iceberg se echó hacia atrás y cambió la posición del minúsculo televisor sobre el suelo para ver bien la plataforma de lanzamiento. El *Atlantis* tenía un espléndido aspecto recortado contra el despejado cielo de la mañana. El sol iluminaba las nubes de oxígeno e hidrógeno criógenos que brotaban de la parte alta de la lanzadera.

La televisión estaba repitiendo una entrevista anterior con la directora de lanzamiento. Allí, a solas con sus pensamientos y sin que nadie pudiera verlo, Iceberg tuvo que reconocer que Nicole quedaba bien en televisión. Condenadamente bien, esa era la verdad. Tenía una gran habilidad para tratar con los chupatintas de Washington y con los malditos metomentodo de la prensa. Aunque claro, si Nicole era capaz de vérselas con él, enfrentarse a un senador hostil debía de resultarle pan comido. A Iceberg siempre le había faltado paciencia para hacer malabarismos con las palabras. A él le gustaba hacer cosas, no buscar cincuenta modos distintos de hablar de ellas.

Pero la locuacidad y la capacidad de planificación siempre habían sido los fuertes de Nicole. A ella le gustaba darles vueltas y más vueltas a los asuntos hasta encontrar una solución política de compromiso por la que ambas partes se considerasen igualmente ganadoras. Nicole no se daba por vencida fácilmente.

Salvo en lo referente a ser astronauta.

Iceberg movió la cabeza y hundió los dedos en la blanda tierra, deseando que el

lanzamiento se produjera de una vez. Detestaba estar allí, sin hacer otra cosa que darle vueltas a la cabeza.

Se fijó en el reloj de la cuenta atrás sobrepuesto al ángulo inferior derecho de la imagen de televisión y frunció el ceño. La parada técnica estaba durando mucho. Naturalmente, las demoras inesperadas eran frecuentes. Quizá los burócratas de la NASA no lograban ponerse de acuerdo respecto al tipo de papel higiénico que ponían a bordo.

El plano cambió y una toma desde lejos de la lanzadera fue sustituida por la imagen procedente de una cámara situada en lo alto de la estructura fija de servicio, que mostraba el brazo de acceso del oxígeno parcialmente retraído. Luego otra toma, esta vez de los motores principales del transbordador. La plataforma parecía debidamente desierta.

Iceberg se echó hacia adelante y subió el volumen. Había algo que seguía pareciéndole raro. En el televisor continuaban viéndose cirros flotando por encima de la lanzadera, pero debía de tratarse de una imagen fantasma, pues no se veía una sola nube en kilómetros y kilómetros a la redonda.

El sonido de un helicóptero en vuelo bajo lo sobresaltó. El aparato apareció sobre el promontorio cubierto de maleza como un furioso dragón volador, y el aire de los rotores levantó una nube de tierra y hojas y tumbó el pequeño televisor.

—¡Mierda!

Iceberg se puso en pie y, a la pata coja, fue a ponerse a cubierto. Un ramalazo de dolor le recorrió la pierna herida, desde el tobillo hasta la ingle. El helicóptero giró en el cielo hacia la izquierda, como si estuviera buscando algo. Probablemente a mí, se dijo Iceberg.

Lanzó una maldición. Sin darse cuenta, debía de haber activado uno de los sensores de sonido o de movimiento. Y ahora todo el mundo lo andaba buscando. Quizá él fuera la razón de que la parada técnica se estuviese prolongando tanto. Cuando la cosa se descubriera, iba a quedar como un perfecto idiota.

El helicóptero pasó de nuevo sobre él, pero Iceberg no estaba seguro de si lo habían visto. Luego el aparato se alejó en dirección a la plataforma de lanzamiento.

De pronto se le revolvió el estómago al darse cuenta de que, probablemente, en aquellos mismos instantes, Salvador, el guardia, estaría recibiendo una severa reprimenda. El viejo guardia llevaba veinte años trabajando sin problemas en el Centro Espacial Kennedy, y ahora Iceberg lo había metido en un lío que podía hacer que lo despidiesen.

Iceberg sabía que él podía salir bien librado de cualquier represalia que tomaran en su contra. Lo amonestarían y tendría que besarle el culo a algún cretino con cero horas de vuelo; pero al final lo dejarían en paz. A fin de cuentas, él era un héroe moderno, un comandante del transbordador espacial y un veterano del cuerpo de astronautas. Esperaba que también le fuera posible convencer a los burócratas de que no tomaran medidas contra el pobre Salvador.

Bueno, si todos lo buscaban, tarde o temprano terminarían encontrándolo. Sobre todo teniendo él un pie roto. Era mejor entregarse, dejar que la cuenta atrás siguiera su curso y así su tripulación podría ascender al espacio en el intervalo de tiempo estipulado.

Iceberg recogió el televisor y los prismáticos y echó a andar con paso renqueante en dirección a la garita de guardia, preparando mentalmente la historia que iba a contar.

## Centro de Control de Lanzamiento

Desde el interior del Centro de Control de Lanzamiento, Nicole observó cómo un helicóptero de seguridad de la NASA cruzaba estruendosamente el cielo en dirección a la plataforma de lanzamiento en la que aguardaba el *Atlantis* con la cuenta atrás detenida. Otros tres helicópteros sobrevolaban a baja altura la zona restringida de lanzamiento, en busca de otros terroristas.

Al fondo del corredor había sonado una traca de disparos procedente de la escalera que daba al estacionamiento del CCL. A lo lejos, Rusty disparaba sin cesar, lanzando alborozadas exclamaciones cada vez que alcanzaba un blanco.

Nicole se acercó a la pared y se colocó junto a Andrei Trovkin, que estaba mirando por las ventanas verticales de observación. La mujer tocó con las manos el grueso vidrio mientras el helicóptero pasaba de largo el CCL y tomaba rumbo a los pantanos. Le aliviaba que se estuvieran tomando medidas para acudir en su socorro, aunque temía lo que pudiese suceder. Aquellos terroristas no parecían achicarse ante el asesinato.

—¿Creerán realmente que con helicópteros van a detener a este loco? —preguntó Trovkin dirigiendo una sesgada mirada a Phillips, que permanecía abstraído en el estudio de sus propias uñas, aparentemente ajeno a la precaria situación en que se encontraba.

Rusty regresó del corredor con una amplia sonrisa en los labios y secándose el sudor de la frente. Se echó al hombro su fusil automático de asalto.

—¡Esto sí que ha sido toda una exhibición de tiro! Creo que me acabo de ganar un oso de peluche. ¡Tendríais que haber visto correr a esos tipos! Parecían hormigas huyendo de una lupa.

Phillips movió la cabeza y, tras lanzar un desilusionado suspiro, dijo:

—Duncan me informa de que por su garita también ha habido movimiento y, encima, ahora aparecen esos molestos helicópteros. Al parecer, la NASA no nos está tomando en serio, lo cual me parece exasperante. ¿Tantas ganas tienen de darle gusto al dedo que ni siquiera van a tomarse la molestia de enterarse de lo que tengo que decir?

Cogió su *walkie-talkie* y marcó la frecuencia indicada.

—¿Estás ahí, Mory? ¿Te apetece salir a cazar patos?

Entre el ruido de la estática se escuchó una nasal voz masculina.

—Listo y a la orden, señor Phillips. ¿Le importa que Cueball dispare la salva de honor? Se muere de ganas de entrar en acción, y la práctica le vendrá bien.

Phillips hizo un gesto de impaciencia y replicó:

—Te lo he pedido a ti, Mory. Con la televisión pendiente de nosotros, no quiero correr el riesgo de fallar. Sería un desliz imperdonable.

—Vale, vale. ¿Da lo mismo el helicóptero que me cargue?

Phillips frunció los labios.

—Simplemente, procura que la cosa resulte vistosa para los espectadores de televisionlandia.

—Pues ya pueden irse preparando, porque estos fuegos artificiales van a ser mejores que los del cuatro de julio.

Mory cortó la comunicación y Phillips se quedó con una sonrisa satisfecha, que a Nicole le apeteció borrarle a golpes de los labios. Controlándose no sin esfuerzo, la mujer dijo:

—Si me permite usar la radio, señor Phillips, ordenaré a los equipos de seguridad que se retiren para que usted pueda formular sus demandas.

—Prefiero una demostración más contundente. Mire.

En la lejanía, un francotirador oculto entre el follaje disparó un proyectil, y una flamígera lengua cruzó el cielo.

—Un misil Stinger —explicó Phillips—. Ligerero, portátil, fácil de apuntar y fácil de disparar. Tiene mil y un usos.

El misil enfiló hacia el helicóptero de la NASA más próximo al Centro de Control de Lanzamiento. El piloto hizo virar el aparato, pero el proyectil siguió sus movimientos e hizo explosión junto con el helicóptero. La enorme bola de fuego fue reproducida en las pantallas de todos los televisores.

—No es una maravilla tecnológica como la lanzadera espacial, pero tiene su mérito. —Phillips empuñó su *walkie-talkie*—. Buen disparo, Mory.

Nicole estaba hiperventilando y el corazón le latía desacompañadamente.

—¡Ha matado usted a esos hombres!

—No seamos sexistas —dijo Phillips—. Tal vez uno de los tripulantes fuera mujer. Y se olvida de los tres vehículos junto a la entrada... En el equipo de seguridad quizá hubiera mujeres. Y sabe Dios a cuántos y a cuántas no se habrá cargado Rusty en el estacionamiento de este edificio. Estoy seguro de que no todas las bajas son masculinas. Soy un firme creyente de la igualdad de sexos. —Con súbita seriedad, el hombre siguió—: Estoy obligado a jugar fuerte, señora Hunter. La NASA tiene que hacerse a la idea de que esto no es ninguna broma. —Enfatizaba sus palabras con firmes movimientos del dedo índice en dirección a su interlocutora—. Las cosas deben quedar bien claras desde el principio. Es el único modo de lograr que consideren con la debida seriedad mis demandas.

Phillips le tendió a Nicole uno de los teléfonos y prosiguió:

—Sin embargo, la sugerencia que acaba usted de hacer me parece acertada. Si antes de que cortemos las líneas telefónicas exteriores tiene usted la amabilidad de llamar al Departamento de Seguridad de la NASA, tal vez ellos accedan a retirarse y se pueda evitar una pérdida inútil de vidas.

Nicole vaciló. ¿Qué podía hacer? Phillips la observaba con irónica expresión mientras ella repasaba mentalmente todas las opciones posibles. El hombrecillo tenía la sartén por el mango. Cogió el teléfono deseosa de salvar la situación. Las manos le sudaban.

—¿Qué quiere que les diga? —Se sentía derrotada.

—Simplemente, que se contengan. Que no traten de entrar en nuestra zona restringida. También sé que la NASA tiene patrullas de seguridad ambulantes recorriendo los pantanos. Quiero que esas patrullas se queden quietecitas y lejos del Centro de Control de Lanzamiento. Como acaba usted de ver, tengo gente repartida por toda la zona. Aquí el que da las órdenes soy yo, y lo que deben hacer los de seguridad es quedarse quietecitos hasta que yo les dé nuevas instrucciones.

A Nicole la cabeza de daba vueltas. Trató de controlarse para evitar que el pánico la dominase. Tenía que manejar la situación con delicadeza, actuar como si aquel fuera un ejercicio más en el simulador de accidentes, el aparato de entrenamiento que mejor se le daba a Iceberg. Aquella sería la crisis más importante de su carrera y, según Phillips acababa de demostrar con meridiana claridad, había numerosas vidas en juego.

En el cielo ya se había disipado el borrón de humo que dejó tras de sí la explosión del helicóptero, pero el recuerdo de lo ocurrido estaba indeleblemente grabado en la memoria de Nicole.

Cerró la mano con más fuerza en torno al teléfono y efectuó la llamada.

Junto a ella, Phillips hojeaba el ejemplar del *Wall Street Journal* que un ayudante del senador Boorman había dejado sobre la mesa. Alzando de cuando en cuando la vista hacia Nicole y los demás rehenes, el hombre escrutaba con el entrecejo fruncido la columna de las cotizaciones de bolsa.

El senador Boorman se movió en su asiento y carraspeó, como si aclararse la garganta formara parte del proceso de efectuar una importante declaración.

Phillips se volvió hacia él con una resplandeciente sonrisa.

—Bueno, senador, creo que ha llegado el momento de que usted y yo charlemos. Como presidente del comité de relaciones exteriores del Senado, debe de tener usted excelentes conexiones con gente muy poderosa. Quizá necesite su ayuda para negociar mis demandas.

El senador frunció aún más el entrecejo.

—Cooperar con alguien como usted es lo último que deseo, señor mío.

—Usted debería ser el más interesado en que esta situación se resuelva.

Boorman asintió de mala gana.

—Por el interés general, haré lo que haya que hacer.

Phillips lo miró con irónica admiración.

—Se muestra usted tan heroico como yo esperaba, senador —dijo—. De todas maneras, luego seguiremos hablando. Ni siquiera he hecho aún mis demandas.

Nicole, teléfono en mano, lo taladró con la mirada.

—Terminemos con esto de una vez, antes de que muera alguien más.

—No me meta prisa, señora Hunter. Estos son mis quince minutos de fama. —  
Chasqueó la lengua—. Deseo paladearlos.

## Garita de vigilancia

El renqueante Iceberg había llegado a menos de un kilómetro de la garita de vigilancia, tratando aún de pasar inadvertido y sin dejar de darle vueltas a la cabeza, intentando encontrar el mejor modo de entregarse sin crearle problemas a Salvador. Y, de pronto, el helicóptero de la NASA hizo explosión en el cielo. Una gran bola de fuego apareció en el aire, y la explosión resonó como un trueno ensordecedor.

Iceberg se dejó caer sobre el cenagoso suelo sin preocuparse de su escayola ni del agujonazo de dolor que le recorrió la pierna, desde los dedos de los pies hasta la rodilla.

—¡Mierda!

De bruces entre los matorrales, alzó la vista y miró frenéticamente hacia el cielo. La bola de fuego tenía ahora un tenue brillo rojizo, pero el resplandor de la detonación se le había quedado grabado en las pupilas. Ardientes restos del aparato cayeron sobre la densa vegetación, y en los pantanos se hizo un silencio tan pesado y sofocante como la humedad.

Estaba seguro de que, un instante antes de la explosión, había visto la estela gaseosa de un misil lanzado desde tierra.

—Tranquilo, no pierdas la calma... —murmuró, en un intento de serenarse.

Hundió los dedos en la blanda tierra y permaneció inmóvil, intentando comprender lo que acababa de presenciar. Se trataba de algún tipo de misil IR, lanzado desde tierra y guiado por un sensor infrarrojo.

Años atrás, durante su período de instrucción en las Fuerzas Aéreas y como práctica de tiro, Iceberg había derribado un blanco sin tripular por medio de un misil IR, pero en aquella ocasión él se encontraba amarrado en la cabina de un F-15 y sobrevolando el golfo de México. Ahora la cosa era muchísimo más seria. Descartó por completo la idea de que el dispositivo de seguridad de la NASA se hubiese montado para buscarlo a él. Algo estaba ocurriendo, y él se había metido en ello sin comerlo ni beberlo.

Sin incorporarse, se despojó de la mochila. Rebuscó en ella y sacó el televisor. Las cadenas de televisión estaban transmitiendo planos de la explosión del helicóptero, y los comentaristas hablaban de que en el Centro de Control de Lanzamiento había entrado en acción un equipo GEO, pero nadie parecía estar al corriente de qué ocurría.

Encontrándose en el interior del perímetro restringido, Iceberg no pensaba esconderse como un ratón, ya que, posiblemente, su amigo Salvador estaba en peligro, y su tripulación se encontraba a bordo del *Atlantis*... y Pantera se hallaba en



el Centro de Control de Lanzamiento. Aunque él seguía siendo un coronel en activo de las Fuerzas Aéreas estadounidenses, habían pasado años desde la última vez que participó en un juego de guerra. Como astronauta, vivía en un mundo totalmente distinto. No tenía la certeza de ser capaz de enfrentarse a lo que estuviera ocurriendo.

Bien, pues tendría que recordar lo aprendido antaño.

Siguió reptando hacia la garita de vigilancia y, recorridos unos cien metros, hizo una nueva evaluación de la situación. El pie le dolía de mala manera, pero era probable que, tras la destrucción del helicóptero, los componentes de los equipos de seguridad de la NASA dispararan primero y preguntaran después, así que, hasta que se enterase de lo que ocurría, era mejor mostrarse cauto y sigiloso como una serpiente.

Se mantuvo al abrigo de las pequeñas dunas, ocultándose tras los altos arbustos, cuyas raíces se le enredaban en el pie sano como si trataran de rompérselo también. Sus torpes maniobras evasivas no le habrían servido para nada ante una concienzuda operación de búsqueda; pero con ellas al menos lograba no llamar la atención sobre su presencia.

Aún oculto, Iceberg quedó de pronto paralizado por el asombro.

Carretera abajo, más allá de la garita de vigilancia, unas nubes de humo blancas y negras se alzaban al cielo, procedentes de tres vehículos todoterreno de seguridad inmovilizados. Sus ocupantes, hombres y mujeres, habían sido acribillados a tiros. Una auténtica escabechina.

Aguzó el oído tratando de captar sirenas pero no oyó nada, ni vehículos de rescate, ni fuerzas de apoyo. Todo estaba en la más absoluta y crispante de las calmas.

Comenzó a reptar de nuevo, con todas las alarmas de su sistema interno de seguridad repicando. A lo lejos, frente a sí, vio a una solitaria figura salir de la pequeña garita de paredes metálicas. Al menos, Salvador podría decirle qué estaba sucediendo...

Iceberg se incorporó, e iba a saludar con las manos, cuando se fijó en que el hombre de la garita era más menudo y flaco que el viejo y fornido guardia hispano. El desconocido vestía el uniforme de seguridad de la NASA, pero contempló sin inmutarse los cadáveres y los humeantes restos de los vehículos todoterreno. Aspiró una profunda bocanada de su cigarrillo y luego rodeó la garita y fue a inclinarse junto a un vehículo de tres ruedas para inspeccionar unos cables tirados sobre la hierba.

Iceberg sacó sus pequeños prismáticos y se esforzó en ver lo que el hombre estaba haciendo. Había llevado los prismáticos a fin de presenciar desde más cerca el despegue de la lanzadera, para ver cómo entraban en funcionamiento los cohetes aceleradores de propulsante sólido, y ahora los estaba utilizando para observar los preparativos de un terrorista.

El extraño guardia parecía pequeño y nervioso, fuera de lugar, con los largos cabellos recogidos en una cola de caballo. Iceberg hizo girar la ruedecita del enfoque

hasta que vio con nitidez los cables del suelo, que iban desde donde se encontraba el hombre hasta una batería de... ¿Eran aquellos fusiles montados sobre trípodes?

Percibió un bulto oscuro apoyado contra la parte trasera de la garita. Giró hacia él los prismáticos y se le cortó el aliento al reconocer a Salvador. El viejo guardia tenía la cabeza caída sobre el pecho, con el cuello formando un forzado ángulo, como si hubieran arrojado el cuerpo allí de cualquier manera.

El impostor pareció quedar satisfecho por el estado de las conexiones de los cables. Echó un nuevo vistazo en torno, y luego arrojó la colilla de su cigarrillo al suelo. Encendió otro, se sentó tranquilamente en la vistosa silla de playa, con el fusil de asalto sobre las piernas, y se quedó a la espera.

## Inmediaciones de la plataforma de lanzamiento

Permanecer en el interior de un transporte blindado de personal a kilómetro y medio de la plataforma de lanzamiento era el mejor trabajo al que podía aspirar un bombero.

El grueso blindaje del vehículo protegería a sus dos ocupantes de las llamas de los motores del transbordador, así como de cualquier objeto que pudiera caer sobre él. La escotilla de acceso debía permanecer cerrada durante la cuenta atrás. Esto era así desde que, contra las normas de la NASA, unos tripulantes fueron sorprendidos fuera de su vehículo blindado, contemplando boquiabiertos el lanzamiento.

Si algo le ocurría a la lanzadera antes de despegar de la plataforma, la tripulación trataría de escapar. Mientras los astronautas descendían en cestos de emergencia por los largos cables de escape, el vehículo blindado saldría a toda velocidad en dirección al punto de recogida en el que terminaban tales cables, a fin de recoger a los tripulantes. Los astronautas podían protegerse en el interior de bunkers, pero si el peligro era grave, y si los bomberos llegaban a tiempo, podían meterse en el vehículo blindado y alejarse de la zona con razonable seguridad.

Eran medidas normales de emergencia, frecuentemente revisadas pero nunca usadas.

Los dos componentes del equipo de salvamento permanecían en el interior de su vehículo, listos para cualquier contingencia, aunque no esperaban problemas. En lanzamientos anteriores, el vehículo de rescate solo había entrado en acción una vez, cuando, debido al fallo de un chip, los motores principales del transbordador espacial quedaron bloqueados después de la puesta en marcha y antes de que los motores de propulsante sólido entraran en acción. En tal ocasión, los sistemas de emergencia funcionaron de maravilla, como era de esperar.

Cuando sonaron las sirenas, se oyeron lejanos disparos, el helicóptero hizo explosión por encima de sus cabezas y los dos tripulantes sintieron la lógica alarma.

La comandante del grupo de rescate empuñó el micro de la radio del vehículo.

—Control de Lanzamiento, aquí vehículo blindado de transporte. Se oyen sirenas y hemos detectado una explosión. ¿Hay algún problema? ¿Evacuamos a la tripulación?

Desde Control de Lanzamiento, una tensa voz replicó:

—Negativo. Todo forma parte de un... simulacro planificado. En estos momentos no disponemos de más datos.

—¿Un simulacro planificado? ¡Nadie nos había dicho nada! ¡Un helicóptero acaba de hacer explosión!

—Repito: manténganse a la espera. No hagan nada. Cambio y fuera.

La comandante frunció el entrecejo, consultó brevemente su lista de comprobación y luego la echó a un lado contrariada. Se soltó el cinturón de seguridad.

—¿Cómo es posible que hayan planeado un simulacro sin avisamos?

Su compañero se volvió hacia ella mientras la mujer se ponía en pie no sin esfuerzo en la atestada cabina. En el compartimento adjunto había espacio suficiente para albergar a los astronautas, pero la cabina de mando estaba llena de radios, pantallas de ordenador y sistemas de vídeo de alta tecnología.

La comandante se dispuso a abrir la escotilla superior.

—Voy a echar un vistazo. «No hagan nada...». ¡Qué chifladura!

—Pero las instrucciones...

La comandante hizo caso omiso de su compañero y, con un gruñido de desagrado, levantó la escotilla. El cálido aire del exterior se mezcló con el mucho más fresco del sistema de refrigeración del vehículo. Asomó la cabeza y los hombros al exterior para mirar en torno.

No llegó a escuchar la detonación del disparo que le destrozó la cabeza.

Jacques le pegó un tiro entre los ojos a la puta antes de que esta pudiera lanzar un solo grito. Momentos antes, el hombre se había devanado la cabeza preguntándose cómo lograría que los de dentro abrieran la escotilla del vehículo... y de pronto lo habían hecho sin que nadie se lo pidiera.

—*Merci* —dijo.

El cuerpo de la puta se desmadejó, lo empujó de nuevo hacia el interior del vehículo y se colocó sobre el hueco de la escotilla. Desde la cabina, una voz asustada lanzó un grito ahogado.

Jacques se asomó al interior del vehículo blindado. Una cabeza cubierta con casco se volvió hacia él, y Jacques vio a un joven bastante bien parecido. Un buen pedazo de carne, lástima tener que desperdiciarlo. El joven trató de librarse del ensangrentado cuerpo de su comandante, que había caído sobre él, e hizo intención de empuñar su pistola.

Jacques le disparó dos tiros en el pecho, esperando que los proyectiles no produjeran rebotes que dañasen el equipo del interior del vehículo. El joven lanzó un agónico gemido y trató de sujetarse a algo, pero terminó derrumbándose sobre el suelo metálico.

Jacques se enderezó y procedió a bajar la escalerilla que conducía a la cabina. Con su pequeña caja de herramientas en la mano, cerró la escotilla.

Agarró por los hombros al tripulante muerto y lo arrastró al compartimento adjunto, destinado a acoger a los astronautas rescatados. Pasó una mano por la mejilla del joven, que tenía la cabeza caída sobre el pecho. Una piel tan suave y agradable...

Enderezándose, agarró el cuerpo de la puta por un brazo y lo arrojó sobre el

cadáver del joven, de modo que lo quitó de en medio.

Ahora debía acomodarse a la situación. Dedicó unos momentos a familiarizarse con los instrumentos del vehículo. Limpió la sangre que manchaba una pantalla de lectura digital. El interior del vehículo parecía un enorme videojuego. Todo estaba según Phillips lo había descrito. Bien. Jacques metió la mano en un bolsillo de sus pantalones, sacó un buscapersonas y oprimió el botón varias veces enviando la señal acordada.

Se acuclilló y abrió su caja de herramientas, que estaba llena de componentes metálicos. Paciente y metódicamente, montó un fusil de precisión FR-G2, de 7,62 milímetros. Tras pasar una gamuza por el cañón, colocó una guía láser para la mira del fusil. Hacerlo le llevó unos minutos preciosos, pero el aumento en la precisión del arma compensaba la pérdida de tiempo. Se quedaría allí esperando, como un topo en el sistema de seguridad de la NASA. El fusil tenía un alcance de ochocientos metros, lo cual significaba que sus proyectiles podían llegar al punto de rescate de los astronautas.

Nadie sospecharía nada.

## Centro de Control de Lanzamiento

Phillips hizo uso del espejo de bolsillo que había conseguido a punta de pistola de una de las ayudantes del senador Roorman. Se pasó un dedo por las cejas, y luego sacó el peine para arreglarse el cabello. Deseaba dar una primera impresión buena.

Se sacudió el polvo de la parte delantera de su chaqueta, lamentando las arrugas de la tela, producto de los trajines en el caluroso y húmedo ambiente exterior. Ahora, en el interior del bien refrigerado CCL, se sentía a disgusto a causa de su aspecto. Con lo bien que lo había planeado todo, no debería haber sudado ni una gota; pero... Las cosas nunca salían al ciento por ciento según los planes.

—Muy bien —dijo Phillips, y le tendió el espejo a la aterrada ayudante que se lo había prestado—. Gracias. —Como la mujer parecía temerosa de cogerlo, Phillips le espetó—: ¡No perdamos tiempo! —Tímidamente, la ayudante tomó el espejo y volvió a guardarlo en su bolso. Recuperando la compostura, Phillips se volvió hacia Rusty—. ¿Qué tal aspecto tengo?

—Está usted perfecto para la tele —sonrió el pelirrojo.

—Lo suponía.

Se acercó a la pequeña banqueta que uno de los empleados del CCL había cogido de un despacho del fondo del pasillo, y se subió a ella, con lo que su estatura aumentó en unos treinta centímetros.

—La cámara no delatará el truco —dijo para sí.

Dirigió una desdeñosa sonrisa a los rehenes y se echó otra pastilla de menta a la boca. Andrei Trovkin lo miraba fría y furiosamente; el senador Boorman mantenía la boca cerrada, como si tratara de encontrar el modo de llegar a un acuerdo con los secuestradores.

La propia directora de lanzamiento parecía una masa de emociones contradictorias. La mayor parte de las fotos de Nicole Hunter que Phillips había visto fueron tomadas en la época en que la mujer pertenecía al cuerpo de astronautas, y ahora, con la chaqueta y los pantalones del uniforme de la Marina, una blusa de seda blanca y un fino collar de oro, su aspecto era radicalmente distinto. Durante sus investigaciones, Phillips había averiguado que la joven se encontraba entre los invitados distinguidos que presenciaron la explosión del Ariane en la Guayana Francesa, así que cuando revelara que tan espectacular sabotaje había sido obra suya, la directora de lanzamiento comprendería lo que eran capaces de hacer. Sería divertido observar su reacción.

Medio tramo de escalera más abajo, Yvette paseaba frente a la puerta cerrada de la sala principal de despegue; mantenía a los atónitos ingenieros en sus estaciones sin

saber qué hacer respecto a la suspendida cuenta atrás.

Encaramado en la banqueta, Phillips miró en torno y repasó mentalmente su bien ensayado discurso. En el búnker de reemisión, la grabación de archivo de un antiguo lanzamiento no tardaría en concluir, y las cámaras de la NASA tomarían de nuevo el auténtico Atlantis, ahora que el equipo de secuestradores había alcanzado ya su objetivo. El gobierno no tenía más que acceder a sus demandas, y todo el mundo podría salir con bien de la experiencia.

—¡Comienza el espectáculo! ¡Enfóqueme con su cámara! —ordenó el hombre a uno de los cámaras—. Voy a efectuar el anuncio que todos están esperando. —En tono conspirador, le susurró a Nicole—: Estoy un poco nervioso, así que deséeme suerte.

—La necesitará —replicó ella cortante.

El cámara del Canal 7 tomó una panorámica del palco de visitantes distinguidos, captando las nerviosas expresiones de los rehenes. Phillips dio una palmada que resonó como un pistoletazo.

—¡He dicho que la cámara me enfoque a mí! La próxima vez que alguien distraiga su atención de la historia principal, dale una lección, Rusty.

—¡Cuente con ello, señor Phillips! —dijo Rusty moviendo su pistola en abanico. Phillips dirigió una mirada reprobatoria al cámara rebelde.

—Usted, el del Canal 7, cambie el plano. Por primera vez en su vida, van a tener ustedes la oportunidad de transmitir una auténtica noticia.

Turbado y furioso, el aludido se escondió tras su cámara de vídeo.

—Buenos días y gracias por su atención —comenzó Phillips. No se trataba de la alocución de Gettysburg, pero el hombre había preparado a conciencia su discurso—. Pueden llamarme ustedes señor Phillips, ya que vamos a iniciar una charla de negocios.

»El transbordador espacial es la nave insignia de la humanidad para la conquista del espacio, el vehículo que nos conducirá hasta el futuro. Pero algunos de ustedes han olvidado lo precioso, lo complejo, y lo carísimo que es nuestro transbordador. Muchos ya se han aburrido a causa de la casi impecable ejecutoria de esa maravilla tecnológica. En el día de hoy, el pueblo norteamericano debe decidir en cuanto valora el transbordador.

»Como yo estoy convencido de que esa nave espacial es un tesoro, me dispongo a venderles su seguridad. Mis colegas y yo hemos colocado explosivos en el Atlantis, y si ustedes se avienen a pagar el razonable precio que citaré a continuación, me abstendré de hacer detonar tales explosivos.

Dirigió una amable sonrisa a la cámara.

—Para garantizar que esta negociación alcance un buen fin, mis colaboradores se han hecho con el control de la zona que rodea la plataforma de lanzamiento. Como la NASA puede atestiguar, ya hemos demostrado de diversos modos la seriedad de nuestras intenciones.

Mostró a la cámara un pequeño control remoto.

—Este es el aparato que, en cuanto me dé la gana, hará detonar los explosivos. Ya sé que las cifras resultan fatigosas, pero permítanme explicarles que cada uno de los dos cohetes de propulsante sólido contiene más de quinientas toneladas de combustible, y en el depósito externo hay casi setecientas cincuenta toneladas de hidrógeno y oxígeno líquidos. Con eso se puede conseguir una notabilísima explosión.

»Todos recordamos el desastre del Challenger. Si vuelve a ocurrir un accidente similar, y un accidente que, en este caso, habría sido perfectamente evitable, el golpe para el prestigio norteamericano sería enorme, por no mencionar la pérdida de las vidas de los valerosos astronautas que en estos momentos aguardan en el transbordador el resultado de nuestras negociaciones. Estoy seguro de que los rehenes que tengo aquí, en el Centro de Control de Lanzamiento, se sentirían igualmente defraudados. Por favor, que la cámara tome a nuestros distinguidos visitantes, y así podrán ustedes ver a las personalidades que me acompañan.

Rusty hizo una seña al cámara, que apuntó el objetivo hacia Nicole, Trovkin y el senador Boorman. Los tres miraron con demudados rostros a la cámara.

—Lo malo del oro, o incluso del papel moneda, es que en grandes cantidades pesa muchísimo y, lamentablemente, mi capacidad de transporte es limitada. Por lo tanto, debo conseguir una relación óptima entre el dinero del rescate y su peso. Así que lo que pido es una buena y sólida maleta, de dimensiones no menores que las que siguen: cincuenta centímetros de largo, por treinta y cinco de alto, por diez de ancho, llena de diamantes y otras piedras preciosas. Rubíes, esmeraldas, zafiros... ah, y también alejandritas, una piedra por la que siento especial predilección. Cada gema irá en su envoltorio individual en el que figurarán los quilates, el color y la claridad, como las guardan los mayoristas en diamantes. Ninguna gema debe pesar menos de un quilate, ni más de dos. Todas las piedras deben ser de calidad aceptable, desde luego.

Sabía que las gemas de primera solían ser rastreables, y que su valor se reduciría drásticamente cuando las vendiera en el mercado negro, pero no le cabía la menor duda de que, con todo, lograría obtener un sustancioso beneficio. Las gemas podían convertirse en dinero en efectivo en cualquier lugar del mundo, mientras que las cuentas en los bancos suizos no siempre eran secretas. Además, tras la debacle de la que él había sido testigo presencial en Wall Street, no quería volver a saber nada de transferencias electrónicas de fondos.

—Dispongo de una lupa, de una escala de Mohs y de amplios conocimientos gemológicos, así que nada de juegucitos. Me propongo seleccionar cincuenta piedras al azar y someteré a prueba su autenticidad. Si encuentro alguna falsificación, y si la hay no duden de que la encontraré, no me quedará más remedio que anular el convenio al que hayamos llegado.

Phillips frunció adustamente el entrecejo y, tras una pausa, prosiguió:



—Aunque no me es posible valorar con exactitud esa maleta llena de gemas, se darán ustedes cuenta de que el precio que pido es una auténtica ganga. Construir una nave espacial nueva costaría cerca de dos millardos de dólares, por no mencionar la cantidad de tiempo que se perdería ya que, insensatamente, nuestro país ha interrumpido la producción de naves orbitadoras.

Phillips cruzó los brazos sobre el pecho.

—Estas son mis condiciones: deberán entregarme la maleta de las gemas en el plazo de cuatro horas, junto con un helicóptero para mi equipo y para mí. Después de eso, abandonaremos este lugar. Si todo va bien, el Atlantis podrá despegar mañana mismo y llegar a tiempo a su cita espacial con la estación Mir.

—¿Cómo sabemos que lo que dice no es un farol? —preguntó el senador Boorman.

Rusty apuntó con la pesada pistola hacia el senador. Este se puso pálido y alzó las manos en ademán de rendición. El cámara del Canal 7 estuvo a punto de girar la cámara hacia Boorman, pero recordó a tiempo la amenaza de Phillips y volvió a la toma anterior.

—Dispense, senador, pero aún no he terminado de hacer uso de la palabra. —Frunció el entrecejo—. Sin embargo, ya que he sido tan descortésmente interrumpido por alguien que debería conocer mejor las reglas del juego parlamentario, añadiré que, si consultan ustedes las hemerotecas, encontrarán que, hace once meses, un cohete chino Larga Marcha no tripulado resultó destruido en su complejo de lanzamiento. Nosotros fuimos los responsables de tal destrucción. Y también volamos con explosivos un cohete Ariane 44L en la base de Kourou, en la Guayana Francesa, hace seis meses. —Mostró el control remoto—. No nos obliguen a demostrar de nuevo qué somos capaces de hacer, por favor.

Desde su asiento, Nicole Hunter miró a Phillips estupefacta.

—¡El *Ariane*! ¡Así que fueron usted...! —Se interrumpió, pues no quería manifestar su sorpresa ante Phillips. No deseaba dar al hombre aquella satisfacción.

Phillips echó mano al bolsillo delantero de su traje y sacó el distintivo de misión que le había quitado al infortunado guardia en la garita que ahora ocupaba Duncan. Lo arrojó sobre una repisa y lo señaló con el índice.

—Enfoque esto —dijo con voz firme.

El cámara cerró el plano. El nuevo distintivo de misión, que solo había sido distribuido entre los astronautas, reproducía el dibujo escogido conjuntamente por la tripulación norteamericana y la rusa. Una águila y un oso tendidos hacia las estrellas. Phillips aguardó un momento, mientras la cámara tomaba un largo plano del distintivo, en cuya parte alta aparecían los nombres de los tres astronautas iniciales: FRIESE, GREEN, BURNS. Los nombres de los otros cuatro astronautas estaban igualmente reproducidos, solo que en la parte inferior.

—Ustedes deciden —dijo Phillips a la cámara—. ¿Están dispuestos a perder una nave espacial de dos millardos de dólares así como las vidas de siete heroicos

astronautas con tal de ahorrarse unas cuantas piedrecitas de colores? —Sacó su reloj de bolsillo, lo abrió e hizo una melodramática pausa—. Disponen de cuatro horas. Les ruego que no me obliguen a destruir esa maravilla tecnológica. Gracias por su atención. —Mostró una amplia sonrisa y añadió—: Ahora, sigan ustedes disfrutando de la programación normal.

## Garita de vigilancia

Iceberg se ocultó para evitar que lo viera el falso guardia, el hombre que había asesinado a Salvador. Se obligó a respirar pausadamente, en un intento de aclarar sus ideas, pero los latidos de su corazón no bajaron de ritmo.

Varios vehículos de transporte de personal destrozados, un equipo de seguridad de la NASA eliminado, un helicóptero derribado. ¡Y su amigo, el viejo guardia, estaba muerto! Los muy cabrones... Iceberg trató de no perder la calma, de evitar que la ira hiciese temblar sus manos.

Calma.

Tranquilidad.

Nada de nervios.

Muy bien, se dijo. ¿Qué podía hacer? Lo importante ahora ya no era averiguar qué había ocurrido, sino tratar de sobrevivir. Pero lo que de ningún modo pensaba hacer era esconderse entre el follaje hasta que apareciese alguien y resolviera el problema. En el cursillo SERE que había hecho en la academia de las Fuerzas Aéreas no le enseñaron cómo resolver una situación así; pero sí le enseñaron a reaccionar. El experimentado sargento que adiestró a los cadetes aseguró que aquellas técnicas eran aplicables a una amplia variedad de situaciones. Había llegado el momento de averiguar si tal afirmación era cierta.

Esforzándose por no perder la serenidad, Iceberg repasó las opciones que tenía. ¡Piensa! Debía averiguar si Salvador estaba realmente muerto, o si el viejo necesitaba atención médica... Y lo que desde luego no podía hacer era acercarse a la garita a tomarle el pulso al yacente guardia.

Sin embargo, aquella misma mañana, él había conseguido llegar a cosa de kilómetro y medio de la plataforma de lanzamiento sin ser detectado por los sofisticadísimos sensores de la NASA; comparado con eso, acercarse a hurtadillas a una garita en la que había un solo hombre debería ser pan comido.

Gateó rápidamente entre el denso follaje tratando de no darse un golpe en el pie escayolado. Los mosquitos no tardaron en descubrirlo; minúsculos animales se movían entre la vegetación. Iceberg cruzó los dedos esperando no interrumpir el descanso de algún caimán.

Fue contando los pasos según avanzaba. Cada vez que llegaba a cien, asomaba la cabeza por encima de algún pequeño promontorio o entre el follaje para echar un vistazo. El falso guardia seguía en su silla de lona, con los brazos cruzados sobre el pecho y contemplando con una ligera sonrisa los restos de la escabechina. El hombre se desperezó, se puso en pie y regresó al interior de la garita para ver la televisión.

Iceberg bajó la cabeza y siguió adelante. Avanzaba y atisbaba moviendo con enorme precaución su pie lesionado y procurando no hacer el menor ruido. Le exasperaba no poder correr hasta la garita para tratar de ayudar a Salvador.

Perdió la cuenta del tiempo, pero al fin se encontró a cosa de veinte metros de su objetivo. Poca cobertura existía entre el punto en que estaba y la garita: solo vegetación de escasa altura y terreno fangoso removido en algunas zonas por los revolcones nocturnos de los jabalíes, que abundaban en la zona.

Se puso en pie y comenzó a correr a la pata coja entre el follaje con toda la rapidez que el pie herido y la escayola le permitían. Llegó al triciclo motorizado que Salvador había utilizado para patrullar los caminos secundarios del Centro Espacial Kennedy.

En el interior de la garita, de espaldas a la puerta, el impostor de la cola de caballo miraba los monitores de televisión con la silla echada hacia atrás. En una de las pantallas aparecía el Atlantis en su plataforma, y en otra, las imágenes de Nicole Hunter y el senador Boorman. Aunque solo echó un brevísimo vistazo, Iceberg se dio cuenta de que Nicole estaba visiblemente cariacontecida.

Iceberg avanzó a lo largo del costado de la garita. El corazón le latía aceleradamente y tenía las manos cubiertas de sudor. El volumen de la televisión sonaba ahora con más fuerza. El criminal rio a causa de algo que vio en la pantalla, y luego arrojó una colilla por la puerta de la garita.

Iceberg llegó al fin junto a Salvador y pudo advertir que el pecho del viejo guardia no se movía, y que su cuello estaba doblado en un forzadísimo ángulo, como si se lo hubieran roto. Estaba muerto, no cabía duda.

Sintió una creciente ira. Con gélida determinación, cacheó silenciosamente el cuerpo de Salvador, pero no encontró en él ninguna arma. El falso guardia debía de haberle quitado al viejo su pistola.

En el interior de la garita, el impostor se puso en pie, bajó el volumen de la televisión y salió cautamente por la puerta.

Iceberg masculló una maldición. Había perdido el elemento sorpresa y no tenía el menor plan de ataque. Deseó con desesperación disponer de una arma, de cualquier arma. Abrió y cerró las manos, consciente de que el tiempo se le había terminado.

El melencuado impostor dobló la esquina de la garita con la pistola de Salvador en una mano.

—¡Te atrapé, amigo!

Iceberg se lanzó hacia un lado y fue a caer entre el follaje que crecía a un lado de la garita. Inmediatamente comenzó a reptar entre la densa vegetación. Las matas y arbustos se agarraban a su escayola y tiraban de la bota lunar que la protegía.

—¡Mal hecho! —gritó el impostor, y su pistola comenzó a disparar con secos ladridos.

Una rama se partió a menos de un palmo de la cabeza de Iceberg, y en el tronco de un pino cercano apareció una herida roja. Iceberg se pegó al suelo y reptó en

zigzag. Escape y Evasión. Aun queriendo hacerlo, le hubiera resultado imposible avanzar en línea recta. La vegetación y su escayola le impedían moverse con rapidez. Se puso a gatas y entre el tupido follaje se dirigió hacia el camino en que se encontraban los destrozados vehículos de seguridad de la NASA. Si pudiera llegar hasta ellos, se ocultaría tras los maltrechos todoterrenos y tal vez lograra hacerse con una arma, aunque tuviera que quitársela de las manos a uno de los cadáveres. Así al menos le sería posible devolver los disparos.

El impostor volvió a abrir fuego. Uno de los balazos partió una rama detrás de Iceberg y este comprendió que su perseguidor lo situaba más atrás de lo que realmente estaba.

Iceberg llegó al fin a la altura de los restos del todoterreno más próximo. Sin embargo, para llegar hasta el vehículo tendría que salvar más de cinco metros de terreno abierto. Si trataba de cruzar el claro, sería un blanco seguro.

Era una pérdida de tiempo pararse a calcular sus posibilidades. Tenía que intentarlo. Tres... dos... uno... ¡ya!

Le dieron ganas de lanzar un grito de batalla pero se abstuvo de hacerlo, pues permaneciendo en silencio ganaría unas fracciones de segundo. Salió de entre el follaje y corrió directamente hacia los vehículos. El pie lesionado aulló de dolor, pero Iceberg lo mandó callar. Refugio, protección... armas.

El impostor giró en su dirección y echó a correr hacia él maldiciendo y tratando de apuntar su pistola.

Iceberg aumentó la velocidad de su extraña y renqueante carrera. Notaba el pie como si una trampa para osos se hubiera cerrado en torno a él.

El impostor disparó una vez y la bala pasó casi rozando a Iceberg.

Por el rabillo del ojo izquierdo, Iceberg captó un brillo metálico. Eran tres fusiles de acero azul oscuro. En la vegetación que había junto a la cuneta, vio las tres armas montadas sobre trípodes. Fusiles automáticos de asalto. Y cables para dispararlos.

—¡Mierda! —gritó al tiempo que se lanzaba en dirección contraria.

Cayó al suelo. Las armas automáticas dispararon lenguas de fuego que se entrecruzaron en el aire en el lugar que él había ocupado hacía unos instantes.

Ahora yacía en campo abierto, en mitad del herboso claro, y no había ningún refugio a la vista.

El impostor corrió hacia él blandiendo la pistola.

—¡Me pones las cosas muy fáciles, amigo!

Iceberg se cubrió la cabeza con las manos, cerró los ojos y trató de hundirse en la tierra. No podía permanecer inmóvil esperando el balazo fatal. Debía correr, gatear, hacer algo. Pero carecía de refugio, de armas... No sobreviviría.

El siguiente sonido fue una explosión tan ruidosa como un cañonazo.

En torno a él cayeron piedras, tierra y fragmentos de ramas. Cuando alzó la cabeza, vio la humareda de una explosión, como si de pronto un pequeño volcán hubiera entrado en erupción. No vio por ningún lado al melencudo. Lo único visible

era un cráter en el terreno. El barro de los bordes estaba teñido de sangre.

¡Una mina terrestre! ¡El criminal había pisado una de sus propias minas! Iceberg se puso a cuatro patas, atónito e incrédulo. Tembloroso, se incorporó y miró a su alrededor. Se fijó en las zonas en que la tierra estaba revuelta. Él había creído que la cosa se debía a los revolcones de los jabalíes; pero ahora se daba cuenta de que no... Eran minas terrestres enterradas.

Se encontraba en una zona sembrada de explosivos.

No sin dificultad, tragó saliva y comenzó a andar con paso inseguro en dirección a la garita de vigilancia... Naturalmente, la pistola del falso guardia había volado sabe Dios adónde. Aunque él necesitaba imperiosamente una arma, no tenía la menor intención de ponerse a buscarla por un campo de minas.

Cuando al fin llegó a la garita se sintió como si acabase de correr un maratón. Jadeante, se desplomó sobre la silla de Salvador y estuvo a punto de perder el conocimiento. El pie le latía como un martinete.

Desde la pequeña edificación se dominaba Phillips Highway, la carretera nort-sur que conducía a Cabo Cañaveral, así como la carretera de acceso este-oeste. Los terroristas debían de haber considerado que aquel era un buen lugar para una emboscada. De los restos de los destrozados vehículos de seguridad aún brotaban tenues columnas de humo.

Respirando entrecortadamente, miró en torno. En los monitores, todo parecía en calma, no se percibía movimiento. Pero en la pantalla principal estaba hablando un tipo de aire pedante y aspecto de petimetre. Un tal Phillips, le pareció entender a Iceberg. Escuchándolo, Iceberg comprendió que la lanzadera espacial Atlantis había sido secuestrada. ¡Y con su tripulación dentro! Eso era lo que estaba sucediendo.

Sintió como si de pronto hubiera caído sobre él una tonelada de grava. Los restos humeantes de los vehículos de seguridad, el helicóptero derribado y el asesinato de Salvador confirmaban que aquella gente iba muy en serio. Quienesquiera que fuesen aquellos cabrones, daba la sensación de que iban ganando.

De momento.

El petimetre desapareció de la pantalla y fue sustituido por un plano de Nicole, el embajador Trovkin y el senador Boorman. Todos ellos parecían preocupados.

Phillips volvió a aparecer y tiró algo sobre una repisa; la cámara enfocó un distintivo de misión sobre cuya parte alta aparecían tres nombres: FRIESE, GREEN, BURNS. Era el distintivo que Iceberg le había regalado a Salvador aquella misma mañana.

Iceberg enrojeció profundamente cabreado. Miró fijamente el monitor. Parecía como si Phillips le hablase directamente retándolo.

Subió el volumen.

—... cuatro horas. Les ruego que no me obliguen a destruir esa maravilla tecnológica...

Apenas el hombrecillo hubo concluido su discurso, el transmisor-receptor de

radio situado sobre el mostrador cobró vida:

—Tenemos a la NASA en desbandada. Que todos los puestos se comuniquen conmigo.

Iceberg reconoció la voz. ¡Era la misma que acababa de sonar en el televisor!

Por la radio se escucharon brevemente otras voces. Phillips acusó recibo de cada una de ellas. Luego comenzó a repetir algo acerca de una garita de vigilancia y de pronto Iceberg comprendió que la voz le hablaba a él. Sintió un escalofrío. Si no contestaba, sabrían que algo le había ocurrido al falso guardia.

La voz de Phillips sonó de nuevo, esta vez con un matiz de inquietud.

—Duncan, ¿sigues en la garita de vigilancia? Responde, por favor.

Iceberg empuñó el micrófono y accionó dos veces su interruptor. La señal internacional de «okey». Aquello pareció dejar satisfecho a Phillips. La radio quedó en silencio e Iceberg se recostó en el viejo escritorio de Salvador.

—Calma, calma, calma —se dijo, y se pasó una mano por el corto cabello—. ¿Le habré dado luz verde a ese tal Phillips?

Descolgó el teléfono de la garita, pero el aparato no tenía línea. El falso guardia había inutilizado todo el equipo de radio de Salvador y el único equipo de comunicación de que disponía Iceberg era el *walkie-talkie* de frecuencia fija que solo servía para hablar con Phillips.

Lo cual significaba que nadie sabía que él estaba allí. Ni siquiera el tal Phillips.

Se le encogieron las tripas. Phillips tenía a la NASA agarrada por el cuello. Iceberg no estaba seguro de lo que él mismo podía hacer, pero sabía que tenía que hacer algo.

No podía permitir que Gator Green y el resto de la tripulación del Atlantis aguardasen hasta que los burócratas negociaran aquella situación con rehenes. Conocía al gobierno: todos estarían más pendientes de actuar de modo políticamente correcto que de detener a los terroristas. Iceberg decidió que el único modo de salvar a sus compañeros y amigos era pasando él mismo a la acción.

Una voz interior le susurró que aquel también era el único modo de salvar a Pantera.

## Garita de vigilancia

Iceberg lanzó una exclamación. Por un descuido, había apoyado todo su peso en el pie izquierdo. Saltando a la pata coja, se agarró la pesada escayola y, entre dientes, masculló:

—Esto no puede volver a ocurrirme.

Tenía ocupaciones más importantes, como por ejemplo la de neutralizar a un puñado de terroristas. Pero... ¿qué podía hacer? Se apoyó en el marco de la puerta de la garita. Phillips había terminado su arenga y ahora los comentaristas de televisión hablaban con excitación sobre lo que estaba ocurriendo. Iceberg trató de recuperar la objetividad. Dejó el cuerpo en punto muerto mientras el cerebro funcionaba a toda velocidad.

Se llenó los pulmones de aire. Tenía que pensar con claridad, planificar cada uno de sus movimientos, mantener la más gélida de las calmas. Debía ponerse en contacto con los servicios de seguridad de la NASA, notificarles que los terroristas ya no dominaban aquel punto en concreto y que una fuerza estratégica podía llegar fácilmente hasta allí.

Pero... ¿qué se conseguiría con ello? La garita estaba a varios kilómetros del Centro de Control de Lanzamiento y de la plataforma del Atlantis. Si Phillips tenía realmente a sus hombres repartidos por toda el área restringida, no serviría de nada que en la zona de la garita apareciese un contingente de fuerzas de seguridad. Lo máximo que lograrían sería impulsar a Phillips a apretar el botón. El contraataque debía ser algo más sutil que eso, algo más silencioso. Algo que únicamente un hombre solo podría conseguir.

La NASA, que supuestamente controlaba el búnker de reemisión de televisión, debería haber interrumpido el discurso del hombrecillo. Un escalofrío recorrió la espalda de Iceberg. Amos. ¿Le habría pasado algo? ¿Y si el búnker reemisor, lo mismo que la garita de Salvador, había sido objeto de un ataque de los terroristas?

Luego Iceberg recordó que el búnker estaba sumamente bien protegido. Lo bastante como para soportar un impacto directo. Muros gruesos y reforzados. Era uno de los viejos refugios de observación que se construyeron para los lanzamientos del programa Apolo. Habida cuenta que las líneas de comunicación continuaban abiertas, Amos debía de estar bien. Quizá Phillips había exigido que televisaran su discurso, pues a los terroristas les encantaba escuchar el sonido de su propia voz.

Mientras tanto, la tripulación de Iceberg era un grupo de rehenes a bordo del Atlantis, a merced de lo que los terroristas quisieran hacerle. Iceberg, que conocía a los burócratas de la NASA, suponía que probablemente nadie les había dicho nada a



sus compañeros, y estos creían que solo se trataba de una demora indefinida, ignorantes de que eran los peones de un absurdo juego de rescate.

Tal vez, si lograba ponerse en contacto con Gator Green, podría convencer a los tripulantes de que abandonaran el transbordador y se refugiaron en los bunkers de emergencia. Eso dejaría a Phillips sin una de sus bazas más valiosas. La perspectiva de poner a salvo a la tripulación, a su tripulación, confirió a Iceberg una renovada sensación de esperanza. Tal vez, de algún modo, le fuera posible devolver el golpe a los terroristas. Era lo máximo a que podía aspirar.

Arrastrando el escayolado pie izquierdo, fue cojeando hasta la parte posterior de la garita, donde estaba estacionado el triciclo todoterreno. Torció el gesto al ver el cuerpo de Salvador, derrumbado contra la pared trasera. Sabía que el programa espacial lo había sido todo para aquel viejo; cada uno de los recuerdos que albergaba el interior de la garita era testimonio del entusiasmo de Salvador por la NASA; los distintivos de misión, una foto de Salvador y su esposa con los tripulantes del *Apolo 10*.

En actitud reverente y con un hormigueo en el estómago, Iceberg metió el cuerpo del viejo guardia en la garita, sobre cuyo suelo lo dejó. Jadeando y sudoroso a causa del dolor en el pie y del pesar por la muerte del viejo, colocó lo mejor posible a Salvador. Luego se levantó para apagar el televisor, que continuaba emitiendo «boletines de noticias» y opiniones de analistas.

—Maldita la falta que te hace a ti escuchar esta basura.

En uno de los boletines estaban repitiendo la grabación de la petición de rescate mientras unos «expertos» apresuradamente reclutados analizaban la crisis de los rehenes. Lo mismo que Nicole, lo único que todo el mundo quería hablar, hablar hasta reventar. Pero eso era típico del mundo moderno: la gente siempre estaba más dispuesta a hacer complicados gráficos tridimensionales que a tomar sencillas y tangibles decisiones. Al menos, Iceberg se proponía hacer algo.

Cojeando, cogió su mochila y se preguntó de nuevo si no le convendría conseguir una arma. Decidió que era demasiado peligroso exponerse a las minas terrestres para llegar a los fusiles montados sobre trípodes que, a su vez, estaban conectados a sensores de movimiento. Morir a manos de nadie sería el más ridículo de los finales.

No, no pensaba meterse en ningún tiroteo. Simplemente pensaba hacer una llamada a la cabina de mando del transbordador espacial. Esa sería su única meta por el momento, y en ella concentraría todos sus esfuerzos.

Regresó cojeando al lugar en el que estaba estacionado el triciclo todoterreno. Con sus gruesas ruedas y su motor de dos tiempos, el pequeño todoterreno era el único medio de transporte que le permitiría llegar a algún sitio a tiempo de hacer algo. Tendría que saltarse los capítulos de *Evasión* y *Escape*, con la esperanza de que el tal Phillips solo dispusiera de la gente imprescindible para cubrir los puntos críticos

de la zona restringida. Nadie esperaba que Iceberg se encontrara en el interior del perímetro.

Montó en el triciclo, colocó el pie escayolado y su embarrada bota protectora sobre el asiento y oprimió el botón de arranque. Aceleró el pequeño motor y unas nubecillas de blanco humo se alzaron al cielo desde el tubo de escape. Conocía un lugar de la zona restringida que disponía de un equipo de radio mediante el cual podría ponerse en contacto con su tripulación. Era uno de los lugares que habrían sido desalojados con anterioridad al lanzamiento.

Rodando sobre las gruesas ruedas, Iceberg enfiló el triciclo en dirección a la enorme planta ensambladora de vehículos, que se alzaba a cosa de cinco kilómetros de distancia.

El trayecto fue traqueteante, pero no más de lo que lo habían sido las excursiones en mountain-bike por las dunas que Nicole y él hicieron en los fines de semana de los primeros meses del curso de entrenamiento de astronautas. La relación entre ambos se estrelló y ardió, pero al menos gracias a ella Iceberg conocía bien la zona del Centro Espacial Kennedy y del parque nacional de Merrit Island, una cercana reserva natural de vida silvestre.

La planta ensambladora de vehículos se agigantaba más y más según el triciclo se aproximaba a su inmensa, monolítica estructura. Iceberg divisó la gigantesca bandera norteamericana pintada en la fachada, que dejaba chico todo cuanto la rodeaba, y, junto a ella, la redondeada estrella roja, blanca y azul del emblema del bicentenario.

Desde donde Iceberg se encontraba, la planta ensambladora de vehículos parecía un inmenso monumento blanco sobre los pantanos. Su mole se alzaba sobre la llanura circundante como un gigantesco y solitario bloque de edificios al borde del ancho y fangoso río Banana, que se utilizaba como vía de acceso de las barcazas que transportaban los depósitos externos de combustible de la lanzadera. Sendas paralelas formadas por múltiples capas de grava formaban la recta vía por la cual las naves orbitadoras ya ensambladas viajaban desde la planta ensambladora de vehículos hasta la plataforma de lanzamiento.

Llegando desde el interior, el triciclo pasó de la suave tierra cubierta de matojos al hormigón del estacionamiento. Iceberg se dirigió hacia las entreabiertas y gigantescas puertas del hangar, que podían plegarse en secciones y deslizarse hacia los lados para permitir la salida de los inmensos vehículos orbitadores arrastrados por lentos tractores. El leve petardeo de su vehículo resonaba como las detonaciones de una ametralladora de juguete, pero no parecía haber nadie que lo oyese en las inmediaciones.

Apagó el motor del triciclo, echó mano de su mochila y se apeó. Cojeando, se dirigió bajo el sol hacia el fresco y sombreado interior de la planta como un ratón camino de un hueco en una pared.

El interior del edificio era tan voluminoso como cinco veces el Empire State Building. Las pisadas de Iceberg resonaban como en una gigantesca gruta artificial.

Del suelo de cemento surgían estructuras metálicas grises. Una carretilla elevadora situada en el otro extremo del edificio daba la sensación de ser un minúsculo juguete. El punto más alto del abovedado techo se encontraba casi sesenta metros por encima de su cabeza, y un espacio no menor que un campo de fútbol lo separaba de la pared opuesta. Si alzaba la mirada, sentiría vértigo a causa de la miríada de pasarelas que se entrecruzaban a increíble altura. Los ingenieros comentaban que a veces se formaban nubes en la parte superior de la altísima, casi estratosférica cúpula.

Dos cohetes de propulsante sólido se encontraban ya colocados en grandes bastidores montados sobre la enorme estructura de la plataforma móvil de lanzamiento, listos para ser acoplados a la siguiente lanzadera que entrara en fase de montaje. La anterior nave orbitadora, *Endeavour*, había completado recientemente su largo y lento viaje hacia la plataforma 39B. Su lanzamiento estaba previsto para poco después de la partida del Atlantis. En la planta ensambladora de vehículos se estaban preparando ya para recibir a la siguiente nave orbitadora, *Discovery*, que en aquellos momentos estaba siendo sometida a un reacondicionamiento en la planta procesadora de naves orbitadoras.

Sin novedad en el puerto espacial de Norteamérica, se dijo Iceberg. Pero un montón de cosas van a cambiar a partir de hoy.

Con paso rápido aunque renqueante, no tardó en llegar al puesto de mando, situado a un lado de la zona principal de ensamblaje. Desde aquella oficina se coordinaban todas las operaciones de traslado de naves orbitadoras. La puerta de cristales estaba cerrada. Espléndido. Al menos, no había alarmas conectadas a aquellas dependencias internas.

De pronto se fijó en que pegadas a un soporte de la pared había varias herramientas, cada una de las cuales estaba marcada con un código localizador. Cogió una gran llave inglesa y volvió a la puerta de cristales. Ladeó la cabeza e hizo trizas el cristal justo por encima del pomo de la puerta; luego metió la mano por el hueco y abrió por el otro lado.

Las paredes transparentes de la oficina permitían a los supervisores ver todas las operaciones de ensamblaje que se realizaban en el enorme hangar. Sobre el escritorio había dos teléfonos, una radio, hojas de verificación, tablillas y una manchada taza de café que parecía no haber sido lavada desde los tiempos del Apolo-Soyuz.

Nada más entrar en la oficina, Iceberg vio la radio y fue a por ella. La conectó y sintonizó la frecuencia principal del transbordador. Por el altavoz sonó la voz de Gator, que preguntaba qué ocurría con la prolongada interrupción de la cuenta atrás, y recibía evasivas por toda respuesta. Iceberg lanzó un suspiro de alivio, volvió hacia sí una silla giratoria y se desmoronó en ella para aliviar de peso su pie malo. Con Gator Green se podía contar. Gator era su mejor amigo y el mejor piloto que había conocido... excepción hecha de él mismo, desde luego.

Cuando la tripulación del Atlantis cruzó el país volando desde Houston hasta el Centro Espacial Kennedy, yendo dos tripulantes en cada avión, Gator pilotó mientras

Iceberg iba de pasajero en el asiento posterior del T-38. La tripulación había partido en dirección este al alba para llegar a Florida a media mañana. Durante el vuelo, los dos amigos tuvieron oportunidad de charlar largo y tendido. Después de hablar de lo divino y de lo humano, Gator tocó el tema de Pantera, que había abandonado el cuerpo de astronautas para convertirse en una administrativa. Iceberg se manifestó indignado mientras que Gator se mostró mucho más indulgente, e incluso llegó a defender a Nicole. Aunque lo cierto era que Gator jamás hablaba mal de nadie. Iceberg se había encerrado en sus propias emociones negándose a comprender los motivos de Nicole, aferrándose a su propia versión de los hechos.

Los reactores aterrizaron y rodaron hasta el pequeño grupo de periodistas, agentes de seguridad de la NASA con perros adiestrados en localizar explosivos y unos cuantos familiares y amigos de los tripulantes. A Iceberg le pareció que el grupo de bienvenida era lastimosamente reducido. Los otros tripulantes y él se congregaron en torno a un micrófono para hacer las entusiastas declaraciones de siempre, y luego, tras realizar el informe de vuelo, se recluyeron a fin de prepararse para el lanzamiento, fijado para unas semanas más tarde.

Iceberg recordaba que Nicole Hunter, recién nombrada directora de lanzamiento, estuvo aquel día entre el público, aunque permaneció en un discreto segundo plano. No efectuó ningún tipo de declaración y eludió en todo momento la mirada de Iceberg.

Ahora, en la planta ensambladora de vehículos, Iceberg consideró brevemente la posibilidad de ponerse en contacto directamente con Nicole. Pero la joven se encontraba con los rehenes en el Centro de Control de Lanzamiento, y a él no le convenía en absoluto que los terroristas se enterasen de lo que estaba sucediendo, así que descartó la posibilidad.

Empuñó el micrófono y marcó de memoria una de las frecuencias privadas. No quería utilizar el canal principal de comunicación, ya que no deseaba que Phillips se enterase de su existencia.

—Gator, aquí Iceberg. ¿Me recibes? —Aguardó un momento y nada. Insistió—: Gator, aquí Iceberg. ¿Me recibes? Es urgente.

Siguió sin haber respuesta. Mierda. Había albergado la esperanza de que alguien de la tripulación estuviese escuchando los canales técnicos que los especialistas utilizaban para sus experimentos a bordo. Tradicionalmente, la NASA se oponía a que los científicos se comunicaran desde tierra con los astronautas, pero las cosas estaban cambiando. Así que si nadie escuchaba su llamada, eso se debía, o bien a que la tripulación no sabía lo que ocurría en el exterior de la nave espacial, o bien los científicos habían cambiado las frecuencias de tales canales.

Marcó la frecuencia principal de comunicaciones.

—Gator, soy Iceberg. Canal técnico dos. —Inmediatamente cambió a la frecuencia preacordada que aparecía en las listas de verificación de la tripulación, pero no sucedió nada. Probó de nuevo—: ¡Contesta, maldita sea!

Segundos más tarde, en la radio sonó una cautelosa voz:

—¿Iceberg?

Iceberg sintió un inmenso alivio. Se echó hacia adelante en su sillón y olvidó el calvario por el que había pasado durante la última media hora.

—Gator, no dispongo de mucho tiempo.

—Pero Iceberg... ¿qué demonios haces en este canal? ¡Los de CAPCOM se pondrán furiosos! ¿Dónde estás?

—Cierra la boca, Gator. Tengo que decirte algo importante.

*Atlantis*

Totalmente perplejo, Gator desconectó la radio de a bordo. La voz de Iceberg había sonado por el sistema principal de megafonía interna de la nave y todos los tripulantes se habían enterado de que eran rehenes en el Atlantis. Con un escalofrío, Gator comprendió que la noticia explicaba gran parte de las cosas raras que estaban sucediendo.

Las ventanas de la cabina de mando estaban vueltas hacia arriba y hacia adelante, y desde ellas lo único que se veía era el cielo azul de Florida. A todos los efectos, los astronautas estaban ciegos a cuanto ocurría en tierra, lejos de la plataforma de lanzamiento.

Gator miró al doctor Marc Franklin, que acababa de lanzar un desdeñoso bufido.

—¿Qué pasa, Marc? —preguntó Gator—. ¿No crees lo que Iceberg ha dicho?

Con gesto torcido, Franklin replicó:

—Creo que tu amigo se ha pasado de la raya con su broma. ¿No crees que si ocurriera algo nos habríamos enterado antes de su llamada? ¿De cuántos otros canales de comunicación dispone el transbordador?

—¿Y cuántas veces se ha negado CAPCOM a responder a nuestras preguntas respecto a esta parada indefinida? —replicó Gator a la defensiva^ Si, como Iceberg dice, unos terroristas se han apoderado del Centro de Control de Lanzamiento...

—Eso no era más que una broma, y una broma de pésimo gusto. Al majadero de tu amigo quizá le diviertan estos jueguecitos, pero una gansada como esta podría costarnos a nosotros la misión... y a él su carrera. —Franklin cogió la lista de comprobación, como si esta encerrase la respuesta a todas sus dudas—. Como él no puede volar, quiere que todos nos quedemos en tierra.

Alexandra Koslovsky, sentada por debajo y por detrás de ellos en el puesto de especialista de misión, dijo:

—Este equipo conoce bien al coronel Iceberg, Franklin. Es un hombre que sabe distinguir las bromas de las cosas serias.

Franklin se volvió en su asiento y dirigió una ceñuda mirada a la bonita cosmonauta, como si no diera crédito a lo que la mujer acababa de decir.

—Sigamos el procedimiento normal, Marc —intervino Gator—. Debemos verificar lo que acabamos de oír. No hay nadie en la NASA que respete más esta misión, y a todos nosotros, que Iceberg. Trata de establecer si lo que nos ha dicho es cierto.

—Espléndido —murmuró sarcásticamente Franklin—. Y después de eso, ¿qué? ¿Un motín? ¿Abandonamos la nave porque alguien nos ha dicho que viene el coco?

Mordiéndose la lengua para no decir algo que luego lamentaría, Gator echó mano a la radio para cambiar la frecuencia del canal principal de comunicación. Si el ocupante del asiento izquierdo hubiera sido Iceberg, Gator hubiera respondido con una pulla. Pero a Franklin se le había subido la autoridad a la cabeza, se lo tomaba todo como algo personal y no hacía caso de nadie. Gator insistió.

—Por si acaso, hagamos unas cuantas preguntas. Con ello no perdemos nada. ¿No te parece extraño que CAPCOM no nos haya dado la menor explicación del porqué de esta parada? Ellos siempre se justifican, aunque solo sea para proteger sus propios cuellos.

—Puede que estén demasiado ocupados tratando de sacarnos de este impase.

Gator encajó los dientes.

—No es así como se hacen las cosas. En el simulador de vuelo nunca sucedió nada parecido. Puede tratarse de un asunto grave, Marc.

—Muy bien, veamos —replicó Franklin con gesto torcido y procedió a sintonizar la radio principal con CAPCOM. Oprimió varias veces el botón del micrófono pese a que Gator le indicó por señas que no lo hiciera—. CAPCOM, aquí Atlantis. ¿Me reciben?

Contestó Nicole Hunter con voz tensa.

—Atlantis, deben seguir ustedes aguardando. Estamos intentando resolver un problema y el tiempo apremia. Tenemos ciertas... dificultades con las comunicaciones, y necesitamos que los canales queden libres para que los ingenieros puedan inspeccionar el sistema. Nos pondremos en contacto con ustedes en cuanto nos sea posible.

—¡Eh! —exclamó Gator—. ¿Qué demonios hace Pantera hablando por el canal CAPCOM de Houston? ¡Eso no está permitido!

Franklin alzó las cejas y volvió a oprimir el botón del micrófono.

—Recibido, Control de Lanzamiento. Les ruego tomen nota de que hemos recibido ciertas transmisiones... espurias por esta frecuencia. ¿Pueden averiguar si existe algún problema en el Centro de Control de Lanzamiento? Un problema de acceso no autorizado, por ejemplo...

Gator tapó el micrófono y agarró a Franklin por un codo.

—Cuidado. Si Control de Lanzamiento habla directamente con nosotros, es que algo anda mal. ¡CAPCOM jamás permitiría que una cosa así sucediera! ¿Y si Iceberg está en lo cierto?

Franklin se libró de la mano de Gator.

—Por favor, Control de Lanzamiento, ¿pueden decimos si ha habido algún cambio imprevisto en las normas de actuación de CAPCOM?

A través del sistema de megafonía, la voz de Nicole Hunter replicó:

—Atlantis, necesitamos que este canal quede libre. Repito: hemos detenido la cuenta atrás a la hora H menos veinte minutos, y no deben ustedes seguir interfiriendo. ¿Entendido?

—Lamento molestar, Control de Lanzamiento, pero hemos recibido una comunicación de Iceberg, y...

Gator le quitó el micrófono de la mano.

—Entendido, control. Quedamos a la espera. *Atlantis* fuera. —Desconectó la radio y luego se volvió hacia Franklin controlando a duras penas la ira—. ¿Se puede saber qué te propones? El encargado de controlar todas las comunicaciones que nos llegan es Houston, no el Centro de Control de Lanzamiento. Por algún motivo, nos han desconectado de CAPCOM.

—La señora Hunter es la directora de lanzamiento, y nosotros debemos permanecer a la espera —dijo Franklin emperrado en no ver el problema—. ¿No te parece que lo ha dicho con bastante claridad?

—¡Ni siquiera ha contestado a tus preguntas! A ninguna de ellas. Si no hubiese ningún problema, en estos momentos Houston estaría armando un buen lío. Algo malo ocurre.

Franklin permaneció unos momentos en silencio tratando de encontrar una justificación que él mismo se creyese.

—Ya la has oído: hay un problema de comunicaciones. Quizá ni siquiera ha logrado entender lo que yo le estaba diciendo.

Ahora le tocó a Gator bufar desdeñosamente.

—No me vengas con esas, comandante. Pantera no solo lo ha entendido, sino que ha confirmado lo dicho por Iceberg.

—Estás loco.

—Y tú eres un perfecto estúpido, señor. —La preocupación y la exasperación habían disipado su buen humor habitual—. Hace menos de dos horas estuve hablando de Iceberg con Pantera. Ella conoce bien a Iceberg. Estuvo a punto de casarse con él y él fue el jefe de esta misión hasta la semana pasada. Además, todos lo conocemos. Y tú estás obcecado. —Bajó la voz, como si temiera haberse pasado de la raya—. No lo tomes como falta de respeto, pero esta es una situación de emergencia.

Franklin miró en torno, como si intentara comprender lo que estaba ocurriendo. Con expresión de desagrado, pero en tono más ecuánime, preguntó:

—¿Crees realmente que esa ridícula historia es cierta?

Con el corazón acelerado, Gator replicó:

—Creo en Iceberg, y eso es lo que importa. Lo que me asusta es que no se me ocurre qué podemos hacer nosotros.



## Centro de Control de Lanzamiento

Nicole cortó la conexión radiofónica con Atlantis. Aunque sentía como si soplaste un huracán en su interior, la joven trató de mantenerse calmada e inexpresiva. Manifestar aprensión, pánico o indecisión solo conseguiría provocar a aquellos terroristas, y no había que darle al tal Phillips una excusa ni facilitarle en absoluto las cosas.

¡Iceberg! ¿Aquí? Tuvo que hacer un esfuerzo para no manifestar su sorpresa.

La tripulación del transbordador debía de haber sospechado que algo raro ocurría en cuanto ella los llamó directamente en lugar de hacerlo a través de CAPCOM, en Houston. La norma de utilizar CAPCOM databa de la época Mercury, cuando los astronautas exigieron comunicarse con uno de los suyos, un comunicador de cápsula. Ahora Nicole debía pensar cuál sería su siguiente paso. Esperaba que la tripulación del Atlantis no hiciese ninguna tontería.

Acariciando la llavecita de oro que colgaba de su cuello, trató de concentrarse. Su padre le había dicho que aquella era la llave del futuro, capaz de abrir las puertas de todos sus sueños. Pero no tendría ni el más mínimo futuro si no encontraba la forma de salir de aquel espantoso atolladero. Debía evaluar la situación, unir todas las piezas y dar con algún tipo de solución viable.

—¿Cuánto rato más cree que está dispuesta a esperar la tripulación, señor Phillips? —preguntó Nicole con la esperanza de distraer al jefe de los terroristas.

La joven había oído el comentario de Franklin, y aunque no comprendía cómo Iceberg se había implicado en el asunto, sabía que aquel era el estilo típico del hombre. Como de costumbre, a la joven le daban ganas de estrangularlo por irrumpir en la situación como un *bulldozer*. Iceberg nunca cometía disparates, pero tampoco era de los que se achicaban ante nada, y sus proezas podían hacer que peligrasen las vidas de todos.

—Tendrán que esperar todo lo que haga falta —replicó el hombrecillo con gesto ligeramente torcido. Entrelazó los dedos de ambas manos y comenzó a pasear por el palco de visitantes distinguidos—. Esta operación ha sido meticulosamente planeada, señora Hunter. Quizá tan meticulosamente como una misión espacial. La tripulación del Atlantis no debía haberle preguntado por la parada de la cuenta atrás hasta... —Sacó la agenda electrónica, la abrió y echó una mirada a la pantalla— hasta dentro de diez minutos. Por suerte, como sucede con los lanzamientos de la NASA, hemos previsto todas las contingencias que podían surgir durante nuestra particular cuenta atrás.

»Sin embargo, necesito saber con toda exactitud cómo ha conseguido la tripulación enterarse de nuestra presencia, y cómo puedo evitar que el hecho se repita.

Es evidente que alguien les ha dado el soplo. Me encantará oír cualquier sugerencia que se le ocurra, señora Hunter.

—Lo que me dan ganas de sugerirle no creo que le guste en absoluto —replicó Nicole—. Además, me temo que es físicamente imposible.

—Vamos, vamos, no se deje ganar por los nervios —dijo Phillips, que cogió un *walkie-talkie* y oprimió el botón de transmisión—. Duncan, ven aquí, por favor. ¿Estás ahí, Duncan?

Quedó a la espera mientras el resto de los presentes permanecía inmóvil, en aterrado silencio.

Nicole se devanaba la cabeza tratando de encontrar algún tipo de escapatoria; pero no se le ocurría nada en absoluto. Miró hacia abajo, hacia las hileras de preocupados ingenieros encerrados en la sala de despegue. Era evidente que los empleados del CCL se sentían inquietos, y los que no estaban pálidos era porque estaban lívidos. La absurda situación ya los tenía nerviosos, pero la llamada de la tripulación del Atlantis había sido para muchos la gota que había hecho desbordar un vaso ya muy lleno.

—Vamos, Duncan, contesta... —dijo Phillips hablando para el *walkie-talkie*.

—Habrà ido a echar una meada —comentó Rusty en tono despectivo—. Con ciertos tipos, simplemente no se puede contar.

Phillips lo fulminó con la mirada.

—Duncan es demasiado profesional para haber abandonado su puesto. —Lo intentó tres veces más, y al final tiró el *walkie-talkie* sobre una mesa—. A Duncan le ha ocurrido algo, lo cual resulta muy preocupante.

Nicole se esforzó en conseguir que su rostro no denotara la esperanza que comenzaba a sentir. La joven no vio cómo empezó el bullicio en la sala de despegue, pero en cuestión de segundos todos los técnicos e ingenieros se pusieron a gritar, abuchear y agitar los puños hacia el palco en que se encontraba Phillips. Mientras, otros avanzaban hacia las puertas cerradas, frente a las cuales se encontraba Yvette con su arma.

—¿Y ahora qué pasa? —preguntó Phillips.

Yvette entró corriendo.

—He inutilizado la cerradura de combinación de la puerta, *monsieur* Phillips, pero no estoy segura de que me creyeran cuando les dije que nuestros pistoleros montaban guardia frente a las salidas de emergencia.

Phillips movió la cabeza y se acarició las solapas de la chaqueta.

—Creo que no son conscientes de su situación —dijo—. Señora Hunter, haga uso de su autoridad. Hable por el intercomunicador y dígame a su gente que se deje ahora mismo de chiquilladas. De lo contrario, haré que Rusty escoja a alguien para escarmentarlo por todos. Eso te gustaría, ¿verdad, Rusty?

—Desde luego, señor Phillips. Hay mucho donde elegir.

Nicole encajó los dientes y, por un segundo, se negó a obedecer. Fue a decir algo,

pero Phillips se le anticipó.

—Señora Hunter —dijo fríamente—, si no hace ahora mismo lo que le he pedido, le demostraré lo poquísimo que me importan todos estos rehenes.

Nicole lo creyó a pies juntillas y cogió el micrófono. Aunque estaba atada de pies y manos, al menos podía evitar muertes innecesarias. Y eso debía ser su principal preocupación.

—Les habla la directora de lanzamiento. ¡Silencio, sala de despegue! Si no se tranquilizan ustedes, estos... —carraspeó— estos caballeros comenzarán a matar rehenes. Desde sus estaciones no pueden ustedes hacer nada. —Nicole pidió mentalmente al cielo que sus subalternos le hicieran caso. Los gritos se convirtieron en murmullos—. Tengan paciencia y no pierdan la calma».

—Muy bien, señora Hunter —dijo Phillips enderezándose el nudo de la corbata—. Debí ficharla para mi equipo. ¡Qué dotes de mando! Me ha producido usted escalofríos. ¿Nunca se le ha ocurrido irse a Wall Street a hacer uso de su talento?

El hombre le dirigió una sonrisa y ella lo fulminó con la mirada.

Phillips comenzó a pasear. Parecía muy preocupado por la desaparición de Duncan, pero trataba de disimularlo con sus aires de suficiencia. Se llevó un dedo a los labios.

—Consideremos esto: tenemos pleno control sobre todas las comunicaciones con el transbordador, pero de algún modo alguien ha conseguido poner sobre aviso a los tripulantes de la cabina de mando. Los astronautas están al corriente de lo que ocurre. Al menos, lo saben en parte. O sea que alguien les ha informado desde el exterior. Corrí jame si me equivoco, pero no creo que eso sea fácil. Si lo fuera, los astronautas recibirían llamadas de vendedores de seguros en los últimos segundos de la cuenta atrás.

Rusty se echó a reír, pero Phillips, que no parecía estar para bromas, siguió con su análisis.

—Por consiguiente, debo partir de la base de que usted, con sus facultades sobrehumanas de directora de lanzamiento, señora Hunter, puede decirme dónde se originó esa llamada tan inoportuna. Quiero saberlo, y quiero saberlo ya.

Dejó de pasear, se volvió hacia Nicole y crispó las manos en torno al borde de una mesa. Los nudillos le blanquearon, como si le costara esfuerzo mantener la compostura.

Nicole se sentó alejándose premeditadamente de los bancos de teléfonos y terminales informáticas, y cruzó los brazos sobre el pecho. Iceberg podía ser un fatuo y un insoportable, pero ella nunca lo entregaría a aquellos asesinos.

—Si cree que voy a mover un solo dedo por usted, se equi...

Phillips descargó violentamente el puño contra la mesa al perder el control en un alarmante cambio de actitud.

—¡No tengo ganas de discutir! Debo cumplir un horario muy estricto.

La mirada de los relucientes ojos del hombre fue de Rusty a Nicole y luego al

resto de los presentes. Se alisó el cabello y, con tono mesurado, dijo:

—Yvette, ¿tienes la amabilidad de matar a uno de los cámaras? Nuestra amiga la señora Hunter no parece tomarse en serio nuestras amenazas.

La enorme rubia comenzó a rebuscar entre las muchas, variadas y exóticas armas que llevaba en su bolsa riñonera.

Los cámaras se miraron entre sí. Dos de ellos, lívidos de terror, dejaron sus cámaras en el suelo. Phillips los miró con total frialdad.

—Bueno, cárgate al tipo del Canal 7. El Canal 7 nunca me ha gustado.

El cámara aludido parpadeó inseguro. Yvette, con sonrisa de satisfacción, escogió de su colección unos nudillos de hierro con los bordes serrados y afilados como navajas de afeitar.

—Un momento —dijo Nicole poniéndose en pie—. Muy bien, los creo capaces de cualquier cosa.

Phillips lanzó un suspiro.

—Pero, lamentablemente, yo no la creo a usted, señora Hunter, y no tengo ganas de seguir perdiendo el tiempo en discusiones cada vez que hago una simple petición. —Le hizo un gesto de asentimiento a Yvette.

Con paso ágil, la rubia amazona avanzó como un animal de presa hacia el cámara. El hombre puso por delante su pesada cámara de vídeo y retrocedió hasta dar contra una de las angostas ventanas.

—Eh, un momento —farfulló el cámara mientras Yvette se le acercaba con premeditada lentitud y total confianza—. ¡Oiga, que yo no he hecho nada! ¡Déjeme!

Rusty, sin quitar ojo a la rubia, mantenía a todos los demás a raya con sus dos enormes pistolas. Los ojos color azul pálido de Yvette parecían hechos de hielo. Comenzó a amagar golpes con su puño armado, cuyas hojas parecían cortar el aire con un mudo susurro.

—Señor Phillips, ya le he dicho que estoy dispuesta a colaborar, —Nicole se puso en pie y se adelantó—. Dejen de actuar como matones. Esto es... —¿Qué podía decirle que le afectase?—. Es algo propio de salvajes.

Él la miró y, alzando las cejas, respondió:

—Sí, supongo que sí.

Yvette se echó hacia adelante y frunció los párpados, a punto de lanzarse sobre su presa. El hombre del Canal 7 utilizaba su cámara como escudo.

—¡Atrás!

—¡Joder, qué rollo! ¡Esto es muy lento! —Rusty quitó el seguro de pulgar y, sin apuntar apenas, hizo fuego.

El proyectil pegó con seco sonido contra el pecho del cámara y lanzó al hombre contra la pared, que quedó salpicada de sangre.

Antes de que su víctima se derrumbase, Rusty se adelantó para coger la pesada cámara de vídeo. El cámara vaciló sobre sus pies, boqueando y tosiendo sangre. Rusty le quitó la cámara de entre los ya inertes dedos, y luego, utilizando para ello la

manga de su mono de trabajo, limpió del objetivo un par de gotas de sangre.

—¡Dios mío! —exclamó Rusty—. ¡Qué equipo tan caro!

Yvette, que se había quedado sin diversión, miró amenazadoramente a Rusty y comenzó a avanzar hacia él. El pelirrojo retrocedió un paso y alzó su pistola.

Phillips se interpuso entre Yvette y Rusty.

—Rusty, no debes ser tan impulsivo. Si sigues desobedeciendo órdenes, tu siete y medio por ciento se convertirá en un cinco por ciento.

—Oiga, señor Phillips, no irá usted a hacerme eso después de todo lo que yo he hecho por usted...

—Sí, Rusty, y ya está bien de recordármelo. Pero debes atenerte al plan y hacer lo que yo te diga. Además, la pobre Yvette se está quedando sin fiesta.

—Pues que la próxima vez se dé más prisa —replicó Rusty indiferente—. Usted mismo ha dicho que debemos cumplir un horario muy estricto.

—Sí, así es —replicó Phillips—. Yvette, será mejor que la próxima vez no te entretengas tanto.

—*Oui*. —La rubia miró amenazadoramente a Rusty—. La próxima vez.

El senador Boorman estaba hiperventilando. Se había puesto en pie, pero no era capaz de articular palabra. Nicole se sentía como si el cuerpo se le hubiera convertido en hielo y la ahogaban los remordimientos. Debería haberse mostrado más firme, haber disuadido a Phillips... O bien debió haber discutido menos desde el principio y hacer lo que los terroristas le pedían. Eso tal vez hubiera parecido una cobardía, pero si ella hubiese cooperado inmediatamente, el hombre que ahora yacía en el suelo, como si la acusara con su sangre, estaría vivo.

Andrei Trovkin se puso en pie y volvió a sentarse. El hombre estaba tan acalorado que sus gafas de negra montura parecían a punto de empañarse. Miró primero a Nicole y luego a los otros, pero logró contener sus evidentes ganas de lanzarse contra los terroristas.

Nicole se derrumbó en su sillón, a cuyos brazos se agarró para contener su temblor. La cabeza le zumbaba y no lograba concentrarse. ¡Piensa! ¡Piensa! ¿Cómo podía salir de aquel atolladero?

Debía hacer uso de toda su pericia negociadora, de toda la diplomacia que había aprendido tras abandonar el programa de los astronautas y entrar en el despiadado mundo de los altos funcionarios. Lo que estaba en juego en aquella negociación era algo más que una simple victoria presupuestaria. Sus temerarias palabras acababan de costarle la vida a un inocente. Se sentía impotente... y sospechaba que eso era lo que Phillips había pretendido conseguir.

El hombrecillo unió las manos ante sí, como si estuviera rezando pacientemente frente a un auditorio.

—Ahora que he conseguido que me preste usted su plena atención, señora Hunter —dijo—, volveré a preguntárselo. ¿De dónde procedió esa llamada de radio? ¿La realizó alguno de los héroes de la sala de despegue? ¿Quién es ese tal Iceberg, y

cómo logró ponerse en contacto con los del Atlantis? Yo debo saberlo y usted debe decírmelo.

—No, la llamada no procedió de la sala de despegue. —Bajó los hombros—. Iceberg es el apelativo del coronel Adam Friese, el anterior comandante de esta misión... y, con toda certeza, no llamó desde aquí. Me llevará unos minutos averiguar de dónde procedía la llamada.

—¿El coronel Friese? —preguntó Phillips sorprendido—. ¿El infeliz que se rompió el tobillo?

—No se rompió el tobillo, sino el pie —dijo Nicole alegrándose de poder corregir al hombre.

Con las dedos entumecidos tecleó en el ordenador que tenía ante sí. Al otro lado del cristal se encontraba la ahora vacía estación del director de lanzamiento. Pero ella no podía bajar a la sala en aquellos momentos. Lo que tuviera que hacer para resolver el misterio, debía hacerlo desde allí arriba.

Lo dicho por Phillips era cierto. Solo unos pocos sistemas de comunicación permitían el acceso directo a la cabina del *Atlantis*. Aunque conocía todas las frecuencias de mando, Iceberg no podía haber hablado con Gator desde cualquier radio. Disponiendo del equipo transmisor adecuado y del protocolo exacto de seguridad, Iceberg podría haberse comunicado con su antigua tripulación...

En su terminal apareció un mensaje y Nicole respingó. ¡Claro! ¡La planta ensambladora de vehículos!

Phillips advirtió la reacción de la mujer.

—¿Sí, señora Hunter? ¿Cuál es su respuesta?

—Yo... pues... ^murmuró Nicole con la cabeza dándole vueltas.

Phillips tamborileó con los dedos sobre el tablero de la mesa, al tiempo que silbaba la sintonía del concurso «Jeopardy». Señaló con un movimiento de cabeza a Yvette, que seguía con los cortantes nudillos de hierro en la mano. Nicole captó la indirecta.

—La planta ensambladora de vehículos —dijo opacamente—. La llamada se efectuó desde allí.

Nicole sintió una descarga de adrenalina. Iceberg se encontraba en el interior de la zona restringida. La planta ensambladora había sido evacuada con bastante anterioridad a la hora del lanzamiento, y los terroristas aseguraban haber conseguido el control del perímetro más allá de aquel punto. Sin embargo, Iceberg había quedado atrapado en algún sitio del interior. Iceberg siempre aparecía donde menos se lo esperaba, así era él.

La joven se dijo que debería de haber sospechado que algo raro ocurría cuando Phillips tiró sobre la mesa aquel distintivo de misión. El nombre de Friese bordado en la parte alta saltó ahora hacia ella. No lograba imaginar cómo había conseguido Phillips el viejo distintivo, pero eso carecía de importancia en aquellos momentos. Sintió un ramalazo de ira. El atildado hombrecillo era sumamente volátil. Iceberg

andaba suelto en el interior del Centro Espacial Kennedy, y solo Dios sabía qué se le ocurriría hacer. Nicole esperaba que no lo echase todo a rodar. Las negociaciones ya iban a ser suficientemente delicadas sin necesidad de interferencias.

Y de pronto se dio cuenta de que tenían muy poco que perder. Su propia actitud no estaba sirviendo para gran cosa, como atestiguaba el cadáver del cámara. Tal vez Iceberg fuera la única esperanza que tenían los rehenes.

Phillips cogió de nuevo el *walkie-talkie* y sintonizó una frecuencia. Oprimió el botón de transmisión y dijo:

—¿Mory? Aquí Phillips. —Permaneció tenso unos momentos, hasta que al fin recibió contestación—. ¡Bueno, al menos hay alguien del equipo que está donde debe! ¿Queríais pasaros Cueball y tú por la planta ensambladora de vehículos? Parece que tenemos un topo, y que se ha refugiado ahí. Consideraría un favor personal que os ocupaseis de... ¿cómo dicen en las películas?, ¿liquidarlo, eliminarlo?

—De acuerdo, señor Phillips —replicó una voz nasal a través del altavoz.

Nicole cerró los puños pero mantuvo la boca cerrada, no fuera a ser que un nuevo comentario inoportuno le costase la vida a otro de los rehenes. Iceberg se había metido en un lío, como siempre, y tendría que arreglárselas solo.

Pero arreglárselas solo era una de sus especialidades.

Phillips consultó su agenda electrónica y leyó por unos momentos la información de la pantalla.

—Coronel Adam Friese; sobrenombre, «Iceberg». Vaya, nuestro buen coronel tiene un historial muy interesante. Parece bastante competente, pero apenas puede andar, porque tiene un pie escayolado hasta la rodilla. —Consultó su reloj—. Y disponemos de tres horas y media hasta que las gemas lleguen. —Cerró la agenda—. Bueno, no creo que el tal Iceberg nos cree el menor problema.

## Planta ensambladora de vehículos

Iceberg permanecía sentado en el acristalado puesto de mando de la enorme planta ensambladora de vehículos, observando nerviosamente el segmento de la puerta de la enorme nave que permanecía abierto y sintiéndose totalmente solo. Cuando vio aproximarse a los dos hombres lanzó un prolongado suspiro de alivio.

—Ya era hora de que aparecieran los de seguridad de la NASA —murmuró.

Había estado preguntándose cuánto tardarían las fuerzas de la agencia espacial en abrirse paso entre los terroristas. Se puso en pie evitando cargar peso en el pie escayolado.

Los dos hombres entraron en la planta mirando a un lado y otro. Una vez dentro, comenzaron a evolucionar en torno a un centro común, manteniendo sus armas apuntadas hacia fuera, preparados para un ataque sorpresa.

Iceberg dio un par de renqueantes pasos hacia la puerta y de pronto se dio cuenta de que aquellos dos se movían con excesivo sigilo. Había algo que no encajaba.

—No sé por qué, pero me huelo que estos no son la caballería.

Quizá fue porque vestían uniformes de camuflaje manchados de barro. O quizá fue simplemente por la enorme mochila que llevaba uno de ellos y que contenía lo que parecía un exceso de munición para tratarse de una patrulla de seguridad.

—No parece que hayan venido precisamente a ayudar —murmuró.

Se deslizó fuera del puesto de mando, pues no deseaba quedarse allí solo e indefenso. Salió a la vacía explanada inferior de la nave alta número 3. Resoplando de dolor, avanzó cojeando hacia el muro de hormigón reforzado con cemento y hacia los ascensores. Toca cambiar de planes otra vez, se dijo. Debía desaparecer hasta averiguar qué buscaban aquellos dos hombres armados hasta los dientes.

Aunque, realmente, pocas dudas tenía de que lo buscaban a él.

Oprimió el botón de apertura, pero las puertas rojas del montacargas se negaron a abrirse. Un fuerte clanc resonó en lo alto y la cabina comenzó a bajar. Iceberg apretó el botón una y otra vez, acuciando al ascensor.

—¡Vamos, vamos, vamos!

Las siluetas de los dos intrusos se recortaron sobre el gran rectángulo luminoso que formaba el segmento abierto de la puerta del inmenso hangar. En lo alto relucían fuertes focos industriales. Parte de la luz quedaba tamizada por las pasarelas y los brazos de acceso a la plataforma móvil de lanzamiento, que se utilizaba para montar en la nave orbitadora los cohetes de propulsante sólido y el depósito externo.

Siguiendo las normas habituales en los días de lanzamiento, el trabajo en la planta ensambladora de vehículos se había suspendido, y el sonido del motor y del sistema



hidráulico de la cabina descendente del montacargas resultó estruendoso.

Los dos intrusos se dirigieron apresuradamente hacia la nave alta número 3.

Las puertas del montacargas se abrieron al fin. Iceberg entró en la cabina y pulsó el botón del nivel 3. Así se alejaría del riesgo inminente al tiempo que podía seguir vigilando a los desconocidos.

El montacargas comenzó a ascender e Iceberg se agarró a la barandilla del interior procurando no recargar su peso sobre el fracturado pie izquierdo. La cabeza le dolía, y por todo el cuerpo le brotaban dolores como mala hierba. Comparado con aquello, las torturas del curso de entrenamiento para astronautas parecían un paseo dominical en bicicleta. No había pasado tantos sudores desde que trató de entrar en el equipo de lucha durante su primer año en la academia de las Fuerzas Aéreas. A fin de cuentas, tal vez un tranquilo trabajo de escritorio como el de Pantera no estuviese tan mal.

Cuando se abrieron las puertas del montacargas, aspiró profundamente antes de salir a la altísima pasarela, bordeada por dos barandas metálicas rojas. Comenzó a avanzar con gran lentitud para no llamar la atención de sus dos enemigos de abajo. Se agarró a la baranda encajando los dientes: el dolor se había apoderado de todo el pie izquierdo, que debía de haberse hinchado dentro de la escayola.

Mirando hacia el suelo, tres niveles más abajo, Iceberg vio a los dos hombres armados avanzando cautelosamente. Notó que un sudor frío comenzaba a empaparle.

—Tranquilo —se dijo.

Entrecerró los ojos y, en la penumbra del inmenso edificio, estudió a los dos intrusos que, avanzando recelosamente, como ratas portadoras de la peste, ahora se dirigían hacia la nave baja contigua. Debían de estar buscando el montacargas.

Los ojos de los recién llegados, deslumbrados por el brillante sol de Florida, aún tardarían unos momentos en acostumbrarse a la luz del interior del inmenso hangar. Iceberg decidió aprovecharse de ello. Estudia al enemigo, averigua cuáles son sus puntos débiles... trató de recordar todas las monsergas a las que, de cadete en la academia militar, no había prestado atención. Piensa. Engaño. Rapidez.

Asomó cautamente la cabeza y estudió a los dos hombres. Uno de ellos era corpulento y musculoso, con piel color caoba. Su cabeza, totalmente calva, relucía como si la hubiesen abrigantado con pulimento para muebles. El otro, que era el que cargaba la mochila, tenía cara de comadreja. Sus mejillas estaban cubiertas por un lastimoso vello que trataba de pasar por una barba. Caminaba con la nariz ligeramente alzada, como olfateando el aire.

La abierta expansión de la planta ensambladora estaba llena de grúas elevadoras, poleas y sistemas de bombeo y seguridad. Una zona acordonada con cinta plástica amarilla estaba destinada al aprovisionamiento de combustible: PELIGRO, NO CRUZAR.

Frente a él, en la nave alta 3, se alzaban un par de cohetes cilíndricos de combustible, depósitos de propulsante sólido que medían más de tres metros y medio de diámetro y que parecían blancos silos de grano. Pesadas grúas atestaban cada una

de las secciones de la plataforma móvil de lanzamiento, que, con sus dos pisos, constituía una isla tecnológica que facilitaba una base transportable para llevar el transbordador hasta la plataforma de lanzamiento por medio de un lento aparato tractor.

Abajo, los dos terroristas avanzaban cautelosamente por la amplísima nave. No dejaban de mirar hacia arriba, oteando las altas pasarelas. Comadreja olfateó de nuevo. Iceberg permanecía entre las sombras de lo alto, consciente de que si hacía el menor movimiento su presencia sería detectada.

Pero Iceberg nunca había sido aficionado a permanecer escondido y cruzado de brazos. Estudió la cercana pasarela buscando algo que se pudiera utilizar como arma, y no solo para defenderse, sino para tomar la iniciativa y atacar.

Lo único que divisó fue un banco de trabajo atornillado al suelo, una caja de gafas de seguridad desechables y un gabinete de herramientas. Avanzó cautelosamente, intentando no descargar demasiado peso sobre el pie roto. Pasarela adelante, encontró un soporte con varios contenedores de gas: oxígeno, acetileno y helio a presión. El helio y el oxígeno estaban envasados en grandes depósitos metálicos que medían más de metro y medio y pesaban demasiado para levantarlos. Sin embargo, uno de los depósitos de acetileno que se utilizaban para la soldadura autógena tenía el tamaño de un pequeño tanque de buceo, era fácil de levantar... y, lanzado desde una altura de tres pisos, tal vez resultase una bomba bastante eficaz. Iceberg siempre se había enorgullecido de su capacidad de improvisación.

Levantó el depósito y fue tambaleándose hasta la barandilla. Abajo, los dos terroristas seguían registrando posibles escondites en la planta baja, siempre sin hablar ni producir el menor sonido. Se mostraban muy metódicos y miraban hasta en los rincones más recónditos. Si seguían así, e iban subiendo nivel por nivel, solo era cuestión de tiempo que lo encontrasen. Iceberg debía actuar mientras aún contase con la ventaja de la altura.

Cuando llegaron bajo la pasarela en que él se encontraba, calculó la trayectoria parabólica que permitiría que el tanque cayera sobre la cabeza de uno de los hombres. Era como arrojar una vieja bomba Mark 5. Alzó el depósito y, tras hacer un rápido cálculo del movimiento de los de abajo, lanzó el pesado proyectil.

Lo vio cruzar el aire describiendo un arco para luego caer como una piedra. Los contenedores eran a presión, pero tenían un fuerte blindaje. Iceberg esperaba que hiciera explosión al dar contra el suelo y eliminara a los dos terroristas.

El contenedor pegó contra el hormigón a menos de un palmo por detrás del hombre calvo de color. No hizo explosión, sino que golpeó el suelo con un monstruoso clang. Los dos hombres dieron tal salto que casi se salieron de sus pellejos. El calvo siguió en silencio, pero Comadreja retrocedió y comenzó a gritar y a mirar a todas partes. Disparó dos cortas ráfagas de su fusil automático hacia los lejanos muros, en los que los proyectiles rebotaron y salieron lanzados hacia lo alto. Comadreja movió su arma en abanico, buscando otro blanco. Las detonaciones

resonaron en toda la planta ensambladora de vehículos.

Con torva satisfacción, Iceberg advirtió que en la bragueta de Comadreja se había formado una mancha de humedad que iba aumentando de tamaño.

El silencioso calvo alzó un brazo señalando hacia el escondite de Iceberg en la pasarela del tercer piso.

Tcht, se dijo Iceberg retrocediendo. Se volvió hacia el ascensor que esperaba y oprimió el botón de apertura de las rojas puertas metálicas mientras escuchaba cómo, allá abajo, Comadreja le gritaba al calvo.

—¡Sube a por él, Cueball! ¡Yo voy por el otro lado! ¡Quiero retorcerle el cuello a ese cabrón yo mismo! —Se sacudió los húmedos pantalones.

Silenciosamente, Cueball se dirigió hacia la escalera metálica. En el momento en que las puertas del montacargas se abrían, Iceberg oyó que Comadreja hablaba por el *walkie-talkie*.

—Señor Phillips, aquí Mory. Lo hemos acorralado en la planta ensambladora de vehículos. —Hizo una pausa para escuchar a su comunicante, cuyas palabras no alcanzó a escuchar Iceberg—. Sí, está resultando una condenada molestia, pero nos desharemos de él.

Iceberg entró en el montacargas y oprimió el botón de la planta superior de la nave alta. No se le ocurría modo alguno de dejar atrás a los terroristas, pero si conseguía que lo siguieran a los niveles superiores, tal vez le fuera posible darles esquinazo, descender y huir de la planta ensambladora en el triciclo todoterreno.

Salió a la pasarela del nivel más alto. Ahora el suelo estaba muy, muy abajo. Era como si ya se hubiera puesto casi en órbita utilizando un ascensor en vez de un transbordador espacial. A diferencia de un edificio normal con pisos y oficinas en cada nivel, la planta ensambladora de vehículos era una especie de inmenso y hueco hangar.

De momento, Iceberg había conseguido un respiro, pero no se le ocurría qué hacer a continuación. Sus enemigos debían de haberlo visto entrar en el ascensor, y sabían que ya no se encontraba en el tercer piso. ¿Debía tratar atraerlos y tenderles algún tipo de trampa? Avanzó sigilosamente por la pasarela tratando de no arrastrar por el suelo la escayola.

De pronto vio, cuatro pisos por debajo de él, a Cueball, el fornido calvo, caminando fusil en mano por una de las angostas pasarelas. El calvo percibió el movimiento y vio a Iceberg allá arriba. Sus miradas se encontraron durante una fracción de segundo. Cueball abrió la boca, pero de ella no salió sonido alguno. Iceberg sospechó que el hombre era mudo y no podía llamar a Mory.

Lo que hizo Cueball fue echarse el fusil a la cara y disparar rápidamente dos veces. Iceberg se pegó a la pared, hurtando el cuerpo a las balas. Estas pegaron en el muro y dejaron dos blancos desconchones en él. Pero los disparos y los impactos bastaron para que Mory se enterase de dónde se ocultaba Iceberg.

Iceberg siguió cautelosamente adelante. Los cohetes de propulsante sólido se

alzaban como blancas columnas en mitad de la abierta expansión. Una de las grúas amarillas de 250 toneladas se tendía sobre el vacío mientras otras cadenas y sistemas de poleas pendían del alto techo.

Regresó hacia el ascensor. Debería ir por la escalera, pero la idea de descender por ella hasta el suelo con un pie roto le parecía casi peor que la de ser acribillado por los terroristas. Sin embargo, cuando llegó al ascensor vio que las luces indicadoras parpadeaban. El zumbido del motor anunciaba que la cabina estaba ascendiendo. Alguien subía a por él. Mory.

En el momento en que sonaba el ding-dong que anunciaba la llegada de la cabina, Iceberg se pegó a la pared junto a las puertas pintadas de rojo. El corazón le latía desacompasadamente. El hombre lo veía todo con nítida claridad. Contempló el espacio abierto, la enorme caída y las finas cadenas que colgaban frente a la barandilla de seguridad que había junto al ascensor.

Se abrieron las puertas metálicas, y Mory Comadreja salió, agachado y con el fusil por delante, listo para hacer fuego.

Iceberg no le dio oportunidad.

Impulsándose en la pared con su pie bueno, se lanzó hacia adelante como un torpedo y dio contra el costado de Mory en el momento en que este se volvía.

Mory lanzó un grito y su fusil se disparó al aire; pero Iceberg lo siguió empujando contra la barandilla de seguridad con tal fuerza que el terrorista se quedó sin aire en los pulmones. Sin pensarlo dos veces, Iceberg agarró una de las cadenas colgantes y la enrolló varias veces en torno al tobillo de Mory. Luego, empujando con el hombro, tiró al hombre por encima de la barandilla.

Mory cayó al vacío lanzando un grito de terror y se desplomó un buen trecho hasta que la cadena paró la caída. Iceberg oyó el chasquido del tobillo al romperse, como si la cadena fuera un lazo en torno al cuello de un condenado a muerte.

Mory colgaba cabeza abajo sobre el abismo y braceaba intentando alcanzar la barandilla para estabilizarse. El fusil automático de asalto cayó dando vueltas por el aire. Segundos más tarde, pegó ruidosamente contra el suelo.

—¡Socorro! —gritó Mory—. ¡Maldito cabrón!

El rostro del hombre suspendido sobre el vacío era de un vivo color remolacha. La mancha de humedad de su bragueta se había oscurecido.

Iceberg agarró la cadena, que le hería la mano, y acercó el cuerpo de Mory. El terrorista braceó intentando alcanzar la barandilla, pero Iceberg le impidió hacerlo.

—¿Quiénes sois? ¿Qué pretendéis?

—Que te jodan —dijo Mory.

Iceberg agitó la cadena e hizo que el otro se estremeciese sobre el abismo. Iceberg lanzó un gruñido a causa del peso de Mory. Este gritó de terror por la altura y por el dolor que le producía la cadena retorcida en torno a su fracturado tobillo.

—¿Cuánto rato más tendremos que seguir con esto? —jadeó Iceberg—. ¿Quiénes sois?

—¡Bájame! ¡No pienso decirte nada!

Iceberg se asomó por encima de la barandilla y miró hacia abajo. Se afianzó sobre sus pies, levantó a Mory un palmo más y luego soltó la cadena.

Mory cayó medio metro y se detuvo con un brusco tirón. Lanzó un alarido.

Iceberg tuvo que tomar aliento antes de decir:

—Estamos a ciento sesenta metros del suelo. Imagínate el golpe. ¿Vas a hablar, o no?

—¡Vale, vale! —gritó Mory—. Acércame más a la barandilla.

Iceberg tiró de la cadena, mano sobre mano, y lentamente acercó el cuerpo de Mory. Y, en ese momento, advirtió que los ojos de Comadreja reflejaban sorpresa y alivio. Se dio la vuelta sin soltar la cadena y vio aparecer en el hueco de la escalera a Cueball, que inmediatamente abrió fuego con su potente fusil.

Iceberg se escudó tras el cuerpo suspendido de Mory. Dos proyectiles entraron por el costado de Comadreja y salieron por el costillar. A Iceberg no le quedó más remedio que agarrar otra de las cadenas, enrollarse los eslabones en torno a una mano, y lanzarse al vacío.

La cadena le mordió la mano y, estremeciéndose y vibrando, comenzó a descender, parcialmente frenada por el mecanismo de poleas. Iceberg cayó gritando, aterrorizado, hacia los niveles inferiores. Al fin, tras lo que le pareció una eternidad, logró agarrarse a la barandilla de una pasarela situada tres niveles más abajo.

Soltó la cadena y dio contra el suelo con el hombro. Tema las palmas de las manos ensangrentadas. Abrió y cerró las manos haciendo una mueca de dolor.

Cerró los ojos y lanzó un gemido.

—Esto no lo vuelvo a hacer en mi vida —gimió el tembloroso Iceberg.

La idea de levantarse y correr no le hacía ninguna gracia, pero no le quedaba más remedio. Cueball no le daría oportunidad de recuperarse.

En el nivel superior de la nave alta, el corpulento calvo agarró la cadena y acercó a Mory a la barandilla.

Comadreja sangraba por las dos heridas y gemía lastimosamente. Tosió sangre y miró con aturrido alivio a Cueball. El negro, inexpresivo, trató de soltar de los hombros de Mory la mochila y los misiles Stinger. Dio un tirón y el tobillo de Mory chascó de nuevo con un tétrico crujido. El hombre lanzó un agónico alarido.

Cueball dejó su fusil a un lado. Cuidadosamente, empuñó el lanzador y metió en él un misil. Sonriendo, le dirigió una mirada de admiración a su nueva arma.

Mory lanzó otro gemido. Distráido, Cueball soltó la cadena del pie fracturado y dejó que su compañero se desplomase ciento sesenta metros hasta el suelo.

## Centro de Control de Lanzamiento

En la tensa atmósfera del palco de visitantes distinguidos, Nicole observó que el senador Boorman, repuesto aparentemente del sobresalto, se disponía a entrar en acción. A la joven le estremecía pensar en las insensateces que el hombre podía cometer. Tras el violento asesinato del cámara, el senador se había mostrado más circunspecto en sus manifestaciones.

El cadáver del hombre del Canal 7 estaba derrumbado como un fardo contra la ensangrentada pared, como mudo recordatorio para el resto de los rehenes. Phillips, haciendo como si el cadáver no estuviera allí, iba de arriba abajo mirando los distintos monitores de televisión, en los que aparecía el Centro Espacial Kennedy, el Atlantis sobre su plataforma, la planta ensambladora de vehículos y la sala de despegue del Centro de Control de Lanzamiento.

Yvette paseaba como una tigresa enjaulada por los reducidos confines del palco de visitantes distinguidos. A Rusty lo habían enviado abajo, a vigilar las puertas cerradas de la atestada sala de despegue.

El senador Boorman se irguió dispuesto al fin a intervenir.

—Creo que ya es hora de que usted y yo tengamos unas palabras, Phillips.

El atildado hombrecillo se volvió hacia él y lo miró como si le costase creer que el senador hubiese recuperado el habla.

—Para usted soy el señor Phillips, senador, no se tome confianzas. Un hombre con su experiencia política debería saber lo importante que resulta manifestar respeto.

—Dispense, señor Phillips —replicó Boorman en tono ecuánime—. Me disculpo. Como me pidió, he estado pensando en qué forma podría resultarles a ustedes de utilidad. Si ello contribuye a que esta situación se resuelva sin nuevos derramamientos de sangre, estoy dispuesto a hacer unas cuantas llamadas telefónicas. Hablaré con mis contactos políticos y conseguiré que le entreguen lo que pide. Podemos resolver esta situación antes de que... —Miró con aprensión hacia el cadáver— de que las cosas se compliquen más. Todos deseamos salir de esto con vida.

Los ojos grises del senador refulgieron y Nicole sintió un gélido escalofrío. Tenía muy poca fe en la capacidad negociadora de Boorman. El hombre se había pasado la mitad de su vida metido en intrigas políticas, pero no tenía la menor experiencia en situaciones de vida o muerte como aquella.

—Me encantan las cosas sencillas —dijo Phillips—. Muy bien, Yvette, consíguele a nuestro querido senador comunicación telefónica con el exterior. —El hombrecillo alzó las cejas—. Demuéstrenos su brillante maestría política, senador. Si,

por el método que sea, me consigue usted una maleta llena de piedras preciosas, yo le devolveré con sumo gusto la lanzadera espacial.

Boorman parpadeó varias veces pero no contestó. De su expresión, Nicole dedujo que a Boorman le daba lo mismo recuperar la lanzadera; lo único que deseaba era salir de aquel trance de una pieza, sin importarle el precio que el programa espacial tuviera que pagar por ello.

En cuanto Yvette le hizo seña, Boorman se dirigió al teléfono y lo descolgó con la actitud del hombre que sabe lo que se hace, sintiéndose de nuevo en terreno familiar. Su ayudante sacó un cuadernito negro, buscó un teléfono y lo recitó al oído del senador mientras este marcaba. Boorman se sentó en una silla con el aire pretendidamente relajado de un negociador dispuesto a cerrar un trato. Cuando comenzó a hablar por teléfono, a Nicole le dio la impresión de que Boorman empezaba a divertirse.

La joven comprendió por qué Iceberg odiaba tanto a los burócratas.

Phillips sobresaltó a Nicole al hablar de pronto junto a su oído. El aliento del hombre olía fuertemente a menta.

—Señora Hunter, espero que no se forme usted una mala opinión de mí. Sigo con admiración su carrera desde hace tiempo. Cuando abandonó usted la Marina, tuve la certeza de que el futuro albergaba grandes cosas para usted, ya fuera como astronauta o como administrativa en la NASA. En cierto modo, usted y yo somos muy parecidos.

Nicole miró recelosamente a Phillips tratando de adivinar su juego.

—No creo que usted y yo tengamos nada en común.

Phillips sacudió un dedo en su dirección.

—Tcht, tcht... no sea descortés, señora Hunter. Los dos estuvimos presentes en el desastroso lanzamiento del Ariane, por ejemplo. Usted trata de ganarse la vida, y lo mismo intento yo.

Nicole entornó los párpados y frunció los labios en una mueca de disgusto.

—¿Por qué no se limitaron ustedes a asaltar un banco o algo por el estilo? —De pronto Nicole reparó en algo y miró a su interlocutor con incrementada curiosidad—. Es cierto, ¿por qué no robó usted un banco? ¿Por qué se decidió por algo tan espectacular y arriesgado? Supongo que se da cuenta de que no podrá salirse con la suya. Tiene usted a todo el país en su contra.

Phillips alzó un dedo.

—Pero hay una posibilidad de que todo salga bien. Y una posibilidad es todo lo que necesito. Sin embargo, si he de ser sincero, reconozco que consideraré la idea de robar un banco. La verdad es que consideraré múltiples opciones. El rasgo más distintivo de mi carácter es la meticulosidad. Tras decidir que era necesaria una operación de gran envergadura, anoté todas las posibilidades y luego estudié los pros y los contras de cada una.

—Todos ustedes terminarán el día esposados —masculló Nicole.

Phillips la miró con resignación y prosiguió:

—A mi equipo y a mí se nos ocurrieron múltiples posibilidades. ¿Pero a cuántos ladrones de bancos recuerda la gente? Todo el mundo recuerda a un osado bandido como D. B. Cooper, que ya forma parte de las leyendas norteamericanas. Yo no soy un hombre corriente, y este golpe me colocará en las portadas de todas las revistas.

Esbozó una sonrisa entre vanidosa y calculadora y continuó:

—Además, si optábamos por secuestrar la lanzadera espacial, la ganancia potencial era mucho mayor. Tomemos por ejemplo las plataformas del mar del Norte. A las compañías petroleras les cuesta casi un millardo de dólares construir cada una de ellas, lo sé porque he visto sus hojas de gastos, y sin embargo las compañías están dispuestas a hacer el desembolso debido a lo inmensas que son las ganancias potenciales.

Nicole cruzó los brazos sobre el pecho.

—Pero solo el montaje de una operación como esta debe de haberle costado una fortuna. Los planes, las armas, los mercenarios... Si ya era usted rico, ¿por qué lo arriesgó todo para aumentar su fortuna? Y no me venga con el cuento de que todo el dinero es poco.

A Phillips parecía divertirse el intercambio.

—Las armas sí que fueron costosas, pero mis colaboradores trabajan a comisión, como los abogados que llevan pleitos corporativos. Hoy en día no es fácil encontrar a gente dispuesta a trabajar a comisión, pero mis hombres saben que, a cambio de cuatro horas de trabajo, pueden obtener unos beneficios fantásticos. Unos están en esto por amor a la aventura; otros, porque se consideran en deuda conmigo; y los otros... Bueno, cada uno tiene sus propios motivos.

Nicole pensó que un sanguinario inútil como Rusty haría cualquier cosa con tal de poner un poco de animación en su vida.

—Ahora bien... puestos a hacer algo espectacular, podríamos haber amenazado con destruir la estatua de la Libertad o la presa Hoover o el monumento a Washington... —Phillips alzó las cejas—. Pero yo no soy un hombre particularmente sanguinario, y todas esas operaciones hubieran puesto en peligro las vidas de miles de personas. Sin embargo, aunque destruya el Atlantis, lo máximo que se perderá son siete vidas, y todas ellas de astronautas que sabían a qué se arriesgaban cuando abordaron la nave. Por no mencionar unas cuantas muertes accidentales de civiles, como la de nuestro amigo del Canal 7.

»Otro de los pros de esta operación era el de que yo soy experto en tecnología avanzada, y el programa espacial me apasiona quizá más que a usted. Adoro la NASA. Así que un trabajo como este me resultaba particularmente atractivo.

—Bonita manera tiene usted de demostrar su afecto —dijo desdeñosamente Nicole.

Phillips miró el estuche detonador como si admirase sus componentes.

—Piénselo usted bien, señora Hunter. Lo que pretendo es obligar a este país a que



valore su programa espacial, su futuro. El público está demasiado apático.

»Yo me levantaba al amanecer para ver en vivo los lanzamientos de la NASA. La gente ya no va a los lanzamientos, e incluso los noticieros de televisión se limitan a emitir un boletín sin imagen, como si el lanzamiento del transbordador espacial fuera algo de todos los días.

»Pero debido a lo que hoy estoy haciendo —abarcó con amplio ademán el edificio que los rodeaba—, haré que el público se rasque los bolsillos. Hoy los norteamericanos deberán decidir en cuánto valoran su programa espacial. EAGNE... ¿Le suena a usted ese acrónimo, señora Nicole?

Lentamente, la joven respondió:

—El Almuerzo Gratis No Existe.

¿Qué demonios pretenderá este tipo?, se dijo.

Phillips curvó los labios en una resplandeciente sonrisa.

—Muy bien. Y es una verdad como un templo. El almuerzo gratis no existe. Si desean conservar su transbordador espacial, los norteamericanos tendrán que pagar. O lo quieren, o lo pierden. ¿No le parece una alternativa lógica?

—Y usted apuesta porque pagarán —dijo Nicole.

Phillips se encogió de hombros.

—Como ya le dije, de algo tiene que vivir uno.

Entornando los oscuros ojos, Nicole replicó:

—Algunos preferimos ganarnos la vida de forma legal.

A Phillips no pareció afectarle el sarcasmo.

—Querida señora Hunter, si llevara usted tanto tiempo como yo en el mundo de los negocios, sabría que los métodos legales pueden ser tan salvajes como cualquier acto terrorista. ¿Alguna vez ha intentado jugársela a un bróker? Wall Street es una zona de guerra tan peligrosa y dura como el golfo Pérsico.

El senador Boorman colgó el teléfono con un frustrado gesto de mal humor y se frotó la mandíbula con una manaza. Estaba pálido.

—¿Tuvo usted éxito, senador? —preguntó animadamente Phillips.

Boorman negó con la cabeza.

—Estoy encontrando cierta resistencia en la colina del Capitolio. Reunir tantas gemas en tan poco tiempo va a resultar muy difícil. No hicieron más que remitirme de una persona a otra. Ni siquiera pude hablar con el responsable de la NASA. El presídeme lo ha convocado para una reunión del Consejo de Seguridad Nacional.

—Bien venido al mundo real —murmuró Sicote.

Boorman la fulminó con la mirada.

—Soy el presidente del Comité de Relaciones Exteriores del Senado, señora Hunter, y esta es una situación de emergencia. No pueden dejarme colgado del teléfono.

—Entonces le sugiero que trate de ponerse en contacto con alguien que le haga caso —dijo fríamente Phillips—. Nuestra cuenta atrás no se ha detenido. —Mostró el

pequeño control da los detonadores—. Si queremos salvar la lanzadera espacial no nos queda mucho tiempo.

—Sí —intervino Nicole desdeñosa—, porque usted siente un gran cariño hacia el programa espacial.

Con voz cortante, Phillips replicó:

—Y lo siento, señora Nicole. Un cariño mucho mayor da la que usted sospecha. Pero no crea que eso me impedirá destruir el Atlantis. He acabado con cosas que me importaban bastante más.

El hombre alzó un dedo y en su rostro apareció una intensa expresión que Nicole solo había visto en los rostros de los actores especializados en Shakespeare.

—Escúcheme. En el complejo treinta y cuatro de Cabo Cañaveral, en el lugar en que se encontraba la plataforma de lanzamiento del Apolo cuando el incendio, se alza un monumento en honor a los astronautas que murieron en aquel accidente: Grissom, White y Chaffee.

»En ICBM Road tienen también un silo de misiles Minuteman lleno de cemento en el que reposan los restos recuperados del Challenger. Pusieron el cemento para que nadie pudiera vender restos de la nave como recuerdo. Y abajo, en el vestíbulo de este mismo edificio, hay una pared con placas conmemorativas de todas las misiones. Y solo hay una placa que no tiene fecha de aterrizaje. De nuevo la del Challenger. Una herida nacional.

»En Spaceport Usa he visitado el bello monumento nacional a los astronautas muertos mientras servían en el programa espacial norteamericano y he visto que queda mucho espacio libre. ¿Realmente quiere usted que añada unos cuantos nombres a los que ya figuran en ese monumento? ¿Siete nombres más? —Los fue contando con la mano—: Franklin, Green, Bums, Koslovsky, Orlov, Purvis, Nichi.

Nicole mantuvo con frialdad la mirada del hombre y al fin negó con la cabeza.

El transbordador es una máquina extraordinaria, un prodigio de la técnica —siguió Phillips—. Y los astronautas son auténticos héroes... No me obliguen a convertirlos en mártires. —Señaló a Nicole con el índice—. Pero lo haré si no me pagan lo que pido.

Uno de los teléfonos de la sala de despegue comenzó a sonar, sobresaltando a todos con su estrepitoso sonido, incluso a los que estaban al otro lado de las paredes de plexiglás. Normalmente, el ruido hubiera quedado ahogado por el bullicio de las actividades previas al lanzamiento. Sin embargo, ahora todo el mundo se volvió hacia el sonido. El teléfono repicó por segunda vez.

Era el aparato del escritorio de la directora de lanzamiento.

—Parece que alguien intenta hablar con usted, señora Hunter —dijo Phillips.

—Soy la directora de lanzamiento —replicó ella simulando desinterés—. Se supone que hoy es un día muy ocupado para mí.

Sin embargo, en su corazón latía un intenso temor. ¿Sería Iceberg? La joven sabía que Phillips había mandado a dos asesinos a la planta ensambladora de vehículos para

que acabaran con él.

El teléfono sonó de nuevo. Nadie hizo intención de contestar. Nicole se preguntó si debía oprimir el botón que transfería la llamada al palco de observación. Al fin, tras la cuarta llamada, los ojos de la joven y los de Phillips se encontraron. El hombre asintió brevemente.

—Adelante, conteste.

Ella estiró el brazo y se concentró en sus movimientos, esforzándose en que la mano no le temblara. Luego cogió unos auriculares, se los puso y oprimió el botón para transferir la llamada.

—Sí, dígame... —dijo con la esperanza de que fuera Iceberg» que llamaba para decir que había liquidado a los dos terroristas y ahora se proponía rescatar a todos los que se hallaban en el Centro de Control de Lanzamiento.

Esa era exactamente la forma en que el hombre lo harte frente a las cámaras. Y consiguiendo de paso que lo mataran.

A través del teléfono solo se oía silencio. Luego, el lejano sonido de una discusión, gritos amortiguados.

—Dígame —repitió en voz más alta.

Y ya no oyó nada más. Nicole tragó saliva y colgó. Phillips la observaba con atención.

—¿Sí? —preguntó—. Supongo que debía de ser su amigo, el coronel Friese.

—Número equivocado —dijo ella.

—Ah —dijo Phillips sin creerla—. Bueno, al menos no era un vendedor por teléfono. —Phillips giró sobre sus talones—. Iré a ver cómo le va a nuestro amigo el senador.

Se alejó y fue junto a Boorman, que seguía hablando por otro teléfono.

Nicole se sentó, aún aturdida por la descarga de adrenalina Andrei Trovkin, que había permanecido todo el rato frente a una de las angostas ventanas, mirando hacia la distante lanzadera abandonó su posición y, en voz baja, le dijo a Nicole:

—Me siento como un niño indefenso. ¿Cómo es posible que una pandilla de matones cause problemas tan enormes? —Negó con la cabeza, se rascó el corto pelo castaño y se enderezó las gafas de negra montura. Lanzó un suspiro—. Estamos atrapados en esta sala, como contables que no tuvieran nada mejor que hacer. Estamos desconectados del gran programa espacial. —Alzó la vista al techo—. Ah, quién pudiera estar en la cabina del Atlantis en estos momentos. Usted y yo, amiga mía, nacimos para ser valerosos astronautas... Ese hombrecillo, Phillips, me hace sentir impotente, deseoso de hacer algo.

Nicole miró en torno y sus ojos se encontraron con la gélida mirada de Yvette, que seguía paseando entre los rehenes.

—Solo conseguiría usted que lo mataran —murmuró para Andrei.

—Lamentablemente, tiene usted razón.

Abstraída, Nicole reflexionó sobre las palabras del ruso. Tal vez Trovkin estuviera

en lo cierto: quizá los dos habían nacido para ser astronautas, pero ella no estaba de acuerdo con el resto de lo dicho por el embajador. Quizá él y ella comenzaron con las mismas metas, con el ansia incontenible de explorar el espacio de colocar cohetes en órbita; pero Andrei había abandonado el programa espacial por razones de salud. Nicole, por su parte, había tomado voluntariamente la decisión de abandonar la carrera, alejarse de los rigores del entrenamiento para convertirse en administrativa, abandonando sus sueños. Se tocó la llavecita que le pendía del cuello. No, simplemente había escogido otros sueños, pero seguían siendo sus sueños.

Aquel fue uno de los principales motivos por los que su relación con Iceberg se vino abajo. Aunque hubo tiempos en los que ambos tuvieron mucho en común, a ella le resultó imposible seguir compitiendo con él. Iceberg no supo encajar el cambio que se produjo en ella. No lo comprendió. Como solía hacer, el hombre actuó como un *bulldozer*: o jugaban con sus reglas, o se rompía la baraja. Hizo que Nicole se sintiera como si hubiese optado por la salida más fácil. Y eso le dolía, porque en el fondo sospechaba que probablemente Iceberg había tenido razón.

Miró hacia el monitor de vídeo, en el que aparecía un primer plano del transbordador sobre la plataforma de lanzamiento. La idea de que la tripulación estaba en peligro le hacía un nudo en el estómago. En su cabeza se agitaban pensamientos encontrados. Ella podría encontrarse en aquellos momentos en la lanzadera. Ella podría haber sido uno de los astronautas que ahora estaban atrapados en la cabina de mando esperando que alguien acudiera a rescatarlos.

Trovkin, con sus deseos de entrar en acción, de enfrentarse a los problemas a fuerza de resolución y puños, le recordaba mucho a Iceberg. Pensó en Iceberg enfrentándose solo a los terroristas en la planta ensambladora de vehículos, haciendo las cosas a su modo, pretendiendo conseguir lo imposible.

Aquel era precisamente el modo en que al hombre le gustaba hacer las cosas.

## Planta ensambladora de vehículos

Iceberg descubrió que la muerte inminente era un gran acicate y se levantó del duro suelo de la pasarela a la que había caído tras soltarse de la cadena. Lamentablemente, no vio ninguna roca bajo la cual esconderse; pero sabía que tenía que moverse. Y moverse ya.

Tranquilo... no pierdas la calma.

Lamentó no poder utilizar, para levantarse del suelo, una de las pesadas grúas elevadoras de la planta. No se había sentido tan hecho polvo desde que un instructor lo vapuleó a fondo en la clase de boxeo de la academia. Un claro caso de *déjà vu*.

Cuando se movió, todo su cuerpo lanzó un silencioso grito de agónico dolor.

—Bueno, al menos parece que todas las terminaciones nerviosas funcionan correctamente, sí, señor.

Se preguntó si su cuerpo estaría cubierto por un millar de pequeños hematomas o por una docena de hematomas inmensos.

A fin de no delatar su presencia, había tomado la precaución de ponerse en contacto con la cabina del Atlantis para advertir directamente a los astronautas en vez de llamar al CCL. Entonces, ¿cómo habían averiguado los terroristas que él estaba oculto en el interior de la planta ensambladora de vehículos? Quizá Marc Franklin, sin tomar en serio el aviso, se había ido de la lengua. Menudo tipo.

Iceberg lamentaba no haberle sacado más información a Mory Comadreja. ¿De cuántos hombres más disponía el tal Phillips? Ahora que los terroristas sabían ya de su existencia, tenía que ponerse en contacto con alguien. La primera persona que se le ocurrió fue Nicole. No le hacía gracia llamarla, pero no tenía nada que perder, y necesitaba conseguir ayuda cuanto antes.

Pero Cueball lo estaba persiguiendo, y era de él de quien debía preocuparse.

Tambaleándose con cada paso, Iceberg echó a andar por la pasarela hacia uno de los montacargas. Esperaba ver aparecer en cualquier momento al calvo blandiendo su potente fusil. Pero la puerta roja del ascensor permanecía cerrada, y no se percibía la vibración del cable ni se veía descender ninguna cabina.

Junto al ascensor había un teléfono de emergencia. El jadeante Iceberg alzó el receptor y, mientras escuchaba la señal de línea, trató de librarse de los vértigos que le producía el lacerante dolor del pie y el tobillo. Las manos le sangraban a causa de las rozaduras. La aspirina reforzada que había tomado a primera hora de aquella mañana ya había dejado de hacer efecto.

Marcó el conocido número de la sala de despegue del CCL.

Ahora que los terroristas ya sabían que él estaba allí, tenía que comunicarle a

Nicole lo que había hecho y lo que se proponía hacer. Y aquella podía ser su única oportunidad de hablar con la joven. En su calidad de comandante de misión, Iceberg conocía la extensión privada de la directora de lanzamiento. ¿Cómo era posible que recordase el número telefónico de Nicole, teniendo en cuenta que estaba intentando olvidarse por completo de la mujer? ¡Menudo desperdicio de neuronas!

La señal de llamada sonó una vez, y luego otra. Iceberg miró hacia atrás. No se oía nada. No percibió movimiento alguno. La planta ensambladora de vehículos permanecía silenciosa y expectante, e Iceberg se sentía sumamente vulnerable. Cueball debía de estar dirigiéndose sigilosamente hacia donde él estaba. A Iceberg le latía el corazón de modo desacompañado. El teléfono sonó de nuevo.

—¡Vamos, Pantera, contesta! —masculló.

De pronto oyó el sistema hidráulico del ascensor. Cueball bajaba a por él.

Pegado a su oreja, el teléfono sonó una cuarta vez.

—¡Nicole, date prisa!

Se oyó el ding-dong del ascensor y el sistema hidráulico lanzó un resoplido. Iceberg soltó el teléfono, que golpeó en la pared y luego quedó colgando de su cordón. Cogió un pequeño extintor de incendios rojo que colgaba de la pared.

La puerta del ascensor se abrió y salió en embestida el corpulento negro, con una mochila colgada del hombro. Sostenía el largo fusil con ambas manos. Sobre su cabeza pelada relucía el sudor.

En el momento en que Cueball se volvía hacia él, Iceberg lanzó el extintor contra el pecho del hombretón.

—¡Toma, atrápalo!

Cueball emitió un gruñido de sorpresa. Instintivamente se apartó para esquivar el pesado objeto y bajó el cañón del fusil.

Desde detrás del terrorista, Iceberg saltó de lado escurriéndose entre las puertas del ascensor, que ya comenzaban a cerrarse automáticamente. La adrenalina atenuó el dolor de su pie escayolado. Oprimió el botón de la planta baja y las puertas se cerraron totalmente.

—¡Abajo, abajo, abajo! —masculló Iceberg.

Oyó un sordo golpetazo; Cueball había descargado el canto de la mano sobre las puertas. Luego, un fuerte estrépito. El terrorista estaba golpeando las puertas con el extintor. Pero el montacargas ya estaba descendiendo, y de momento Cueball no podía hacerle nada.

La respiración de Iceberg era entrecortada. El pie le dolía endemoniadamente. Lo último que deseaba hacer era moverse, pero no le quedaba más remedio. El ascensor alcanzó el piso inferior de la nave alta, las puertas se abrieron y se encontró frente a la inmensa planta llena de equipo. Decidió que lo que debía hacer, ahora que aún le sacaba ventaja a Cueball, era cruzar la explanada interior de la planta y dirigirse al soleado exterior, donde podría montar en el triciclo todoterreno y perderse en los pantanos.

¡Pies míos, no me abandonéis ahora!

Iceberg miró sobre el hombro para ver si el corpulento mudo había subido a otro de los ascensores o estaba bajando por la escalera; pero no vio ni oyó nada, lo cual le resultó aún más inquietante.

A toda la velocidad que le permitía su cojera, Iceberg comenzó a cruzar la enorme explanada de hormigón sorteando bombas y dinamos, carretillas elevadoras estacionadas, grandes campanas de acero que se utilizaban como pesas de prueba para las grúas elevadoras. Consciente del tipo de armas que tenía Cueball, Iceberg se veía a sí mismo como a través de la mira telescópica que probablemente lo estaba apuntando en aquellos mismos instantes.

Se dirigía directamente hacia la puerta exterior de la nave alta, y corrió hacia el cobijo de la enorme plataforma móvil de lanzamiento, sobre la cual se alzaban los dos cohetes cargados de propulsante sólido. El sol refulgía en la parte alta de la plataforma, arrojando una maraña de sombras. Pasó bajo la barrera de plástico amarillo.

Siguió avanzando, renqueante, buscando la protección de las sombras y de las grandes maquinarias. La inmensa explanada inferior de la planta parecía grande como Nebraska. Pero no sonó ningún disparo.

Pasó junto al cadáver destrozado de Mory, que yacía en el centro de una despejada zona de carga. El cuerpo estaba despachurrado, como si una gigantesca mano lo hubiese lanzado en un charco de pintura roja. Los efectos de una caída de 160 metros eran sin duda devastadores.

Se fijó en el maltrecho fusil automático que Mory había dejado caer desde arriba. Se puso en cuclillas, lo cogió y miró rápidamente a un lado y otro. Aunque tenía las palmas de las manos en carne viva, el contacto en ellas de una arma resultaba reconfortante.

Se rio de sí mismo. Hacía un rato había tratado de convencerse de que no iba a participar en ningún tiroteo. ¡No, señor! ¡Él no hacía esas tonterías! Lo único que deseaba era hacer una llamadita telefónica a la cabina del transbordador.

A partir de ahora, estaría preparado para cualquier cosa.

Cogió el fusil y siguió avanzando no sin grandes esfuerzos y dolores hacia el rectángulo de luz de las puertas exteriores de la nave. La salida. El terrorista calvo no podría verlo en el laberinto de acero de la plataforma móvil de lanzamiento, pero él no podía ocultarse allí indefinidamente. Tenía dolores en todo el cuerpo y apenas podía moverse. Cueball sabía dónde encontrarlo.

Frente a él, el resplandor del día parecía decirle «ven». Iceberg siguió avanzando como un coche con dos de las ruedas pinchadas. Seguían sin oírse disparos.

El triciclo de Salvador estaba allí mismo, podía llegar a él en cuestión de minutos.

Al fin salió del refugio de la plataforma móvil de lanzamiento, se agachó y aumentó la velocidad de su marcha, ya que ahora se encontraba de nuevo al descubierto, dirigiéndose hacia las enormes puertas plegables.

Era un blanco fácil.

El dolor del pie lo estaba matando.

Ya casi había llegado. Se atrevió a mirar por encima del hombro, por si veía al musculoso negro. Percibió un movimiento en el tercer piso de una de las pasarelas de la nave alta. El estómago se le subió a la garganta.

A fin de cuentas, Cueball no lo había perseguido.

Cueball había ido a apostarse.

El terrorista calvo había montado un lanzamisiles en la pasarela, y lo había cargado con lo que parecía ser un Stinger de cabeza explosiva. Incluso desde lejos, Iceberg notaba los ojos del hombre fijos en él. En el mudo rostro de Cueball apareció de pronto una amplia sonrisa llena de grandes dientes.

—Mierda... —masculló Iceberg sintiendo que sus dolores se desvanecían de pronto.

Volvió el fusil requisado hacia Cueball y disparó media docena de veces. El arma automática escupió los proyectiles, y el retroceso hizo que la culata se clavase en el costado de Iceberg. Este oyó el ruido de balas rebotando contra el metal.

Cueball se ocultó. Iceberg sabía que no le había dado, pero tal vez hubiera conseguido ganar unos cuantos segundos.

Se lanzó directamente hacia adelante, sin importarle pisar con el pie escayolado; si aquel misil lo alcanzaba, necesitarla una lápida en vez de una escayola.

Se derrumbó en el asiento del todoterreno, agarró el manillar, puso en marcha el motor y comenzó a alejarse sobre las gruesas ruedas, tratando de poner toda la distancia posible entre él y la planta ensambladora de vehículos. No deseaba ser un blanco estático para el terrorista. Dio gas al petardeante triciclo y se pegó a la máquina mientras cruzaba el estacionamiento de hormigón en dirección hacia el embalse del río que se utilizaba para trasladar el gran depósito externo de la lanzadera.

Las puertas de la nave eran inmensas y él no tendría tiempo de salir del campo de visión de Cueball.

Miró por encima del hombro y advirtió que el corpulento calvo se estaba echando el lanzamisiles al hombro.

Cueball miró a través de la mira del lanzamisiles. En la ventajosa situación en que se encontraba, disponía de todo el tiempo del mundo. El sol se reflejaba en el metal de la plataforma móvil de lanzamiento. Contempló por unos momentos al minúsculo hombrecillo que trataba de alejarse y compensó la puntería en función de la velocidad y la distancia.

Disparó el misil.

Impulsado por su propulsante, el Stinger salió a toda velocidad. El sensor de calor del misil detectó el brillante reflejo del sol en el pulido casco de la plataforma. Como



una cobra enfurecida, el Stinger hizo un rápido viraje lateral y comenzó a describir un extraño arco que lo condujo a estrellarse contra la mayor de las estructuras que se alzaban en el centro de la nave alta 3: uno de los cohetes cargados de propulsante sólido.

El Stinger detonó... e hizo detonar quinientas toneladas de materiales de alta tecnología destinados a arder bien... y a arder rápidamente.

La explosión resultante fue como la del Challenger, solo que en el interior de un edificio.

## Centro de Control de Lanzamiento

El resplandor de la bola de fuego de la explosión de la planta ensambladora de vehículos hizo palidecer el brillo de las pantallas de televisión repartidas por la sala. Aunque los altavoces no reprodujeron el sonido, Nicole respingó como si le hubiese golpeado el estampido de la inmensa detonación.

A los pocos segundos, los cristales de las estrechas ventanas saltaron en pedazos y los fragmentos de vidrio penetraron por los resquicios de las persianas metálicas. Se oyeron gritos. Phillips alzó una mano para protegerse el rostro al tiempo que ladeaba la cabeza. El estruendo de la explosión resonó, resonó y resonó. Luego la onda de choque pasó y se perdió con sordo rumor en la distancia.

Nadie dijo nada. Con las rodillas convertidas súbitamente en agua, Nicole se desplomó en su silla respirando entrecortadamente. La seca y viciada atmósfera refrigerada del interior del palco de observación se mezcló con el aire húmedo del exterior que entraba por las ventanas rotas. De pronto la joven sintió que estaba cubierta de una fina película de pegajoso sudor.

Iceberg estaba en la planta ensambladora de vehículos en el momento de la explosión, y se había ido de este mundo entre los violentos resplandores de la gloria. ¡Idiota! Nicole lo detestaba por su impetuosidad, por su convicción de que él solito y por las buenas podía enfrentarse a cualquier amenaza y resolver cualquier problema.

Ahora la planta ensambladora de vehículos estaba destruida y envuelta en llamas. Y peor aún, Iceberg había muerto.

Phillips parpadeó, atónito. Apartó el brazo de los ojos y miró hacia el humo que surgía de la planta ensambladora de vehículos.

—Apasionante —dijo—, pero también lamentable.

Se volvió a mirar hacia el Atlantis, que, a cinco kilómetros del lugar de la explosión, se alzaba aparentemente intacto sobre su plataforma.

Torciendo marcadamente el gesto, el hombrecillo continuó:

—La verdad es que esto se está conviniendo en una chapuza.... —Suspiró—. Y lo fácil que habrían sido las cosas si todos hubieran seguido unas sencillas instrucciones. Un gobierno capaz de llevar a un hombre a la Luna debería ser capaz de hacer frente a un simple rescate.

Negó con la cabeza, con la vista fija aún en las llamas que salían por la boca de la planta ensambladora de vehículos, en la que el propulsante sólido seguía ardiendo y ardiendo.

—Contemplan el espectáculo. Jamás fue mi intención hacerle tanto daño a este maravilloso centro espacial. Piensen en cuánto retrasará este accidente el programa

espacial. —Phillips se palmeó la cabeza—. Estas cosas me dan ganas de llorar.

Andrei Trovkin, que estaba mirando por una de las ventanas, se volvió lentamente, cuadró los amplios hombros y miró con furia a Phillips. Cerró los puños, y con el rostro congestionado por la ira el ruso dijo:

—¡Podría matarlo, Phillips!

—Y yo podría hacerlo matar a usted —replicó el aludido con fingido tedio—. Pero es preferible evitar violencias, ¿no le parece?

Miró a Yvette, que parecía una navaja automática lista para saltar. La joven sonrió y los blancos y perfectos dientes contrastaron con la bronceada piel.

De pie en su reservado, sin hacer caso de las llamas de la planta ensambladora ni de los cristales rotos diseminados por el suelo en torno a él, el senador Boorman había vuelto a enzarzarse en su conversación telefónica. Su sonora voz se había hecho más chillona. Se pasó el dorso de la mano por la frente, perlada de gotitas de sudor.

—Si usted no puede decirme nada, póngame con alguien que sí pueda. Soy el senador Charles Boorman. —Matizaba cada una de sus palabras descargando el puño sobre el tablero de la repisa.

Boorman sorprendió a Phillips mirándolo, y trató de calmarse. Cuando volvió a hablar, lo hizo en tono más mesurado.

—Escuche, el mundo entero nos contempla. Lo único que me preocupa es la seguridad de esos pobres astronautas que están en el interior del Atlantis. Piense en lo mucho que esta tragedia estará afectando a sus familias. Podría haber nuevas víctimas.

Exasperada por las lágrimas de cocodrilo del senador, Nicole apartó la mirada del incendio de la planta ensambladora de vehículos.

Phillips cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Problemas, senador? A su gente solo le quedan dos horas y media.

Boorman le dio la espalda y cuando volvió a hablar lo hizo en un silbante susurro.

—¡Pues sacadlos del presupuesto del programa espacial para el año que viene, por el amor de Dios! ¿Qué importa que efectuemos una misión menos? Además, ¿acaso podríamos permitimos pagar otra planta ensambladora de vehículos? —Se echó hacia adelante, como si tratara de meterse en el teléfono.

Nicole volvió a fijar la vista en la inmensa conflagración. A través del humo y las llamas eran visibles las retorcidas vigas de acero y los enormes orificios en los muros del edificio. La planta se había construido con tal cantidad de refuerzos de acero, y estaba tan bien afianzada en el lecho de roca, que la estructura del edificio había sobrevivido a la explosión. Lo único que podría haberla destruido por completo habría sido un impacto nuclear directo. Sin embargo, llevaría mucho tiempo y costaría mucho dinero poner de nuevo en funcionamiento la planta ensambladora de vehículos. La joven lanzó un suspiro.

Sin embargo, nada podría devolverle la vida a Iceberg.



## Planta ensambladora de vehículos

En el momento en que el misil con sensores de calor hizo impacto contra los cohetes de propulsante sólido, Iceberg estaba llegando al embalse del río. Sin reducir la marcha, se tiró del vehículo para lanzarse al dudoso cobijo de las turbias aguas huyendo de la onda expansiva que estaba a punto de producirse. No tenía otro lugar al que huir ni en el que ocultarse. Su única esperanza era sumergirse lo suficiente y eludir la peor parte de la detonación.

La inmensa ola de fuego que se había formado en el interior de la nave alta de la planta ensambladora de vehículos brotó rugiendo por la inmensa puerta abierta. La onda expansiva hizo que Iceberg se hundiera más en las tibias aguas... y permaneció hundido, sin saber lo que tardarían las llamas en pasar de largo.

En triciclo todoterreno siguió su marcha hasta encallar en el barro de la orilla de la presa, como si un inmenso oso lo hubiera lanzado allí de un zarpazo.

Iceberg permaneció de bruces en las cálidas aguas que conducían al sinuoso canal que las conectaba con el río Banana. ¡Y él que había tratado de que la escayola se mantuviera seca!

Le dolían los oídos a causa de la presión de la onda expansiva. Necesitaba desesperadamente respirar. La ola de calor pasó sobre él, chamuscándole los cortos cabellos de la nuca. Tras aguantar la respiración durante casi un minuto, alzó la cabeza y aspiró. Se puso a gatas en la fangosa orilla y miró, aturdido, hacia el edificio en llamas.

Ni siquiera una explosión tan inmensa había sido capaz de arrasar la fortísima planta ensambladora de vehículos, pero, con más de medio millón de kilos de combustible en el interior de cada uno de los cohetes de propulsante sólido, más los materiales inflamables almacenados en las naves altas, el interior del edificio era un auténtico infierno. Más de un kilotón de potentes explosivos... Él debía dar gracias a Dios por haberse encontrado a distancia y bajo el agua. Las llamas brotaban por cada abertura, por cada grieta del edificio, y los muros que aún seguían en pie temblaban a causa de la descomunal fuerza de la explosión. Del cielo caían todo tipo de desechos ardientes.

—Y yo que cuando me sacaron de la misión creí que mi vida iba a ser aburrida —murmuró Iceberg.

Aguardó unos momentos antes de salir chorreando de la presa. El triciclo yacía tumbado de costado sobre el fango. Con su pie roto, a Iceberg le sería imposible levantarlo.

El fusil confiscado se encontraba bajo el agua, e Iceberg dudaba de que siguiera

en condiciones de funcionar. La escayola estaba totalmente empapada, y probablemente comenzaría a deshacerse antes de una hora. Todo estaba saliendo bastante menos bien de lo que él había esperado.

Acababa de llegar a gatas a tierra firme cuando oyó el sonido de otra explosión, esta más lejana. Alzó la cabeza buscando el origen del sonido.

Una columna de humo gris negruzco se alzaba sobre los pantanos a cosa de kilómetro y medio de distancia. Con el corazón en la boca, Iceberg se preguntó qué otra catástrofe se habría producido. ¡Todo el Centro Espacial Kennedy se había convertido en zona de guerra!

## Búnker reemisor de TV de la NASA

Confusas pesadillas, oscuras visiones y extrañas imágenes... Todo ello fue interrumpido por un súbito trueno.

La explosión fue tan estruendosa como para despertar a los muertos... o al menos a alguien que estaba sumido en un sueño abismal inducido por las drogas. El ruido fue tan tremendo, la onda expansiva tan fuerte y el olor a materiales químicos quemados tan intenso que, conjuntamente, todos aquellos elementos se abrieron paso entre el estupor y devolvieron a Amos Friese a la semiconsciencia.

Sentía la cabeza totalmente embotada. Le costaba respirar, como si lo hiciera a través de una paja para beber refrescos. Notaba los brazos y las piernas como si fueran de plomo... como si un pigmeo le hubiera disparado un dardo con una cerbatana...

¡Cerbatana!

De pronto Amos recordó: un dardo color escarlata lo había alcanzado y le había pinchado con su aguda punta. Se echó hacia atrás en el momento en que el dardo atravesaba el grueso suéter y le hacía un rasguño en la piel. Se lo había quitado de un manotazo, pero no sin haber recibido una dosis suficiente como para sumirlo en la inconsciencia.

Amos gruñó, y su propia voz le resonó en la cabeza como una nueva explosión. Tardó varios minutos en lograr abrir los párpados. Percibió una grisácea claridad. Olía a humo, a un humo acre, como si alguien hubiera hecho detonar explosivos.

Tenía las ropas empapadas en sudor. El grueso suéter se le pegaba como una manta húmeda y fría a causa del excesivo aire acondicionado del búnker. Lo veía todo difuminado, borroso.

Se dio cuenta de que se le habían caído las gafas. No, no se le habían caído. Alguien se las había quitado. Las encontró, cuidadosa, casi amorosamente dobladas sobre su pecho. Con dedos entumecidos y torpes, Amos desplegó las gafas y se las puso de nuevo. Parpadeó varias veces hasta que las imágenes cobraron nitidez.

Tumbado boca arriba, contempló la estación reemisora de vídeo. Distinguió las grietas en el suelo de cemento que habían sido selladas y pintadas cuando se reacondicionó el viejo búnker. Un escarabajo negro avanzaba trabajosamente por el suelo.

—Dios... —murmuró Amos al tiempo que se apoyaba en un codo.

Gran error. El movimiento hizo que tambores de dolor comenzaran a redoblar en el interior de su cráneo. Aquello era parecido a la resaca que tuvo una vez que se fue de copas con su hermano. Incautamente, trató de seguir, trago a trago, el ritmo de los

otros pilotos de caza... Fue algo que le quitó las ganas de repetir.

Con el mismo cuidado que normalmente utilizaba para poner en funcionamiento un nuevo sistema informático, Amos se incorporó hasta quedar sentado.

—Hola... —dijo estranguladamente—. ¿Hay alguien? —Lo único que oyó fue el zumbido del aire acondicionado y el rumor de los monitores de vídeo situados en estantes, a su espalda—. ¿Cecilia?

Se agarró al borde del escritorio y logró incorporarse, oscilante y mareado. Se enderezó y en ese momento oyó un *cling* en el suelo. Vio un dardo de pluma roja que llevaba incorporada una ampolla casi llena de un líquido ambarino. Se dio cuenta de su suerte. Debido al grueso suéter y a que se movió, solo había recibido una dosis mínima de droga.

Pero... ¿por qué aquellos desconocidos lo habían dejado allí tirado? Cecilia había dicho algo de la CIA, pero él no se creía aquella historia.

¿O seguirían los desconocidos en el búnker?

Amos vio sobre su escritorio la maqueta color naranja del transbordador espacial, el frasco de caramelos duros y dos latas de Jolt Cola. Todo tal como él lo había dejado.

Y de pronto se fijó en los zapatos y las piernas de Cecilia, que asomaban por detrás del otro escritorio.

Con el corazón en la boca y la sangre inundada de adrenalina, se sintió de pronto totalmente despejado. A ella también debían de haberla dejado inconsciente. Caminando como un borracho, fue hacia Cecilia; se agarró primero al borde de su propio escritorio y luego al respaldo de una silla giratoria. Esta se movió y estuvo a punto de hacerle perder el equilibrio.

—¡Cecilia! —dijo con la lengua de trapo—. ¡Eh, despierta!

Llegó justo al otro escritorio y recordó de nuevo a los dos supuestos miembros de la CIA, que llevaban monos de trabajo de la NASA... Recordó también lo nerviosa que se había mostrado Cecilia...

Ahora la mujer yacía en el suelo, aún con su vistosa blusa floreada y sus pantalones negros. Su tez morena tenía un tono pálido. Un dardo escarlata estaba clavado en la piel del carnoso cuello, justo por encima de la clavícula.

En este caso, sin embargo, la ampolla hipodérmica estaba totalmente vacía.

Amos notó que el corazón se le hundía como una piedra de molino arrojada al mar.

—Cecilia... —murmuró de nuevo con voz estrangulada.

Debido a las secuelas del somnífero y a la impresión de ver de aquel modo a su compañera, a Amos se le doblaron las piernas. Se arrodilló junto a Cecilia, le levantó la cabeza y le apartó los negros cabellos del rostro. Siempre había deseado pasarle los dedos por el cabello...

Los grandes ojos de la mujer seguían cerrados. Amos le tocó suavemente los párpados, pero no obtuvo respuesta alguna. El tacto de su carne era extraño, como de



vinilo.

Le acercó la oreja a la nariz y no percibió que de esta brotase aire. Tragó saliva y, tras vacilar más a causa del temor que de la turbación, posó la oreja sobre el pecho de Cecilia y trató de escuchar los latidos del corazón.

No oyó nada.

Se sentó, con la cabeza de Cecilia sobre las piernas. Seguía acariciándole el pelo, aunque sin encontrar el menor placer en ello. Deseaba decirle cosas, hacerle preguntas y contarle lo que él pensaba, cosa que nunca se había atrevido a hacer. Pero las palabras no le salieron.

Amos comprendió que los supuestos hombres de la CIA habían sido impostores que andaban en algo muy malo. Notó que, en su interior, la ira desplazaba al pesar. Recordó al pecoso pelirrojo y a la rubia amazona que le había disparado el dardo. Solo por azar se había librado el propio Amos de recibir una dosis fatal de la droga.

Pero, como saltaba a la vista, Cecilia no había tenido tanta suerte.

De pronto reparó de nuevo en el acre olor del aire. Parecía pólvora o algún otro explosivo químico. Se puso trabajosamente en pie y vio luz diurna al final del túnel de entrada, donde se encontraba la pesada puerta blindada de acceso al búnker. Una puerta que debería haber estado cerrada.

Con gran cuidado, alisó el cabello de Cecilia, cruzó las manos de la mujer sobre el amplio pecho, y luego se dirigió con paso inseguro hacia la entrada del búnker, situada al final de un largo túnel por el que estaban estratégicamente repartidos una serie de bloques de hormigón que, en los tiempos del programa Apolo, servían para impedir que los efectos de una explosión llegasen al interior del búnker.

La pesada puerta de la fortificación aparecía retorcida hacia fuera, como si una inmensa mano la hubiera arrancado de sus goznes. Los muros de cemento estaban también desconchados y ennegrecidos por el humo.

La explosión había alcanzado de pleno a dos guardias de seguridad de la NASA. Sus sangrientos restos parecían aplastados por la fuerza de la explosión.

Alguien había colocado una bomba trampa en la puerta. Los guardias de seguridad trataron de entrar en el búnker reemisor de vídeo para rescatar a sus ocupantes e hicieron detonar la bomba.

A Amos le daba vueltas la cabeza.

—Dios mío... —murmuró.

Las piezas del rompecabezas comenzaban a encajar. Aquellos dos impostores habían obligado a Cecilia a llevarlos con ella al búnker para... ¿Para qué? La rubia amazona había disparado contra ambos con una cerbatana, y luego lo dejaron a él por muerto... A continuación los dos hicieron algo y se fueron, no sin antes dejar una carga explosiva conectada a la puerta para que liquidase a cualquiera que se acercara a investigar.

Era la explosión lo que al final lo había sacado de su estupor.

—Hubiera preferido un despertador —se dijo Amos.

Volvió a la sala donde estaban los monitores de vídeo. Seguía aturdido a causa de la droga tranquilizante, pero tenía que avisar a las autoridades, y hacerlo cuanto antes.

¡Acción! Cualquier acción era preferible a quedarse de brazos cruzados. Eso habría dicho su hermano. Amos sabía que Iceberg hubiera resuelto aquel problema en un abrir y cerrar de ojos; pero Iceberg estaba observando el lanzamiento desde algún ignorado y remoto lugar. Probablemente, ni siquiera se imaginaba que ocurriese nada extraño.

Amos llegó frente a las hileras de monitores de vídeo y se llevó todo un sobresalto. Según el cronómetro, el Atlantis ya debería haber partido, pero la cuenta atrás se había interrumpido y se encontraba en parada indefinida.

—Dios mío...

En otra pantalla pudo ver lo que quedaba de la planta ensambladora de vehículos. Por debajo de la puerta principal aún salían grandes llamas.

—¡Dios mío! —exclamó de nuevo, esta vez con mayor ímpetu.

Estudió las pantallas que mostraban el interior del Centro de Control de Lanzamiento. En la sala de despegue, todos los técnicos permanecían inmóviles en el exterior de sus estaciones, trastornados, confusos... Amos miró a continuación la imagen del palco de visitantes distinguidos. En él estaba Nicole Hunter, muy seria, al lado de un tipo bajo y atildado. Junto a ellos se encontraban la amazona rubia y el tipo pelirrojo, y ambos blandían armas de muy amenazador aspecto. Habían tomado rehenes en el Centro de Control de Lanzamiento.

Decididamente, no eran de la CIA.

Amos se había quedado helado. Con mano temblorosa descolgó el teléfono y pulsó el 9 para obtener línea, dispuesto a ponerse en contacto con las autoridades. Pero el aparato no daba línea. Colgó y descolgó de nuevo. Nada. Se volvió hacia el panel que controlaba todas las líneas reemisoras y accionó un interruptor. En una pantalla lectora brilló la indicación de que todas las conexiones con el exterior habían sido cortadas.

Se derrumbó en su viejo y crujiente sillón. Cecilia estaba muerta; a él habían intentado matarlo; habían colocado una bomba trampa en el búnker reemisor de vídeo; la planta ensambladora de vehículos estaba en llamas; y un grupo de terroristas armados se había apoderado del Centro de Control de Lanzamiento.

—¡Oh, Dios... Dios mío! —exclamó.

De pronto se le ocurrió una aterradora posibilidad.

—¿Y si vuelven a por mí?

Pero... ¿dónde estaba Iceberg?

*Atlantis*

Gator Green, tumbado sobre la espalda en el asiento del piloto y vuelto hacia arriba, estaba mirando por la ventanilla delantera cuando, por el rabillo del ojo, vio el reflejo de una brillante luz.

Se incorporó, se inclinó sobre la consola central C-3 y miró por la portilla lateral de Franklin. Al hacerlo, se le cayó el casco que tenía sobre las piernas, pero Gator no prestó atención.

—¡Mierda! ¡Fijaos en eso!

Una brillante bola de fuego se estaba alzando desde el cúbico edificio de la planta ensambladora de vehículos. A Gator se le grabó en la retina la huella de la deslumbrante llamarada.

Marc Franklin se había soltado los arneses y se encontraba sentado en la mampara delantera con los brazos cruzados sobre el mono de vuelo color naranja y la espalda apoyada en la pared de la cabina. Mientras el transbordador permanecía vertical sobre la plataforma, resultaba difícil mirar cualquier cosa que no fuera el cielo. Alexandra Koslovsky se había echado hacia un lado en su sillón para hablarles a sus camaradas situados en el compartimento central.

Los dos especialistas norteamericanos de la sección central, el comandante Arlan Bums y el doctor Frank Purvis, reaccionaron poco después de Gator. Bums gritó:

—¡Increíble! ¿Qué demonios está pasando ahí fuera? Mirad por la portilla lateral, entre la estructura de la torre de servicio.

Gator trató de librarse de la imagen fantasma que le nublabla la visión para ver mejor la planta ensambladora de vehículos. Llamaradas negras y amarillas brotaban por las grandes puertas, y el aire se estaba llenando de un denso humo negro.

Franklin apartó a Gator para ver mejor. Alexandra Koslovsky también se arrimó, y se puso de puntillas para mirar por encima del hombro del comandante de misión.

El transbordador vibró, estremecido por los restos de la onda expansiva. Cogidos por sorpresa, Franklin y Alexandra estuvieron a punto de perder el equilibrio. Gator los sujetó para evitar que cayeran.

Bums asomó la cabeza por la escotilla de comunicación.

—¿Qué demonios pasa? ¡Hemos visto una explosión en la planta ensambladora de vehículos!

Mostrando por primera vez dotes de mando, Franklin se volvió y le ordenó a Gator:

—Sintoniza la frecuencia de seguridad y averigua qué está sucediendo. Sigue la lista de comprobación.

—Probablemente se trata de los terroristas que Iceberg mencionó —dijo Gator con toda seriedad.

Los instructores que se ocupaban del simulador de vuelo de la NASA solían entregar a los astronautas problemas imprevistos en «tarjetas verdes», intentando cogerlos por sorpresa. Algunos astronautas podían hacer frente a tales tarjetas sin lista de comprobación, y otros, como Franklin, necesitaban la lista de comprobación hasta para cambiar el rollo de papel higiénico.

Pero aquello no era ninguna tarjeta verde.

Bums regresó a su compartimento y los especialistas americanos se pusieron a hablar nerviosamente con sus colegas rusos. Alexandra se arrodilló en la mampara para consultar con sus camaradas.

Gator estaba intentando sintonizar por el canal de comunicaciones CAPCOM o el Centro de Control de Lanzamiento pero no conseguía respuesta. Marcó otra frecuencia, pero el CCL tardaba una eternidad en responder. Gator se quedó asombrado por la malhumorada contestación que recibió de uno de los jefes de estación de la sala de despegue.

—Estamos muy ocupados, Atlantis, y no podemos darles detalles. Centro de Control de Lanzamiento fuera.

—Oiga, comuníqueme al menos con la directora de lanzamiento. Soy el capitán Green...

—La señora Hunter no lo puede atender en estos momentos. Ya lo llamaremos. Fuera.

Alexandra Koslovsky se apartó de la portilla que comunicaba con el compartimento trasero para dejar paso a Orlov, su altísimo compañero. Los dos comenzaron a hablar rápidamente en ruso.

—Muy bien, Control de Lanzamiento se está ocupando del problema —dijo Franklin, como si la transmisión lo hubiese explicado todo—. Debemos esperar a que nos digan qué hacer. No podemos...

Exasperado, Gator se desentendió de la radio.

—Algo raro ocurre, comandante. Los de Control de Lanzamiento deberían habernos informado. Hemos perdido el contacto con CAPCOM en Houston. Nos están ocultando lo que ocurre, y no se trata de un simple accidente. ¿A qué viene esa tontería de que están muy ocupados y no debemos hacer preguntas?

Franklin regresó a su sillón de mando.

—Nos han ordenado esperar —dijo comenzando a abrocharse los arneses de seguridad.

—¡Pero Iceberg nos informó directamente de que unos terroristas se habían apoderado del Centro de Control de Lanzamiento! ¡Maldita sea, Franklin! ¡La planta ensambladora de vehículos acaba de volar por los aires, por el amor de Dios! Y Nicole ni siquiera nos responde. Pantera, ¿recuerdas? ¡Es una de los nuestros!

Gator se esforzó en ver mejor a través de su portilla, pero no percibió movimiento

alguno en la zona de lanzamiento ni en la planta ensambladora de vehículos. Las llamas lamían el ennegrecido exterior del edificio, y el humo se alzaba muy alto en el cielo. Pero no se veían bomberos, ni vehículos de rescate, ni equipos de seguridad de la NASA.

—¡Piénsalo, Franklin! Si esto fuera un lanzamiento normal, todo el mundo habría entrado en acción.

—Dales tiempo. Solo han pasado unos minutos desde la explosión...

—¡Y no ha ocurrido nada! Eso mismo ya debería indicarnos que debemos actuar. —Se incorporó, cansado de la indecisión de Franklin. Se fuera o no comandante de misión, llegaba un momento en que lo que contaba eran los actos y no las palabras. Con temor en los ojos, Gator prosiguió—: Iceberg dijo la verdad. Unos maleantes se han apoderado de Control de Lanzamiento, y nos tienen como rehenes aquí en el transbordador. Creo que debemos largarnos con viento fresco.

—¿Cómo dices? —preguntó Alexandra.

El cosmonauta Orlov intervino:

—Creo que entiendo lo que el camarada Gator...

Bajo la incrédula y atónita mirada de Franklin, Gator se dirigió hacia la escotilla central.

—¡A los cestos de emergencia, chicos! ¡Estamos sentados sobre dos kilotonos de explosivos, y yo no pienso seguir perdiendo el tiempo con discusiones! Control de Lanzamiento está JAM.

Los especialistas del compartimento contiguo lanzaron débiles vítores.

—¡Evacuación de emergencia! —dijo Bums asomando la cabeza por la escotilla—. ¡Ya era hora de que alguien tomara una decisión!

Con el entrecejo fruncido, Alexandra preguntó:

¿JAM?

—Jodido Al Máximo —tradujo Gator—. ¿Qué es lo que os enseñan en las clases de inglés? Vamos, listos para evacuar.

—Aparentemente, no nos enseñan inglés norteamericano —replicó Alexandra, dispuesta a seguir a su interlocutor.

Franklin agarró por un brazo a Gator cuando este se disponía a ir hacia la escotilla.

—No nos han confirmado que se trate de una acción terrorista. Debemos asegurarnos de que actuamos debidamente.

—El comandante Iceberg jamás nos mentiría —dijo Alexandra con absoluta confianza.

Franklin se humedeció nerviosamente los labios y miró en torno buscando una lista de comprobación. Su estoica actitud comenzaba a resquebrajarse.

—Un momento. Informaré a Control de Lanzamiento de que, a menos que nos digan...

Alexandra se deslizó junto a Gator y salió por la escotilla de acceso al

compartimento central. Se oía el murmullo de los tripulantes repasando las listas de comprobación.

Colocándose sobre la escotilla, Gator dijo:

—Marc, en el momento en que rechistemos, estamos listos. Que los terroristas se enteren por ellos mismos de lo que vamos a hacer.

Franklin insistió:

—Pero... ¿y si Iceberg se equivoca? Este es el tipo de jugarreta...

Gator lo miró con pétrea dureza.

—Si no hay ningún terrorista, Control de Lanzamiento pondrá el grito en el cielo en cuanto abramos la escotilla. Al menos, les haremos menear el culo y los obligaremos a tomar una decisión.

Centro Espacial Kennedy. Zona restringida de lanzamiento

Iceberg encajó los dientes tratando de controlar el lacerante dolor. Tranquilo... no pierdas la calma... Pero la letanía mental parecía estar perdiendo su eficacia.

Alejándose de la incendiada planta ensambladora, caminaba a la pata coja con su pie bueno y apenas tocaba el suelo con la mojada escayola. Sigue adelante, dirígete a tu próximo objetivo, tienes que ayudarlos...

Pese al resplandeciente sol de la mañana, Iceberg vio ante sí una segunda sombra: la arrojada por las llamas del edificio. De sus empapadas ropas seguía chorreando fangosa agua de la presa.

Debía moverse antes de que a los villanos de la función se les ocurriera otro modo de acabar con él. Maldita la gracia que le hacía tener que caminar a través de la zona pantanosa, pero el triciclo todoterreno estaba atascado en el fango junto a la presa.

Y hacer autostop estaba fuera de su alcance.

Con el alma en los talones, se preguntó durante cuánto tiempo más tendría que seguir solo. ¿Dónde estaban las fuerzas de seguridad de la NASA? Se volvió hacia la lejana plataforma de lanzamiento preguntándose si no debería acudir primero en auxilio de su tripulación. O de Nicole. Se sentía abrumado. ¡Él solo no podía abarcarlo todo!

Tranquilo... no pierdas la calma. Tranquilo.

El corazón seguía latiéndole desacompañadamente y la adrenalina le enturbiaba las ideas en vez de aclarárselas.

Iceberg conocía a sus tripulantes. Sabía lo bien que trabajaban juntos, lo mucho que se habían entrenado. Aunque cada cual tenía su papel y su cometido particulares en la misión del Atlantis, todos habían aprendido también a actuar en equipo.

Y la tripulación estaba unida tan armónicamente como las cuerdas de una guitarra bien afinada.

Los astronautas y cosmonautas se lo habían pasado divinamente en las carreras de obstáculos de los campos de instrucción del Centro Espacial Johnson, en Texas, durante el entrenamiento para la misión. Alexandra Koslovsky había organizado una competición amistosa entre los rusos y los norteamericanos. Gator Green se las arregló para poner en forma a Bums y a Purvis, mientras Alexandra animaba a los dos especialistas de misión rusos a batir a sus colegas norteamericanos. Iceberg, en su calidad de comandante, aseguraba que podía vencer al mejor de los dos equipos.

Sí, estaba seguro de que sus hombres actuarían a la perfección conjuntamente; pero, por otra parte, no podía olvidarse de ellos. La mayor señal de humo de la historia, procedente de la planta incendiada, habría informado a Gator sin lugar a

dudas de que algo no andaba bien. Incluso el cabezota de Franklin debía de haberse dado cuenta de ello a estas alturas.

Con el maltrecho fusil de asalto de Mory entre las manos, Iceberg avanzaba entre la húmeda y alta hierba que crecía junto a la pista del vehículo oruga. Los ramalazos de lacerante dolor procedentes del pie le recorrían todo el cuerpo cada vez que posaba en el suelo la reblandecida escayola. Encajó las mandíbulas y siguió alejándose de la planta incendiada. Escuchaba el lejano crepitar del fuego, pero no oía las sirenas de los vehículos de bomberos de la NASA.

A cosa de un millón de kilómetros más adelante, divisó el transporte blindado de personal detenido en las cercanías de la plataforma de lanzamiento. Al menos, si Gator y los demás aceptaban su consejo y evacuaban la nave, los del equipo de rescate los ayudarían. Los astronautas podían salir en los cestos de emergencia; los de rescate los recibirían en los refugios blindados y luego los sacarían de la zona de lanzamiento.

Pero... ¿por qué el transporte blindado no había acudido a la planta ensambladora? Todos los vehículos de emergencia deberían haberse encaminado hacia el lugar. Con toda certeza, todas las fuerzas militares y de seguridad de Florida estaban al corriente de lo que ocurría; la NASA tenía convenios de auxilio mutuo con todas las bases militares del Estado. El tal Phillips había anunciado el secuestro y las condiciones para el rescate delante de toda la nación. Y la explosión de la planta ensambladora de vehículos era una señal que a nadie se le podía escapar. En aquella zona de pantanos y marismas, el humo debía de haberse visto desde muchos kilómetros a la redonda, desde las tribunas de prensa, desde las autopistas estatales.

Sí, se dijo Iceberg, la caballería terminaría llegando. Solo era cuestión de tiempo. Pero él nunca había sido de los que se quedan sentados esperando.

Tratando de no hacer caso del dolor, aceleró el paso.



*Atlantis*. Torre de servicio

—Bueno, chicos —dijo Gator Green—. Listos para la evacuación de emergencia. Llegó el momento. Ya no hay vuelta atrás.

Agarró el tirador de la escotilla del transbordador y se afirmó bien sobre los pies. Con el Atlantis descansando verticalmente sobre la plataforma de lanzamiento, el hombre utilizaba como suelo la pared trasera de la cabina.

—Muy bien, haced lo que queráis —dijo Franklin aún escéptico—. Pero como te equivoques en tu juicio, Gator, se nos va a caer el pelo a todos. No obstante, ya que se ha decidido evacuar, evacuemos siguiendo estrictamente lo establecido.

Gator hizo girar la llave manual de la gruesa puerta de la nave orbitadora, con lo que dejó inactivo el sistema automático. En torno a la escotilla, todas las luces indicadoras estaban en verde. Gator gruñó en sus esfuerzos por hacer girar la llave. El mecanismo cedió un poco y luego se encalló. Gator sintió un escalofrío. ¡Fantástico! Y ahora ¿qué? Tiró con todas sus fuerzas y al fin la llave cedió y quedó libre. Abrió del todo la escotilla del transbordador.

Inmediatamente, las alarmas automáticas se dispararon, y ahogaron los crujidos y chasquidos del metal superenfriado del depósito externo y los sordos rumores del sistema neumático de la torre de servicio.

—Inadvertidos ya no pasamos —gritó Gator por encima del estrépito. Señaló a Bums y a Purvis para que fueran los primeros en salir—. ¡A la calle, chicos!

Franklin, situado detrás de Gator, ayudó a los dos especialistas de misión a pasar por la escotilla.

—Vosotros primero. Los cosmonautas os seguirán. ¡Adelante!

Bums bajó la cabeza, se agarró al borde de la escotilla y salió. La sala blanca seguía conectada al transbordador a través del puente de acceso a la nave.

—¡Vamos, vamos, vamos! —apremió Gator—. ¡Esto no es un desfile de modas!

Purvis salió a continuación, atravesando la escotilla sin siquiera tocarla.

Gator hizo una seña a los dos astronautas rusos. Orlov y su compañero se movían con asombrosa facilidad con sus monos color naranja; llegaron a la sala blanca antes de que Alexandra asomase siquiera por la escotilla. La mujer se inclinó frente a la escotilla y quedó inmóvil, como sin saber qué hacer.

Justo lo que necesitaban: un atasco de tráfico en la salida de emergencia.

—¡Adelante!

Aunque menor en estatura que la fornida cosmonauta, Gator alzó en vilo a Alexandra y la hizo pasar a través de la escotilla.

Franklin agarró a Gator por un codo y trató de hacerlo seguir tras la rusa.

—Yo saldré el último. Soy el comandante.

Gator apartó la mano del comandante del transbordador.

—En esto la experiencia es lo que cuenta, Franklin. Por el amor de Dios, no trates de hacerte el héroe y sal de una vez.

—¡Escucha, soy el comandante y...! —protestó airadamente Franklin.

—No tienes por qué hundirte con la nave. Yo he ensayado la evacuación una docena de veces más que tú, señor. Ahora mueve ese culo y sal por la escotilla.

Pareció que Franklin iba a seguir protestando, pero al fin optó por cerrar la boca y salió al brazo de acceso. Gator lo siguió y echó a correr hacia la sala blanca. Hasta el momento, ningún problema.

Si aquellos cretinos hubieran esperado unos minutos más antes de detener la cuenta atrás, el brazo de acceso a la nave habría sido retirado, con lo que se hubiera imposibilitado el uso de los cestos de emergencia. En ese caso, la tripulación del Atlantis sí hubiera permanecido como un grupo de rehenes. Mientras corría por el puente, Gator agradeció a Dios los pequeños errores.

Luego se quedó paralizado al fijarse en una de las cámaras de vigilancia montadas en la torre de servicio.

Sus acciones estaban siendo retransmitidas a Control de Lanzamiento, donde podría verlas todo el mundo. Terroristas incluidos.

## Centro de Control de Lanzamiento

Las cámaras automáticas de vigilancia instaladas en la torre de servicio de la plataforma de lanzamiento 39A transmitieron la imagen de la apertura de la escotilla de evacuación de emergencia del Atlantis. En la sala de despegue sonaron las alarmas activadas por sensores, provocando una agitación aún mayor entre ingenieros y técnicos.

Phillips alzó la cabeza, sobresaltado. En todas las estaciones de trabajo parpadeaban pilotos rojos delatores de que ocurría algo fuera de lo normal. Nada de aquello debía estar sucediendo y Phillips se sintió sumamente molesto a causa de aquel nuevo problema, uno más en una serie que ya estaba haciéndose larga.

—Pero bueno... ¿qué es eso? —dijo Rusty. Luego el hombre se volvió hacia su jefe—. Eh, señor Phillips, venga a ver esto.

En el monitor, los astronautas del transbordador, ataviados con monos color naranja, salían por la escotilla de la nave orbitadora y después se dirigían por el puente de acceso a la torre de servicio. Se movían con cautela pero también con rapidez, como niños en un simulacro de incendio. Uno a uno, los astronautas echaron a correr por el puente de acceso. Las cámaras fijas de vigilancia no podían seguir a las figuras, pero los astronautas se movían con gran decisión, sabiendo adónde se dirigían.

Como antes de salir por la escotilla de emergencia los tripulantes no habían solicitado nuevas instrucciones, su aparición tomó a Phillips totalmente por sorpresa. Había esperado que los astronautas fueran un poco más obedientes.

—Creí que les había ordenado usted a esos astronautas que se quedaran dónde estaban.

Phillips se enderezó el nudo de la corbata y esperó la respuesta de Nicole. La joven movió la cabeza y, no sin dificultad, contuvo una sonrisa de satisfacción.

—Se trata de astronautas altamente capacitados, de profesionales con criterio propio. Por mucho empeño que hayamos puesto en ocultarles lo que ocurre, ellos pudieron ver la explosión de la planta ensambladora de vehículos. Saben que algo anda muy mal, y no me sorprende que hayan reaccionado como lo han hecho. No podía usted retenerlos donde estaban sin darles más información.

—¿Cómo qué no? Claro que podía.

Phillips se alisó la chaqueta. Control. Debo mantener el control. Repasó mentalmente todas las posibilidades, viendo cada una de ellas nítidamente definida, como las cifras en un libro mayor. Eran momentos como aquellos los que separaban a los grandes hombres de los hombres simplemente buenos.

Abrió de nuevo su agenda electrónica y estudió el árbol de decisiones que había diseñado para el golpe de aquella mañana. Le quedaban dos horas para conseguir un rescate digno de un rey.

Años atrás descubrió la embriagadora belleza de la fría lógica, de los razonamientos sólidos... y descubrió también su enorme rentabilidad. En aquel entonces, se vio obligado a enterrar sus sentimientos y a hacer lo lógico, aunque en su momento le resultó doloroso; pero no había olvidado la lección que aprendió aquel frío día de diciembre en Connecticut, al alejarse del amasijo de tubos intravenosos, cables, bombas y respiradores. Desconectó todo el sistema que mantenía con vicia a su patética madre, y consiguió con ello acceso a la fortuna que era suya por pleno derecho. Y las decisiones que ahora estaba tomando le reportarían una fortuna aún mayor.

Cerró los ojos y trató de extraer fortaleza de sus propias convicciones.

—Aunque esos astronautas son héroes nacionales, también constituyen la mitad de mi garantía... y dejar que se vayan no me conviene en absoluto.

Cogió el *walkie-talkie*, sintonizó una frecuencia y oprimió el botón.

—Jacques, soy el señor Phillips. ¿Sigues en el transporte blindado de personal?

Tras una rápida ráfaga de estática, Jacques replicó:

—Aquí estoy, señor Phillips.

En el otro extremo del palco de observación, Yvette entrecerró los ojos al oír mencionar el nombre de su amante. Phillips, al advertirlo, enarcó las cejas. La voraz devoción que aquellos dos sentían el uno hacia el otro le resultaba totalmente incomprensible, como todos los afectos intensos. Pero claro, él no había llevado una vida tan dura como la de aquel par de espléndidos especímenes humanos. Lo que hicieran en su tiempo libre no era asunto de él. Yvette y Jacques nunca le habían fallado en los momentos importantes, y los dos estaban apostando sus vidas y su libertad a que él era capaz de sacar adelante aquella operación.

—¿Qué piensa usted hacer? —preguntó Nicole Hunter alarmada—. Le ruego que reconsidere...

Phillips hizo caso omiso de ella. Se echó otra pastilla de menta a la boca y dijo:

—Jacques, ¿tendrás la bondad de utilizar tu fusil para explicarles a los tripulantes del Atlantis que no deseamos que abandonen la nave en estos momentos?

Phillips imaginó al joven rubio sonriendo de oreja a oreja.

—*Oui, monsieur* Phillips. Comprendido. Cuente con ello.

Cuatro astronautas habían salido ya del compartimento de la tripulación y habían cruzado el puente de acceso a la nave en dirección a los cestos de emergencia. Segundos más tarde, Phillips vio aparecer a la gimnasta bielorrusa Alexandra Koslovsky, al cariacontecido comandante de misión, Marc Franklin, y luego al fornido piloto Vick Green. Todos echaron a correr por la alta pasarela de metal.

El agregado ruso, Andrei Trovkin, observó a la bella cosmonauta. Con rostro congestionado, el embajador se puso en pie y le dijo a Phillips:

—¡No permitiré que le haga usted nada...!

Yvette reaccionó con sinuosa elegancia y pasmosa rapidez. Con el puño aún armado con los nudillos de hierro, la mujer no tardó ni un segundo en interponerse entre el ruso y su jefe. Utilizó la parte lateral del puño para dar un golpe en la base del cuello de Trovkin, teniendo buen cuidado de evitar que los afiladísimos dientes del arma cortaran la piel del hombre, pero con fuerza suficiente para mandar a este de nuevo a su butaca, sobre la que se desplomó aturdido.

—Le ruego que permanezca sentado, *monsieur* —dijo Yvette entrecerrando amenazadoramente los ojos—. *Merci*.

Phillips miró con extrañeza al ruso, sorprendido por su vehemente reacción; luego miró de nuevo el monitor de televisión y advirtió que en la pantalla aparecía la esbelta cosmonauta rubia. Le pareció recordar cierto detalle, algo que podía resultarle ventajoso más tarde. Con rápidos movimientos del punzón, buscó en su agenda electrónica el archivo referente a Alexandra Koslovsky.

—Vaya, ya comprendo, embajador Trovkin. Así que los rumores que circulan en torno a usted y a la camarada Koslovsky son fundados. Lástima. —Phillips se volvió hacia Yvette mientras el ruso permanecía en su sillón aturdido por el dolor—. Querida Yvette, espero que tu querido Jacques no falle el tiro y le dé al depósito de hidrógeno.

En los ojos de Yvette refulgió la indignación.

—Jacques es un tirador experto, *monsieur* Phillips. Su disparo dará en el blanco, y en ninguna otra cosa.

—Supongo que por hoy ya hemos cometido bastantes errores —dijo fríamente Phillips—. Estoy seguro de que el resto de nuestro plan saldrá sin un solo fallo.

## Transporte blindado de personal

Jadeando a causa del esfuerzo de caminar, Iceberg mantenía la vista fija en su meta: la plataforma de lanzamiento; su tripulación; su transbordador espacial. Vio helicópteros evolucionando sobre el horizonte, fuerzas de seguridad mantenidas a raya por las amenazas de los terroristas.

Le llegaba el distante sonido de las alarmas de la torre de servicio, y reconoció la señal de evacuación de emergencia, unos ruidosos golpes de sirena que solo se utilizaban cuando la tripulación tenía que evacuar de modo rápido e imprevisto la plataforma de lanzamiento.

Bien, Gator había entendido su mensaje. Al menos, alguien le estaba haciendo caso.

Dejó atrás un pequeño grupo de pinos y palmitos silvestres y vio el transporte blindado de personal destinado a rescatar a los astronautas estacionado en su puesto a solo unos cientos de metros de distancia. ¿Por qué permanecía inmóvil el vehículo? Si los astronautas habían iniciado ya la evacuación, ¿por qué no iba ya el transporte camino de la plataforma? ¿Hacerlo era el único motivo por el que el vehículo estaba allí! La dotación del transporte podía entrar en acción con mucha más rapidez que él con el pie roto y la escayola chorreando agua.

Antes de que Iceberg tuviera oportunidad de delatar su presencia, la escotilla del vehículo blindado se abrió. Del interior surgió una única figura. Se trataba de un hombre que, sin advertir la presencia de Iceberg, tomó un fusil de precisión y lo apoyó en la parte alta del vehículo. El sujeto llevaba un uniforme de camuflaje color arena distinto al que usaban las fuerzas de seguridad de la NASA. La silueta del tipo se dibujaba sobre la carrocería amarilla del vehículo, como un avión de reacción recortándose contra la luna llena. Tenía los hombros amplios y la tez bronceada. Su cabello rubio, casi blanco, refulgía a la luz del sol.

Iceberg se acuclilló entre el follaje y observó cómo el individuo uniformado ajustaba algo al extremo del fusil. ¿Una mira telescópica? El rubio se colocó el arma sobre el hombro y describió con ella un lento arco de ciento ochenta grados hacia adelante y otro igual hacia atrás, abarcando toda la zona en torno a la lanzadera.

Iceberg se dejó caer entre la vegetación magullándose de nuevo sus ya maltrechas manos, y luego se echó al hombro el fusil automático de Mory. Apretó los dientes para contrarrestar el dolor. ¡Debía de tratarse de otro terrorista! Los hombres del tal Phillips estaban por todas partes, como cucarachas.

Una fina película de sudor cubrió la frente de Iceberg. Tenía que hacer algo, y tenía que hacerlo cuanto antes.

—Tranquilo... no pierdas la calma —dijo como quien murmura una oración.

Pero sus propias palabras no lograron serenarlo. Probablemente, el transporte blindado era la válvula de seguridad de los terroristas, un último mecanismo contra cualquier contingente de la NASA que apareciera en la zona restringida. Probablemente, el rubio forajido tenía orden de destruir la lanzadera si los astronautas intentaban escapar. El terrorista solo tenía que pegarle un estratégico tiro al depósito externo del Atlantis, y la explosión resultante haría que, por comparación, lo de la planta ensambladora de vehículos pareciera un modesto castillo de fuegos artificiales.

Iceberg era consciente de que se encontraba demasiado lejos para efectuar un buen disparo con el requisado fusil de asalto. Y, en cualquier caso, en su lamentable condición física no podía fiarse de su puntería. Además, a los astronautas no se los escogía por su habilidad para tirar. Pensó en lo estupendo que sería disponer de uno de los misiles Sidewinder que disparaba en sus tiempos de piloto durante las misiones con los F-15.

Debía encontrar otro modo de eliminar al francotirador. Sintió un casi doloroso nudo en el estómago y se repitió:

—Tranquilo... no pierdas la calma.

Encajó las mandíbulas a causa del dolor que sentía en las manos y se incorporó, tomada ya una decisión. Creía que, moviéndose con sigilo, podría llegar hasta el vehículo blindado. El silencio y la rapidez lo eran todo.

Sujetó el fusil con una sola mano, se agachó y echó a correr hacia el vehículo blindado tropezando con raíces y matojos que torturaron de mala manera su pie roto en el interior de la empapada escayola. Esperaba que la protección de la bota lunar durara lo suficiente para conseguir lo que se proponía.

Siguió el curso de un sendero de tierra en el que crecía la maleza. Tenía que recorrer no menos de doscientos metros, y no sabía cuánto tiempo tardaría en hacerlo. El pie le dolía horriblemente, pero si no actuaba con rapidez, los huesos rotos serían la menor de sus preocupaciones.

En lo alto de la torre de servicio, los astronautas, mínimas y lejanas figuras, seguían con la evacuación.

El francotirador se acomodó en el interior del vehículo, y solo su cabeza y su fusil siguieron asomando al exterior. Apuntó hacia la lanzadera y disparó.

*Atlantis*

Gator corrió por el puente de acceso a la nave y dejó atrás la sala blanca. Con las sirenas de alarma sonando y las cámaras de vigilancia retransmitiendo la fuga, el hombre no quería ni pensar en cómo reaccionarían los terroristas.

La tripulación debía llegar a las cestas de seguridad y ponerse a salvo en ellas.

Purvis y Bums ya se habían metido en las cestas, que permanecían alineadas en el borde de la estructura fija de lanzamiento. Cada una de las cinco cestas tenía capacidad para dos personas y pendía de un cable de 365 metros que terminaba en una amplia red de frenado junto a la cual se alzaba un búnker blindado de emergencia.

—¡Venga, daos prisa! —gritó Gator mientras corría e indicaba braceando a los dos especialistas que iniciaran la evacuación—. ¡Imaginaos que solo es una atracción de feria!

Sin alzar la vista, Bums se encaramó a la cesta colgante.

—¡Allá vamos!

Purvis accionó una palanca y la cesta, tras un estremecimiento, comenzó a deslizarse a creciente velocidad por el largo cable.

Marc Franklin esperó para ayudar a los dos especialistas de misión rusos. Antes de que Purvis y Bums se perdieran de vista, los dos cosmonautas se metieron en su cesta, que instantes después emprendía el descenso. Orlov lanzó un ruidoso y casi ridículo grito mientras la cesta bajaba como una exhalación hacia la seguridad de tierra firme.

Franklin llegó a la tercera cesta poco antes que Alexandra Koslovsky. Hizo intención de montar, pero cambió de idea y se volvió hacia Gator.

—¡Deprisa! ¡Monta tú primero!

Y en ese momento Gator oyó el maullido de un proyectil rebotando en el meted de la torre de servicio. Otro proyectil pasó zumbando muy cerca de ellos.

—¡Alguien quiere hacer prácticas de puntería con nosotros! —exclamó Gator con el corazón en la garganta, pues si una bala alcanzaba el depósito externo, toda la plataforma de lanzamiento sería consumida por quinientas toneladas de combustible explosivo—. ¡Sube tú, yo te sigo! —gritó—. ¡Bajaré solo!

En tierra, la primera cesta pegó contra la red de seguridad y Purvis saltó al suelo. Luego Bums lo imitó. Cuando llegó la segunda cesta, los dos primeros astronautas estaban ya intentando abrir la puerta del refugio.

Arriba, Franklin, aturdido por el ruido de las balas a su alrededor, miró en torno suyo. Fue a subirse a la cesta, pero de pronto se volvió para preguntarle algo a Gator.



Alexandra, que corría a toda velocidad hacia allí, trató de detenerse cuando vio que Franklin optaba por no subirse a la cesta. Chocaron y, al ser treinta kilos más liviana que el comandante de la misión, la mujer rebotó. Intentó conservar el equilibrio pero no lo consiguió, por lo que resbaló y la pierna se le escurrió por debajo de la barra inferior de la guarda protectora de la pasarela.

La cosmonauta trató de levantarse y, con expresión de horror, exclamó:

—¡No puedo moverme!

Con la intención de protegerse de las balas que silbaban alrededor, Gator se puso a gatear, y avanzó hasta la rusa.

—¿Estás bien? —preguntó.

Ella hizo un esfuerzo vano para liberarse.

—No puedo sacar el pie.

El hombre se arrodilló para ver qué sucedía. El menudo pie de la cosmonauta se había metido bajo la defensa interior de la guarda protectora que se alzaba en el borde del puente de acceso y había quedado atrapado entre dos barras metálicas entrecruzadas. De haber sido el pie un poco mayor, no habría logrado pasar. Debido a la posición del cuerpo de la mujer, resultaba imposible soltarla.

Otra bala rebotó en el metal de la torre fija de servicio, y Gator respingó instintivamente. Franklin se acuclilló junto a ellos. El hombre estaba sin aliento y tenía los ojos casi desorbitados. Tras mirar a uno y otro lado, dijo:

—¡Vámonos! ¡Nos están disparando desde el transporte blindado de personal! — Se interrumpió reparando al fin en la forzada posición de la cosmonauta—. ¿Qué le ocurre?

—Tiene el pie atascado. —Gator trató de soltarlo, pero solo consiguió que Alexandra hiciera una mueca de dolor. Tenían que salir de allí, y debían hacerlo cuanto antes—. ¿Puedes girar la pierna?

Alexandra apretó los dientes y trató de cambiar de posición. Empujó con las manos, pero le resultó imposible volverse. Negó con la cabeza.

—No, no puedo.

—No te preocupes, nosotros te soltaremos. —Gator le hizo una seña a Franklin—. Agárrala.

—Desde abajo nos podrán ver perfectamente.

—Cierra la boca y ayúdame, comandante —le ordenó Gator—. Tenemos que soltarle el pie.

Gator agarró a Alexandra por debajo de las axilas. Franklin se situó junto al torso de la mujer.

—Uno, dos, tres, ¡arriba! —dijo Gator.

Alexandra pesaba poco, pero con el pie atascado resultó imposible de levantar.

—Ahora hazla girar hacia este lado —ordenó Gator.

A Alexandra se le pusieron blancos los crispados labios, pero ni gritó ni les pidió que la soltaran. Ya casi la tenían en una posición desde la cual sería posible soltar el

pie cuando otra bala pegó muy cerca.

—¡Deprisa! —dijo Franklin. El hombre se pegó al suelo y estuvo a punto de soltar el cuerpo de la cosmonauta.

Gator se levantó para sostener mejor a Alexandra, y en ese momento algo lo embistió. El impacto fue como un choque de tren. Como si alguien le hubiera metido un hierro al rojo en la espalda, o en el costado... o en alguna parte. Alexandra se le escurrió entre los brazos. Trastabilló y abrió la boca... y fue alcanzado por otro proyectil.

Gator se sintió caer. Le parecía que el suelo de la pasarela estaba muy, muy lejos. Y rodeado de oscuridad.

## Centro de Control de Lanzamiento

En uno de los monitores del palco de observación para visitantes distinguidos, Nicole vio cómo Gator Green, ataviado con su mono color naranja, se estremecía como un títere manejado por un epiléptico. El piloto del transbordador se desplomó sobre la pasarela metálica mientras Marc Franklin se lanzaba al suelo en busca de protección. Gator quedó inmóvil, como una oscura mancha sobre la pasarela metálica.

Nicole se estremeció. Se sentía totalmente aislada e inútil. Girando sobre sus talones, espetó a Phillips:

—¡Maldito cabrón! ¿Por qué no dejó que yo hablase con ellos...?

El hombrecillo no le hizo el menor caso. Tras arrellanarse de nuevo en su sillón, se volvió hacia los periodistas, que mantenían sus cámaras vueltas hacia los rehenes del Centro de Control de Lanzamiento.

Sustituir a un buen piloto no será fácil pero, afortunadamente, todos los tripulantes se entrenan para todos los cometidos.

Alexandra Koslovsky seguía atrapada por el pie en la superestructura. Aunque la imagen de televisión no tenía sonido, era evidente que el tiroteo continuaba; una bala hizo saltar chispas del metal de la torre de servicio.

Controlándose, Nicole hizo un esfuerzo por pensar algo, cualquier cosa, que pudiera ser de alguna utilidad.

—Escuche, si desea conseguir su cofre de diamantes, más vale que comience a dar muestras de buena voluntad. Llame a su tirador y dígame que deje de disparar.

Phillips alzó una ceja.

—Es posible que lo haga. ¿Puede usted conseguir que los demás astronautas vuelvan a la nave?

Nicole, consciente de que la tripulación se encontraba ya fuera de su alcance, tragó saliva. Gator estaba herido, probablemente de gravedad. Necesitaba atención médica. Solo Franklin y Koslovsky continuaban en la estructura de servicio.

Phillips contempló atentamente a través de la imagen del monitor los movimientos de Alexandra, que seguía intentando liberarse. Franklin se le acercó a gatas y trató de ayudarla, aunque el hombre parecía indeciso entre dirigirse a la cesta de escape que aguardaba cerca o liberar a la atrapada bielorrusa. A poco más de un palmo de la cabeza de Alexandra, una bala pegó con fuerte destello contra el metal.

—Vaya, esa pasó cerca —comentó Phillips—. Pero un fallo por los pelos sigue siendo un fallo y no obtiene premio. —Alzó una ceja como si esperara que el público corease con risas sus palabras.

Lo único que consiguió fue impulsar a Andrei Trovkin a entrar en acción. El

corpulento ruso había permanecido en silencio y aparentemente acobardado desde que Yvette lo golpeó. Ahora su reacción sorprendió a todo el mundo. Con el rostro congestionado por la ira, Trovkin salió disparado de su silla y embistió a Phillips como la pesa de acero de una máquina de demolición.

—¡Tú morirás primero, maldito! —gritó con marcado acento ruso.

Trovkin hizo caer al hombrecillo y le asestó un puñetazo en el estómago. Con la sacudida, la agenda electrónica se salió del bolsillo de Phillips.

Yvette ya estaba entrando en acción.

En menos de un segundo, la esbelta rubia se plantó en el otro lado del palco y levantó literalmente en vilo a Trovkin, como si alguien hubiese desconectado la fuerza de gravedad.

Nicole entró en acción y trató de salvar los cuatro pasos que la separaban de Trovkin. Pero en ese momento el tiempo pareció detenerse.

—¡No! —gritó la mujer—. ¡No lo haga!

Yvette lanzó al embajador ruso contra el suelo, derribando con ello una silla. Clavó la rodilla en la base de la espalda de Trovkin al tiempo que le agarraba el cuadrado mentón con la mano izquierda y lo obligaba a levantar la cabeza. El hombre se resistió, pero, como una centella, Yvette lanzó el puño armado con los afilados dientes de acero hacia la garganta del ruso.

Nicole no pudo hacer nada por evitarlo.

El tajo asestado por Yvette fue tan rápido que los dientes de acero apenas se mancharon de rojo, pero del cuello de Trovkin brotó un surtidor de sangre arterial, brillante y espumosa. De pronto, el grueso cuello del ruso se dobló hacia atrás como si poseyera una articulación extra. En su agonía, el hombretón no dejaba de debatirse, tratando hasta el último momento de quitarse a la fornida mujer de encima.

Phillips se puso trabajosamente en pie, entre toses. Inmediatamente intentó recuperar la compostura. Se sacudió la chaqueta mirando con desagrado la sangre que la salpicaba.

Yvette se puso en pie junto a su víctima y murmuró jadeante:

—Eso le enseñará a comportarse, *monsieur* Trovkin.

El ruso tendió una ensangrentada mano hacia ella, pero sus dedos no tardaron en contraerse en un último espasmo. Tras las gafas torcidas, sobre los ojos del hombre iba cayendo el velo de la muerte.

Nicole se arrodilló junto al moribundo. Todo había ocurrido tan deprisa... Ella estaba tratando de negociar, de conseguir que Phillips le ordenase al tirador que dejara de disparar contra la tripulación... Y entonces Trovkin entró en acción. Aunque dudaba de que le hubiera sido posible remediar algo, Nicole seguía maldiciéndose por su momento de indecisión. Le habían fallado los reflejos. De haberse tratado de una emergencia durante una misión, su titubeo hubiera podido costarle la vida a la tripulación, como se la había costado al embajador ruso.

Con el teléfono aún en la mano, el senador Boorman se había quedado sin aliento.

Se aflojó la corbata y se desabrochó el cuello de la camisa. Tragó repetidamente saliva y al fin logró murmurar:

—Dios mío... Era el embajador ruso... —Boorman lo dijo como si acabase de darse cuenta de la identidad del fallecido—. Yo era responsable de su seguridad.

Phillips se volvió vivamente hacia él y le espetó:

—Senador Boorman, esto no es una sesión de uno de sus comités. ¿No debería estar usted hablando por teléfono? ¡Haga algo, llame a sus amigos, mueva influencias! ¡Que entren a saco en los almacenes de los joyeros! En nombre de la seguridad nacional, el gobierno puede obtener lo que le dé la gana.

Boorman respingó como si hubiese recibido una bofetada, y miró a Nicole como si esperara que ella le diera la respuesta. Luego quedó cariacontecido al darse cuenta de que aquello no era una de las componendas políticas en las que él era maestro. Lentamente comenzó a marcar un nuevo número telefónico.

Tras sacudirse desdeñosamente la parte delantera de la chaqueta, Phillips se inclinó y recogió del suelo la agenda electrónica. La abrió para ver si seguía funcionando. Golpeó con la uña la pantalla de cristal líquido y sonrió satisfecho.

A continuación pasó los dedos por el viscoso líquido rojo que le había salpicado la chaqueta.

—¿Y ahora quién me limpia esto? —Bajó la vista y miró el cadáver de Andrei Trovkin—. ¿Por qué le cuesta tanto a la gente cumplir unas sencillas órdenes?

Nicole advirtió que una fina película de sudor cubría la frente de Phillips. La mujer seguía atormentada por su incapacidad para salvar la situación. Trovkin había actuado de un modo muy similar al de Iceberg, impulsivamente, embistiendo de frente contra el problema sin pararse a pensar, prefiriendo la fuerza bruta a la reflexión y la astucia. El ruso había muerto por pretender resolver él solo todos los problemas, y lo mismo le había ocurrido a Iceberg en la planta ensambladora de vehículos.

Pero el sistema de Nicole, más calmado, más reflexivo, había resultado igualmente inútil. Y su capacidad negociadora tampoco la había conducido a ninguna parte. De resultas de todo ello, otra persona había muerto. Al menos, Trovkin e Iceberg lo habían intentado.

Phillips se volvió hacia Yvette.

—Coloca a nuestro buen amigo el embajador junto a nuestro buen amigo del Canal 7.

Miró en torno y su vista se detuvo en Nicole como si hiciera a la mujer responsable de todo lo ocurrido. Y siendo ella la directora de lanzamiento, era efectivamente la responsable de lo ocurrido, del mismo modo que el capitán de un barco es responsable de las acciones de toda su tripulación.

Yvette arrastró el cadáver del corpulento embajador hasta dejarlo junto al ensangrentado cuerpo del cámara. Se movía contoneándose casi sensualmente, como si hacer aquello le produjese un placer erótico.

Phillips movió reprobatoriamente la cabeza.

—A no ser que todos ustedes aprendan a obedecer, dentro de poco ya no habrá sitio para los cadáveres.

## Transporte blindado de personal

Iceberg se ocultó tras la masa que formaban la vegetación y los pequeños pinos de Georgia, dispuesto a correr todo lo posible a la pata coja los últimos cien metros que lo separaban del transporte blindado de personal.

—Esto es fantástico —masculló.

Notaba un latido en los tímpanos causado por la tensión que se iba acumulando en su interior. Una y otra vez oyó disparos de fusil, y una y otra vez esperó oír el rugido de la explosión de la lanzadera espacial.

En la lejana torre de servicio vio a los astronautas meterse en las cestas de emergencia. Las dos primeras se deslizaron rápida y suavemente por los largos cables. Incluso desde aquella distancia, Iceberg oía los balazos rebotando en el metal de la estructura fija de servicio.

Afortunadamente, el ruido del tiroteo cubría los movimientos de Iceberg, que emprendió una carrera a la pata coja, saltando sobre su pie bueno y solo tocando ligeramente el suelo con el malo. Calambres de dolor casi insoportable le recorrían la pierna.

Aguanta un poco más, se dijo, y te prometo que no caminaré en todo un mes.

Llevaba el fusil requisado en la sangrante mano derecha. Aún estaba demasiado lejos para disparar contra el francotirador con alguna posibilidad de alcanzarlo. Si abría fuego desde donde se encontraba, solo conseguiría que el hombre volviera el fusil contra él.

Tenía que acercarse más antes de que toda su tripulación fuera asesinada. Encajó los dientes y siguió adelante. La pierna le podía fallar en cualquier momento, y no tenía nada con lo que mitigar el lacerante dolor.

El tirador apostado en el transporte blindado de personal parecía estar pasándose divinamente tirando al blanco contra el Atlantis. Era un hombre alto y musculoso, considerablemente más corpulento que Iceberg. Su bronceada piel estaba en marcado contraste con el rubio cabello. El hombre se lo tomaba con calma, apuntando cuidadosamente por la mira telescópica antes de cada tiro. Hizo dos disparos seguidos. Un cobarde matando a distancia a personas indefensas.

Durante su agónica y renqueante carrera, Iceberg vio cómo dos de las cestas de evacuación pegaban contra las redes de seguridad. Cuatro tripulantes estaban ya junto al búnker de emergencia. Quizá consiguieran entrar.

—¡Ánimo, muchachos!

Pero su euforia duró poco. El tirador apuntó hacia la alta torre de servicio, miró a través de la mira por unos instantes que se hicieron eternos y disparó de nuevo. El

estampido del fusil sonó como un bate de béisbol lanzando un home run.

Uno de los tres astronautas que seguían en el puente de acceso giró sobre sí mismo y fue proyectado hacia atrás. Desde la distancia, Iceberg solo pudo distinguir que el astronauta alcanzado era bajo, fornido y de piel oscura. ¡Gator!

El tirador disparó de nuevo. El piloto herido se estremeció y cayó sobre la pasarela metálica mientras los otros se cobijaban a toda prisa.

Iceberg, que lo veía todo rojo, estuvo a punto de aullar de rabia, pero logró contenerse y permaneció en silencio. Sacando fuerzas de flaqueza, coronó un último promontorio cubierto de húmeda hierba. Agónicas punzadas de dolor le recorrían toda la pierna, pero se desentendió de ellas; no era el momento. En el sofocante calor de la mañana, el sudor le bajaba a mares por la frente.

Por el *walkie-talkie* que el tirador llevaba en la cintura sonó de pronto una culta voz que Iceberg reconoció como la del tal Phillips, al que ya había oído hablar por el monitor de televisión.

—Te ruego informes de la situación, Jacques. ¿Cómo va nuestro problema?

El tirador oprimió el botón de emisión.

—Liquidé a uno, *monsieur* Phillips. Inutilizaré la caja de fusibles del ascensor para que no tengan otro modo de subir ni de bajar de la torre de servicio. Le ruego que me disculpe de momento. Jacques fuera.

En el transporte blindado, el tirador, Jacques, se aprestó para disparar de nuevo.

Respondiendo más a la ira que a la lógica, Iceberg se detuvo y se echó al hombro el maltratado fusil automático. Apuntó cuidadosamente.

—Chúpate esto, cabrón —murmuró entre dientes.

Dobló el hinchado dedo sobre el gatillo. Se oyó un clic...

Y no sucedió nada. El maltrecho fusil no funcionaba.

Iceberg apretó el gatillo dos veces, y luego otra vez más, ya furioso, pero su arma le había fallado.



*Atlantis. Torre de servicio*

Las balas zumbaban por el aire en torno a la cabeza del doctor Marc Franklin. Un proyectil que rebotó en una barra metálica transversal y fue lanzado contra las vigas de acero le pasó tan cerca que el hombre creyó notar la estela de aire caliente dejada por la bala. Otra dio contra la caja de fusibles del ascensor con sonoro pang. Un surtidor de chispas se alzó del inutilizado distribuidor eléctrico.

La cosmonauta Koslovsky permanecía atrapada y en forzadísima posición sobre la pasarela del puente de acceso. Su rostro era una máscara de angustia a causa del dolor que le producía el pie atascado. La mujer se encontraba a la vista del tirador, sin protección alguna, a merced de las balas del terrorista.

El capitán Green yacía inmóvil y desangrándose.

Franklin se separó de Koslovsky y de Green y reptó hacia las dos cestas de emergencia restantes, esperando contra toda esperanza que a algún técnico se le hubiese ocurrido poner en alguna parte un botiquín de primeros auxilios. Por encima de él, las dos cestas restantes se estremecían a causa del temblor que produjeron en los cables los cuatro primeros tripulantes al apearse. Al menos, ellos estaban en tierra y a salvo.

Franklin no encontró el botiquín. Lo único que vio fue un pequeño extintor. ¿Un extintor de incendios? Probablemente lo habían dejado allí para cumplir los requisitos marcados por alguna ordenanza del Departamento de Seguridad en el Trabajo. Los burócratas siempre podían cubrirse las espaldas ateniéndose al pie de la letra a las ordenanzas, sin hacer ni más ni menos de lo que ellas marcaban. Eso era lo que el propio Franklin había tenido por norma hacer.

Pero en este caso, atenerse a las ordenanzas podía suponerla muerte para él y para sus tripulantes. Dado que era el único que en aquellos momentos seguía ileso, a él le incumbía rescatar a los dos miembros de la tripulación que corrían mayor peligro. A fin de cuentas, era el comandante de la misión.

Franklin se volvió de nuevo hacia el capitán Green y en aquel momento oyó el ping de una bala contra la cesta de emergencia más próxima. Se pegó al suelo y volvió reptando hacia donde se encontraba el piloto herido. Un nuevo proyectil rebotó en una viga.

Por los agujeros de la rejilla metálica de la pasarela vio, más abajo, las nubes de vapor blanco que escapaban por las válvulas de seguridad del depósito de combustible criógeno. Siguió arrastrándose, impulsándose dolorosamente con los codos en la pasarela para ir más deprisa.

Solo con que una de las balas diese en el depósito de hidrógeno líquido,

Alexandra, Gator y él se convertirían en vapor en cuestión de milisegundos.

## Transporte blindado de personal

Iceberg intentó disparar de nuevo, pero el fusil automático siguió negándose a funcionar. Le dieron ganas de arrojar el arma al pantano.

El fusil había caído desde la parte alta de la planta ensambladora de vehículos y luego terminó en el agua cuando Iceberg se lanzó a ella para protegerse de la explosión. Con tiempo, podría haber desmontado el arma para limpiarla y volverla luego a montar; era algo que había hecho con frecuencia durante su período de instrucción cuando era cadete en la academia.

Pero si tuviera tiempo, también podría haber pedido una incursión aérea para liquidar a aquel hijo de puta. Tales lujos estaban fuera de su alcance.

Jacques seguía haciendo fuego. Abatido ya uno de los tripulantes, el francotirador redujo el ritmo de sus disparos. Ahora apuntaba cuidadosamente, ahorrando balas.

Torvo y furioso, Iceberg se dispuso a salvar el corto trecho que lo separaba del transporte blindado. Le costaba ver a causa de la bruma que el dolor ponía en sus ojos. Trató de controlar la respiración. Los latidos del corazón le retumbaban en los oídos como cañonazos. Solo le faltaban veinte metros. Tranquilo... no pierdas la calma.

El francotirador no tenía más que volverse, ver a Iceberg, y meterle un tiro en el pecho.

Diez metros. Iceberg agarró el inútil fusil por el cañón, como un cavernícola el garrote. Podía acercarse por el lado, sorprender a aquel hijo de puta, sacudirle en la cabeza...

Cinco metros. Jacques volvió a hacer fuego contra el Atlantis, y luego se inclinó para coger otro cargador. Vaciló, como si hubiera oído algo, alzó la cabeza y miró en torno.

Iceberg saltó hacia adelante.

Al verlo, Jacques lanzó un torrente de maldiciones en francés. Se puso en pie y abrió fuego moviendo su arma en abanico, regando de balas la húmeda hierba. Iceberg terminó su embestida estrellándose contra la dura y caliente carrocería del vehículo blindado. El tirador, que disparaba desde dentro, asomado por la escotilla del techo, no podía alcanzarle allí. Las balas dieron en el suelo con sordo impacto, y luego, silencio.

Iceberg quedó inmóvil, jadeante, tratando de recuperar el resuello. Tranquilo... no pierdas la calma. Oyó a Jacques maldecir mientras se peleaba con lo que parecía ser un cargador atascado.

No era momento de pensar, sino de actuar. Con la mano derecha cerrada en torno

al cañón del fusil, Iceberg se encaramó sobre la parte alta del vehículo blindado gritando como un poseso.

Ante tan súbita y ruidosa aparición, Jacques, que se encontraba de rodillas tratando de recargar su arma, se lanzó fuera de la escotilla. Un cargador lleno de balas dio contra la dura carrocería del vehículo.

—¡Quieto! —aulló Iceberg al tiempo que se echaba al hombro el fusil como si este sirviera para algo.

Apuntó al tirador y curvó el índice sobre el gatillo con un ciento por ciento de entusiasmo. Por las venas le circulaba un torrente de adrenalina.

Jacques dirigió una mirada al fusil descargado que tenía entre las manos.

—Haz lo que quieras —gritó Iceberg—, pero ahora es cuando, en las películas, el duro dice «alégame el día».

Jacques crispó los enormes puños y retrocedió un paso. Evidentemente, estaba considerando sus posibilidades de atacar con éxito a Iceberg. El francotirador se fijó en la chorreante y embarrada escayola de la pierna izquierda de su oponente.

—¡Suelta el arma! ¡Ya! —Iceberg avanzó con paso indeciso sobre la desigual superficie metálica—. De lo contrario averiguaremos qué tal le sientan a tus sesos unos balazos disparados desde medio metro de distancia. —Con voz fría, de desalmado, prosiguió—: Si calculo bien la trayectoria de las salpicaduras, es posible que una cucharadita de tus sesos llegue hasta la plataforma.

En el bronceado rostro de Jacques apareció una sonrisa de confianza.

—Si no disparaste contra mí antes, tampoco lo harás ahora, estúpido —dijo con su marcado acento francés.

El francotirador dio un paso atrás y, de pronto, se lanzó hacia la escotilla de acceso del vehículo como si tratara de hacerse con otra arma.

Iceberg golpeó con la culata del inservible fusil la parte baja de la espalda del terrorista, y Jacques lanzó un gemido de dolor. Iceberg lo agarró por el cuello de la camisa de camuflaje y volvió a subirlo hasta el techo del vehículo. Alzó de nuevo el fusil y golpeó al hombre con todas sus fuerzas en la parte lateral del cráneo. Jacques se estremeció e Iceberg volvió a golpearlo.

El francotirador se derrumbó como un avión con los motores incendiados.

—Hay modos y modos de usar un arma —dijo Iceberg.

Tocó al terrorista con la punta del pie derecho para cerciorarse de que estaba sin conocimiento. Luego se dejó caer sobre la carrocería. Todo el cuerpo le temblaba a causa de la tensión.

Aún no te puedes echar la siesta, se dijo, y, tras unos momentos, se obligó a ponerse de nuevo en pie. Al menos había conseguido detener el tiroteo.

Con movimientos temblorosos y rezando porque sus dolores cesaran de una vez, se metió en el transporte blindado para ver qué podía aprovechar del equipo de emergencia.

En el interior del vehículo olía a sangre y a pólvora quemada. Luego Iceberg vio

los ensangrentados cadáveres de los dos miembros del equipo de rescate, arrojados como guñapos en el compartimento posterior. Los vidriados ojos de los dos hombres le miraban como preguntándole por qué había llegado tan tarde.

Iceberg los contempló por unos instantes, impotente y horrorizado. Con un esfuerzo volvió a la realidad. Tenía que ocuparse de Jacques antes de que este recuperase el conocimiento. Tranquilo... no pierdas la calma. Cogió el maletín de emergencia y volvió a subir a la parte alta del vehículo, saltando a la pata coja de peldaño en peldaño.

Se sentó al ardiente sol de la mañana y sacó del maletín de emergencia un rollo de cable incombustible y una navaja de uso general. Le llevó unos minutos maniatar al tirador, al que luego revivió con un frasco de sales aromáticas procedente del maletín. Jacques recuperó el conocimiento y agitó la cabeza aturdido.

Antes de dirigirse a la plataforma de lanzamiento, Iceberg necesitaba saber un montón de cosas más, y no tenía tiempo para juegos. Gator estaba herido, Nicole era uno de los rehenes del Centro de Control de Lanzamiento y el Atlantis podía volar por los aires en cualquier momento. Empuñó la navaja y acercó la hoja al rostro del terrorista. Los ojos del tipo rubio se volvieron hacia un lado tratando de leerle las intenciones a su captor.

Habría sido fácil rajarle el rostro al tipo, obligarlo a hablar. Pero Iceberg no podía hacerlo. Por eso nosotros somos los buenos y ellos los malos, se dijo con una mueca de resignación y la esperanza de que con amenazas hubiera suficiente.

Entre jadeos, Iceberg masculló:

—Muy bien, tonto del culo, ¿qué está ocurriendo?

Jacques optó por no responder.

—Atiende, el tipo de ahí arriba al que le has pegado un tiro es mi mejor amigo, y en estos momentos no me siento demasiado caritativo.

Pinchó la bronceada mejilla con la punta de la navaja, y antes de retirarla hizo brotar de la piel una gotita de sangre.

—La última vez que traté de interrogar a uno de tus amigos... Mory, creo que así se llamaba, el pobre terminó con dos balazos en el pecho y cayendo a plomo desde lo alto de la planta ensambladora de vehículos. También vi cómo el tipo grandote y calvo, Cueball, era pasto de las llamas. Y antes de eso, me ocupé de tu amigo de la cola de caballo, el que se quedó en la garita de vigilancia. Y ahora tú también estás en mis manos.

Jacques se limitó a fulminarlo silenciosamente con la mirada.

Iceberg torció el gesto y apretó los nudos de las ligaduras en torno a las muñecas de Jacques. Este gruñó de dolor pero no dijo nada. Iceberg le agarró la cabeza y lo obligó a mirar hacia el cielo. El día seguía siendo despejado y el sol ya estaba alto.

—Espera a que empiece a hacer calor de veras y comiences a freírte sobre el metal de la carrocería.

Iceberg cogió el *walkie-talkie* que el francotirador llevaba en la cintura. Había

llegado el momento de hostigar a la jauría. Con duro gesto, oprimió el botón de comunicación.

—Escuchen... ¿hay alguien ahí? Tengo en mi poder al bueno de Jacques.

En el altavoz del aparato solo se oyó el ruido de la estática.

Iceberg miró con el entrecejo fruncido al francotirador, que yacía maniatado sobre el techo del transporte, y habló de nuevo por el *walkie-talkie*.

—Quiero charlar con ese montón de mierda que dice llamarse Phillips. Escucha, por televisión parecías Geraldo Rivera, el de los *reality shows*, solo que aún más hortera. —Iceberg esperaba que mediante las pullas lograría algún tipo de reacción—. Aquí tengo maniatado a tu amigo rubito, y en la planta ensambladora de vehículos liquidé a tus matones. La tripulación del Atlantis está a salvo en el búnker de emergencia, y ahora voy a por ti, amigo. Eres el próximo, Phillips.

Lo de los astronautas no era del todo cierto, pero Iceberg esperaba conseguir con ello que el hombrecillo se enfureciera, con lo cual, como mínimo, ganaría algún tiempo.

A través del *walkie-talkie* sonó un clic.

—Con quién hablo, tenga la bondad.

Iceberg le sonrió duramente a Jacques, y este lo fulminó de nuevo con la mirada.

—Puedes llamarme Iceberg —dijo para el *walkie-talkie*.

Tras solo una leve vacilación, Phillips replicó:

—Vaya, creo que estoy hablando con el famoso coronel Adam Friese. Parece usted muy duro de pelar, amigo mío. Creíamos que ya no estaba usted en este mundo.

En la distinguida voz había un matiz de exasperación. Sin quitar ojo a Jacques, Iceberg accionó de nuevo el interruptor del *walkie-talkie*. No manifestó sorpresa alguna por el hecho de que Phillips conociera su nombre. Quizá se lo había sacado a Nicole mediante tortura.

—Escucha, Phillips, tus matones de lo que me matan es de risa. ¡Menuda colección de aficionados! *Ciao*. Espérame sentado, que voy a por ti.

Iceberg desconectó el *walkie-talkie*. Recogió del suelo su inútil fusil, y sonrió de nuevo solo para fastidiar a Jacques.

Con un gesto de desdén, el francotirador dijo:

—No podrás con nosotros, estúpido. Lo han dicho por televisión. En el depósito externo hay explosivos suficientes para destruir todo el complejo de lanzamiento, y *monsieur* Phillips controla el detonador. El brazo de acceso fue retirado durante la cuenta atrás, así que no puedes llegar al punto en que coloqué la bomba. Tú eres el que pierde.

Iceberg se quedó pálido. ¡Una bomba en el depósito externo! Incapaz de contenerse, agarró a Jacques por las ligaduras y lo lanzó contra el blindaje de la carrocería. Luego movió la cabeza con desagrado e hizo un esfuerzo por recuperar el control.

—No, no mereces la pena.

Iceberg recogió su fusil. Después de ver al tirador disparar contra los astronautas, de ver cómo Gator caía y de ver los cadáveres de los miembros del equipo de seguridad arrumbados en el compartimento trasero, si hubiera dispuesto de una arma que funcionase, Iceberg le habría volado los sesos a aquel cabrón allí mismo. Como no la tenía, se limitó a golpear de nuevo a Jacques en la cabeza con la culata del fusil. No podía permitirse el lujo de dejar suelto a aquel gilipollas.

El francotirador quedó inmóvil; un hilillo de sangre brotaba de la herida en la sien.

Iceberg tomó aire varias veces y luego se secó el rostro con el dorso de la mano. Miró hacia la lanzadera, consciente de que el tiempo se agotaba.

—Tantos terroristas, tan poco tiempo —dijo.

## Centro de Control de Lanzamiento

Phillips alzó las cejas ante la vehemencia de los exabruptos de Iceberg y, con la mirada en el *walkie-talkie*, comentó:

—Un lenguaje auténticamente lamentable, y más en boca de un distinguido astronauta. —Frunció los labios y trató de no evidenciar la exasperación que le producía que tan molesto individuo siguiera respirando—. Ciertas personas son incapaces de controlarse en los momentos de crisis. Comprendo que le quitaran el mando del Atlantis.

Miró a Nicole Hunter, quien no podía ocultar la satisfacción y el inmenso alivio que le producía el hecho de que Iceberg siguiera con vida.

—No se ponga tan contenta, señora Hunter —dijo el hombrecillo frunciendo el entrecejo—. El coronel Friese sigue con vida, es cierto, pero aún hay tiempo de corregir esa situación.

Sobre la repisa, el *walkie-talkie* permanecía en silencio. Nicole no articuló palabra, pero su satisfecha expresión hizo que a Phillips le dieran ganas de ir hasta ella, agarrar un taburete, subirse a él y mirarla frente a frente.

Con los azules ojos muy abiertos, la preocupada Yvette dijo:

—*Monsieur* Phillips, ese hombre le ha hecho algo a mi hermano. —Guardó los afilados nudillos de hierro en la bolsa riñonera, como dispuesta a marcharse—. Yo... yo lo castigaré.

Phillips vio arder en el fondo de los fríos ojos de Yvette las ascuas del más tórrido amor, y vio también la ira que reflejaba el bronceado rostro de la amazona. No podía permitir que el coronel Friese siguiera creándoles problemas, y solo faltaban noventa minutos para la hora señalada. Además, Phillips se daba cuenta de que, por mucho que se lo propusiera, sería incapaz de detener a la mujer si Jacques, que no solo era su hermano, sino también su amante, se encontraba en peligro. Era preferible encauzar la energía de Yvette que tratar de contenerla.

Le preocupaba quedarse solo con el impulsivo Rusty vigilando a los rehenes del Centro de Control de Lanzamiento. Él no había planeado así las cosas. Pensó en Duncan, el que se quedó en la garita de vigilancia, un colega que había colaborado con el equipo en otras misiones, un hombre que odiaba la autoridad y el orden establecido. Pero Duncan llevaba rato sin responder a la radio. Quizá fuera cierto lo de que Iceberg lo había liquidado... Y luego estaba el desastre de la planta ensambladora de vehículos, y las muertes seguras de Cueball y Mory. Phillips albergaba la esperanza de que los de la NASA siguieran creyendo que había todo un ejército de terroristas repartido por el Centro Espacial Kennedy.



La parte positiva era que, con la muerte de cada miembro del equipo, el porcentaje de los beneficios del rescate que se llevarían los supervivientes aumentaba.

Además, ver que en los oscuros ojos de Nicole brillaba la aprensión por lo que la implacable rubia pudiera hacerle a Iceberg era para Phillips una compensación más que suficiente.

Se despidió de Yvette con un ademán.

—Ve a salvar a tu querido Jacques —dijo sin quitarle ojo a Nicole—, y procura que Iceberg tenga una muerte lenta y desagradable. —Alzó un dedo—. Cuando salgas, dile a Rusty que suba.

Aun contando solo con el impulsivo pelirrojo, Phillips sabía que, mientras tuviera el detonador en su poder, él sería quien llevase la voz cantante.

—No te molestes por los astronautas que continúan en la torre de servicio. Jacques se cargó el ascensor, y ahora es imposible llegar hasta ellos.

—*Oui, monsieur* Phillips. Yo me ocuparé de Jacques... y también de Iceberg.

La mujer dio media vuelta y salió a largas zancadas en rescate de su amante. Yvette era un elemento disuasor auténticamente infalible.

Phillips fue hasta una mesita y levantó un teléfono que luego tendió a Nicole.

—Señora Hunter, hable con sus fuerzas de seguridad. Yvette debe tener el paso libre. Si mi colaboradora encuentra el más mínimo problema, mi respuesta será inmediata. —Mostró el botón detonador—. ¿Está claro?

Nicole asintió rígidamente. Miró el cadáver del embajador Trovkin, tirado en el suelo. Nerviosa y aturdida, logró hacer la llamada.

El pecoso pelirrojo subió de dos en dos los peldaños del tramo de escalera para reunirse con Phillips en el palco de visitantes distinguidos. Sonreía ampliamente, feliz y excitado. Empuñaba dos pistolas, como un *cowboy*, y llevaba su fusil de asalto colgado en bandolera.

—Sobre nosotros ha recaído una ardua responsabilidad, querido Rusty —dijo Phillips—. Tú y yo tenemos que hacer de canguros de nuestros amigos.

Rusty le dirigió una resplandeciente sonrisa.

—Lo que usted diga, señor Phillips.

El senador Boorman se derrumbó sobre su sillón como un fardo y continuó con la vista en el silencioso teléfono, como si quisiera hacerlo sonar a fuerza de voluntad. Su mirada iba de los cuerpos amontonados en un rincón a los fragmentos de cristales que saltaron como consecuencia de la explosión de la planta ensambladora de vehículos y que seguían repartidos por todo el suelo.

Alzando la voz, Phillips le preguntó:

—¿Qué, senador? ¿Se dio por vencido?

Boorman alzó ambas manos en frenético gesto.

—He llamado a todo el mundo —dijo—. Estoy esperando la respuesta. En estos momentos, el Consejo Nacional de Seguridad debate el asunto. La decisión debe

tomarse en el nivel más alto.

Phillips le dirigió una sonrisa y luego abrió su reloj de bolsillo.

—Nuestro tiempo se termina. Si bien me encanta disfrutar de su compañía, senador, no se hace usted ni idea de lo larga que es la lista de cosas que tengo que hacer en el día de hoy.

Nicole Hunter sonrió despectivamente.

—Sospecho que el tiempo se le terminará dentro de unos minutos, cuando Iceberg liquide a sus otros matones.

Phillips avanzó lentamente hacia ella esforzándose por no perder el control. Sin embargo, antes de que el hombrecillo pudiese articular palabra, el senador farfulló:

—¿No le parece que su novio ha hecho ya bastante daño, señora Hunter? De no ser por él, esta situación llevaría ya mucho tiempo resuelta.

Primero Nicole palideció, e inmediatamente se sonrojó—. Tragó saliva y dijo:

—No es mi novio.

Phillips chasqueó la lengua y sacó de un bolsillo la agenda electrónica. Abrió la pequeña pantalla y utilizó el punzón para activar los archivos. Allí estaba, claramente anotado.

—¿Cómo es posible que no me diera cuenta antes?

Durante su período de aspirante a astronauta, Nicole Hunter, nombre clave «Pantera», había tenido una larga y fogosa relación con su colega el astronauta Adam Iceberg Friese.

Pero como el coronel Friese había desaparecido del manifiesto de vuelo, Phillips no había marcado aquella información como prioridad. Las dos referencias no se habían cruzado, y descubrir la noticia lo llenaba de satisfacción.

—¡Fantástico! —exclamó con untuosa sonrisa.

Nicole eludió su mirada. Ahora Phillips dispondría de una fuerte baza para jugarla cuando llamase aquel infernal astronauta. Y, conocedor de la legendaria vanidad de Iceberg, Phillips estaba seguro de que volvería a llamar.

*Atlantis*. Torre de servicio

El tiroteo había cesado al fin.

Cuando el doctor Marc Franklin llegó junto al piloto herido, le asombró descubrir que el joven astronauta aún respiraba. Franklin oyó un fuerte gorgoteo en el pecho del hombre. A Gator Green lo habían alcanzado dos veces, una en el hombro y otra en la parte baja del pecho.

Pero al menos estaba vivo.

Caída de espaldas sobre la pasarela, Alexandra Koslovsky se esforzaba en soltar el pie de la trampa de metal.

—Me siento como una estúpida.

—Siéntete estúpida más tarde —dijo secamente Franklin—. Si no tienes ninguna sugerencia, déjame que piense lo que podemos hacer.

Consideró la posibilidad de meter a Gator en una cesta de evacuación para enviarlo cable abajo hasta el suelo, mientras él, Franklin, soltaba a Alexandra. Pero los otros cuatro astronautas ya se habían metido en el búnker de emergencia, y no habría nadie que ayudase al herido una vez la red lo detuviera. Alguien debía bajar con Gator para cuidarlo.

Lo cual significaba que lo único que podía hacer era soltar a Alexandra. Paso uno de una lista de comprobación improvisada.

Franklin se enderezó esperando que el francotirador comenzase a disparar de nuevo en cualquier momento, y comenzó a tirar de la pierna de la cosmonauta para ayudarla a soltarse. No alcanzaba a comprender cómo Alexandra se las había arreglado para meter el pie bajo la guarda de protección; debía de haber tenido los pies estirados, como una bailarina.

Alexandra gemía levemente mientras él tiraba. Trató de hablar, pero el tobillo parecía dolerle mucho. Lentamente, Franklin lo hizo girar tratando de encontrar un modo de soltarla, pero parecía imposible.

—Debes... debes salvarte —dijo al fin la joven—. Llévate a Gator contigo.

—No.

—Al menos salvarías a alguien —insistió ella—. A dos de tres.

—He dicho que no. Soy el comandante de esta misión, así que se acabó.

Franklin siguió esforzándose, maldiciendo las esbeltas piernas de la cosmonauta y las bajas guardas de la pasarela. Una parte de él le gritaba que se salvase, como Alexandra le había pedido, que metiese a Gator en la cesta y se pusiera a salvo con él. Pero no soportaba la idea de dejar atrás a Alexandra, ya que la mujer formaba parte de la tripulación, de una tripulación de la que él, supuestamente, era comandante. A

eso había que añadir el hecho de que Alexandra era una cosmonauta y una mujer... Si Franklin la abandonaba allí arriba, la NASA nunca se lo perdonaría. Ni él mismo tampoco.

Aquella debería haber sido una misión normal y corriente, un nuevo triunfo para el programa espacial. Él era un profesional cualificado y respetable; se había entrenado para cumplir con todos sus deberes. ¡Pero no para esto! Furioso con unas circunstancias que parecían haberse aliado contra él, Franklin tiró más fuerte de la pierna atascada y Alexandra lanzó un grito de dolor.

Actúa según el manual, se dijo Franklin. Atente a lo que marcan las listas de comprobación. A Franklin le habían enseñado a minimizar las pérdidas y maximizar los resultados. Eso era algo que le habían inculcado en todas las clases de astronáutica a las que había asistido, aunque, desde luego, no era la forma como hubiese actuado el famoso comandante Iceberg.

Pero él no admiraba a Iceberg tanto como sus compañeros. Era cierto que el excomandante de la misión les había avisado de lo que ocurría, pero con ello había obligado a la tripulación a actuar sin órdenes, metiéndolos a todos en aquel atolladero. Tal vez con aquella imprudente acción todos ellos habían echado a perder las negociaciones que estaban teniendo lugar en el Centro de Control de Lanzamiento. Y, a juzgar por los desastres que había visto en toda la zona, por las columnas de humo procedentes de otras explosiones y por el francotirador que les había disparado cuando estaban en la torre de servicio, parecía que Iceberg seguía haciendo de las suyas y deteriorando cada vez más la situación.

Ciertamente, si Iceberg se hubiera atendido a las normas semanas atrás, reposando y cuidándose, en vez de andar haciendo los alardes gimnásticos que le costaron romperse el pie, Marc Franklin estaría tan tranquilo en aquellos momentos, contemplando el lanzamiento desde un lugar cómodo y seguro. Él se habría tomado más en serio sus responsabilidades.

Pero bueno, yo no soy Iceberg, se dijo tirando de nuevo del tobillo de Alexandra. Gracias a Dios.

## Búnker reemisor de TV de la NASA

En el interior del búnker de reemisión de televisión, Amos Friese tragó saliva para deshacer el nudo que tenía en la garganta. Se sentía como un conejo oculto en un agujero mientras por el bosque merodeaban los lobos hambrientos.

Enderezó el cuerpo de Cecilia Hawkins. Pasó las puntas de los dedos por la suave tela de su blusa floreada, y luego le dobló los fríos brazos pacíficamente sobre el pecho. Ya le había cerrado los ojos. Eso era lo que más le había dolido hacer.

Se levantó con esfuerzo y aspiró profundamente tratando de encontrar valor. Comenzó a rebuscar por todo el búnker algo con lo que cubrir a Cecilia... Le parecía que eso era lo más adecuado. De momento, no se le ocurría pensar en otra cosa.

Combatiendo los restos de aturdimiento inducido por el somnífero, Amos registró todos los armarios y cajones del búnker. Encontró cables coaxiales, fusibles de distintos amperajes, una caja de herramientas, un extintor de incendios y un viejo frasco de café instantáneo cuyo contenido se había fosilizado formando un extraño sedimento. Pero no dio con nada que le sirviera para usarlo como sudario.

Al fin, Amos se quitó las gafas y se despojó del grueso suéter pasándoselo por la cabeza, con lo que el pelo se le puso de punta, y se lo alisó con la palma de la mano. Colocó el suéter sobre la cabeza y el pecho de Cecilia.

—Lo lamento, Cecilia —susurró—. Es lo máximo que puedo hacer.

Al extremo del túnel, la puerta volada con la bomba trampa seguía abierta. Amos salió por ella. Sorteó los cadáveres de los dos empleados de seguridad de la NASA, y solo se detuvo un instante para verificar que ambos estaban muertos. No se le ocurría nada que hacer por ellos.

En realidad, no se le ocurría nada que hacer. Iceberg habría tenido la respuesta, habría entrado en acción, buscado soluciones y, de no encontrarlas, las hubiera sacado de la nada.

Amos se preguntó si nuevos contingentes de seguridad acudirían en su rescate y si regresarían primero los asesinos. Lo mejor que podía hacer era volver al búnker y observar los monitores de vídeo... No, no solo observarlos, sino también estudiarlos. Una vez comprendiese cuál era la situación, quizá se le ocurriera algún modo para ayudar a la NASA.

Se derrumbó en su viejo sillón con una sensación de debilidad. Tenía el cuerpo revuelto a causa de las secuelas del dardo tranquilizante, así como a causa del dolor que le producía la muerte de Cecilia. Su estómago gruñía, y se echó a la boca uno de los caramelos duros de frutas, con la esperanza de que eso lo calmara. No fue así, pero al menos consiguió que a su boca, reseca a causa del terror, acudiera la saliva.

Con solo contemplar las imágenes de las pantallas de los monitores, bastaba para darse cuenta de que en todo el Centro Espacial Kennedy reinaba el caos. No tenía ni idea de cuántos eran los terroristas, pero saltaba a la vista que iban ganando, al menos de momento. Y, a juzgar por las imágenes de la torre de servicio, Iceberg estaba metido en el ajo. Lo cual no era ninguna gran sorpresa. Iceberg no era capaz de estarse quieto, ni siquiera teniendo un pie roto.

Por medio de la única cámara que seguía funcionando en el Centro de Control de Lanzamiento, vio que en un rincón del palco de visitantes distinguidos había dos cadáveres arrinconados. Nicole Hunter parecía estar enfrentando la situación valerosamente, aunque daba la sensación de estar frustrada, desorientada. Amos comprendía perfectamente los sentimientos de la mujer.

Vio cómo aquella especie de tigresa rubia —Yvette— abandonaba el Centro de Control de Lanzamiento con orden de ir a por Iceberg. Sentado allí, al margen de la situación, Amos trató desesperadamente de encontrar un modo de ayudar a Nicole o a Iceberg.

Mediante las cámaras de vigilancia de la torre de servicio, los terroristas del Centro de Control de Lanzamiento también podían ver cuánto sucedía allá arriba. Phillips, el tipo bajito que daba las órdenes, tenía la gran ventaja de que nadie podía sorprenderlo. Ni Iceberg lograría llegar al CCL, ni los astronautas podían abandonar la torre de servicio.

Phillips podía verlo todo a través de sus monitores.

Pero todas aquellas imágenes le llegaban a través del búnker reemisor de televisión. Amos se dijo que tal vez eso le permitiera hacer algo y, con una leve sonrisa en los labios, fue elaborando su plan de acción.

Debido a los múltiples sistemas de seguridad que utilizaba la NASA, en toda la red de control del interior de la zona restringida existían múltiples puntos interruptores. Como consecuencia de la enorme cantidad de problemas que podían surgir en cualquier momento de la cuenta atrás, cualquier persona autorizada de la red de seguridad que observase algo potencialmente peligroso tenía la posibilidad de dar el alto, cancelar la orden de encendido de motores y detener el lanzamiento.

El búnker reemisor de Amos era uno de aquellos puntos interruptores. Cuando el joven se dio cuenta de la inmensa responsabilidad que conllevaba su cargo, se sintió abrumado, pero la cosa no tardó en convertirse en una faceta más del trabajo.

Y ahora Amos iba a hacer uso de aquella prerrogativa. Aún sin saberlo, tanto Iceberg como Nicole como los tripulantes del Atlantis contaban con él. Pero debía cerciorarse de que nadie encauzaba por otros canales la señal de vídeo. Debía cerciorarse de que el corte fuera permanente.

Por unos momentos, la gravedad de lo que iba a hacer lo paralizó, pero... allá fuera estaba Iceberg, y la asesina rubia iba a por él. Y Nicole era uno de los rehenes del Centro de Control de Lanzamiento. Gator había recibido varios disparos, y quizá estuviera muerto. La propia lanzadera espacial estaba amenazada.

Ciertas situaciones requerían medidas drásticas.

Debería ser él, Amos Friese, el próximo en mover pieza.

Abrió el banco del cable de fibra óptica y arrancó las conexiones de vídeo que enlazaban con la plataforma de lanzamiento 39A. Las cámaras de vigilancia instaladas en la torre de servicio quedaron ciegas. Las transmisiones de vídeo parpadearon y en la mitad de las pantallas las imágenes fueron sustituidas por nieve electrónica. Ahora los terroristas estaban ciegos.

—Bueno, Iceberg —murmuró Amos—. El resto es cosa tuya.

## Centro de Control de Lanzamiento

Paladeando aún la idea de que, al menos de momento, Iceberg seguía vivo, Nicole miró las hileras de monitores que mostraban al Atlantis vulnerable y atrapado sobre su plataforma de lanzamiento.

Las pantallas de vídeo parpadearon y luego todas perdieron la imagen al mismo tiempo.

—¿Qué demonios pasa? —gritó Rusty—. ¡Eh, señor Phillips!

Desenfundó ambas pistolas y apuntó a los rehenes, como si le apeteciera pegarle un tiro a alguien, a cualquiera, solo por soltar vapor.

Amos, se dijo Nicole comprendiendo súbitamente lo ocurrido. ¿Habría cortado el hermano pequeño de Iceberg las líneas de vídeo del búnker reemisor? Contuvo el aliento y decidió guardarse para sí aquella información.

Phillips palideció perceptiblemente, y golpeó con una uña uno de los monitores sin imagen, como si con eso pudiera arreglarlo. Abrió el reloj de bolsillo y consultó la hora. Cuando habló, lo hizo con voz baja y amenazadora.

—Explíquenos lo que acaba de suceder, señora Hunter. —Cerró el reloj—. Ahora mismo.

Se enderezó la corbata y avanzó hacia ella. No parecía nada contento.

Nicole estudió al hombrecillo. Todo se estaba desmoronando en torno a él según se acercaba la hora límite. ¿Iría a perder el control?

—Sospecho que se ha ido la luz —dijo la joven.

—¿Qué puede haber pasado?

Nicole se encogió de hombros.

—Quizá Yvette haya tropezado con el enchufe. Como la chica tenía tanta prisa...

—Su actitud no me parece nada graciosa, señora Hunter.

Phillips se sacudió la parte delantera de la chaqueta, en la que las secas manchas de sangre eran un mudo recordatorio de la muerte de Trovkin. Se enderezó el pin blanco y dorado del transbordador espacial y luego aspiró profundamente, como para serenarse.

—Algo me dice que lo ocurrido tiene que ver con su no tan encantador novio, el coronel Iceberg.

Cogió el *walkie-talkie* que había utilizado para hablar con Jacques en el transporte blindado de personal y lo dejó en la repisa que había frente a Nicole.

—Creo que va siendo hora de llamar a ese caballero. ¿Tendrá usted la bondad de hacer los honores, señora Hunter? Hablemos con el tal Iceberg.

Ella negó con la cabeza y su corto cabello rubio oscuro se agitó de lado a lado.



—Le diga lo que le diga, no conseguirá usted nada. Iceberg es un hombre muy porfiado.

Phillips chascó los dedos y miró al pelirrojo, que estaba junto a él.

—Rusty, dame una de tus pistolas, por favor.

Sin quitar ojo a Nicole, Phillips tendió la mano. Rusty le puso en ella una de las pistolas con el vigor de un enfermero entregando un bisturí al cirujano.

—Me tengo por paciente, señora Hunter, pero todo tiene un límite... y usted lo ha rebasado. —Phillips puso la pistola a la altura de la frente de Nicole y adelantó la mano armada muy lentamente, hasta que el frío cañón tocó el entrecejo de la mujer—. ¿Quiere usted que en ese rincón haya tres cadáveres en vez de dos? —Se inclinó para susurrarle al oído—. Amiga mía, a estas alturas ya no aguanto más problemas. Nos estamos acercando a la hora límite. Nos quedan menos de sesenta minutos. No son momentos para bromas.

Nicole notaba el frío contacto del metal en el centro de la frente. Quedó paralizada, sin atreverse ni a respirar. Le pareció que el corazón le dejaba de latir.

—No sería usted capaz de matarme —dijo tratando de evitar que la voz le temblara—. Le pediría a otro que se manchase las manos por usted.

—No se preocupe, yo me encargo —intervino espontáneamente Rusty.

Phillips vaciló. Retrocedió un paso y, sin dejar de mirar a Nicole, se alisó las solapas de la chaqueta.

—Tiene usted toda la razón, señora Hunter. —Se volvió y, sujetando la pistola por el guardamonte, se la devolvió al pelirrojo—. Rusty, agarra esto y pégale un tiro a la señora Hunter.

Con una exultante sonrisa en los labios, Rusty le arrebató la pistola a Phillips y apuntó a Nicole.

—¡No!... ¡Aguarde! —A Nicole la respiración se le aceleró aún más.

Phillips alzó una mano indicando a Rusty que se detuviera. El pelirrojo torció el gesto, decepcionado.

Nicole tendió una temblorosa mano hacia el *walkie-talkie*. Con una sádica sonrisa en los labios, Rusty apretó la pistola contra la cabeza con fuerza suficiente como para dejar marca. Ella trató de hacer caso omiso de la amenaza y se acercó el *walkie-talkie* a la boca y la oreja. Oprimió el botón de transmisión.

—Iceberg... Responde, Iceberg... Soy... Soy Pantera. Cambio.

La joven soltó el botón y quedó escuchando el murmullo de la estática. Llevaba mucho tiempo sin usar aquel nombre clave. Un nombre lleno de recuerdos que ahora no podía permitirse evocar...

Nicole repitió el mensaje y se mantuvo a la espera. Albergaba la esperanza de que a Iceberg no se le ocurriría ponerse a inventar en aquellos momentos. Rusty apretó la pistola aún con más fuerza.

—Iceberg, soy Pantera. ¡Responde de una vez, es importante!

Estaba a punto de insistir de nuevo cuando una inconfundible voz de hombre

preguntó:

—Pantera... ¿estás bien?

Ella se mordió el labio inferior para evitar que temblara, y luego apretó el botón.

—Pasándomelo en grande. Ya sabes lo amenos que son los días de lanzamiento.

—Lanzó un suspiro y tendió el *walkie-talkie* hacia Phillips sin dejar de oprimir el botón—. Señor Phillips, le presento a mi amigo Iceberg.

Phillips mantuvo las manos a la espalda y se inclinó sobre el *walkie-talkie* para hablar.

—Un placer, coronel Iceberg. Sin embargo, debo decirle que sus extemporáneas intervenciones distan de hacerme feliz. Si continúa molestándonos, tendrá que enfrentarse a las consecuencias. Y las consecuencias las pagará la pobre señora Hunter.

Nicole tragó saliva y preguntó:

—¿Has oído, Iceberg?

De lo larga que fue la siguiente pausa, Nicole dedujo lo furioso que debía de estar Iceberg. Sabía que él no soportaba sentirse impotente, perder el control de las situaciones. Aspiraba a ser siempre el centro de atención, el que resolvía los problemas, el gran comandante... Y ahora estaba solo. Y ella estaba allí, en el Centro de Control de Lanzamiento, tan incapaz de hacer nada como él.

Al fin Iceberg respondió:

—Pantera... ¿quieres que me pase por ahí y le saque a ese individuo la barbilla por la frente?

Rusty se echó a reír.

—¡Que lo intente si se atreve!

Phillips frunció el entrecejo.

—No convirtamos esto en un concurso de machadas. No me hacen gracia tus tonterías, Rusty, ni las de ese astronauta tullido que se cree el ombligo del mundo.

El pelirrojo bajó la mirada.

—Dispense, señor Phillips. Usted es el jefe.

A una seña de Phillips, Nicole oprimió de nuevo el botón de transmisión. Cuando habló, lo hizo sin quitar ojo al cadáver de Andrei Trovkin.

—Iceberg, tú solo no puedes resolver este problema. Tienes un pie roto y ellos te superan en número y en armamento. Esto no es un ejercicio en el simulador. Y... además, no quiero que te maten.

Nicole sentía el creciente temor de que Iceberg se propusiera hacer alguna estupidez.

—Iceberg, no seas cabezota. Si no consigue lo que quiere, esta gente está dispuesta a volar el Atlantis.

El hombre respondió al fin, pagando con Nicole su impotencia y su frustración.

—Sí, claro, Pantera... Dejo el asunto en tus manos y en las de Boorman. Lo que tenéis que hacer es sentaros a discutir la situación. ¿Por qué no celebráis una reunión

de trabajo? —Las palabras de Iceberg rezumaban sarcasmo—. Yo, por mi parte, voy a hacer todo lo posible por socorrer a mi tripulación. Mis hombres son mi responsabilidad, diga lo que diga ese gángster de pacotilla.

La transmisión se cortó por un momento, pero enseguida volvió a sonar la voz de Iceberg.

—Perdón, se me olvidó decir «Cambio y fuera».

A continuación solo se oyó la estática. Nicole hizo una mueca, herida por las palabras del hombre.

Phillips se acercó a Rusty y con un dedo apartó la pistola de la frente de Nicole. Tras un suspiro de resignación, dijo:

—Esta mañana debí leer mi horóscopo. «Escorpio: Secuestrar lanzaderas espaciales puede tener para usted más inconvenientes que ventajas». —Movié tristemente la cabeza.

El senador Boorman, que había permanecido ajeno al incidente, colgó de pronto el teléfono y se levantó del sillón con una resplandeciente sonrisa en los labios.

—¡Lo conseguí! —exclamó uniendo las manos en ademán de triunfo, como si aquello fuera lo más maravilloso que le había sucedido en la vida—. Van a pagar el rescate, señor Phillips. ¡La maleta llena de piedras preciosas viene en un helicóptero que estará aquí antes de una hora!

## Plataforma de lanzamiento 39A

Iceberg apretó una vez más las ligaduras del inconsciente Jacques, se colgó el *walkie-talkie* de su propio cinturón y trató de no pensar en Nicole.

Intentar hablar razonablemente con ella le había puesto furioso, como siempre. La «nueva» Nicole quería negociar, establecer las implicaciones, llegar a acuerdos... Todo con tal de no hacer nada práctico. Y con discusiones ni se resolvería el problema de los terroristas, ni se conseguiría rescatar a la tripulación del Atlantis.

Era algo típico de los administrativos, la misma gente que había alumbrado preciosas ideas como el programa de Cero Defectos, el de Gestión por Objetivos... Era gente que prefería sentarse en torno a una fogata de campamento para cantar Kumbaya a atacar un problema de frente. A él le tocaba tomar cartas en el asunto. Acción, no palabras. Era más fácil disculparse luego que pedir permiso antes.

Iceberg hizo un breve inventario. El fusil de Jacques se había encasquillado y seguía descargado, mientras que la maltrecha arma de Mory no disparaba. Y ese era todo su arsenal para enfrentarse a los terroristas. No disponía de tiempo para desmontar y arreglar ninguno de los dos fusiles, pero al menos había conseguido que el francotirador dejase de disparar; y ahora podía ir a echarle un vistazo a su amigo Gator, para ver si seguía vivo.

Siguiente parada, la plataforma de lanzamiento 39A.

Estando en forma y con el pie en perfectas condiciones, Iceberg podría haber llegado a su meta en cuestión de minutos. En su actual estado, si trataba de recorrer a pie ese trecho, incluso saltando a la pata coja tardaría media hora.

Y ese era un tiempo precioso del que, simplemente, no disponía. Consultó su reloj. Según el ultimátum transmitido por televisión, el rescate debía llegar en cuestión de cincuenta minutos. El tiempo apremiaba.

Echó la inerte forma del terrorista rubio por la escotilla del vehículo blindado de transporte como si fuera una saca de correo.

—Lamento la brusquedad —dijo Iceberg—, pero supongo que te repondrás.

Jacques cayó al interior con sordo impacto; Iceberg esperó que el golpe lo dejase inconsciente durante un rato más.

Moviéndose con gran cuidado y respirando con las mandíbulas encajadas debido al dolor en los huesos y músculos, Iceberg se metió por la escotilla del vehículo blindado. El interior era oscuro y caluroso; olía a lubricante, y también a pólvora y a la sangre de los dos cadáveres de los hombres del equipo de rescate.

Sin embargo, en aquellos momentos no podía andarse con remilgos. Apartando con el hombro el cuerpo de Jacques, se dirigió al panel de control. Sentarse fue un

sueño hecho realidad, pero en cuanto el cuerpo tuvo oportunidad de darse cuenta del enorme castigo que había sufrido, los dolores se hicieron agónicos.

Iceberg miró en torno y trató de recordar el sistema de manejo. Todos los astronautas debían aprender a conducir los vehículos blindados de transporte, así que trató de poner en marcha el motor. Tendió la mano hacia el panel de mando y accionó dos interruptores.

El motor diésel tosió un par de veces y luego se detuvo. Iceberg descargó una fuerte palmada contra el panel de mandos.

—Bueno, vamos a ver qué te pasa...

Probó de nuevo y el motor siguió negándose a arrancar.

Miró en torno hasta encontrar la lista de comprobación.

—Cuando todo lo demás falle, léanse las instrucciones —murmuró.

Repasó el manual y advirtió que se había saltado dos de los pasos. La siguiente vez que probó a arrancar, el motor se puso en funcionamiento sin el menor problema.

Todo el vehículo vibró y en el panel de control comenzaron a sonar los zumbidos y pitidos de los diversos sistemas de diagnóstico que se habían puesto en marcha. La pantalla exterior de vídeo se encendió para mostrar una clara imagen de la lanzadera. Toda la zona de lanzamiento parecía extrañamente desierta.

Conducido por Iceberg, el vehículo se puso en marcha, lentamente primero y luego a mayor velocidad. A los pocos momentos ya rodaba por la desierta zona a cuarenta kilómetros por hora, lo cual, después de todo lo que había pasado, a Iceberg le pareció una velocidad alucinante.

—Bueno, esto ya está mejor —dijo, y miró hacia el inconsciente Jacques deseando que el francotirador estuviera teniendo pesadillas.

Condujo hasta la blanca plataforma de hormigón que rodeaba la torre de servicio y pasó por una barrera de seguridad interna sobre la que había una pancarta con la inscripción: ¡ADELANTE, ATLANTIS!

Detuvo el vehículo cuando llegó a la parte de la superestructura de lanzamiento donde se encontraba el ascensor. Consultó el reloj. Habían pasado cuatro minutos. No estaba mal. Miró el fusil automático de Mory, que descansaba en el asiento contiguo, y decidió llevárselo. Un buen garrote era preferible a unas manos en carne viva.

Salió del vehículo y la deslumbrante luz del sol le hizo parpadear. Jacques seguía como una bolsa de basura arrumbada en el oscuro interior del vehículo, atado e inconsciente, incapaz de crear nuevos problemas. Iceberg se deslizó hasta el suelo y se dirigió cojeando hacia el ascensor de la torre de servicio.

En el complejo de lanzamiento reinaba el silencio y la tranquilidad. Un silencio y una tranquilidad que resultaban opresivos. Normalmente, se oía el sonido de los brazos de acceso desplegándose, de las grúas moviéndose, de las patrullas de vigilancia y de los técnicos que iban de un lado a otro. Ahora lo único que se oía eran los chasquidos y gemidos de los depósitos criógenos de la lanzadera y el lejano rumor de dos grupos electrógenos de reserva.

Cuatro de los tripulantes del Atlantis se encontraban ya encerrados en el búnker de emergencia situado al final de los cables de evacuación, a considerable distancia de la plataforma de lanzamiento. Pero Gator Green y otros dos tripulantes seguían atrapados arriba, en el nivel del puente de acceso a la nave, a unos sesenta metros sobre el suelo.

E Iceberg sabía que Gator estaba herido.

Se dirigió hacia el ascensor utilizando el fusil a modo de bastón. La escayola había comenzado a reblandecerse por los bordes y amenazaba con hacerse pedazos. Iceberg apretó el botón del ascensor.

Miró hacia arriba. La torre de servicio y el transbordador parecían inmensos rascacielos. Allá en las alturas, oculta en algún sitio, estaba la bomba que Jacques había colocado.

Oprimió de nuevo el botón del ascensor pero no sucedió nada. No se oyó ni el ruido del sistema hidráulico, ni el del motor, ni se produjo el menor movimiento. No se encendió ninguna luz, ni siquiera las de seguridad. Retrocedió unos pasos y estudió todo el complejo de lanzamiento. Lo único que oyó fue el sonido de unos grupos electrógenos lejanos.

De pronto lo comprendió: grupos electrógenos de emergencia. Debían de haberse conectado automáticamente para mantener la ventilación del volátil combustible líquido y de los oxidantes facilitando un mínimo de corriente eléctrica de emergencia que evitaba que todo volase espontáneamente por los aires.

Pero el resto de la electricidad de la plataforma estaba cortada.

Se quedó perplejo. Si los grupos electrógenos secundarios habían entrado en acción era porque en alguna parte existía un cortocircuito. Un cortocircuito que podía producir una chispa que haría arder el vapor de hidrógeno que salía del depósito de combustible. ¿Le había pegado Jacques un tiro a la caja de fusibles del ascensor? Y... ¿estaría el tal Phillips viéndolo a él en aquellos momentos?

Iceberg alzó la cabeza para ver la cámara de vigilancia. El piloto de la cámara estaba apagado. Se desplazó hacia un lado y la cámara no siguió su movimiento.

¿Qué estaba pasando? Aunque la caja de fusibles del ascensor hubiera sido destruida, el sistema de generadores de emergencia debería estar alimentando las cámaras de vídeo. A no ser que alguien las hubiera desconectado físicamente. Esa era la única explicación.

Iceberg sonrió. Habría sido Amos. Sin duda, Phillips estaba ciego y no podía verle a él ni a nadie que intentara rescatar a los tripulantes. Desaparecido ya el francotirador, y con las cámaras desconectadas, Iceberg podía actuar libremente. ¡Gracias por el favor, hermanito!

Aunque, naturalmente, sin electricidad, los ascensores tampoco funcionaban. Así que a Iceberg no le quedaba más remedio que subir al nivel 195 por la escalerilla metálica de caracol. Y con un pie roto dentro de una escayola que se estaba deshaciendo.

La simple idea lo hizo estremecerse. Luego movió la cabeza para aclararse la visión, se echó el inutilizado fusil al hombro y se dirigió cojeando hacia la escalera. Tenía que subir sesenta metros.

—Esta va a ser una subida jodidamente larga —murmuró.

Se agarró al cálido pasamanos de metal y, usando el pie bueno, se encaramó al primero de los angostos escalones. Tendría que subir a la pata coja, peldaño a peldaño. Tranquilo... no pierdas la calma.

Pero en vez de quedarse pensando en lo mal que lo iba a pasar, Iceberg comenzó a subir.

## Centro de Control de Lanzamiento

Al enterarse de que la maleta con el rescate estaba ya en camino, Phillips experimentó una euforia que le ayudó a reponerse de la mala noticia de que las cámaras de vigilancia de la torre de servicio habían dejado de transmitir. Las buenas y las malas noticias se sucedían como las subidas y bajadas de una montaña rusa. ¡Apasionante!

—Los que saben esperar terminan consiguiendo lo que quieren —dijo Phillips con una sonrisa.

Le costaba esfuerzo contener su excitación. Se acercó a las vidrieras que daban a la sala de despegue. Se sentía con pleno control de la situación. Los técnicos e ingenieros permanecían melancólicamente sentados en sus estaciones; unos ceñudos, otros resignados. Curioso.

La sala de despegue parecía el patio de la bolsa de valores después de una caída del mercado. En el ambiente se mascaba una mezcla de desconcierto y desesperación. Era como si, tras una subida en los tipos de interés, primero los bonos y luego las acciones se hubieran desmoronado... Los corredores vendiendo a la baja, seguros de que el sector de ciencia y tecnología jamás lograría recuperarse... Phillips sintió una vez más la satisfacción de haber derrotado a un colosal enemigo tecnológico, que esta vez era el programa espacial.

Su euforia solo era comparable con la que experimentó en su adolescencia cuando, tras años de desearle la muerte a su madre, al fin tomó la sabia decisión de desconectar los sistemas que mantenían a la mujer con vida. De niño había llevado una vida solitaria, sin hacer otra cosa que esperar y esperar a que le llegara la fortuna que su madre le legaría al morir. Sin embargo, los avances tecnológicos habían mantenido el frágil e inútil cuerpo con vida durante años, privándolo a él de su herencia y de su libertad. Él había derrotado al sistema que impedía morir a su madre... y hoy había vuelto a realizar una proeza de similar magnitud.

Phillips miró hacia el senador Boorman, que acababa de carraspear. El senador miraba en torno como si esperase vivas muestras de aprobación hacia su duro trabajo y sus altruistas desvelos por conseguir que las gemas fueran entregadas, pero nadie aplaudió. Probablemente, y de modo acorde con su historial político, el senador esperaba una sustancial contribución de campaña... Tal vez un porcentaje del rescate.

Apuntando con un índice a Boorman, Phillips dijo:

—Más le vale, senador, que el maletín no lleve un localizador, que las gemas no estén teñidas con un tinte invisible y que no hayan utilizado ningún otro truco de película. Como descubra que el FBI nos quiere gastar una de sus bromitas, me pondré



muy furioso.

Aunque la euforia hacía que el corazón le latiera aceleradamente, Phillips se esforzaba en mantener la calma. Solo faltaba un rato para que todo fueran fanfarrias triunfales y epítetos insultantes en la prensa... Y, una vez más, la seguridad económica, solo que en esta ocasión sería para una larguísima temporada.

Miel sobre hojuelas.

Phillips se volvió hacia Rusty.

—Debemos prepararnos para irnos. Aunque hay un molesto cabo suelto que debo dejar atado.

Se enderezó la corbata y se dirigió hacia donde Nicole estaba sentada, con las manos pulcramente cruzadas sobre los pantalones de su uniforme. La directora de lanzamiento era la viva imagen del desagrado y de la cooperación a regañadientes.

—Señora Hunter —comenzó Phillips—, creo que el asunto que voy a exponer es de su incumbencia. Quiero volver a ver el transbordador y la torre de servicio para estar seguro de que nadie aprovecha estos últimos y cruciales momentos para arrebatarle mi principal baza. Sabe Dios lo que estará haciendo su novio en la plataforma de lanzamiento.

—No es mi novio —dijo Nicole.

—Eso no es asunto mío —replicó Phillips. Alzó el detonador y frotó suavemente con el pulgar el botón de disparo—. Quiero recuperar la señal de vídeo procedente de la lanzadera... Inmediatamente, o antes. —Torció el gesto—. Esa era una frase que mi madre usaba con mucha frecuencia y que yo siempre he detestado.

Con rígidos movimientos, Nicole se volvió hacia los controles que tenía ante sí. Jugueteeó con el ordenador por unos momentos y miró las palabras carentes de significado que aparecieron en la pantalla, como si no creyera que Phillips supiese lo que estaba ocurriendo. Al hombre le enfurecía que subestimaran su inteligencia.

Alzó la cabeza y, jugueteando con la llavecita que pendía de su cuello como si esta fuera un talismán, anunció con voz sobria:

—No puedo hacerlo. La línea está cortada. Es físicamente imposible recuperar la señal de vídeo si antes no se repara el cable. Y desde aquí me es imposible localizar el punto en que se ha producido el corte.

Phillips movió la cabeza y lanzó un desilusionado suspiro.

—No me lo creo, señora Hunter. Me da la sensación de que yo conozco mejor que usted misma su propio sistema de interruptores de seguridad. ¿O será tal vez que me está mintiendo?

Nicole apretó los labios hasta convertirlos en una pálida línea recta, pero no dijo nada.

—Sé que en diversos lugares de la red existen puntos interruptores, y también sé que la señal de vídeo puede ser encauzada por otros canales. Como directora de lanzamiento, a usted le es posible determinar en qué punto se cortó la señal. Le ruego que lo haga. Y ahora mismo, tenga la bondad.

Nicole vaciló y al fin movió las manos sobre el teclado como si estuviera a punto de volver a cruzar los brazos sobre el pecho, en franca oposición a Phillips. Este alzó la vista hacia los paneles acústicos del techo.

—A estas alturas del combate, señora, en esta sala no hay nadie imprescindible. Le ruego que no me obligue a demostrar de nuevo la seriedad de mis intenciones. Aún quedan muchos rehenes con vida.

El argumento fue decisivo y Nicole procedió inmediatamente a revisar su pantalla de control. Utilizó todos los sistemas, como le habían enseñado a hacer. La tal señora Hunter era una astronauta sumamente capaz, se dijo Phillips.

—Le puedo decir que el corte no se produjo aquí, en el Centro de Control de Lanzamiento. —Nicole tragó saliva como si le costara un enorme esfuerzo siguiendo dando información, y miró de reojo hacia las vidrieras de comunicación con la sala de despegue, atestada de técnicos e ingenieros.

Phillips aguardaba pacientemente, con los dedos entrecruzados.

—Bien, ¿qué me dice? —Dirigió una mirada a Rusty y el pelirrojo lanzó una aguda carcajada.

—Ha sido en... en el búnker reemisor de televisión —dijo con voz derrotada—. Ahí está el conmutador de las cámaras de seguridad.

—Imposible. Hemos neutralizado ese búnker.

Nicole se limitó a encogerse de hombros.

Phillips, ceñudo, se volvió hacia Rusty. El pelirrojo enrojeció de sorpresa y sus pecas desaparecieron bajo un intenso tinte escarlata.

—Del búnker te encargaste tú, Rusty. Espero que no metieras la pata.

El pelirrojo torció furiosamente el gesto.

—¡La tía gorda estaba muerta! Me aseguré de ello. Y además dejamos instalada una bomba en la puerta para que acabase con cualquiera que fuese por allí... —De pronto abrió mucho los ojos—. ¡El gilipollas de las gafas! Quizá no recibió una dosis letal. Yvette dijo que con el dardo bastaba para matarlo, pero...

—Pero resulta que las cosas no salieron según los planes —terminó por él Phillips.

El hombrecillo volvía a parecer inmensamente decepcionado. De pronto sentía un enorme sofoco, como si la temperatura hubiera subido varios grados. Todo se iba a ir a pique.

—¿Se puede saber por qué Yvette no puede utilizar una pistola, como todo el mundo? —masculló Rusty—. ¡Siempre inventando!

Phillips se desabrochó el botón del cuello de la camisa. El calor parecía seguir en aumento. En la sala, todos estaban pendientes de él. Había utilizado a Yvette para neutralizar el búnker porque la mujer nunca le había fallado. Pero los indicios eran inequívocos... y se encontraban en la parte más crítica de la operación. Sin imagen de vídeo, no le era posible controlar lo que sucedía con la bomba colocada en la plataforma de lanzamiento. Y todo dependía de aquella bomba: el rescate, la fuga.

Todo.

Dio unos pasos por la sala. Muy a su disgusto, no le quedaba más remedio que jugar su última carta.

—Rusty, vas a tener que encargarte de solucionar este problema. Y no es que me guste quedarme solo con nuestros invitados. Sabe Dios qué ocurrencias se les pueden pasar por la cabeza. Pero ¿qué se le va a hacer? Tienes que ir a remediar ese desastre. —Chasqueó los dedos—. Dame la Beretta. Tú coge del coche otro fusil de asalto, pero deja aquí el resto de los juguetes. Amontónalos en el vestíbulo. Debo preparar la llegada de nuestro helicóptero. Ahora lárgate y no te entretengas. Necesito que regreses cuanto antes.

Rusty parecía decidido y deseoso de entrar en acción. El entusiasmo del pelirrojo compensaba su falta de previsión.

—¡Les daré su merecido, señor Phillips! ¡Cuenta con ello! ¡Faltaría más!

Phillips asintió, absorto.

—Cuento con ello.

Se preguntó si no habría enviado al pelirrojo a aquella misión con la esperanza de que el joven se convirtiera en una nueva baja. Consideraba que ya le había agradecido de sobra todos los favores que Rusty le hubiera podido hacer en un momento particularmente crítico, cuando le ayudó a conseguirse una nueva vida. Pero en cualquier caso, y pese a lo mucho que le desagradaba quedarse solo, poder seguir viendo la plataforma de lanzamiento era básico para el buen fin de la operación.

Phillips empuñó la Beretta con una mano mientras con la otra sostenía el detonador. No le gustaba usar las armas, que eran demasiado pesadas e indignas de confianza. Siempre que le era posible, hacía que otros las utilizaran por él, pero había que hacer concesiones. Ningún plan debía ser tan rígido como para no amoldarse a las circunstancias.

Una vez Rusty hubo abandonado el Centro de Control de Lanzamiento, Phillips se retrepó en una butaca e inspeccionó al grupo de rehenes.

—Sé que están pensando ustedes en la posibilidad de atacarme. Reconozco que en este tipo de situaciones tiendo a ponerme muy nervioso. El peso de la responsabilidad, ¿comprenden? Pero como en este caso lo que está en juego es tan importante, seré muy poco comprensivo con cualquiera que me altere los nervios.

Movió la pistola en abanico ante los rehenes, la mayoría de los cuales se estremecieron de temor. Solo Nicole permaneció impertérrita sosteniéndole la mirada. El hombre mostró el detonador y prosiguió:

—Además, como último recurso, siempre puedo volar la lanzadera espacial. Solo me llevará un segundo.

Lamentó no haber ordenado que prepararan café. El de la cafetera debía de llevar varias horas hecho y estaría agrio e imbebible. Además, había advertido que en el Centro de Control de Lanzamiento solo daban crema en polvo, y él la odiaba. Si hubieran tenido crema auténtica, tal vez Phillips hubiera ordenado a alguien que le

serviera una taza.

—Quedémonos todos tranquilos y pasemos la última media hora en paz. — Phillips cruzó las piernas—. Se me ocurre una idea. ¿Conocen ustedes el himno de la Universidad de Yale?

## Búnker reemisor de TV de la NASA

Sentado en el borde de su crujiente butaca en el búnker reemisor de vídeo, Amos Friese observaba la batería de monitores de televisión que tenía delante con una amplia sonrisa de satisfacción en los labios. Cortando la señal de vídeo de la plataforma de lanzamiento había causado una confusión endemoniada en el Centro de Control de Lanzamiento. El tipo aquel, Phillips, parecía fuera de quicio.

—Espero que esto os divierta, cretinos —dijo Amos. Les había puesto una zancadilla a los terroristas, y ahora se sentía eufórico por haber podido hacer algo. Era una mínima venganza por lo que ellos le habían hecho a Cecilia; peor era nada. Iceberg le hubiera dado una palmada en la espalda tan fuerte que él se habría pasado cinco minutos tosiendo.

Pero lamentablemente el tiro le salió por la culata.

Observando en el monitor la imagen procedente del CCL, Amos vio cómo Phillips mandaba al terrorista de las pecas al búnker reemisor de vídeo. El pelirrojo asintió ansiosamente tras recibir sus instrucciones, e inmediatamente desapareció...

Viene hacia aquí. Viene a por mí. ¡A por mí!

—Tcht, tcht —dijo Amos.

Sentado allí, en el interior del otrora seguro búnker, sintió que un bloque de hielo se le formaba en la boca del estómago, para luego extender sus gélidos dedos a través de toda la corriente sanguínea. Se dio cuenta de que su respiración se había hecho jadeante.

—Ay, Dios... En buen lío me he metido.

Rusty jamás se conformaría con un dardo tranquilizador, como había hecho la rubia. Él les había desbaratado los planes a los terroristas, y los terroristas querrían su sangre, litros y litros de ella.

Amos saltó de su sillón y miró en torno en busca de algo que lo ayudase. Pero no encontró nada. Se hallaba en el interior de la zona restringida de lanzamiento, y debía enfrentarse a un terrorista loco armado con una ametralladora.

Tenía que ocultarse.

Amos buscó algún agujero o resquicio en el que meterse, y de pronto vio la luz del sol procedente del fondo del túnel, allá donde la bomba de los terroristas había hecho volar la puerta de acceso al búnker.

Quizá pudiera salir de allí, marcharse...

Podía dirigirse a la carrera a su viejo Firebird o, mejor aún, al vehículo de seguridad de la NASA y alejarse en él... Lo malo era que si lo hacía resultaría sumamente visible y vulnerable en las desiertas calles de la zona restringida.

Probablemente, Rusty llevaría su propio coche, y no le costaría el menor esfuerzo perseguirlo y alcanzarlo.

También podía marcharse a pie, a campo traviesa. La densa vegetación lo ocultaría de los ojos de todos... Y él tendría oportunidad de hacer amistad con las serpientes de coral, los jabalíes y los caimanes. A fin de cuentas, aquello era la reserva natural de Merrit Island.

Pero de pronto pensó en Iceberg, allá fuera, batiéndose el cobre por salvarlos a todos. Amos decidió que se quedaría allí. No por temor a los animales salvajes, sino porque huir significaba una rendición incondicional ante aquellos desalmados... Y él no estaba dispuesto a ello.

Aquellos tipos ya habían matado a Cecilia. Y habían tratado de matarlo a él. Y habían amenazado con volar el Atlantis y su tripulación. Y habían tomado como rehén a Nicole Hunter. Iceberg ya estaba librando su propia batalla contra los terroristas, así que Amos no podía quedarse acobardado entre los arbustos esperando ayuda.

Se preguntó qué haría su hermano en una situación como aquella. Iceberg se quedaría a pelear, desde luego. Y si no encontraba otra cosa mejor, lo haría con los puños desnudos... Y probablemente se llevaría por delante a tres o cuatro asesinos antes de que ellos acabaran con él.

Amos era consciente de que él no podía hacer nada semejante. Admítelo, se dijo. Eres un pobre diablo con delirios de grandeza, incapaz de hacerle daño ni a una mosca. Si tratas de hacerte el héroe, te dejarás la piel.

Debía usar la cabeza. Tenía tiempo. No mucho, pero suficiente. Si al menos se le ocurriese algún plan... Además, tenía la ventaja de estar enterado de que Rusty iba a por él.

Notaba la garganta seca y consideró la posibilidad de chupar otro de los caramelos duros que guardaba en un tarro sobre su escritorio. Al fin se decidió por abrir la segunda lata de Jolt Cola y vaciarla de un trago. Pasaron solo unos instantes antes de que el azúcar de la supercargada bebida le hiciera efecto.

¡Vaya! ¡Había sido estupendo! Abrió otra lata, engulló su contenido y notó como todo el cuerpo se le cargaba de energía. ¡Qué falta le hacía algo así!

Bebiendo el último trago de cola, Amos pensó en su infancia. Él y su hermano mayor, Adam, antes de que Adam adoptase el nombre clave de Iceberg, jugaban en las nevadas montañas de Colorado Springs. Los dos muchachos eran alevines de aviador, y su padre estuvo destinado a la academia de las Fuerzas Aéreas durante unos años, antes de que lo destinaran a Dayton, Ohio... y luego a Albuquerque, Nuevo México... y luego a San Antonio, Texas.

Amos recordaba haber jugado al escondite en los tranquilos y fríos pinares de Colorado, abrigado con un grueso chaquetón aislante de invierno para no coger un resfriado. Su madre nunca dejaba de asegurarse de que Amos iba bien abrigado, porque la salud del niño siempre había sido precaria.

Los dos muchachos jugaban a las batallas, a emboscarse para emprenderla luego a bolazos de nieve el uno contra el otro. Pero la batalla siempre fue desigual. Adam sabía cómo inmovilizar a su hermano menor, cómo encontrar cada uno de sus escondites. Lo más frecuente era que el jovencito Amos terminara acribillado a bolazos, mojado, tiritando, con las gafas empañadas y dándose por vencido.

Era muy divertido, pero Iceberg siempre ganaba.

Ahora, en aquel frío y húmedo búnker, Amos estrujó entre sus dedos la lata de aluminio. Pero tan dudosa proeza no alcanzó a convencerlo de que era un titán. Abrió y cerró los dedos. Debía ponerse manos a la obra.

Debía defenderse sin ayuda de un asesino armado hasta los dientes.

Y esta vez, si perdía, Amos recibiría algo más que una bola de nieve en la cara.

## Plataforma de lanzamiento 39A torre de servicio

Agotado como si hubiera corrido un maratón, Iceberg subió los últimos quince escalones que lo separaban del nivel 195. Fueron, con mucho, los más duros. Debido al dolor y al cansancio, el hombre apenas lograba mantenerse consciente... pero si resbalaba, la caída sería vertiginosa.

Se sacudió el sudor del corto cabello oscuro. Minúsculos jejenes y voraces mosquitos zumbaban en torno a su cabeza. El duro rifle se le hundía entre los omóplatos, y se hacía más pesado por momentos. Le daban ganas de quitárselo y dejarlo caer, pero hasta eso parecía requerir un esfuerzo excesivo.

Trepaba por la interminable escalera agarrado a la baranda metálica, evitando descansar su peso sobre la rota y empapada escayola, y subiendo los escalones de uno en uno y a la pata coja. La casi disuelta mezcla de fibra de vidrio y escayola formaba una desagradable masa babosa en torno a la sensible e hinchada piel del pie fracturado. Sin embargo, eran tantos sus dolores y molestias que uno más carecía de importancia. Deseó haberse tragado unas cuantas aspirinas reforzadas más antes de que todo aquel trajín comenzase.

El puente de acceso a la nave estaba apenas tres metros más arriba, pero parecía alejarse con cada paso. Allá abajo, a lo lejos, Iceberg veía hileras e hileras de coches bloqueando todos los accesos del inmenso complejo espacial. Fuera quien fuera el tal Phillips, llevaba de cabeza a todas las fuerzas de seguridad de la NASA.

Solo un pequeño esfuerzo más. Gruñendo, ascendió los últimos peldaños. Le dolían los bíceps, le ardían las manos, las piernas le temblaban y el pie no dejaba de atormentarle. Aguanta un poco más...

—¿Coronel Friese? ¡Es increíble! ¡Dios bendito, no sabes cómo me alegro de verte! —Era la voz del doctor Marc Franklin, que le hablaba desde arriba. El desaliñado astronauta lo miraba atónito, sin dar crédito a sus ojos—. Subiendo de este modo te has expuesto a que te mataran. Menos mal que el francotirador no te vio.

Todo parecía demasiado irreal. A través de la neblina del agotamiento, Iceberg vio al hombre que le había quitado el puesto de comandante de la misión. No, no se lo había quitado, se corrigió Iceberg. La NASA lo había nombrado para ocupar el sillón de la izquierda.

—Por el francotirador ya no tienes que preocuparte —dijo Iceberg.

Franklin le tendió una mano. Iceberg estuvo a punto de rechazar la ayuda, pero no era momento para machadas. Debía rescatar al resto de su tripulación y desarmar una bomba. Apoyándose en el pie bueno, tendió hacia el otro una mano cubierta de sudor. Franklin la agarró con fuerza y lo ayudó a encaramarse hasta el amplio puente de



acceso a la nave.

Franklin estudió la maltrecha escayola de Iceberg, y su desastroso aspecto general.

—Bueno, ya estás a salvo.

—¿A salvo? —gruñó Iceberg estirándose—. Me encantaría saber a qué le llamas tú estar en peligro. —Decidió olvidar las quejas e ir al grano—. ¿Dónde está Gator? Vi que fue alcanzado. ¿Cómo se encuentra?

Franklin movió la cabeza.

—Sigue vivo, pero su estado no es bueno. Y Koslovsky se encuentra junto a las cestas de evacuación, con un pie atrapado en la parte baja de la defensa de seguridad. Sin la ayuda de Gator, no me ha sido posible soltarla. —Hizo una mueca, como si sobre él reposara todo el peso de la situación.

—Hay que sacarlos de aquí —dijo Iceberg—. Y a ti también. Ahora mismo.

Trató de ponerse en pie y se sintió mareado. No debió haberse estirado, pues con ello solo había conseguido que la sangre se le fuera a la cabeza. Franklin le tendió una mano para ayudarlo a caminar por el puente de acceso, pero Iceberg rechazó la ayuda.

~—Estoy bien.

—Sí, claro, coronel. —Franklin no pareció muy convencido—. Parece que lo tienes todo bajo control.

Iceberg caminaba por el puente de acceso como un viejo tratando de andar después de un accidente de automóvil.

—Tú no sabes ni la mitad de la historia. Vamos a por Gator y Alexandra.

El piloto del transbordador estaba caído de espaldas, inconsciente. Iceberg advirtió que el hombre tenía una gran mancha de sangre en el pecho que empapaba el traje presurizado color naranja. La parte alta del brazo derecho también estaba teñida de rojo. Iceberg se arrodilló junto a su amigo.

—Gator... ¿me oyes?

El herido no respondió. Iceberg miró a Franklin.

—Tenemos que sacarlo de aquí cuanto antes. Parece que se encuentra en estado de *shock*. —Se puso trabajosamente en pie—. Soltemos a Alexandra y luego decidiremos qué se hace a continuación.

—De acuerdo.

La cosmonauta yacía de costado agarrándose la pierna. Su bota se había deslizado por el pequeño resquicio que había entre el suelo y la parte inferior de la guarda de protección de modo que le era imposible retirar el pie.

—¿Puedes moverlo, aunque sea solo un poco?

Ella trató de hacer girar el tobillo.

—No, pero creo que, por lo demás, no estoy herida. Si lo estuviera, tendría que llevar escayola como tú, coronel Iceberg.

—Muy graciosa.

Franklin se arrodilló junto a ellos.

—Si entre tú y yo la levantamos y la giramos, podremos sacarla. Gator y yo estábamos tratando de hacerlo cuando a él le pegaron el tiro.

—Es cierto, esto hay que hacerlo entre dos. —Iceberg fue a colocarse tras la mujer—. Yo la levanto y tú le giras la pierna. —Colocó las manos bajo las axilas de Alexandra agarrando la tela del traje presurizado.

Franklin miraba a su compañero con claro escepticismo.

—¿Seguro que podrás sostenerla?

Sin contestar, Iceberg se afianzó mejor en el suelo, cuidando de no descargar peso sobre el pie roto. Luego, gruñendo por el esfuerzo, alzó el cuerpo de Alexandra, que lo ayudó como pudo.

Una vez la cosmonauta se hubo enderezado, Franklin le hizo girar la pierna y metió una mano entre las barras metálicas. Ella hizo una mueca pero de sus labios no escapó ni un gemido.

—Vuélvela hacia la derecha.

Iceberg lanzó un gruñido y comenzó a moverse. Se apoyó en la escayola y un agudo ramalazo de dolor le subió por la pierna. Ahogó un grito y notó que el sudor le cubría de pronto la frente. Estaba haciendo lo indecible por no derrumbarse.

Franklin le dijo a la cosmonauta:

—Muy bien... Si te hago daño me lo dices.

—¡Tú suéltame! —exclamó ella, y a continuación masculló algo en ruso.

Tras una breve vacilación, Franklin le retorció rápidamente la pantorrilla. Alexandra lanzó una exclamación e Iceberg estuvo a punto de caer de espaldas.

—Otra vez —dijo Franklin—. Creo que ya lo tengo.

Sin aguardar respuesta, tiró de la pierna. Alexandra lanzó un grito y de pronto su pie se deslizó fuera del pequeño resquicio.

Iceberg trastabilló hacia atrás, y estuvo a punto de caerse de la torre de servicio. Recuperó no sin esfuerzo el equilibrio mientras la cosmonauta se sentaba en el suelo metálico. Alexandra se frotó el tobillo a través del traje presurizado. Luego se puso en pie, tambaleante y aguantando el dolor.

—Debemos marcharnos.

Iceberg se volvió hacia su amigo herido.

—Yo llevaré a Gator hasta las cestas de evacuación...

Franklin lo obligó a apartarse.

—Yo lo llevaré. Tú apenas puedes andar.

Iceberg asintió con la cabeza. El comandante sustituto tenía razón.

—Muy bien, Alexandra y tú meted a Gator en la cesta, y luego llevadlo al interior del búnker. Allí debe de haber medicamentos.

—¿Es que no piensas ayudarnos? —Franklin lo miró de arriba abajo—. Espero que no te propongas quedarte aquí.

Iceberg aspiró profundamente.

—Tengo que darte una mala noticia, hay una bomba colocada en la parte alta del depósito externo del Atlantis.

—¿Una bomba? —preguntó Franklin abriendo mucho los ojos—. Además del francotirador y de nuestro herido, ¿tenemos que preocuparnos por una bomba?

Iceberg echó la cabeza atrás para mirar hacia lo alto del depósito externo color rojo óxido. La caperuza que coronaba el depósito parecía estar increíblemente alta.

—Durante la cuenta atrás, el brazo de acceso no fue retirado del todo. Estupendo. Pero tengo que quitar de ahí esa bomba.

—¿Tienes experiencia en desarmar explosivos? —preguntó incrédulamente Franklin—. ¿Es ese otro de tus talentos ocultos? ¿Qué clase de entrenamiento te proporcionó la NASA?

Iceberg apretó los labios.

—Hoy es mi día de nuevas experiencias. —Con el corazón latiéndole a toda velocidad, se quitó el sudor de los ojos y se volvió hacia el comandante del transbordador—. Atiende, Franklin... La verdadera bomba es el depósito externo. Los terroristas solo necesitan una pequeña detonación para que toda la plataforma vuele por los aires. Lo que me propongo hacer es llevar esos explosivos a un sitio donde no causen daños. Pan comido.

—Pero el ascensor no funciona... ¿Cómo vas a subir?

—¿Qué es esto, un interrogatorio? Subiré como he subido hasta aquí.

Exasperado, Franklin replicó:

—No lo conseguirás. ¡Mírate! Debemos bajar todos al búnker de emergencia. Allí estaremos seguros.

Iceberg torció el gesto. El comandante sustituto estaba manifestándose como el típico pusilánime que busca problemas en lugar de resolverlos.

—Me largo. Tú ayuda a Alexandra y a Gator a llegar a tierra. Mientras los salves a ellos, puedes salvarte tú también.

Se dirigió cojeando a la escalera de la torre de servicio. Solo le quedaban otros treinta metros por subir.

Solo.

Y esta vez la escalera era vertical.

Franklin dijo en alto:

—Supongo que nada de lo que yo diga te disuadirá.

Iceberg se irguió. Sería muy fácil subirse a la última cesta y encerrarse luego en el búnker a esperar tranquilamente que la situación se resolviera. Bien sabía Dios lo mucho que él había batallado. Pero ya había llegado demasiado lejos para dejar que el maldito Phillips se saliera con la suya.

—No, no puedes disuadirme.

Franklin lo miró con expresión cariacontecida.

—Muy bien, como gustes. —Y, aunque con perceptible esfuerzo, logró añadir—: Ten cuidado, coronel. Buena suerte.

A regañadientes, Iceberg estrechó la mano del comandante sustituto, e hizo una mueca a causa del dolor que sentía en la desollada palma.

—Gracias.

Había llegado junto a la escalera. Se colgó el fusil del hombro, palmeó el *walkie-talkie* que le había quitado a Jacques, aspiró profundamente y puso el cerebro en punto muerto. Inició el ascenso. Primero se irguió lo más que pudo afianzándose en el pie bueno, luego se alzó con las laceradas manos, y al fin posó el pie escayolado en el siguiente peldaño, con la esperanza de que la maltrecha escayola no se deshiciera totalmente. Debía subir los escalones de uno en uno.

Desde el otro extremo de la torre de servicio le llegó el sonido de una cesta de emergencia al soltarse, y luego el agudo zumbido del descenso hacia el suelo por el cable de trescientos cincuenta metros de longitud.

Ahora su tripulación estaba a salvo. Al fin.

Intentando no hacer caso del sudor que le caía en los ojos, Iceberg fue encaramándose lentamente por la escalera. Incluso a aquella altura, los insectos, atraídos por su sudor, no dejaban de zumbar en torno a él. Los pájaros evolucionaban alrededor de la parte más elevada de la torre de servicio, como alardeando de su acrobática maestría.

Su cerebro se puso en modalidad de piloto automático, como en un vuelo transoceánico. En un santiamén estaría en la parte alta del depósito externo, haciéndole compañía a una bomba.

Al fin se encaramó al borde del brazo de acceso del oxígeno gaseoso, uno de los puntos más elevados de la torre de servicio. Tenía ante sí toda la zona de lanzamiento del Centro Espacial Kennedy. El puerto espacial de Norteamérica, una gran atracción turística. Una inmensa cantidad de público asistía a cada lanzamiento del transbordador. Iceberg esperaba no amenizar el espectáculo metiendo la pata al retirar la bomba.

Viendo los pantanos extenderse en todas las direcciones, y la mancha azul del océano por el este, el hombre se sentía como en lo alto de un rascacielos. Incluso la alta torre del agua de la plataforma de lanzamiento se encontraba muy por debajo de su nivel, esperando arrojar más de un millón de litros de agua en la trinchera deflectora de llamas y en la plataforma de lanzamiento durante los veinte segundos iniciales del despegue.

Parte de la torre de servicio seguía ascendiendo. Arriba y a su izquierda había una grúa de martillo retirada y un blanco pararrayos apuntando hacia el cielo. Abajo, torres eléctricas y telefónicas punteaban el verde paisaje. El Centro de Control de Lanzamiento era un gran edificio blanco apenas visible entre la húmeda neblina de la mañana.

Tan impresionante espectáculo le produjo una descarga de adrenalina que, a su vez, mitigó algo sus dolores, pero no le hizo olvidar la prudencia. Allá abajo, en algún lugar, estaban las fuerzas de seguridad de la NASA, inmovilizadas por las

amenazas de los terroristas. Se veían media docena de helicópteros evolucionando en el cielo, a prudente distancia del CCL. Phillips aún tenía a Nicole.

Iceberg se dijo que tenía que hacer las cosas de una en una. Como con las listas de comprobación.

Tranquilo... no pierdas la calma.

Su tripulación ya estaba a salvo. Ahora debía ocuparse de la bomba.

Y luego iría a por Phillips.

—Se acabó el recreo —dijo tras echarle un vistazo a su reloj.

El helicóptero que traía el rescate ya no podía tardar y le pidió al cielo que le diera tiempo a desarmar la bomba. Una vez tuviera su dinero, a Phillips lo mismo le daba por accionar el detonador.

Para moverse con mayor libertad, se quitó el fusil de la espalda y lo dejó en la angosta pasarela. Por los respiraderos de la parte alta del depósito externo salían tenues columnas de vapor. Los inmensos depósitos color rojo óxido se fabricaban en Louisiana y eran enviados por vía fluvial hasta el Centro Espacial Kennedy. Y ahora, teniendo pegado a la punta un artefacto explosivo que podía actuar como detonador, el depósito contenía casi dos millones de litros de hidrógeno y oxígeno líquidos que solo aguardaban mezclarse y entrar en combustión.

Cuando Iceberg comenzaba a gatear hacia lo alto del depósito por el angosto brazo de acceso, le pareció oír un ruido en la escalera vertical, más abajo. Se estremeció. ¿Le habría seguido un terrorista hasta allí arriba? Pero... ¿cómo habrían averiguado dónde se encontraba si los monitores del CCL se habían quedado sin imagen?

Se volvió y comenzó a regresar hacia la escalera vertical, dispuesto a defenderse. Aprovechándose de la sorpresa, podría empujar al intruso y lanzarlo al vacío.

De pronto apareció el congestionado pero decidido rostro de Marc Franklin.

—¿Necesitas ayuda?

—¿Qué demonios haces aquí? Oí la cesta de evacuación...

Franklin se encaramó al brazo de acceso.

—Reconócelo, coronel. No puedes deshacerte de esa bomba tú solito.

—Estás loco —dijo Iceberg.

Franklin alzó una ceja.

—El que se puso a jugar a Rambo no fui yo. —Echó a andar por el brazo de acceso en dirección al transbordador y pasó junto a Iceberg—. Cállate la boca y a ver si entre los dos encontramos esos explosivos.

Iceberg iba a responder airadamente pero se contuvo. Evidentemente, necesitaba la ayuda de Franklin; sin embargo, la presencia allí del otro comandante le hacía sentirse como si de nuevo hubiera perdido el control, dejando que otro diera las órdenes. Franklin ya había invadido en otra ocasión su terreno.

Por otra parte, y como Nicole le habría dicho en términos bien claritos, aquella reacción no era más que una muestra de su descomunal machismo. No había tiempo

para concursos de heroicidades. Decidió tragarse su orgullo... o, al menos, una parte.

—Bueno, Franklin, vamos a inspeccionar el depósito. Sería estupendo que este brazo de acceso llegara hasta el transbordador; pero ya nos las arreglaremos. Siempre me había preguntado si mis dotes gimnásticas me valdrían alguna vez para algo.

—Bien —dijo lacónicamente Franklin, y siguió avanzando. Bajó la vista hacia el inutilizado fusil que Iceberg había tirado al suelo, pero no dijo nada.

El punto en que se encontraban estaba casi dos veces más alto que el puente de acceso a la nave. Además, el brazo de la ventilación era mucho más estrecho, ya que solo estaba diseñado para que la manguera de ventilación del oxígeno y un único técnico llegaran a la cúspide del depósito externo. Agarrándose en los pasamanos, Franklin se inclinó sobre el borde para inspeccionar el inmenso tanque rojo.

—A ver si ves algo que se salga de lo normal —dijo Iceberg, que estaba mirando el otro lado del abombado depósito externo.

Con cada segundo, su temor aumentaba. Probablemente, Franklin tenía razón. A ninguno de los dos se le había perdido nada allí arriba. No tenían por qué hacerse los héroes.

Tranquilo... no pierdas la calma.

Y maldita la gracia que tendría que fuera él mismo el que detonase la bomba y los hiciera saltar a todos por los aires. Pero si corría a refugiarse en el búnker de emergencia, Iceberg tendría que esperar a que apareciese otro dispuesto a poner remedio al problema, y no haría sino retorcerse las manos mientras la cuenta atrás se aproximaba a cero y el tal Phillips apretaba el botón del detonador. Adiós, Atlantis.

Iceberg nunca se perdonaría haber arrojado la toalla. Tenían que encontrar la bomba.

De pronto se fijó en un bulto oscuro que sobresalía de la lisa superficie del tanque. Frunció el entrecejo. El bulto era de un color rojo similar al del tanque, pero tenía un aspecto demasiado cuadrado y simétrico, como un bloque de arcilla. Notó que un escalofrío le recorría la espalda.

—Eh, Franklin, mira esto.

El comandante sustituto se acercó, se asomó por encima del pasamanos y lanzó un silbido.

—Sí, parece que es eso. Y bien abajo está. —Tragó saliva como si hiciera acopio de valor—. Bueno, voy a por esa bomba.

Iceberg negó con la cabeza.

—Yo lo haré. Soy el gimnasta, recuerda.

Franklin lo miró con incredulidad.

—En el estado en que te encuentras no podrías ni atarte un zapato sin desmayarte. —Iceberg torció el gesto, pero el comandante sustituto prosiguió—: Utiliza el *walkie-talkie* que llevas en el cinturón para llamar a los de seguridad y ellos enviarán a un artificiero para desmontar la bomba.

Iceberg posó una mano en el *walkie-talkie* que le había quitado a Jacques.

—Yo tengo aguante y sentido del equilibrio, Franklin. Ocúpate tú de la radio. Tú eres científico, no atleta.

Iceberg se dijo que aquella era su nave y que Franklin se mostraba muy cabezota. Él estaba en mejor forma física y mejor entrenado, y tenía más redañones que aquel científico metido a astronauta. Le tendió el *walkie-talkie* como si fuera un arma contundente.

—No seas tan egocéntrico —comentó Franklin negando con la cabeza—. Ni que el día en que explicaron la importancia del trabajo en equipo tú hubieras faltado a clase.

—Lo más sensato es que la persona más capacitada sea la que haga el trabajo.

—¡Eso justamente es lo que yo digo! Alguien tiene que descolgarse ahí para quitar esa bomba del depósito externo, y no soy yo precisamente el que se ha pasado el día peleando con terroristas. Cuanto más discutamos, más posible será que ese chisme haga explosión.

Iceberg encajó las mandíbulas. Tranquilo... no pierdas la calma. Aquel tipo comenzaba a cabrearle. Dio un paso adelante e hizo una mueca de agonía. Los huesos rotos del pie latían terriblemente. Trató de no hacer caso del dolor, pero no le fue posible.

Maldita la gracia que le hacía admitirlo, Franklin llevaba algo de razón. Intentó convencerse de que lo importante era que el trabajo se hiciese. No quién lo hiciese. Iba contra la propia esencia de su competitiva personalidad, pero tenía que resignarse.

A regañadientes, Iceberg dijo:

—De acuerdo, yo me ocupo de llamar. Y tú ten cuidado.

Franklin asintió casi imperceptiblemente y avanzó hacia el extremo del brazo de acceso.

—Vale.

Echando chispas por dentro, Iceberg fue a marcar en el *walkie-talkie* el canal de las fuerzas de seguridad de la NASA. Al tratar de hacerlo se dio cuenta de que el aparato había sido modificado para sintonizar solo la frecuencia del canal privado de Phillips. Los terroristas podían hablar entre ellos, pero Iceberg no podía comunicarse con nadie más.

—¡Maldita sea!

El otro comandante ya había pasado por encima del pasamanos y estaba a punto de lanzarse hacia el tanque color óxido. Franklin parecía desequilibrado, como si en cualquier momento fuera a caerse. Y lo único que pararía la caída sería el pavimento.

## Centro de Control de Lanzamiento

Los segundos iban discurriendo, convirtiéndose lentamente en minutos. Nicole no le quitaba ojo a Phillips. La falsa tranquilidad del hombrecillo no tardó en dejar paso a la clara inquietud. Se levantó y comenzó a pasear por la acristalada sala. De pronto le dio un puntapié al taburete que había utilizado para encaramarse, y alzó la mano armada con la Beretta.

—¿Por qué se demoran tanto todos? —dijo con voz aguda y dicción entrecortada. Consultó la hora en su reloj de bolsillo, aunque el palco de visitantes distinguidos estaba lleno de relojes de pared—. Dicen que el helicóptero llegará en cualquier momento, pero yo no veo nada. ¿Cómo es que Rusty no ha conseguido que las cámaras de la torre de servicio vuelvan a funcionar? ¿Por qué no he recibido noticias de Yvette ni de Jacques?

Phillips miró a Nicole como si esta pudiera responder a alguna de sus preguntas, y ella se esforzó lo indecible por conseguir que una sonrisa no aflorase a sus labios.

—¿Y qué está tramando su querido Iceberg? —Torció el gesto, quedó ceñudo, tomó una decisión, agarró el *walkie-talkie* de nuevo y se lo tendió a Nicole—. Esto no me gusta nada. Tome. Llame a su novio y dígame que se rinda.

Nicole parpadeó, auténticamente atónita.

—¿Que se rinda? ¿Iceberg? ¿Se cree usted que va a hacerme caso? Más vale que consulte el expediente personal de Iceberg que tiene usted en su ordenador portátil, señor Phillips. Creo que su información es errónea.

—Mi información es totalmente fidedigna. —El hombrecillo alzó la pistola de Rusty y puso el cañón junto a la sien de Nicole. En esta ocasión, el respingo de la mujer fue mucho menor—. Tendremos que darle algún tipo de incentivo para que se rinda.

Nicole vaciló. Probablemente, aquel era el mejor momento para enfrentarse a Phillips. Sin nadie que lo apoyase, seguro que alguno de los otros rehenes se lanzaría contra él.

Sin embargo, los cadáveres del rincón constituían un mudo recordatorio de lo lejos que estaba dispuesto a llegar el tal Phillips. Además, ahora que se encontraban cerca del desenlace, el tipo estaba considerablemente más nervioso que al principio. Solo Dios sabía cuántas personas más podían morir si ella cometía alguna imprudencia.

Bajó los hombros y tomó el *walkie-talkie*. Con una expresión que denotaba su poca fe en que aquello fuera a dar resultado, oprimió el botón de transmisión.

—Iceberg, aquí Pantera. Contesta. Cambio. —Aguardó un momento, y volvió a



oprimir el botón—. Iceberg, aquí Pantera.

Al fin respondió la cansada, jadeante voz de Iceberg.

—Pantera, estoy muy ocupado.

Nicole trató de responder con tono indiferente y casi frívolo.

—Sí, las cosas por aquí tampoco están demasiado tranquilas. No recibimos imagen de las cámaras de vigilancia, y eso tiene muy nerviosas a ciertas personas. Además, los ascensores se han quedado sin corriente.

Con voz gruesa y fatigada, Iceberg replicó:

—Ya me he dado cuenta. Oye, si tienes tantas ganas de charlar, una noche nos vemos y cenamos, ¿vale? En estos momentos tengo mucho que hacer.

Ella tragó saliva.

—Trato hecho, cuando esto termine cenaremos juntos en nuestro restaurante favorito de Cocoa Beach. Pero de momento, el señor Phillips desea que te rindas.

Por el altavoz sonó la ronca risa de Iceberg.

—¿Que me rinda? Ese tipo no me conoce.

—Justo lo que yo le he dicho.

—Bueno, ¿lo ha pedido al menos por favor?

—No. —Nicole tragó saliva no sin dificultad. Phillips le había apretado el cañón del arma contra la sien con fuerza suficiente para hacerle un morado—. Sin embargo, está apuntando a mi cabeza con una pistola. Creo que, si no cooperas, tiene el propósito de cambiar la decoración del Centro de Control de Lanzamiento. Ya ha matado a dos rehenes.

A Iceberg pareció cortársele la respiración. Tras una larga pausa:

—¡Maldita sea, Pantera, yo...!

Ella se dio cuenta de que al hombre le faltaban las palabras, así que decidió ahorrarle el mal rato.

—El senador Boorman ha negociado un acuerdo. La maleta con el rescate viene en camino... y parece que el señor Phillips sufre un grave caso de síndrome premenstrual terrorista.

Phillips, molesto, le sacudió en la cabeza, pero ella ni se movió.

—Más vale que nos quedemos todos quietecitos —prosiguió—, no vaya a ser que haya más muertes.

Se produjo un largo silencio en el que Nicole imaginó a Iceberg devanándose los sesos. La joven sabía que los sentimientos del hombre hacia ella todavía eran intensos, y que le desazonaba enormemente verla en aquella situación; pero él nunca admitiría que albergaba tales sentimientos hacia ella, del mismo modo que ella nunca admitiría que albergaba sentimientos similares hacia él.

Y Nicole también sabía que Iceberg nunca se daría por vencido.

Al fin, Iceberg habló con gruesa voz.

—Pantera, yo... yo no puedo hacerlo.

—Eso está bien —susurró ella. Dios mío, ¿qué hemos hecho?

Phillips agarró a Nicole por el rubio cabello y apretó aún más la pistola. Mascando las palabras, dijo:

—Yo soy quien marca las prioridades, señora Hunter.

Le arrebató el *walkie-talkie* a Nicole y retrocedió un paso. Apretó el botón de transmisión.

—Coronel Friese, no sabe usted a lo que se enfrenta...

La voz de Iceberg sonó alta y clara interrumpiendo las palabras del hombrecillo:

—Ya estoy harto de oír tonterías. Confío en la capacidad negociadora de Pantera... Negociar es lo que mejor se le da. Si buscas una solución, habla con ella. Pero si le haces el más mínimo daño, tú serás quien tenga que enfrentarse a las consecuencias Phillips.

—«Señor Phillips», tenga la bondad —dijo el hombrecillo con voz cortante.

Pero Iceberg cortó la transmisión y por el altavoz solo se oyó la estática.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué ha desconectado la radio? —preguntó Phillips mirando amenazadoramente a Nicole.

Ella se mordió el labio inferior preguntándose qué haría a continuación el hombrecillo.

—Conociendo a Iceberg, no creo que se haya limitado a desconectarla.

## Plataforma de lanzamiento 39A brazo de servicio

Agarrado a la barandilla, Iceberg observó cómo el *walkie-talkie* describía una trayectoria parabólica en el aire para luego caer a plomo hacia tierra. Le resultó sumamente placentero arrojar lejos de sí la voz de Phillips.

—Detesto las conversaciones tediosas.

La radio estuvo cayendo cuatro segundos completos antes de hacer impacto sobre el pavimento de la plataforma y estallar como oscura metralla.

Colgando en el extremo del brazo de servicio e intentando alcanzar el paquete de plástico lleno de explosivos adherido al depósito externo, Marc Franklin abrió la boca de par en par.

—¿Estás loco?

Iceberg, furioso aún por la intrusión de Phillips y las amenazas contra Nicole, tardó un momento en contestar. Aunque su temperamento estaba entrando en ebullición, trataba de pensar fríamente.

—Estamos mejor sin contacto con esa gentuza.

Franklin pasó de nuevo por debajo de la baranda y volvió al brazo de acceso.

—Pero... ¿qué vamos a hacer? No tenemos una hoja de instrucciones sobre cómo desarmar ese chisme... si es que llegamos a alcanzarlo.

Iceberg se volvió hacia él. Era un riesgo, pero un riesgo que debían correr.

—Parto de la base de que la bomba no es un artefacto complicado, sino un simple bloque de plástico con un receptor a modo de detonador. El cabrón que la colocó no dispuso de tiempo para montar trampas. El tipo era demasiado visible para los que estaban abajo, en la plataforma.

—Pero... ¿y si te equivocas?

Iceberg lanzó un suspiro. Según Nicole, el dinero del rescate iba ya en camino. Y la única alternativa que les quedaba era esconderse como liebres asustadas en el búnker de emergencia... Si es que al chiflado de Phillips no le daba por detonar la bomba antes de que ellos llegasen al refugio.

—¿Se te ocurre alguna idea mejor?

Se miraron en silencio por un momento, y luego Franklin volvió junto a la baranda.

—Muy bien, pero si no me ayudas, no lograré alcanzar la bomba.

Tragándose su orgullo, Iceberg siguió a Franklin.

—Dime qué quieres que haga.

Franklin se acuclilló y señaló hacia el depósito externo.

—Tendrás que salir ahí —dijo— y sujetarme por el brazo mientras yo trato de

alcanzar la bomba. Agarrándome a la baranda no la alcanzo.

—Yo tengo los brazos más largos —dijo Iceberg—. Creo que yo sí la alcanzaré.

—No empieces otra vez... Mírate las manos. Bastante esfuerzo te costará sujetarme.

Iceberg abrió y cerró las manos, que estaban en carne viva a causa del roce con las cadenas en la planta ensambladora de vehículos y aún doloridas por el esfuerzo de subir por la escalera vertical. Tomó aliento. Tranquilo... no pierdas la calma.

—Tienes razón. Deja que me sitúe.

Se apartó de Franklin, pasó por debajo de la baranda y quedó al borde del vacío. Estudió de qué forma podría Franklin alcanzar el paquete explosivo. Si, en vez de parcialmente retraído, el brazo de servicio se encontrase extendido del todo, hubiera sido fácil alcanzar la bomba y retirarla del depósito.

Pero no había habido esa suerte.

Allá arriba, Iceberg se sentía como si estuviera agarrado a un andamio tambaleante a kilómetros y kilómetros de altura. Aun con él sujetándolo, Franklin tendría que estirarse al máximo, separándose del brazo de servicio, sobre una altura literalmente vertiginosa Como los trapevistas del circo.

Parpadeó tratando de olvidar el vértigo y haciendo lo posible por no pensar en Nicole ni en su precaria situación. Aún seguía furioso con Phillips, pero en aquellos momentos no podía permitir que nada turbara su juicio. Tranquilo...

Cambió de posición y se afianzó de forma que le fuera posible sostener el peso de Franklin. Ahora o nunca.

—Muy bien, Franklin —dijo sin volverse—. Dispuesto. Acabemos de una vez.

Y en ese momento Marc Franklin lanzó un agónico grito.

Iceberg giró sobre sí mismo, perdió el equilibrio y se aferró frenéticamente a la baranda metálica. Observó, horrorizado, cómo una musculosa y bronceada mujer con el cabello tan rubio como el de Jacques se lanzaba contra Franklin para apuñalarlo en la espalda por segunda vez con un estilete largo y fino tan agudo como un punzón para hielo.

El rostro de la amazona parecía una máscara diabólica. La mujer lanzó la larga hoja hacia arriba, como si estuviera abriendo un pescado en canal; la sangre de Franklin salió en todas direcciones. Yvette empujó el cuerpo a un lado como si fuera el cadáver de una res, alzó el cuchillo y dejó que la sangre goteara de la fina hoja, sobre la guarda del arma primero y sobre la propia mano después.

—Oh, mierda —dijo Iceberg haciendo lo imposible por colocarse a la defensiva.

—Ah, *merde* —replicó ella con una sonrisa.

La mujer debía de medir más de metro ochenta y, avanzando felina y amenazadoramente hacia él, parecía aún más alta. Desde el otro lado de la baranda, se lanzó contra Iceberg y descargó el brazo armado contra la cabeza del hombre.

Él esquivó el golpe echándose hacia atrás, tratando desesperadamente de no caerse del angosto brazo metálico. El estilete cortó el aire con un agudo zumbido y su

hoja pasó a un centímetro de la garganta de Iceberg. Este se agarró al pasamanos y lanzó los pies hacia arriba, olvidando la escayola, el dolor y todo lo que no fuese la necesidad de moverse rápida y ágilmente. Utilizó las barandillas del brazo de servicio como barras paralelas gimnásticas. Al tiempo que giraba el cuerpo, lanzó las piernas hacia adelante con todas sus fuerzas.

Golpeó la rodilla derecha de la amazona con un fortísimo impacto y oyó un crujido de huesos y cartílagos; albergó la esperanza de haberle hecho más daño a la mujer que a sí mismo.

La cabeza y la parte superior del torso de Yvette se inclinaron hacia adelante, pero la inercia de Iceberg la lanzó hacia atrás. Se dobló sobre sí misma y quedó sentada en el brazo de servicio, aunque se las arregló para no soltar el estilete.

Iceberg hizo una mueca de angustia y cerró los ojos. El dolor del impacto reverberó en todo su cuerpo. No, no podía desmayarse ahora. Sigue moviéndote. Tranquilo... no pierdas la calma. Se afianzó sobre el brazo de servicio, se llenó los pulmones de aire y trató de enfocar de nuevo la visión.

La mujer gruñó como una fiera y miró a Iceberg con una ira que ahogó su propio dolor. Intentó ponerse en pie utilizando una sola mano para apoyarse y, una vez lo hubo conseguido, quedó temblorosa, manteniendo el estilete bajo, en la posición favorita de los luchadores profesionales.

Iceberg retrocedió a la pata coja sin quitar ojo a su rival. Ella se encorvó y saltó hacia adelante con un gesto gatuno. Lanzó una finta, como si una rodilla rota no fuera impedimento para ella. Él, que había anticipado el movimiento, logró esquivar el golpe.

—Coronel Iceberg —dijo Yvette con marcado acento francés—. En estos momentos no parece usted un iceberg, sino más bien un copito de nieve.

Aprovechando la sorpresa que a él le produjo que ella conociese su nombre, Yvette asestó un golpe y la punta del estilete arañó al hombre en la mejilla, donde dejó un gran trazo rojo, formado en parte por la sangre de Franklin y en parte por la de Iceberg.

El hombre comprendió que Yvette estaba jugando con él. La finta había sido hecha con intención de herir, no de matar. De forma muy poco sensata, teniendo en cuenta las circunstancias, la mujer quería acribillarlo a cuchilladas, hacerlo morir entre mil angustias en vez de acabar con él de una santa y buena vez.

Anticipando el próximo movimiento de su enemiga. Iceberg retrocedió a la pata coja, pero ella volvió a alcanzarlo en el rostro. Iceberg notó algo cálido corriéndole mejilla abajo; pero trató de no hacer caso del dolor. Debía concentrarse, hacerle perder el equilibrio a la amazona. Quizá debería destrozarle la otra rodilla. El fusil requisado se encontraba en el otro extremo del brazo de servicio, lejos de su alcance, aunque era dudoso que, de estar más cerca, el arma le hubiera servido para algo.

Se quitó la sangre con el dorso de la mano y continuó retrocediendo hacia el angosto extremo del brazo de acceso.

—¿Se puede saber qué quieres?

—Quiero acabar contigo, cabrón. Ya has conocido a mi querido hermano Jacques. ¿Te divertiste mucho golpeándolo y atándolo? Lo dejaste conmocionado. —Hizo una nueva finta que falló debido a su lesionada rodilla—. Me encantará matarte.

Iceberg sabía que el final del brazo de servicio se encontraba a sus espaldas, a menos de tres metros. La mujer se dio cuenta de que lo tenía acorralado y sus ojos relucieron. Se cambió de mano el estilete, jugando con su presa.

—¿Dónde están ahora tus admiradores, coronel Iceberg? No los veo por ninguna parte.

Al menos, la mujer hablaba. Iceberg tendió un brazo hacia atrás buscando la baranda. Tendría que medir el tiempo a la perfección... no tenía nada que perder.

Rozó con los nudillos el pasamanos metálico.

Una sonrisa se extendió por los labios de la mujer. Gotitas de sangre procedentes de la hoja del estilete le salpicaban las bronceadas mejillas.

—Procuraré que tu muerte sea lo más dolorosa posible, coronel Iceberg...

Embistió con toda la parte superior de su cuerpo, descargando de peso la rodilla herida.

Iceberg se dejó caer con los pies hacia adelante, y los catapultó hacia arriba en el momento en que su espalda pegó contra el suelo. Lanzó un gruñido y notó cómo sus pies hacían impacto contra el estómago de la mujer. Esta, perpleja, sintió que los pulmones se le vaciaban de aire. Se dobló sobre sí misma y cayó hacia adelante.

Iceberg dobló las piernas al tiempo que la amazona caía, y lanzó de nuevo los pies con todas sus fuerzas; la alcanzó otra vez en el estómago y la proyectó hacia arriba, por encima de él y por encima de la baranda.

—¡Ale... hoop! —exclamó.

Yvette se precipitó al vacío lanzando un horrible alarido e Iceberg la perdió de vista.

Jadeante y a punto de vomitar, el hombre se levantó y pudo ver cómo el cuerpo de la mujer golpeaba la panza del depósito externo y rebotaba. Segundos más tarde, el cuerpo, como el de una gran muñeca de trapo, fue a estrellarse contra el hormigón del pavimento de la plataforma, ciento y pico metros más abajo.

Iceberg apenas lograba respirar. Levantó la pierna mala y lanzó un gemido. Con la frente perlada por el sudor, se dijo que probablemente se había vuelto a romper el pie. O quizá solo el tobillo. O quizá uno y otro.

Se arrastró hasta Marc Franklin y lo examinó. La sangre seguía brotando por la enorme herida de la espalda. La caja torácica estaba abierta, y el hombre había dejado de respirar. Su traje color naranja estaba empapado de sangre. La cabeza le caía inerte hacia un lado.

Tratando de recuperar la respiración, Iceberg se agarró a la baranda y se enderezó. Sentía que las tinieblas lo rodeaban, y lo único que deseaba era dejarse caer, olvidarlo todo. Pero debía seguir adelante, dejar de pensar.

Debía actuar paso por paso. Tranquilo... no pierdas la calma.

La bomba continuaba siendo lo más importante.

Oyó el lejano sonido de un helicóptero. Entrecerró los ojos y lo identificó. Era un aparato de las Fuerzas Aéreas, un MH-60, de tipo distinto al de la NASA abatido aquella mañana. El helicóptero parecía ir camino del Centro de Control de Lanzamiento.

Llegaba el rescate exigido por Phillips.

Iceberg bajó la vista hacia el paquete de explosivos que seguía adherido al depósito externo. El brazo de acceso estaba bastante separado de él, y se dijo que tendría que balancearse con un solo brazo para conseguir alcanzar el paquete. Estaba totalmente solo, sin nadie que lo ayudase.

Pero no podía hacer otra cosa.

Tras dirigir una última mirada al cuerpo de Marc Franklin, Iceberg tomó aliento y luego pasó el cuerpo por encima de la baranda. La bomba estaba ligeramente fuera de su alcance.

Sigue moviéndote. No pienses en ello.

El motor del lejano helicóptero sonaba más próximo. No quedaba mucho tiempo. Iceberg rezaba porque las cámaras de vigilancia siguieran sin funcionar. De lo contrario, Phillips vería lo que él estaba haciendo y apretaría el botón del detonador.

## Búnker reemisor de TV de la NASA

Temblando de miedo, Amos permanecía oculto en un abollado armario metálico. El aire olía a cerrado, a óxido, a grasa y a plástico, a cables coaxiales y a limpiador amoniacal. Amos apenas se atrevía a respirar. Si respiraba, se movería... si se movía, podía hacer ruido... y no deseaba producir ni el más mínimo sonido.

Se preguntó cuánto tiempo tendría que permanecer oculto. Rusty debía de estar al llegar, armado, peligroso y sediento de sangre.

El encierro dentro del minúsculo armario resultaba agobiante; pero preferible a estar muerto. Amos agarraba el extintor de incendios que tenía entre las manos como un amuleto de la suerte.

Aunque la cafeína de las Jolt Cola seguía inundándole las venas, volvía a notar la boca seca, pese a lo furiosamente que chupaba el caramelo duro que tenía en la boca.

Estoy haciendo una locura, se dijo. Consideró de nuevo la posibilidad de salir del búnker para ocultarse entre la densa maleza de los pantanos, donde los terroristas jamás lograrían dar con él.

Oyó un sonido lejano y amortiguado. Un motor de automóvil que a los pocos instantes se detuvo. Luego, el ruido de una portezuela al cerrarse.

Demasiado tarde.

Tragó saliva y aguzó el oído. El corazón le latía estruendosamente. La respiración le sonaba como un huracán, acompañada por el rugido de la sangre que circulaba por sus orejas.

Oyó la sarcástica risa del pelirrojo cuando este tropezó con los cuerpos de las dos víctimas de la bomba trampa.

—Os llevasteis toda una sorpresa, ¿verdad, amigos? —Rusty rio broncamente—. ¡Lo que se dice una sorpresa explosiva!

Amos quedó paralizado y en absoluto silencio. Percibió pasos, el ruido de una silla al moverse, el sonido de algo metálico —un arma, y seguro que enorme— pegando contra las estanterías metálicas.

—¡Yu... ju...! —llamó Rusty—. ¡Sal, que yo te vea, pajarito! ¡Sé que estás ahí!

Amos se preguntó si el tipo esperaría realmente obtener respuesta.

Escuchó sigilosos movimientos en la sala principal del búnker. Los gruesos muros ahogaban los sonidos procedentes del exterior y amplificaban los pequeños ruidos del interior.

Sus gafas comenzaban a empañarse. Amos se esforzó por ver a través del fino



resquicio luminoso de la puerta del armario.

Las sombras danzaban por la sala formando extraños efectos estroboscópicos. El viejo búnker era más bien pequeño, así que solo era cuestión de tiempo que Rusty lo encontrara. ¡Oh, Dios mío!, pensó Amos, temeroso incluso de decirlo en un susurro.

Haberse escondido en aquel lugar ya no le parecía tan buena idea, y sus armas eran absolutamente patéticas. Le daban ganas de llorar y de reír al mismo tiempo. Quizá debería entregarse y pedirle a Rusty que lo matara rápidamente. El pecoso terrorista lo aplastaría como a una cucaracha.

En aquel momento comenzó a funcionar el aire acondicionado con un fuerte zumbido. Amos oyó que Rusty tropezaba con algún mueble, como si se hubiese llevado un sobresalto; el terrorista también debía de estar nervioso. Rusty debía de estar preguntándose qué se guardaba Amos en la manga.

Por lo que Amos había visto en los monitores de televisión, Iceberg había hecho una buena criba, y varios de los terroristas estaban muertos. ¿Cómo iban a saber aquellos criminales que Amos tenía bastantes menos redaños que su hermano?

—¡Ah, pero qué ternura! —dijo irónicamente Rusty—. La puta gorda casi parece la bella durmiente. Quizá debería darle un beso, a ver si se despierta.

Amos, lívido, se esforzó por contenerse. Recordó cómo los demás niños se burlaban de él, un chiquillo flaco y estudioso. Daba lo mismo la ciudad en que se encontrasen. Las Fuerzas Aéreas mandaron a su padre a destinos enclavados en todas las partes del país, y en todas partes había niños crueles. Amos podía soportar las burlas. Siempre había sido así, incluso en estos momentos, cuando las burlas iban dirigidas a Cecilia. Se imaginó al pecoso forajido inclinado sobre ella, toqueteándole los labios y el frío y rígido cuerpo.

Muchas veces, su hermano mayor había acudido en su ayuda; pero Iceberg no siempre podía estar presente. Sin duda, Iceberg se habría lanzado contra el terrorista, le habría arrancado la cabeza y se la habría reventado como un melón... Pero Amos debía aguardar el momento oportuno. Era su única posibilidad.

Rusty seguía moviéndose, tropezando con los muebles, torpe y lleno de jactancia.

—Bueno, supongo que el pajarito voló. Tendré que marcharme.

Amos lanzó un ligero suspiro de alivio, e inmediatamente se dio cuenta de que Rusty había hablado demasiado alto, en tono excesivamente premeditado, como si quisiera engatusarlo.

De pronto, las puertas del armario se abrieron de golpe con fuerte estrépito metálico. El escondite de Amos se llenó de luz.

—¡Sorpresa! —exclamó Rusty sonriendo de oreja a oreja.

Amos apuntó hacia adelante la cánula del extintor y apretó el gatillo, con lo que lanzó contra los ojos de Rusty una rociada de fría y blanca espuma.

Luego, sin vacilación, golpeó con el extintor la pantorrilla derecha de Rusty. A continuación se agachó y se escurrió por debajo del brazo del asesino.

Gritando de sorpresa y dolor, Rusty disparó a ciegas una ráfaga con su fusil de

asalto. Amos corrió agachado hacia el otro extremo del búnker.

Rusty rugía, cegado, y siguió acribillando el armario metálico, hasta convertirlo en un colador.

—¡Por aquí, pelo de zanahoria! —gritó Amos, y se refugió bajo uno de los grandes escritorios.

Rusty se volvió hacia el sonido y disparó otra ráfaga, moviendo el arma de lado a lado, como si fuera la manguera de un jardinero. Las balas hicieron impacto contra el panel de monitores y controles de vídeo. Los tubos de rayos catódicos hicieron implosión, saltaron chispas y el aire se llenó de humo. Los proyectiles rebotaron y cruzaron en zigzag por el interior del búnker de hormigón.

El ruido era ensordecedor. Amos tendió el brazo para arrimar su propio escritorio y conseguir una mayor protección; el frasco de caramelos duros se cayó y se hizo pedazos, y las redondas golosinas rodaron sobre el suelo frente a Rusty.

—¡Le estás dando a todo menos a mí! ¡Menudo patoso! —gritó Amos por encima del estruendo del tiroteo.

Rusty, cojeando a causa de la pantorrilla lesionada, se lanzó hacia adelante. El chisporroteo de los pequeños incendios electrónicos ahogó el sonido que hizo Amos al desplazarse hacia un lado. Los aspersores de incendios del techo entraron en funcionamiento y rociaron de agua todo el interior del búnker.

Rusty embistió como un toro furioso y disparó una nueva ráfaga. Luego pisó uno de los redondos caramelos duros y perdió el equilibrio. Trastabilló hacia adelante, como un bailarín de *ballet* borracho, aullando y apuntando de un lado a otro su fusil, hasta que tropezó con el cadáver de Cecilia.

Amos permaneció totalmente inmóvil, contemplando con asombro cómo el terrorista se derrumbaba como un árbol cortado y se golpeaba la sien con el gran escritorio. El pelirrojo cayó de bruces con tal fuerza que, incluso sobre el ruido de los incendios electrónicos y de los aspersores, Amos oyó el sonido de los dientes de Rusty al pegar unos contra otros cuando la mandíbula del hombre golpeó contra el suelo de hormigón.

Tembloroso y sin terminar de creerse su victoria, Amos, con los puños cerrados y la respiración entrecortada, se acercó al terrorista, que estaba inconsciente.

—No me gusta que me llamen pajarito —dijo.

Se inclinó para cerciorarse de que Rusty estaba realmente fuera de combate, y susurró al oído del pelirrojo:

—La próxima vez, te metes con alguien de tu tamaño.

## Centro de Control de Lanzamiento

A través de las ventanas rotas del Centro de Control de Lanzamiento, Nicole oía los rotores del helicóptero que se aproximaba. El ruido, similar al de una ametralladora, llevó una sonrisa de alivio al rostro de Phillips.

—¿Verdad que es un sonido maravilloso? —El hombre se incorporó desplegando todo su metro y medio de estatura—. Es como oír las campanillas de un trineo en Navidad.

Nicole alzó la vista hacia él.

—O como el sonido de la reja de una celda al cerrarse, o de una llave al ser arrojada por una ventana.

Phillips se encogió de hombros.

—Cada cual tiene sus preferencias. —Movi6 en abanico la pistola de Rusty y mir6 a cada uno de los rehenes—. Lamentablemente, en estos momentos mis hombres se encuentran dispersados por todo el centro espacial, lo cual dificulta en cierto modo la recogida del rescate. Como de nada serviría andar repartiendo las culpas, me limitaré a decir que toda la culpa la tienen ustedes.

Nicole dejó que su furia se convirtiera en sarcasmo y, en actitud casi desafiante, replic6:

—¿Por qué no agarra el dinero, se larga, y que su gente se joda?

Phillips pareció meditar sobre la sugerencia de Nicole.

—Si no hay otro remedio, yo mismo cogeré los diamantes, pero preferiría no dejar a mis colegas en la estacada. Ellos accedieron a trabajar a cambio de un porcentaje, y hemos pasado por muchas cosas juntos. Somos un equipo.

—Dios los cría... —comentó Nicole.

Phillips la mir6 con los ojos entrecerrados.

—Quizá usted me considere un malvado, señora Hunter, pero soy un malvado honorable.

—Sí, ya he visto lo honorable que es usted —replic6 desdeñosamente Nicole.

El senador Boorman se volvió hacia ella.

—El asunto ya está casi resuelto —dijo con voz aguda—. Le ruego que no eche usted a perder lo que yo he conseguido por medio de mi capacidad negociadora.

Por el altavoz de la radio, el piloto del helicóptero anunció:

—Aquí el helicóptero de las Fuerzas Aéreas Charlie 93 transportando el maletín del rescate. —La voz del piloto era suave y carente de inflexiones, y tras ella se oía el rumor de los rotores del aparato—. Me estoy aproximando al Centro de Control de Lanzamiento, y aguardo instrucciones específicas para el encuentro.

El senador Boorman se levantó de su butaca y, con una confiada sonrisa en los labios, fue hacia la radio, como si fuese él quien mandaba. Pero Phillips le dijo:

—No, no se moleste, senador.

Con expresión belicosa, Boorman replicó:

—Déjeme hablar con el piloto. Yo fui el que negoció el acuerdo.

—Sí —respondió Phillips—, pero la señora Hunter me parece más capaz que usted. No pretendo ofenderlo —añadió en tono indiscutiblemente ofensivo.

Phillips le tendió la radio a Nicole y esta la cogió. A la mujer no se le ocurría modo alguno de resistirse ni de luchar contra Phillips. Y, estando tan próximo el final de la crisis, no se atrevía a darle al hombre una excusa para matar a más gente.

—Dígale al piloto que aterrice en el estacionamiento del Centro de Control de Lanzamiento, frente a la entrada principal —ordenó Phillips—. Saldremos a recibirlo dentro de un momento.

Nicole hizo lo que Phillips le pedía y el piloto asintió sin más comentario.

El hombrecillo lanzó un suspiro, sonrió y, alzando las cejas, dijo:

—Ya está. ¿Ve lo sencillo que ha sido? —En el exterior, el sonido del helicóptero se hizo más fuerte—. ¡Es apasionante!

Phillips apuntó la pistola hacia arriba e hizo un disparo contra las placas acústicas del techo.

—Dado que no dispongo de ningún ayudante, tendré que hacer esto al modo tradicional —anunció—. Debido a las dificultades logísticas, solo me llevaré a dos rehenes. —Recorrió con la mirada a todos los reunidos en el palco de visitantes distinguidos—. Supongo que mi elección es obvia. Que todo el mundo se meta en la sala de al lado. ¡Deprisa! Señora Hunter, senador Boorman... ¿tienen la bondad de venir conmigo?

Nicole se desmadejó en su butaca, resignada. El anuncio de Phillips no la sorprendía en absoluto. Boorman, por su parte, torció marcadamente el gesto, como si ya no pudiera soportar nuevas indignidades. Los demás rehenes se dirigieron a toda prisa hacia la sala contigua, que Phillips procedió a cerrar con llave.

El hombrecillo cogió el transmisor de radio y sintonizó la frecuencia abierta.

—Atención, NASA. Soy el señor Phillips, el hombre que tiene rehenes en el transbordador espacial. —Lo dijo como si hubiera alguna posibilidad de que sus oyentes hubieran olvidado su identidad—. Les ruego que, antes de nuestra marcha, procedan a despejar el cielo de otros aparatos. Eso incluye helicópteros y aviones de rastreo. Nuestro helicóptero acaba de llegar y nos disponemos a marcharnos.

»Llevaré conmigo a la directora de lanzamiento, Nicole Hunter, y al senador Boorman como garantía de mi seguridad. Ah, y no se olviden de que tengo el dedo sobre el botón detonador que puede convertir el Atlantis en un montón de cenizas.

Cortó la transmisión y apuntó con la pistola a sus dos distinguidos rehenes.

—Bueno, y ahora vayamos los tres a recibir al helicóptero.



## Transporte blindado de personal

Jacques lanzó un débil gemido y abrió los ojos. La cabeza le dolía endiabladamente. La luz del sol le hizo fruncir los párpados, y cuando volvió a cerrar los ojos, notó el dolor como unos ardientes dedos que le estrujaban los globos oculares, le oprimían las sienes y se hundían en su espalda.

Quería matar a alguien. A cualquiera.

Comenzó a toser. Tenía la garganta seca. El dolor volvió a dominarlo y le dieron ganas de desistir, de cerrar los ojos y morir...

A su mente acudió la imagen de su hermana, de su adorada Yvette, con sus sedosos muslos, sus generosos pechos, sus húmedos y sensuales labios... En cierto modo, ella estaba con él.

Y de pronto recordó. El coronel Adam Friese. Iceberg. El astronauta del pie roto.

Jacques se obligó a abrir los ojos. Se encontraba tumbado junto al transporte blindado de personal, cuidadosamente situado a la sombra del vehículo. La plataforma de lanzamiento se cernía, inmensa, sobre él; debía de estar justo en la base de la torre de servicio. No vio a nadie por los alrededores.

Jacques se incorporó sobre un codo. Le dolían las manos y los tobillos, como si hubiera estado maniatado. En el suelo, junto a él, vio unos pedazos de cable de nailon cuyos extremos parecían cortados con un cuchillo. Recordaba vagamente que alguien lo había soltado... ¿Yvette? Sacudió la cabeza. Pero... ¿cómo? Ella seguía en el Centro de Control de Lanzamiento, con *monsieur* Phillips. Jacques estaba demasiado aturdido para recordar los detalles, pero la joven le había parecido el ángel de la venganza.

Tenía que haber sido Yvette. Él jamás había visto nada tan hermoso, ni siquiera en sueños.

Se levantó y, para mantenerse en pie, tuvo que agarrarse al transporte blindado. Si su amante había acudido a rescatarlo, ¿dónde se encontraba ahora? ¿Qué había sido del sádico Iceberg?

Jacques escrutó el metálico laberinto de la estructura fija de servicio que rodeaba al Atlantis. Por lo que le era posible ver desde su posición, el lugar se encontraba desierto.

Rodeó el vehículo con paso tambaleante y buscó su *walkie-talkie*. Tenía que llamar a *monsieur* Phillips, avisarle de la intervención de Iceberg. Pero la radio había desaparecido. Se la habían robado.

De pronto oyó un alarido en las alturas. Alzó la mano para utilizarla como visera y entonces vio la figura que se desplomaba desde el brazo más alto de la estructura de

servicio, el que se utilizaba para el abastecimiento de oxígeno. El lugar en que él había colocado la bomba.

El tiempo pareció detenerse mientras él enfocaba la vista en la forma que caía, una forma de mujer. Golpeó contra la panza del depósito externo y rebotó. El alarido cesó y el cuerpo siguió cayendo.

Incluso desde aquella distancia, Jacques reconoció a Yvette. Se había pasado muchísimo tiempo estudiando el cuerpo de su hermana, sus curvas, su suave piel, sus fuertes músculos.

La mujer continuaba cayendo, como una muñeca rota.

¡No podía ser! Yvette se encontraba sana y salva con *monsieur* Phillips, en el Centro de Control de Lanzamiento. A no ser que, de algún modo, Iceberg hubiese amenazado con desbaratar todo el plan, e Yvette hubiera ido a terminar con él.

—¡No! —gritó el hombre.

El cuerpo de Yvette hizo impacto en el pavimento de hormigón del extremo más alejado de la plataforma. El golpe sonó como un bate de béisbol pegando contra un pomelo.

Jacques se apartó del transporte blindado y caminó con paso inseguro hacia la torre sacudiendo la cabeza, tratando de persuadirse de que se trataba de un error. Llegó al ascensor y oprimió el botón. Nada. Furiosamente, accionó el conmutador de emergencia, pero fue igualmente inútil. El motor parecía muerto. De pronto, Jacques recordó que él mismo le había disparado a la caja de fusibles.

Se volvió hacia la escalera de caracol que conducía a la torre de servicio, a más de cien metros por encima de él. Comenzó a subir e inmediatamente estuvo a punto de perder el equilibrio. Para evitarlo, se agarró a los angostos peldaños metálicos, pero un fortísimo mareo lo obligó a dejarse caer de nuevo sobre el pavimento.

Tenía los ojos llenos de lágrimas y notaba un dolorosísimo latido dentro de la cabeza, debido probablemente a un fuerte golpe. Estaba demasiado débil para llegar junto a su amada Yvette.

Recordó las veces que había estado junto a su hermana. Ella lo consolaba, le acunaba la cabeza y le acariciaba el pálido cabello rubio. Recordaba que él la buscaba después de haber entregado su cuerpo a los clientes, a hombres viejos, gruesos, o simplemente hartos de sus esposas, y él llegaba a casa con dinero para pagar los gastos del día siguiente. Yvette siempre estaba allí, y él le hacía el amor durante horas, tratando de mitigar el inmitigable dolor que le producía prostituirse.

Y ahora ni siquiera le era posible llegar junto a ella.

Quedó de rodillas, sollozando. El pavimento irradiaba calor y la humedad empapaba de sudor las ropas del hombre, pero el dolor lo dominaba todo. Alzó la vista hacia la torre de servicio, hacia la blanca y monumental bestia que era el transbordador, cuya superficie resplandecía cegadoramente al sol.

Si Iceberg había arrojado a Yvette desde el brazo de acceso más alto, eso suponía que el hombre había descubierto la bomba. Un temblor lo estremeció con la fuerza de

un terremoto. Nunca debió mencionar la bomba. Iceberg jamás la hubiera encontrado, e Yvette no habría tenido que subir allí para detenerlo y ahora seguiría viva.

Sin su preciosa Yvette, Jacques carecía de motivo para seguir viviendo. Llevaban toda la vida juntos, desde el orfanato hasta el momento en que *monsieur* Phillips los sacó de las calles. Continuar sin ella era para él algo tan carente de sentido como lo había sido la propia muerte de su hermana.

Jacques volvió con paso tambaleante hacia el transporte blindado, donde esperaba encontrar su fusil de precisión. El hombre que la había asesinado no debía escapar. Jacques se encargaría de ello.



Torre de servicio del *Atlantis*, brazo de acceso superior

Iceberg estudió de nuevo el paquete adherido al depósito externo. No disponía de mucho tiempo. ¿Y si el tal Phillips decidía volar la lanzadera en cuanto tuviera en su poder la maleta llena de gemas? Eso, desde luego, distraería a cualquiera que tuviese intención de seguirlo.

El sol de la mañana le escocía en la piel, y la humedad iba en aumento, con lo que se le hacía difícil respirar. Notaba que las ropas se le pegaban al cuerpo. Debido a que la escayola estaba casi deshecha, mantenida a duras penas de una pieza por la bota lunar que la cubría, el dolor de la pierna, desde la rodilla hasta los dedos del pie, se le hacía insoportable. Sentía las doloridas manos húmedas de sudor y de sangre fresca. Trató de secarse una de ellas en el pantalón mientras con la otra se agarraba a la barandilla.

Una ducha fría le vendría de perlas en aquel momento. Y una cerveza helada le sentaría aún mejor. Pero, en vez de una y otra, tenía que conformarse con la desagradable realidad.

Intentó imaginar que había regresado a la academia de Colorado Springs y que se estaba preparando para un campeonato de gimnasia: totalmente solo en un inmenso y vacío gimnasio.

Nada de errores. Concentración absoluta. Ese era el secreto.

Lanzó un suspiro. Agarró la baranda con la mano izquierda y flexionó los dedos. Tres, dos, uno... Se lanzó, y quedó colgando sobre el vacío, pendiente de los doloridos bíceps. Abajo no había redes ni cajas de cartón que amortiguasen su caída.

No mires abajo. Tranquilo... no pierdas la calma.

Para alcanzar el paquete de explosivos, que se encontraba a unos dedos de distancia, extendió al máximo el brazo tratando de forzar las articulaciones, de extenderlas un centímetro más...

Exhausto y desalentado, volvió a la seguridad del brazo de acceso. Gruñó entre jadeos. No había modo de alcanzar la bomba. Sus brazos eran muy cortos y, ahora que el brazo de acceso se encontraba parcialmente retraído, la bomba quedaba demasiado abajo.

Pensó en utilizar el fusil requisado como ayuda, pero el blando paquete rojo no parecía tener nada sólido que se pudiera enganchar. Debería encontrar el modo de hacerlo todo a mano.

Iceberg contuvo el aliento y lo intentó de nuevo. Se apartó todo lo que pudo del brazo de acceso, hasta quedar suspendido por las puntas de los dedos. Ganó más de un centímetro, pero necesitaba otros cinco. Y ganar cinco centímetros no iba a ser

nada fácil.

Tenía que haber otra solución. Como le habían enseñado en el curso de piloto, si un procedimiento falla, no insistas con él; busca otro. Y sigue intentándolo hasta encontrar algo que funcione.

O hasta que tu avión se estrelle.

Se recostó contra la baranda y trató de encontrar otro modo de resolver el problema. Quizá si se tumbaba en el brazo de acceso y se sujetaba con las piernas a la parte inferior de la baranda... Todo su cuerpo protestó ante la simple idea, pero, pese a todo, lo hizo.

Moviéndose sobre el estómago, reptó hasta que su pecho quedó por encima de la plataforma bajo la cual comenzaba el depósito externo. Vio el pavimento cien metros más abajo. La rubia se había pegado un golpetazo de todos los demonios, y él no sentía el menor deseo de imitarla.

Se dejó caer con las piernas cruzadas y con todo el cuerpo lanzando alaridos de dolor. Dobló las rodillas y trató de alcanzar el depósito. Estaba lo bastante abajo, pero aún le faltaban quince centímetros.

Escuchó el sonido del lejano helicóptero aterrizando frente al Centro de Control de Lanzamiento. El sudor le cubría la frente. Pensó en Phillips. Iceberg solo disponía de unos minutos, transcurridos los cuales, el terrorista estaría lo bastante lejos como para oprimir el botón del detonador y desaparecer.

Decididamente, no le sería posible alcanzar la bomba... a no ser que se sujetara con el pie roto a uno de los postes de sustentación de la baranda.

Con solo pensar en el horrible dolor que aquello le produciría, comenzó de nuevo a sudar frío. Tendría que afianzar todo su peso en el hueso roto del pie. Ni siquiera estaba seguro de que pudiera permanecer consciente el tiempo necesario para retirar los explosivos.

Bueno, pero si se desmayaba, al menos no advertiría la larga caída ni tampoco la brusca llegada al suelo.

En cualquier otra ocasión se lo habría pensado dos veces antes de hacerlo, pero el helicóptero ya estaba posándose en el Centro de Control de Lanzamiento, y él tenía que hacer algo, así que encajó los dientes y se dejó resbalar, con lo que obligó a la escayola a soportar un peso cada vez mayor. Un horrible ramalazo de dolor lacerante le subió por la pierna, pero él trató de pensar única y exclusivamente en la bomba. En salvar el Atlantis. Imaginó los huesos volviéndose a romper, asomando a través de la carne...

Tocó el paquete con las puntas de los dedos e intentó agarrar con las manos la redondeada forma. Al fin, logró hundir en ella los dedos, tiró...

La bomba se resistió y siguió adherida al depósito externo.

Sintió que comenzaba a resbalar y cerró las piernas con la fuerza de un cepo. Estuvo a punto de desmayarse a causa del agónico dolor; no sabía durante cuánto tiempo más sería capaz de resistir.

Se lanzó hacia adelante y agarró la bomba al tiempo que la maldecía con una retahíla de insultos de lo más imaginativo. Tiró, utilizando la escayola como punto de apoyo... y el debilitado yeso se quebró. En la cabeza de Iceberg, el dolor brilló como una supernova.

Pero el paquete de plástico se soltó del depósito y dejó tras de sí varias tiras adhesivas.

Iceberg cerró los ojos con todas sus fuerzas y arqueó la espalda, tratando de volver a la plataforma, notando cómo, en el abdomen y las piernas, los músculos se tensaban hasta casi el punto de fractura. La escayola, debilitada por el agua y el maltrato, comenzó a ceder.

Con un último y supremo esfuerzo, logró volver al angosto brazo de acceso.

Se llenó los pulmones de un aire sofocante y que olía a gases químicos y, temblorosamente, dejó la bomba sobre la plataforma. Notaba el pie como si estuviera a punto de hacer explosión. En aquellos momentos, le hubiese encantado que se lo amputaran.

Con la vista nublada por las náuseas y el mareo, abrió el paquete de la bomba. Encontró un pequeño receptor de radio lleno de cables. A Iceberg el corazón se le bajó a los pies. ¿Y si el mecanismo estaba trucado, de forma que al cortar uno de los cables el artefacto hiciera explosión?

Tuvo que autoconvencerse de que la bomba no era tan sofisticada.

Le pareció que el ruido del helicóptero adquiría nueva intensidad allá en el Centro de Control de Lanzamiento. Se humedeció los labios; conseguidos ya sus diamantes y rubíes, Phillips podía hacer volar la lanzadera en cualquier momento.

## Plataforma de lanzamiento 39A

Jacques volvió a apearse del transporte blindado de personal y se apoyó en su fusil de precisión para no perder el equilibrio. Había tardado demasiado —varios minutos preciosos— solo en meterse en el vehículo, conseguir el arma, sacar de ella el cartucho atascado y volver a cargarla.

Ahora estaba listo para entrar en acción.

El costado le dolía y notaba la cabeza a punto de estallar. Tenía la visión borrosa y se sentía aturdido. Sin duda, estaba bajo los efectos de una conmoción.

E Yvette había muerto.

Jacques se daba cuenta de que, de haber sido él un poco más veloz cuando Iceberg lo sorprendió, nada de todo aquello habría sucedido. Podría haber disparado contra el resto de los tripulantes del transbordador, matándolos a todos si era preciso, antes de que pudieran entrar en el búnker de emergencia, y en aquellos momentos la zona de la plataforma de lanzamiento seguiría estando en poder de ellos. De haber ocurrido así las cosas, probablemente ahora *monsieur* Phillips, con Yvette y el dinero del rescate, se dirigiría hacia allí en el helicóptero de la fuga para recogerlo a él.

Pero el dinero no le importaba. Ya no.

Se encaramó a lo alto del transporte blindado y se colocó de forma que pudiera ver bien la lanzadera. Apoyó la espalda en la tapa de la trampilla metálica del vehículo a fin de afianzarse adecuadamente para lo que se proponía hacer.

No sería difícil. Desde aquella distancia, alcanzar el depósito externo del transbordador era pan comido. El impacto de una bala del fusil bastaría para hacer detonar el volátil combustible. Jacques conseguiría que la muerte de su hermana no hubiera sido en vano, aun en el caso de que aquel cabrón de Iceberg consiguiera desactivar la bomba. En aquellos momentos, la bomba propiamente dicha carecía de importancia.

Cerró un ojo y, a través de la mira telescópica, estudió el brazo de acceso superior, pero no vio a nadie en él. La torre de servicio parecía desierta.

Mientras apuntaba cuidadosamente, recordó lo que *monsieur* Phillips le había dicho: «El tanque criógeno tiene un revestimiento exterior de aluminio, así que una bala tiene que atravesar primero la cubierta del tanque externo, así como una gruesa capa aislante».

Lamentó no disponer de munición perforante. Los proyectiles del fusil eran de pequeño calibre y penetrarían con dificultad en la capa aislante, la cubierta externa y el depósito interno. Quizá fueran necesarios varios impactos directos.

Pero Jacques, que había estudiado una maqueta de la lanzadera, sabía dónde

estaban situados los puntos más vulnerables. *Monsieur* Phillips les había dado detalladas instrucciones.

Jacques trató de localizar a través de la mira los puntos críticos. Solo hacía falta que una pequeña bala penetrase en el depósito.

—Solo un agujerito —dijo—. Una simple chispa.

Alzó el fusil y se dispuso a efectuar su práctica de tiro al blanco.

Plataforma de lanzamiento 39A. Torre de servicio del *Atlantis*

No disponiendo de una alternativa mejor, Iceberg agarró los cables del detonador. Quizá en el transcurso de los próximos cinco segundos volase por los aires. Nunca había pasado por la experiencia de que diez kilos de explosivos le estallaran entre las manos. Se convertiría en vapor antes de que su cerebro pudiera procesar la información o sentir el más mínimo dolor.

Pero si no hacía algo y lo hacía ahora, el tal Phillips podía hacer detonar la bomba en cualquier momento.

Cerró los ojos y arrancó el cable, con lo que desconectó el receptor de radio del bloque de explosivo plástico. Los extremos del cable se desprendieron con facilidad de la blanda sustancia, parecida a la arcilla.

No sucedió nada.

Lo cual significaba que él seguía vivo... y que la bomba estaba desarmada.

Se puso en pie, tembloroso y cubierto de sudor a causa de la tensión. Aunque el cerebro le decía que estaba sano y salvo, solo con mirar los restos de la bomba se ponía enfermo. Ya no la toques más, se dijo. Los artificieros se ocuparían más tarde de ella. De momento, el artefacto estaba neutralizado.

Se secó las magulladas y sudorosas manos en los pantalones y decidió que, con el día que estaba teniendo, lo mejor era no seguir en aquel lugar.

Sujetándose en el pasamanos, se dirigió a la pata coja hacia la escalerilla metálica. La idea de un nuevo descenso le erizaba los cabellos. Fríos vapores que olían a tierra húmeda lo rodeaban; en el creciente calor de la mañana, el sistema criógeno no dejaba de purgarse. El transbordador debería haber entrado en órbita hacía horas.

Cuando llegó a la altura del cuerpo de Marc Franklin, Iceberg se detuvo para mirar al caído comandante de la misión. Tragó saliva para deshacer el nudo que se le había formado en la garganta. El programa espacial tenía ya una buena nómina de mártires, desde los astronautas que perecieron en el incendio del Apolo 1, hasta la tripulación del Challenger, pasando por los innumerables pilotos de prueba que perdieron la vida en cada etapa del programa. Pero nadie debería haber muerto de un modo así.

—Lo siento, Marc —murmuró.

Recogió del suelo el fusil inutilizado y se lo colgó del hombro. Al llegar al borde de la escalera, oprimió el botón por si el ascensor había vuelto a funcionar, pero no tuvo tanta suerte. Al menos, las cámaras de vídeo seguían desconectadas. Amos debía de seguir en el búnker, encargándose de que los terroristas continuaran ciegos.

—Gracias, hermanito —murmuró, y luego inició el agónico descenso.

Bajar resultó infinitamente más fácil que subir. Podía descender dos o tres peldaños a la vez con solo aguantar su peso con los doloridos brazos y pisar con el pie bueno. Conectó de nuevo su piloto automático, y fue descendiendo con gran cuidado, sin contar los peldaños, sin pensar, sin mirar abajo.

Al fin llegó al puente de acceso a la nave.

De las cinco cestas de emergencia, dos seguían en su lugar. Sería un descenso movido, pero después podría meterse en el refugio con el resto de su tripulación. Tenía que ver a Gator, cerciorarse de que el piloto herido se estaba reponiendo. Luego, al fin, podría descansar...

Como un corredor de fondo llegando a la ansiada meta, Iceberg se metió en la cesta más próxima y se desmoronó en el flexible interior. Ya estaba casi a salvo. Tranquilo... no pierdas la calma... Dejó el fusil a su lado. Sintió el brazo pesadísimo, como de plomo, cuando lo alzó para bajar la palanca que soltaba la cesta.

El metálico pang del rebote de un proyectil lo cogió totalmente por sorpresa.

—¡No, otra vez no! —exclamó al tiempo que se metía de nuevo en la cesta.

Sonó el impacto de un nuevo proyectil, solo que esta vez el sonido procedía del inmenso depósito externo.

Miró hacia abajo y divisó el transporte blindado de personal al pie de la torre de servicio. Percibió un ligero movimiento en la parte alta del vehículo. Alguien estaba sentado junto a la escotilla de acceso. Alguien con el pelo casi blanco.

¡Jacques! ¡El francotirador había conseguido soltarse!

Un tercer proyectil dio en el depósito color rojo óxido. Y, de pronto, Iceberg comprendió que Jacques no disparaba contra él. ¡Jacques trataba premeditadamente de alcanzar el depósito externo!

Iceberg bajó la palanca y la cesta de emergencia se soltó de su amarre. Con un agudo ulular, la cesta salió disparada cable abajo. A velocidad creciente, voló hacia el búnker de emergencia. Iceberg se sentía como si un motor de reacción lo impulsara.

Se agarró al borde de la cesta y vio cómo la torre de servicio iba quedando atrás.

Abajo, Jacques continuaba disparando.

El hidrógeno del depósito externo era sumamente volátil. A la cabeza de Iceberg acudió la imagen del incendio del Hindenburg. Si Jacques lograba perforar el depósito, la bola de fuego lo devoraría a él y a la cesta en una fracción de segundo, sin darle tiempo de llegar al búnker de emergencia.

La tierra parecía abalanzarse hacia él. La red de seguridad situada al final del cable parecía increíblemente endeble. Se preparó para el final del trayecto pegando la cabeza al almohadillado lateral de la cesta y sujetándose con los brazos al asiento.

Sonó otro disparo.

Iceberg se pegó a la parte lateral de la cesta en el momento en que esta hacía impacto contra la red.

Sin perder ni un momento ni esperar a recuperarse del impacto, saltó al suelo y cayó con la pierna buena. Rodó por el pavimento y luego se puso en pie, encajando

las mandíbulas a causa del dolor. Bueno, ¿qué más daba otro par de huesos rotos?

Escuchó detonaciones lejanas. Jacques seguía disparando. Aunque estaba totalmente exhausto, se obligó a seguir. Una sola vacilación y moriría. Se lanzó sobre la pesada puerta del búnker de emergencia y rebotó.

La puerta no se había abierto.

Tiró frenéticamente de la palanca de apertura. ¿Estaría atascada? Notaba un inmenso vacío en el estómago. ¿Por qué no se abría? Utilizó la culata del fusil para golpear la puerta.

De pronto, alguien abrió desde dentro, y Alexandra Koslovsky lo agarró.

—¡Coronel Iceberg! ¡Pasa, deprisa!

Desde el transporte blindado de personal, Jacques disparó una vez más su fusil.

Esta vez, el proyectil alcanzó su blanco.



## Plataforma de lanzamiento 39A

Jacques vio cómo el proyectil hacía impacto y supo que había conseguido su propósito.

No llegó a oír el sonido. Su cerebro no fue capaz de procesar los sucesos que se produjeron en menos de una milésima de segundo. Fragmentos de capa aislante volaron por los aires una vez el proyectil hubo perforado el revestimiento de aluminio del depósito externo.

Una chispa.

Ignición.

Alimentada por las toneladas de oxígeno líquido almacenadas en el tanque, justo por encima del hidrógeno, la bola de fuego engulló toda la plataforma. En un segundo, una terrorífica tormenta ígnea vaporizó y fundió buena parte de la torre de servicio.

El Atlantis ardió como una tea.

Antes de que Jacques tuviera tiempo de pestañear, la onda expansiva de la explosión lo alcanzó pulverizándole los huesos y aplastándole los órganos internos como una maza de carnicero.

Luego, la bola de fuego se lo tragó, lanzó a un lado el transporte blindado de personal e incendió el resto de la plataforma de lanzamiento 39A.

En el interior del búnker de emergencia, Iceberg se desmoronó. Alexandra Koslovsky y el comandante Arlan Bums cerraron la puerta justo en el momento en que la tierra comenzaba a estremecerse.

Al cabo de menos de un segundo, la onda expansiva hizo impacto contra la edificación y todos fueron lanzados contra el suelo del búnker. Un ensordecedor rugido penetró en el refugio pese al grosor de los muros y al revestimiento insonoro.

Las luces parpadearon y se apagaron; dejaron a la tripulación del Atlantis en la sofocante oscuridad.

Pero en el exterior, el rugido seguía sonando y sonando.

## Centro de Control de Lanzamiento

La inmensa explosión del Atlantis sobre la plataforma de lanzamiento fue tan espectacular que, incluso a cinco kilómetros de distancia, bañó el Centro de Control de Lanzamiento de una deslumbrante luz color amarillo anaranjado. La bola de fuego se extendió con igual rapidez hacia arriba y hacia los lados, como si los terroristas hubieran arrojado una bomba atómica sobre el Centro Espacial Kennedy.

El trueno de la lejana explosión tardó varios segundos en estremecer los postigos del palco de visitantes distinguidos. Nicole sintió pasar la ligera onda expansiva a través de las ventanas, cuyos cristales ya se habían roto con la explosión de la mucho más cercana planta ensambladora de vehículos.

Si Nicole hubiera estado sobre alerta, si sus reacciones hubieran sido tan rápidas como supuestamente debían serlo las de un astronauta, habría podido lanzarse con éxito contra Phillips, y aquel hubiera sido el final de la crisis. Pero, durante una breve eternidad, pareció que nadie era capaz de moverse, que nadie podía reaccionar ante lo sucedido más que con pasmo, horror e incredulidad. Hasta el senador Boorman parecía profundamente afectado.

Phillips miró, atónito, el detonador que sostenía en la mano derecha, como si el objeto le hubiera traicionado.

—¡Pero si yo no apreté el botón! ¡Ni siquiera lo he tocado!

Nicole salió de su peculiar trance y se dispuso a actuar. Algo había salido mal y los planes de Phillips estaban desbaratados. Ahora el hombrecillo se había quedado sin la mayor de sus bazas... y él mismo se daba cuenta.

Sin embargo, y antes de que Nicole atinase a hacer nada, el terrorista alzó la pistola y disparó contra los ventanales de plexiglás que comunicaban con la sala de despegue. Disparó también contra los monitores, en cuyas pantallas solo se veía estática, e hizo pedazos el terminal telefónico que tenía más cerca. El palco de observación se llenó de humo, de oscuros fragmentos que volaban por los aires, de chispas y de gritos. Las detonaciones le quitaron a todo el mundo las ganas de oponer resistencia.

Phillips agarró a Nicole por el brazo y la condujo junto a Boorman.

—Deprisa. Tenemos que irnos cuanto antes, así que espabilen. —Hundió el cañón de la Beretta en la parte baja de la espalda de Nicole, y esta oyó el sonido del arma al ser recargada—. A mí me encantan los finales felices. ¿Y a ustedes?

Empujó a Nicole hacia adelante. La mujer y el senador balaron a toda prisa tres tramos de escalera hasta llegar al vestíbulo.

A su espalda, Nicole percibió las expresiones de terror mezclado con alivio de los

rehenes. La gente no acababa de creerse que seguía viva ni que, probablemente, ya estaba incluso libre. De los gritos y los golpes que sonaban en la sala de despegue, Nicole dedujo que solo transcurrirían unos momentos antes de que los técnicos e ingenieros consiguieran salir de su encierro... pero ya sería demasiado tarde.

Abajo, a través de los ventanales del vestíbulo del Centro de Control de Lanzamiento, la joven divisó el helicóptero de las Fuerzas Aéreas que acababa de tomar tierra sobre el ardiente asfalto del estacionamiento. El aparato, cuyos rotores seguían girando, parecía haber sido protegido de la explosión por el propio edificio del Centro de Control de Lanzamiento.

El cielo era de un color azul intenso y el sol brillaba en todo su esplendor. Un día perfecto para un lanzamiento espacial. Pero todo había salido mal.

En el vestíbulo, Phillips se dirigió directamente hacia uno de los sofás azules que había junto a la maqueta de la planta ensambladora de vehículos. Cogió el saco de lona que había en él.

—Bueno, pues muchas gracias, Rusty —dijo el hombrecillo. Nicole lo miró inexpresivamente, y él explicó—: Otros dos misiles Stinger. Por si nos encontramos con nuevas dificultades. —A la joven, el alma se le cayó a los pies—. Son armas sumamente versátiles.

El congestionado rostro del hombrecillo estaba perlado por gotas de sudor. Su aparente imperturbabilidad había desaparecido para ser sustituida por una especie de vesánica determinación.

—¡Procedimiento de emergencia! ¡Procedimiento de emergencia! —Con el saco de los pequeños misiles bajo el brazo, señaló hacia fuera con la pistola—. ¡Al estacionamiento! Nuestro chófer espera.

El helicóptero se había posado en una zona despejada. Los rotores seguían girando con lentitud. Instintivamente, Boorman se agachó y se dirigió con paso desgarrado hacia el aparato. Nicole lo siguió, empujada por la pistola de Phillips.

La joven trató de ver si en las inmediaciones había fuerzas de seguridad de la NASA, pero, o no las había, o estaban muy bien ocultas. A su espalda, muy cerca, oía las rápidas pisadas de su captor sobre el asfalto. El hombrecillo parecía temer que hubiera francotiradores ocultos dispuestos a impedirle la huida. Sin embargo, no sonó ningún disparo.

El senador Boorman se subió al helicóptero y se acomodó en la parte trasera; Nicole lo siguió al cabo de un instante. Sin dejar de apuntarlos con la pistola, Phillips se encaramó al asiento del copiloto. La única persona que se encontraba en el interior del aparato era el piloto, que llevaba casco metálico y chaleco de vuelo verde oscuro. Tras las gafas de espejo, la expresión del hombre era inescrutable.

Phillips apuntó con la pistola al piloto.

—¿Dónde están mis preciosas gemas?

Con una mano enguantada, el piloto señaló un maletín reforzado.

—Ahí las tiene. Tal como pidió.

—Parece que el tamaño es el justo —dijo Phillips. Cogió el maletín y lanzó un gruñido—. ¡Vaya, sí que pesa!

Abrió la tapa y contempló el contenido: infinidad de pequeños paquetes de plástico que contenían relucientes gemas de diversos tonos y colores. Acarició los paquetitos con las puntas de los dedos, y fue mirando gema tras gema. Sus labios se curvaron en una sonrisa de satisfacción, como si hubiera encontrado un tesoro pirata.

Desde atrás, Nicole comentó:

—Pensaba que iba usted a utilizar su lupa de joyero y sus conocimientos de gemología para inspeccionar todas las gemas. Adelante. Tiempo es lo que nos sobra. —¿Dónde demonios andaban los de seguridad?

Phillips la miró con el entrecejo fruncido.

—Qué va, eso fue un simple farol. —Se volvió hacia el piloto—. ¿Me da personalmente su palabra de honor de que el rescate está completo?

Al piloto pareció sorprenderle la pregunta.

—Sí, claro, todo está ahí.

—Estupendo —dijo Phillips cerrando de nuevo el maletín—. Muchas gracias. Ya no lo necesito para nada más.

Alzó la pistola y disparó dos veces al pecho del piloto.

Nicole lanzó un grito, horrorizada, mientras el atónito senador permanecía inmóvil junto a ella, con los enormes puños caídos a los costados como dos inmensas bolas de demolición.

—Pero... —murmuró Boorman abriendo y cerrando la boca como un pez fuera del agua—. Pero... ¿por qué...?

Phillips lo miró fríamente.

—Había supuesto que un caballero tan distinguido poseería una capacidad retórica más amplia. —Se inclinó y con brusco ademán bajó la cremallera del chaleco de vuelo del piloto. Resultó que el hombre llevaba un arma oculta y una placa del FBI en la billetera—. Hoy en día no se puede fiar uno de nadie.

Retorciendo el hombro como un jorobado, Phillips dejó el saco de los misiles y el lanzador en el compartimento posterior de pasajeros. Agarró luego al piloto por el ensangrentado chaleco, lo empujó y lo arrojó sin la menor ceremonia al asfalto del estacionamiento.

Nicole, que aún no había reaccionado, lanzó sin darse cuenta una despectiva carcajada.

—¿Y ahora cómo piensa escapar, Phillips? Ni siquiera tiene usted piloto.

—No creerá usted que he dejado al azar un detalle de tal importancia, señora Hunter. —El hombre le dirigió una sonrisa. Phillips tenía el cabello revuelto y el traje arrugado—. Usted será mi piloto.

Nicole trató de ocultar su desazón.

—¿Yo? No sé pilotar helicópteros. Soy la directora de lanzamiento. Una funcionaría, una chupatintas.

—Eso es ser injusta con usted misma. —Phillips sacó la agenda electrónica del bolsillo, pero ni siquiera se molestó en abrir la pantalla—. Como ya le dije, mis informes nunca son inexactos. Ahora es usted una administrativa, pero durante su período de instrucción en la Marina obtuvo el título de piloto de helicóptero. Así que será usted quien nos saque de aquí.

Nicole no respondió, y el hombrecillo sonrió satisfecho.

—Los agentes de bolsa tienen un dicho: «En el mundo de la ciencia, uno puede permitirse estar equivocado siempre que no sea estúpido; en el mundo de los negocios, uno puede permitirse ser estúpido siempre que no esté equivocado». Yo, señora Hunter, ni soy estúpido ni estoy equivocado, así que... ¡en marcha!

Ella permaneció inmóvil como una estatua. Pensaba que Phillips estaba en lo cierto. Pilotar aquel aparato era como ir en bicicleta; una vez aprendido, ya no se olvidaba, por oxidado que uno estuviera.

Mientras Phillips seguía apuntándola, se colocó en el asiento delantero izquierdo del helicóptero y empuñó la columna de control.

## Plataforma de lanzamiento 39A. Búnker de emergencia

Iceberg levantó la cabeza en cuanto cesó el ensordecedor estruendo y quedó mudo y atónito mientras los otros tripulantes estallaban en gritos de furia y desesperación. Los dos especialistas de misión rusos discutían furiosamente el uno con el otro.

Bums se dejó caer pesadamente en el suelo del búnker.

—¡Maldita sea! ¡A pesar de todo, han volado el Atlantis!

Un piloto rojo de emergencia se iluminó encima de la gruesa puerta blindada y dejó de oírse el zumbido del aire acondicionado, cuyas baterías, almacenadas bajo el suelo del refugio, acababan de agotarse.

Iceberg tosió, incapaz de creer lo que acababa de oír. Escondió el rostro entre las manos. ¡Habían destruido el Atlantis! ¡De nada había servido que él desarmase la bomba! La vida no era justa.

Alexandra seguía sujetándolo con fuerza, como si se sintiera más segura estando tan próxima a otro ser humano. Iceberg le apretó el brazo, y ella, sin decir palabra, lo soltó.

El interior del búnker resultaba grato y refrescante después de las terribles cuatro últimas horas, un refugio contra la locura del mundo exterior. Iceberg no se atrevía ni a hablar, consciente de que una vez lo hiciera tendría que volver a la realidad de los amigos muertos y de los futuros destrozados.

El Atlantis había hecho al fin explosión. Lo había consumido la misma bola de fuego que estuvo a punto de devorarlo a él. Le daban ganas de salir del búnker para contemplar el holocausto; pero sabía que, durante un buen rato, la plataforma de lanzamiento sería un pavoroso infierno saturado de vapores tóxicos. De momento, no les quedaba más remedio que seguir en el refugio.

La voz de Arlan Bums rompió el silencio:

—Gator sigue inconsciente. —El hombre se encontraba en pie detrás de Alexandra e Iceberg, y el piloto rojo de la puerta arrojaba oscuras sombras sobre su rostro—. ¿Qué ha sido del doctor Franklin?

Iceberg negó con la cabeza.

—Murió. —El cadáver de Franklin debía de haber quedado incinerado por la explosión de la lanzadera. ¿Qué mejor funeral para un astronauta? Bums asintió rígidamente con la cabeza. Alexandra lanzó un gemido y los demás murmuraron con incredulidad.

—Esto es demasiado —dijo Purvis, el otro especialista norteamericano—. Sí, demasiado.

En aquellos momentos, parecía como si Iceberg nunca se hubiera separado de su

tripulación. Todos quedaron en espera de sus palabras, de que les dijera qué debían hacer. Iceberg lanzó un gruñido e intentó ponerse en pie. Un alud de dolor estuvo a punto de hacerle caer de nuevo, pero se sujetó a Alexandra. Bums se le acercó y pasó sobre su propio hombro el otro brazo de Iceberg.

—Bueno, vayamos a ver a Gator.

Los tres se acercaron al piloto herido. Este, que se encontraba tendido en el suelo, gemía suavemente. Tenía los ojos cerrados y la cabeza vuelta hacia un lado. Purvis se arrodilló junto al piloto y miró, impotente, el pequeño maletín de primeros auxilios.

—Hice lo que pude. Logré reducir la hemorragia, pero debemos conseguirle un médico cuanto antes.

Iceberg asintió con la cabeza; respiraba entrecortadamente y trataba de concentrar su atención.

—Sí, eso sería una excelente idea... si pudiéramos salir de aquí.

Desde la parte delantera, alguien dijo:

—Eh, Iceberg... el piloto de alarma se ha apagado. ¿Crees que podemos evacuar el refugio sin problemas?

—Abramos esa puerta —dijo Iceberg—. No creo que la NASA vaya a perder el tiempo mandando aquí helicópteros de rescate.

Movió la cabeza con desaliento. Con la desaparición del Atlantis, a los terroristas ya no les quedaba gran cosa con lo que negociar.

Salvo Nicole.

Los otros dos cosmonautas accionaron el mecanismo de apertura de la pesada puerta del búnker. Entró el cálido aire y el sol, acompañados de vapores químicos y el chisporroteo de las llamas que aún ardían en la plataforma de lanzamiento. En el techo comenzó a sonar una alarma de humos.

—Yo, a estas horas, pensaba estar en órbita —dijo Bums con la vista fija en el muro del búnker.

Iceberg volvió a toser. La puerta del búnker se abrió más, y contempló con duros ojos el desolador panorama.

La explosión había destruido la mayor parte de la estructura fija de servicio, e inutilizado el Atlantis. Al cielo se alzaban grandes nubes de humo negro y gris, y las llamas seguían lamiendo los restos de la torre de servicio. Una nube color naranja flotaba en dirección al mar. El búnker se llenó de un olor fuerte y acre. Comparado con aquello, el infierno de la planta ensambladora de vehículos parecía una hoguera de campamento.

—Y al final Phillips se va a salir con la suya —dijo Iceberg, ceñudo, y cerró los puños sintiéndose impotente.

Pero... ¿y Nicole? ¿Qué pasaba con ella?

Oyó el lejano rumor de helicópteros, que iba haciéndose más fuerte. En la distancia sonaban también sirenas. Sintió un nudo en el estómago. Una parte de él quería cerrar de nuevo la pesada puerta del búnker y seguir aislado del mundo. Lo

único que deseaba era reposar en el fresco y oscuro refugio, y esperar a que los de la patrulla de rescate los sacasen de allí. Él ya había hecho bastante.

Solo que no era capaz de dejar un trabajo a medias. No soportaba la idea de que Phillips lograra huir con el dinero del rescate.

Y... ¿qué había sido de Nicole?



## Helicóptero MH-60

Nicole se acomodó en el asiento del piloto del helicóptero, tratando de no pensar en el agente del FBI asesinado que había ocupado el puesto hacía solo unos momentos. Salpicaduras de su sangre manchaban los controles y el curvo parabrisas.

Pese a su distinguido aspecto, Phillips no podía ocultar el hecho de que, en el fondo, no era más que un asesino sin escrúpulos. La joven cerró los ojos y los abrió de nuevo. Intentó controlar sus pensamientos y normalizar su respiración. Debía volver a pensar como un aviador. Accionó un mando y toda la cabina comenzó a vibrar con el hipnótico sonido de los rotores. Cuando apoyó las manos en la columna de control, percibió que el antiguo sentimiento de seguridad volvía a adueñarse de ella. Debía concentrarse al máximo. Hacía mucho tiempo que había pilotado por última vez. Demasiado tiempo.

Phillips se acomodó en el asiento contiguo al de Nicole mientras el senador Boorman se sentaba en la parte de atrás, junto al maletín de las gemas y el saco que contenía los misiles y el tubo lanzador.

—Ajústense los cinturones —dijo Phillips tras cambiarse la pistola de mano para ponerse el arnés—. Recuerden que lo primero es la seguridad.

Volvió la pistola hacia el senador Boorman.

—Me gustaría que el resto de mis colaboradores hubiera podido venir con nosotros, pero no ha sido posible. Tendrán que arreglárselas solos. Sin embargo, no hay que preocuparse, son gente de recursos.

Nicole aceleró y los rotores adquirieron velocidad. Otra vez en el asiento del piloto... con pleno control, como un *cowboy* sobre el lomo de un caballo de rodeo. En cualquier otro momento, la cosa habría sido... «apasionante», como probablemente habría dicho Phillips.

Durante su corta estancia en la Marina, había volado con frecuencia en aviones de ala fija, y había adquirido cierta destreza con los helicópteros; pero de aquello hacía años. Iceberg la había criticado por pasar los últimos meses pilotando un escritorio en vez de dedicarse a afinar sus reflejos al máximo.

Atrajo hacia sí la columna de mandos. El helicóptero se levantó del suelo y empezó a avanzar con la elegancia de una grácil bailarina de *ballet*. Nicole compensó y el aparato ascendió lentamente. Comenzó a desviarse excesivamente hacia un lado. A Nicole el corazón le latía a ritmo con los rotores. Notó en la piel el contacto de la llavecita que le pendía del cuello. Parecía que su amuleto de la suerte no estaba funcionando demasiado bien aquella mañana.

En la parte de atrás, el senador Boorman se inclinó hacia sus compañeros de

viaje. El temor hacía pesada su respiración, y cuando habló, sus palabras fueron turbias y casi inaudibles a causa del ruido de los rotores.

—Haga todo lo que el señor Phillips le diga, señora Hunter. Esto ya casi ha terminado. —Quizá, después de ver tanto derramamiento de sangre, el senador ya se había dado cuenta de lo inútil que le resultaba él a Phillips—. Piense en nuestras vidas. Debemos sobrevivir. Los dos tenemos cosas importantes que hacer.

Nicole volvió la barbilla hacia la derecha y miró por encima del hombro; se preguntó si Phillips se había llevado a Boorman solo para molestarla a ella.

—Cada cosa a su tiempo, senador. Ahórrese los discursos. Ahora tengo que pilotar este aparato, y estoy un poco desentrenada.

—Gracias por su cooperación, señora Hunter —dijo Phillips sonriendo cortésmente—. Tenga la bondad de volar en línea recta en dirección este, hacia el mar. Luego seguiré dándole instrucciones.

Con los labios crispados, la joven ladeó los rotores e hizo que el helicóptero se alejase del estacionamiento y comenzara a cruzar el Centro Espacial Kennedy.

—¿Por qué nos dirigimos hacia el mar?

—¿Acaso cree que le voy a contar todos mis planes?

—Eso me ayudaría a seguir mejor sus instrucciones.

Se estaban alejando del Centro de Control de Lanzamiento, y el aparato iba tomando velocidad. A lo lejos aún era visible la conflagración de la plataforma de lanzamiento 39A.

Phillips sonrió complacido.

—Muy bien. Imagine si quiere que he llegado a cierto acuerdo con determinado país extranjero. Dicho país, poseedor de una pequeña pero útil fuerza naval, se prestó a enviar un submarino a las aguas de Florida. Será mejor que volemos bajo, sobre las olas, para que no se nos escape el punto en que el submarino nos espera.

—Y después... ¿qué será de la señora Hunter y de mí? —preguntó Boorman echándose hacia adelante—. ¿Seguiremos siendo rehenes a bordo del submarino?

Phillips lanzó un suspiro.

—Si bien su compañía me encanta, senador, no hay que abusar de las cosas buenas. No me atrae demasiado la idea de estar encerrado con usted en un pequeño barco sumergible. Usted y la señora Hunter tendrán tiempo de hacer amistad mientras flotan en el mar en un pequeño bote hinchable. Estoy seguro de que, en cualquier caso, la estación de las Fuerzas Aéreas de Cabo Cañaveral enviará una buena cantidad de aparatos a buscarnos.

—¡Excelente idea, señor Phillips! —Boorman lo dijo con tal rapidez y entusiasmo que Nicole sintió vergüenza ajena—. Es la mejor solución que se le ha podido ocurrir. Así, todos contentos.

A Nicole le dieron ganas de decir que ella no se sentía nada contenta. Muchas personas habían muerto. El *Atlantis* había volado por los aires. La planta ensambladora de vehículos había recibido gravísimos daños, y el villano de la

función se estaba escapando con un cuantiosísimo rescate en joyas. Pero, sobre todo, ella no creía que Phillips fuera a dejarlos con vida.

No, se dijo, este no es un buen modo de poner fin a la situación.

## Plataforma de lanzamiento 39A. Búnker de emergencia

Sobre el techo de hormigón del búnker de emergencia apareció un helicóptero militar que había volado dando un rodeo para evitar el humo de la conflagración. El aparato, un MH-53J fuertemente armado, estaba equipado más para la defensa que para el rescate de heridos.

Iceberg permanecía en pie, viva imagen del soldado vencido, con el maltrecho e inútil fusil colgado del hombro. Vio que un segundo aparato rodeaba la zona devastada. Se trataba de un MH-60 de rescate de las Fuerzas Aéreas, dotado de la más avanzada tecnología médica de emergencia. El resto de la tripulación del Atlantis permanecía junto a la puerta del refugio. Los aturridos astronautas miraban hacia el helicóptero de rescate que se dirigía hacia ellos.

Diez hombres con uniformes de asalto saltaron del helicóptero de seguridad; en la cabina quedaron el piloto y el copiloto. Uno de los hombres llevaba un par de maletas blancas con sendas cruces rojas. Los demás blandían armas de asalto. Los hombres se repartieron en torno al complejo de lanzamiento, en previsión de que algunos terroristas hubieran sobrevivido a la explosión.

El hombre que llevaba los maletines de primeros auxilios, al ver a Iceberg dijo:

—¿Coronel Friese? Gracias a Dios que sigue usted con vida. ¿Cuántos heridos tienen ustedes?

Iceberg asintió con un rígido movimiento de cabeza.

—Estamos todos, menos el doctor Franklin. Él... no sobrevivió. También hay un tripulante malherido que necesita atención inmediata. Fue alcanzado varias veces por el fuego de un francotirador.

El miembro del equipo de rescate pasó junto a Iceberg y entró en el búnker. Iceberg trató de relajarse. La crisis había terminado. Todas las carreras, todos los intentos de salvar a la tripulación del Atlantis... Y todo había terminado con una insulsa charla con un muchacho recién salido de la escuela de rescate.

El segundo helicóptero tomó tierra y de él salieron varios paramédicos que inmediatamente se dirigieron corriendo hacia el búnker. Iceberg oyó lejanas sirenas, un camión de bomberos, ambulancias y otros vehículos de rescate. Ya iba siendo hora de que aparecieran.

Aquella reacción masiva de las fuerzas de seguridad debía de significar que Phillips se había escapado con el botín.

No oyó otros aparatos en el cielo. Las Fuerzas Aéreas debían de haber hecho uso de todos los efectivos estacionados en las bases del sureste de Estados Unidos. El tal Phillips no podría hacer nada enfrentado a un F-16. Pero el terrorista y sus rehenes ya

debían de estar a kilómetros de distancia. ¿Adónde se dirigirían? ¿A Cuba? ¿A las islas Caimán? ¿A algún nido de piratas en el Caribe?

Mientras los demás tripulantes del Atlantis ayudaban a los componentes del equipo de rescate, Iceberg se dirigió hacia el helicóptero más próximo, el de seguridad, para disfrutar de un mínimo de tranquilidad. Oteó el cielo haciendo visera con la mano y divisó un helicóptero que volaba en solitario por encima de los pantanos de la reserva natural de Merrit Island en dirección al mar.

Iceberg esperó que el aparato estuviera siguiendo a Phillips, aunque aquel maldito terrorista debía de haber desaparecido hacía rato... con Nicole.

Llegó al fin al helicóptero de seguridad, dolorido y aturdido por el lacerante dolor en el pie roto. Probablemente, al verlo cualquiera habría pensado que acababa de ser atropellado por un camión. O, mejor, por una flotilla entera de camiones. Quizá cuando ya todo hubiera pasado, él podría irse a descansar una semana entera en la playa.

El piloto saltó de su aparato con la visera del casco aún bajada.

—¿Permítame que le ayude, señor! —El hombre lucía barras de capitán en su mono de vuelo Nomex. Hablaba en voz muy alta para hacerse oír por encima del ruido de los rotores—. Tiene usted mal aspecto, coronel. ¿Seguro que se encuentra bien? ¿Hay que trasladar a algún herido? El helicóptero de rescate tiene un equipo de asistencia muy completo.

Iceberg, a punto de derrumbarse, se recostó en el lateral del aparato. Quería montar en el helicóptero y alejarse de toda aquella devastación. El copiloto saltó al suelo y fue junto a ellos.

—¿Qué tal, coronel? ¿Necesita ayuda?

Iceberg señaló hacia el búnker con un movimiento de cabeza.

—Tal vez los tripulantes sí la necesiten.

—Iré a ver.

El hombre giró sobre sus talones y echó a correr. El piloto le tendió a Iceberg la mano para ayudarlo a encaramarse a la cabina de mando. Mirando el fusil automático, preguntó:

—¿Quiere darme su arma, señor? ¿No estaría usted mejor en el helicóptero ambulancia?

Iceberg se derrumbó en el asiento del copiloto y negó con la cabeza.

—Aquí estaré bien... —En aquellos momentos, le parecía que el helicóptero ambulancia se encontraba en el otro extremo del mundo—. No creo que sea capaz de llegar hasta allí, capitán. Dígame cómo va todo. ¿Se encuentran sin novedad los rehenes del Centro de Control de Lanzamiento? ¿Consiguieron arrestar al cabrón que organizó todo esto?

Tras masticar su chicle unos momentos, el capitán replicó:

—Ha habido una gran confusión. Parece que el jefe de los terroristas mató al piloto del helicóptero del rescate, y luego obligó al senador Boorman y a la señora

Hunter a acompañarlo. El tipo tiene varios misiles Stinger y un lanzamisiles, y ha amenazado con derribar cualquier aparato que lo siga. Nosotros hemos venido volando bajo para que nadie detectara nuestra presencia... Íbamos rozando las copas de los árboles.

—O sea, que la que ahora pilota el helicóptero es Pantera —murmuró Iceberg. Lógico. ¿Qué más cosas podían salir mal en tan aciago día?

El joven suspiró profundamente y se levantó la visera del casco para mirar con torcido gesto la columna de humo que aún se alzaba de los restos de la torre de servicio. A cosa de un kilómetro de distancia, Iceberg divisó las parpadeantes luces de los vehículos de rescate que se dirigían hacia allí por tierra.

—¿Y nadie persigue a ese tipo? —preguntó con incredulidad, obligándose con un esfuerzo a sentarse derecho.

El piloto negó con la cabeza.

—Tenemos instrucciones de no hacer nada que pueda molestar al terrorista, señor. La NASA ha dado orden de que ningún aparato alce el vuelo. Incluso estuvieron a punto de negarnos el permiso para esta misión de socorro.

Iceberg señaló hacia el solitario helicóptero que se alejaba. Apenas visible, volaba muy bajo por encima del océano.

—Entonces, ¿quién va en ese helicóptero?

—No sé decirle, señor. Debe de ser otra misión.

Iceberg se dijo que allí iba Phillips, volando bajo, como había hecho el equipo de rescate. Los radares nunca lo detectarían, ni nadie sería capaz de localizarlo a no ser que lo siguiera visualmente... y desde ahora mismo.

—Permítame usar su radio —gruñó tendiendo la mano hacia el panel de control.

—No tan deprisa, coronel. —El piloto interpuso una mano para detener a Iceberg y, tras hacer un globo con el chicle, explicó—: Los de Cabo Cañaveral solo nos permitieron volar a condición de que mantuviéramos el silencio radiofónico.

—Escuche, capitán —dijo Iceberg exasperado—, si no detenemos a Phillips ahora mismo, no volveremos a ver con vida al bueno del senador. —Por no decir nada de Nicole.

El capitán masticó el chicle más deprisa y, mirando hacia el cielo, replicó:

—Lo siento, coronel, pero debo atenerme a mis órdenes. —En tono paternal, añadió—: Lo que usted necesita es atención médica, y no nuevas emociones. No se preocupe, señor, estoy seguro de que nuestros jefes tienen esta situación bajo control.

Iceberg maldijo en silencio. Después de todo lo que había su cedido, los de arriba todavía continuaban con paños calientes. Probablemente, las distintas agencias estaban discutiendo a cuál de ellas le incumbía la responsabilidad de seguir al fugitivo. Y, mientras tanto, Phillips se iba tan tranquilo.

Señaló hacia el búnker, bajó la voz y trató de dar la sensación de que estaba al borde del desfallecimiento, lo cual no le resultó nada difícil. Necesitaba hacer uso de todas las energías que le quedaban para tratar de no perder La caima.

—Bueno, capitán. Lo principal es sacar de aquí a mi piloto, que está malherido. Tal vez sus compañeros necesiten que usted les eche una mano para sacar la camilla del búnker.

—No puedo dejarlo a usted solo, capitán. Y no se me permite alejarme de mi aparato.

¡Cabeza cuadrada!, pensó Iceberg.

—No tendrá ni que perderlo de vista, capitán. Y yo le agradecería muchísimo que fuera a verificar que mis hombres se encuentran bien. Además, tal vez su copiloto necesite ayuda. —Se desmadejó en el sillón y lanzó un gruñido de cansancio—. Vuelva cuanto antes a contarme cómo va todo. Ah, y no estaría de más que se trajera a uno de los paramédicos. —Hizo una mueca de dolor que no fue del todo falsa—. Si puede dedicarme unos minutos...

El capitán dirigió una mirada insegura hacia el búnker.

—Por favor, coronel, no toque nada. Y recuerde que no podemos transmitir por radio.

—No tocaré nada. Ande, váyase.

El piloto miró hacia los componentes del equipo de emergencia, que corrían entre la crecida hierba en dirección al búnker.

—Sí, señor. Vuelvo en medio minuto.

El capitán partió a la carrera y, en cuanto el hombre se hubo alejado un trecho prudencial, Iceberg se ajustó los arneses y procedió a darle gas al rotor principal.

—Esto es como ir en bicicleta, uno nunca se olvida —murmuró dando gracias por las prácticas de vuelo en helicóptero que la NASA le había obligado a hacer.

En su momento le pareció que manejar uno de aquellos ridículos cachivaches era un destino peor que la muerte para un piloto de aviones de caza. Pero ahora los conocimientos adquiridos le estaban resultando sumamente útiles.

Sin embargo, manejar el aparato no tendría nada de fácil, sobre todo accionar los pedales con el pie herido. Se preguntó qué obtendría a cambio de sus dolores y desvelos. ¿Una medalla o un consejo de guerra?

El engañado piloto se detuvo bruscamente a mitad de camino del búnker. Dio media vuelta y gritó algo. Iceberg puso en funcionamiento el rotor trasero. El piloto, congestionado y furioso, volvió a la carrera hacia su aparato.

Por el rabillo del ojo, Iceberg vio que una ambulancia llegaba por la carretera, seguida por cuatro grandes camiones de incendios y por dos Bronco oscuros. Fuerzas de seguridad de la NASA.

Iceberg echó un vistazo al panel de instrumentos y le pareció que todo funcionaba adecuadamente. No había tiempo para repasar una detallada lista de comprobación.

En el búnker, uno de los de seguridad gritó algo a los de rescate y echó a correr en dirección al helicóptero blandiendo ante sí su fusil automático. Los demás tripulantes del Atlantis observaban atónitos a Iceberg.

El piloto corría como un desesperado y se encontraba solo a unos pasos del

aparato.

—¡Aparte las manos de los controles, señor! ¡Ahora mismo!

Decidiéndose en un instante, Iceberg se echó a la cara el fusil que había recogido en la planta ensambladora de vehículos. El piloto no podía saber que el arma no podía disparar ni un solo tiro.

—¡Quieto, muchacho! ¡He pasado un mal día y tengo los nervios como cuerdas de violín!

El piloto se detuvo tan en seco que estuvo a punto de caer de bruces.

Iceberg no le dio tiempo de pensar. Los rotores iban adquiriendo velocidad. Bajó la mano para accionar la palanca de gases.

—Allá voy.

El helicóptero se desplazó hacia adelante y luego hacia un costado. Iceberg compensó la desviación según se elevaba y bajó el morro. Los rotores mordieron el aire y el aparato se elevó al fin como un ascensor.

Los dos vehículos de seguridad de la NASA se adelantaron al vehículo de rescate, rodaron a campo traviesa hacia la humeante plataforma de lanzamiento y se detuvieron junto al búnker. De ellos se apeó un contingente de personal fuertemente armado.

Iceberg tendió la mano hacia la radio, pero cambió de idea y no llegó ni a coger el micrófono. No le apetecía recibir órdenes que luego debería desobedecer. Tenía otros quehaceres más importantes.

Hizo girar el helicóptero, empujó al máximo la palanca de gases y tomó rumbo al océano, en pos de Phillips.



## Helicóptero MH-60

El helicóptero sobrevolaba a baja altura los pantanos del Centro Espacial Kennedy y de la reserva natural de Merrit Island: una extraña mezcla de naturaleza salvaje y avanzadísima tecnología espacial. Se dirigían hacia la franja arenosa de playa Cañaveral y, más allá, hacia el océano.

Nicole tragó saliva. No sabía hasta dónde iban a llegar, ni cómo acabaría aquel viaje. Miró hacia el asiento del pasajero y, entrecerrando los oscuros ojos, dijo:

—Phillips no es su auténtico nombre, ¿verdad?

El hombrecillo se echó a reír y se alisó el cabello con la palma de la mano derecha.

—Claro que no —dijo—, pero el nombre debería resultarle familiar. —Alzó una ceja, pero Nicole no dijo nada. Phillips lanzó un suspiro de decepción y ella se alegró de haberlo decepcionado—. El general Sam Phillips fue el primer director del programa del transbordador espacial. Un pionero que condujo a nuestro país hacia la siguiente fase de la exploración espacial. Teniendo en cuenta la naturaleza de mi plan, se trata de un alias bastante irónico, ¿no le parece? Sí, Phillips es perfecto.

Nicole permaneció en silencio y con la mirada al frente.

—A mí me hizo pensar más bien en los destornilladores de estrella —dijo al fin.

De pronto, Phillips se revolvió en su asiento para mirar por la abierta portezuela del compartimento de pasajeros, a través de la cual entraba un fortísimo viento.

Nicole también miró hacia atrás, y vio que un gran helicóptero de forma parecida a la de un insecto volaba tras ellos. Se trataba de un aparato militar MH-53J, y era indudable que los estaba persiguiendo. El aparato pilotado por la joven cruzó por encima de la franja de playa, y luego continuó hacia mar abierto.

—Ordené que no nos siguieran —dijo Phillips—. ¿Por qué le costará tanto a todo el mundo seguir unas sencillas órdenes?

—Están locos —dijo Boorman—. Conseguirán que todos nos matemos. No deberían hacernos correr este riesgo.

—Al menos, no se dan por vencidos —dijo Nicole.

Phillips frunció el entrecejo.

—Podrían irse a darle la lata a otro.

En aquel momento sonó la radio de la cabina y, aun antes de oír al que llamaba, Nicole supo que no era seguridad de la NASA. Cuando sonó, la voz le produjo escalofríos.

—Aterrizá, Phillips —dijo Iceberg—. Todo ha terminado. No puedes huir.

El aludido encajó las mandíbulas y, volviéndose hacia Nicole, dijo:

—Su querido Iceberg es un reverendísimo grano en el trasero.

Nicole hizo un gesto de asentimiento.

—No podría estar más de acuerdo con usted.

Por la radio, Iceberg continuaba:

—Aterriza, Pantera. Phillips no te hará nada. Te necesita para pilotar el helicóptero. ¿Me oyes?

Ella empuñó el micrófono.

—¿Cómo has sabido que era yo quien pilotaba? ¿Reconoces mi estilo?

—Reconozco a una buena piloto que está algo oxidada.

Nicole comenzó a sentir nuevas esperanzas.

—Quizá hoy tenga oportunidad de practicar un poco más —dijo.

—Su amigo Iceberg se ha dado cuenta con gran astucia de que en estos momentos yo no puedo darme el lujo de matarla —dijo Phillips—. Pero al que sí puedo matar es al bueno del senador.

Nicole miró hacia atrás al tiempo que Phillips apuntaba a Boorman con su pistola. Este abrió mucho los ojos y se echó hacia atrás en su asiento alzando las manos para protegerse.

Phillips miró de arriba abajo al acobardado senador, negó con la cabeza y se volvió de nuevo hacia adelante.

—No, eso sería hacerle un favor al mundo. Y, probablemente, eso es justo lo que su amigo Iceberg quiere que haga. —Hizo un breve ademán con la pistola y ordenó—: Dé la vuelta y regrese a tierra firme. Aquí, sobre mar abierto, no nos será posible despegarnos de él.

—Entonces, ¿adónde voy? —preguntó Nicole mostrándose más indecisa de lo que realmente se sentía—. El del mapa es usted.

Phillips miró por el abierto costado del helicóptero.

—Vaya hacia las viejas plataformas de lanzamiento de Cabo Cañaveral. Le daré la oportunidad de demostrar que es usted mejor piloto que Iceberg. —Movié la cabeza—. Un torneo entre enamorados. ¡Qué romántico! —De pronto, la expresión del hombrecillo se endureció—. Métase una cosa en la cabeza, señora Hunter, si su novio nos alcanza, todos moriremos. Si yo me voy al otro barrio, no me iré solo. Usted, su novio y el senador vendrán conmigo. —Mostró de nuevo su pistola—. Así que, por la cuenta que le trae, más vale que se esmere pilotando este cacharro.

Nicole apretó los labios y permaneció en silencio tratando de idear un modo de desbaratar los planes de su captor.

Volvían a volar sobre tierra firme. La joven enfiló hacia el sur alejándose de la incendiada plataforma de lanzamiento. Voló hacia un grupo de altas estructuras situadas sobre una angosta lengua de tierra. Eran cubos negros que parecían inmensas naves industriales y que se construyeron para los cohetes Titán: la planta ensambladora de motores de propulsante sólido y la planta de reparación y revisión de motores de propulsante sólido, conocidas respectivamente por las siglas SMAB y

SMARF.

Nicole pasó los monolíticos edificios ciñéndose mucho a ellos, pero el helicóptero de Iceberg no se despegó del suyo. Cruzó ante el negro muro de la SMAB para luego ascender por encima del techo plano, en el que eran visibles los conductos de ventilación. Normalmente, las dos instalaciones habrían estado llenas de trabajadores, pero todo el complejo se encontraba muy cerca de la plataforma 3 9A, y había sido evacuado a causa del lanzamiento.

Más adelante se encontraban las enormes torres de servicio Titán, alzándose, inmensas, por encima de los pantanos y del perezoso río Banana. Las estructuras parecían enormes edificios gubernamentales con muchas pretensiones y poco presupuesto. Un gran cohete blanco se encontraba estacionado sobre una plataforma, dispuesto para un lanzamiento de las Fuerzas Aéreas que tendría lugar dentro de dos semanas.

—¿A qué jugamos, Pantera? —preguntó Iceberg por la radio—. ¿Al gato y al ratón?

—Más bien al escondite —respondió apresuradamente Nico— le en el momento en que su aparato pasaba demasiado cerca de la punta cónica del cohete Titán de la plataforma—. No me queda más remedio.

Movió bruscamente la columna hacia la derecha, ladeando el helicóptero como si este fuera una atracción de feria. En la parte de atrás, Boorman lanzó un grito y se sujetó a todo lo que pudo para evitar caer al vacío. Phillips se deslizó en su asiento hacia el costado abierto del compartimento de pasajeros, pero el cinturón de seguridad lo retuvo. Agarrándose al brazo de su sillón, el hombrecillo dijo:

—No lo conseguiré, señora Hunter.

—Es posible, pero tenía que intentarlo.

—Necesito una bolsa para el mareo —gimió el senador Boorman.

El enorme cohete Titán parecía una alta chimenea blanca, y la torre de servicio era un amasijo de brazos metálicos que se tendían hacia los dos helicópteros como si trataran de atraparlos en el aire. Si los rotores de los aparatos rozaban siquiera alguno de aquellos brazos, la catástrofe sería inevitable. Nicole pensó que, por un día, ya había visto suficientes explosiones. La joven tenía los reflejos aguzados al máximo y el cuerpo cubierto de sudor frío. Llevaba casi un año sin experimentar un subidón de adrenalina tan intenso.

Iceberg rodeó el cohete y apareció de pronto delante y por encima de ellos, tan cerca que el aire de sus rotores zarandeó fuertemente el otro aparato y Nicole tuvo dificultades para mantener la estabilidad de su propio helicóptero.

—Tengo una idea —dijo Phillips—. Siga usted cabo adelante y métase por la zona de pantanos.

El hombrecillo se volvió hacia atrás para coger el saco de los pequeños misiles. Lo colocó en la parte delantera, dejó la pistola a un lado, metió las manos en el saco, extrajo de él uno de los misiles con forma de jabalina y comenzó a montar el

lanzador. En sus trajines con el largo tubo, el hombre estuvo a punto de golpear a Nicole en la cara.

—Si no quiere que nos estrellemos, tenga cuidado —dijo la joven.

—Dispense. —Phillips terminó de montar el lanzador y sacó el extremo del tubo por el costado abierto del helicóptero—. Usted límitese a volar bajo y a procurar que el aparato no se mueva mucho.

Desde la parte de atrás, Boorman exclamó:

—¡Ay, Dios! ¡Este hombre pretende derribar el helicóptero y nos va a matar a todos!

Nicole encajó las mandíbulas. Como el senador no se callara y siguiera molestando, sería ella misma quien le pegaría un tiro.

Abajo, el terreno estaba cubierto de pinos de Georgia que crecían sobre el suelo arenoso; todo el paisaje era una inmensa alfombra de verdor. La joven voló bajo sobre sinuosos conductos de drenaje que terminaban en un entramado de pequeños canales que comunicaban el océano con Cabo Cañaveral y con el amplio embalse del río Banana. Nicole aumentó la velocidad tratando de alejarse de Iceberg a fin de protegerlo, pero él no se separó de ellos.

—Bueno, y aquí me tienes, persiguiéndote otra vez, Pantera. Pensaba que esa etapa se nuestras vidas ya había pasado.

Ella empuñó el micrófono.

—Iceberg, estoy intentando dejarte atrás para evitar que el señor Phillips te derribe con un misil. ¿Alguna sugerencia?

Esperaba que Iceberg hubiera captado la indirecta, que los dejara alejarse a fin de que todos tuvieran más posibilidades de sobrevivir... Pero pedirle sensatez a Iceberg era como pedirle a la Tierra que dejase de girar en torno a su eje.

Phillips alzó la vista del lanzador y dijo:

—Basta de charla radiofónica, señora Hunter.

Frente a ella, la joven vio una selva metálica de altas estructuras aerodinámicas. Todas ellas formaban lo que los del Centro Espacial Kennedy llamaban el «jardín de cohetes».

Phillips miró a través del curvo parabrisas del helicóptero.

—Vaya, el complejo veintiséis —dijo—. El Museo Espacial de las Fuerzas Aéreas. —Sonrió—. Traté una vez de visitarlo, pero, por lo visto, solo se abre al público en fechas muy contadas, así que me quedé con las ganas.

—Pues eche usted un buen vistazo —dijo Nicole—. Si me atengo a sus instrucciones, vamos a pasar muy cerca.

Aquella zona despejada fue el lugar desde donde, en 1961, despegó el cohete Redstone de Alan Shepherd, el primer vuelo tripulado norteamericano. En el agrietado asfalto que la rodeaba se alzaban varios edificios bajos, bunkers de control abandonados que se utilizaron en aquellos primeros lanzamientos.

El helicóptero sobrevoló las distintas zonas de exhibición. Pasaron frente a un

Thor Able y a una serie de otros cohetes espaciales que se alzaban sobre el terreno como un bosque de inmensos árboles metálicos. Un misil Pershing, un Polaris, un Nike Ajax con alas que parecía salido de una aventura de Flash Gordon. La más alta de todas las estructuras era la restaurada torre roja de servicio Redstone, del vuelo de Shepherd, que parecía el hueco de un ascensor arrancado de las entrañas de un rascacielos y plantado sobre una enorme plataforma de hormigón.

Los dos helicópteros evolucionaron en torno a los históricos cohetes, jugando a las carreras entre un bosque de reliquias tecnológicas.

—Así no vamos a ninguna parte —dijo Phillips tratando de apuntar bien el lanzamisiles—. Aléjese de todas estas distracciones. Tome rumbo sur, hacia la zona abierta de los pantanos, pero no se acerque a la base Cañaveral de las Fuerzas Aéreas. No quiero que manden contra nosotros más aparatos.

Nicole accionó la palanca de mando y el aparato se separó del jardín de cohetes en dirección a la zona abierta de los pantanos. Phillips divisó un claro cubierto de vegetación, en torno al cual corrían varios arroyos.

—Ahí —dijo—. Aterrice ahí. Solo serán unos segundos. —Nicole vaciló y Phillips le clavó la pistola en las costillas—. No tengo ganas de discutir.

Nicole apretó los labios y asintió con la cabeza. Tras adelantarse un poco a Iceberg, hizo descender el helicóptero hacia el lugar indicado por el hombrecillo.

Phillips se echó hacia adelante apuntando el lanzador hacia el cielo, buscando un buen blanco. Cuadró en la mira el helicóptero que los seguía.

Iceberg volaba directamente hacia la trampa.

## Reserva natural de Merrit Island

Los patines del helicóptero se posaron sobre el húmedo terreno. Nicole aterrizó en el mejor sitio que pudo encontrar entre la enmarañada vegetación, con la esperanza de que los árboles que crecían en la zona impidieran que Phillips disparara.

El helicóptero quedó ligeramente inclinado sobre el terreno y el hombrecillo se afianzó en su asiento, se colocó el lanzamisiles frente a la cara y siguió atentamente la trayectoria del aparato de Iceberg, que seguía aproximándose. Cada pocos segundos, Phillips apartaba la vista para mirar el interior de la cabina.

Nicole observaba cómo el hombre trataba simultáneamente de apuntar el lanzador y de mantener la mano cerca de la Beretta.

—Escuche, señor Phillips... —comenzó Nicole—. No es necesario hacer eso. Estoy segura de que si me permite usted hablar con Iceberg...

—No sea usted aguafiestas —dijo él y metió el misil en el tubo.

El motor del otro helicóptero rugía ensordecedoramente por encima de ellos. Nicole miró más allá del borde del curvo parabrisas siguiendo la evolución del aparato de Iceberg.

En la parte trasera, el senador Boorman dijo con voz aguda:

—¡Todo esto es una locura, una locura total!

Phillips se volvió en el asiento y, con la mano libre, apuntó con la pistola al senador.

—Señor Boorman, no me deja usted concentrarme. Si no se queda calladito, le pegaré un tiro.

—De todas maneras, nos va usted a matar —gimió el senador.

—No me tiente —dijo Phillips, que dirigió a Nicole una mirada más calmada pero también más fría—. Lamentaría enormemente que decidiera usted hacer alguna estupidez, señora Hunter.

El aparato de Iceberg seguía descendiendo hacia ellos. ¿Qué demonios se propone ese insensato?, se preguntó Nicole. ¿Pretende acaso estrellar su helicóptero contra el nuestro?

Phillips volvía a estar pendiente del lanzamisiles. Miró a través del visor.

—Así... así... —murmuró.

Mientras el hombrecillo tensaba el dedo sobre el gatillo, Nicole aferró la columna de control preguntándose frenéticamente qué podía hacer. Si le llevaba en algo la contraria, Phillips la mataría. Pero ella, al menos, le salvaría la vida a Iceberg. ¿Merecía la pena morir por un tipo tan testarudo?

Nicole estaba a punto de mover la columna de mando para que el helicóptero se

estremeciese cuando, de pronto, en la parte de atrás, el senador Boorman se lanzó hacia el abierto costado del aparato. En el momento en que el senador saltaba al suelo encharcado, Nicole movió bruscamente la columna de mando.

El helicóptero se estremeció de lado a lado, desbaratando la puntería de Phillips en el momento en que el hombrecillo oprimía el disparador.

El Stinger salió desviado y, tras describir un amplio arco, fue a detonar contra un lejano promontorio, con lo que convirtió los arbustos que lo coronaban en una gran bola de fuego. La ensordecedora detonación asustó a unos flamencos posados en las proximidades. Los pájaros batieron sus grandes alas color rosa y alzaron el vuelo.

Phillips masculló una imprecación. Se volvió para ver a Boorman. Este, presa del pánico, se alejaba a la carrera chapoteando por el encharcado terreno. Phillips alzó la pistola y la apuntó hacia el fugitivo. Cuando ya parecía a punto de hacer fuego, cambió de idea y, mientras Boorman se alejaba a toda velocidad, el hombrecillo comentó desdeñosamente:

—Esperemos que los caimanes se lo merienden.

Volviendo a lo que en aquellos momentos le importaba, Phillips echó mano al saco de lona, extrajo de él el último misil y lo metió en el tubo lanzador.

—A la segunda va la vencida —dijo.

El otro helicóptero iba de nuevo hacia ellos, y Nicole no lograba entender qué pretendía Iceberg. Sabía que era impulsivo hasta la temeridad, pero aquel era un comportamiento suicida. ¿Estaría Iceberg haciendo aquellas barbaridades porque se sentía obligado hacia ella? Nicole habría preferido que el hombre se limitase a seguir con vida. Iceberg, tras esquivar el primer misil, volvía a por más.

—No, Iceberg —susurró Nicole—. Vete.

Se preguntó qué le interesarla más a aquel loco, salvarla a ella o detener a Phillips. ¿O sería simplemente que Iceberg lo estaba viendo todo rojo y se limitaba a seguir sus impulsos?

Phillips alzó de nuevo el lanzamisiles.

—Su amigo parece convencido de que puede hacer algo contra mí —comentó.

—Iceberg es así —murmuró ella—. El hecho de tenerlo todo en su contra jamás le ha quitado el sueño.

—La estoy viendo, señora Hunter —gruñó Phillips al tiempo que apuntaba el tubo lanzador—. Aparte las manos de los controles.

Nicole se echó hacia atrás en el asiento. Sabía que Iceberg era un extraordinario piloto... pero no de helicópteros. La joven le pidió al cielo que lograra esquivar el misil... Y, una vez hubiera lanzado el segundo Stinger, a Phillips ya solo le quedarían unas cuantas balas en su pistola. Su precioso plan se estaba quedando absolutamente en nada.

Sin embargo, mientras el hombrecillo estaba ocupado con el lanzamisiles, y mientras el helicóptero de Iceberg seguía aproximándose a ellos, Nicole se dio cuenta de que ella podía hacer algo que Phillips no esperaba. Algo que, de momento, no le

conferiría a ella ventaja alguna, pero que suponía una esperanza para más adelante.

Mientras Phillips trajinaba con el lanzador, Nicole echó para atrás el pie izquierdo y tanteó con él hasta tocar con la punta el asa del maletín de las piedras preciosas.

Conteniendo el aliento, la joven observó con gran atención al hombrecillo. Este, con los labios curvados en una leve sonrisa, movió el lanzador siguiendo los movimientos del otro helicóptero. Al fin, lanzó un suspiro y apretó el disparador.

En el momento en que el misil salía a toda velocidad del tubo. Nicole movió el pie hacia adelante arrastrando el maletín con él. Luego lo empujó y el maletín cayó al encharcado suelo del pantano por el hueco de la portezuela del piloto.

Nicole volvió la vista a la derecha y, a través del parabrisas de la cabina, vio cómo el misil cruzaba el azulísimo cielo dejando tras de sí una estela de llamas y humo.

El Stinger surcó silenciosamente el aire, al tiempo que el MH-53J de Iceberg avanzaba hacia él. Phillips había apuntado bien.

Pero en el último segundo, Iceberg ladeó el aparato, que cayó casi a plomo no menos de treinta metros. El misil pasó un poco alto y detonó justo por encima de los rotores del helicóptero.

Como una mano invisible, la onda expansiva abofeteó el MH-53J de Iceberg haciéndolo caer aún más.

Nicole lo vio perder el control y comenzar a caer en barrena. El aparato pareció hacer un esfuerzo por mantenerse en el aire, pero al fin cayó a tierra, a cierta distancia del helicóptero de Nicole y Phillips.

Agotados los misiles, el hombrecillo arrojó a un lado el ya inservible tubo lanzador. Se enderezó en el asiento y se sacudió la arrugada chaqueta.

—Fascinante —dijo, y luego procedió a ajustarse parsimoniosamente el cinturón de seguridad. Impaciente, le indicó a Nicole que despegara—. Venga, dese prisa.

El helicóptero despegó del cenagoso suelo. Nicole sujetaba la columna de control con tal fuerza que los nudillos le blanqueaban. Imaginó que la columna era la garganta de Phillips y apretó más fuerte.

—No ha estado mal, aunque estas cosas, a la larga, lo cansan a uno. Volvamos hacia el océano, y ya sabe, vuele pegadita a las olas.

El hombrecillo lanzó un suspiro, se alisó las solapas de la chaqueta y cruzó las manos sobre las piernas.

—Después de todos los ajeteos del día de hoy, creo que me voy a pasar el resto de mi vida de vacaciones.



## Base Tyndall de las fuerzas aéreas. Florida

Una escuadrilla de cuatro aparatos F-16C Falcon rodaba por la pista de la base de las Fuerzas Aéreas de Tyndall, en las proximidades de Panama City. Aunque los F-16 disponían de ametralladoras Gatling y de dos misiles aire-aire con sensores de calor, armamento todo él más que suficiente para abatir al helicóptero del terrorista, debido a la existencia de rehenes, los tripulantes tenían órdenes estrictas de no abrir fuego. No estaría nada bien que el presidente del Comité de Relaciones Exteriores del Senado terminase su mandato convertido en una bola de fuego junto con la directora de lanzamiento de la NASA.

Los pilotos de caza conectaron sus posquemadores, que dejaron una estela de humo y llamas a diez metros por detrás de ellos y, una vez en el aire, solo tardaron unos minutos en alcanzar la altura de crucero de seis mil metros. Abandonando la costa del golfo de Florida, tomaron rumbo tierra adentro.

Conectaron sus radares de seguimiento por rayos infrarrojos y volaron en formación abierta a través de la península de Florida, separados unos de otros por poco más de kilómetro y medio. Con sus sistemas de rastreo por infrarrojos podían detectar desde enorme distancia al helicóptero fugitivo y cuadrar sobre él las miras de sus armas. Por medio de comunicaciones codificadas, los pilotos anunciaron que llegarían a la zona de búsqueda al cabo de cinco minutos.

Más hacia el noroeste, dos F-15E despegaron de la base Eglin de las Fuerzas Aéreas. Llevaban a bordo un sofisticado equipo de seguimiento y rastreo ideado para contrarrestar la amenaza militar soviética durante la guerra fría, pero que ahora se dedicaba a otros fines.

Los F-15 tenían un tiempo previsto de llegada de veinte minutos.

Dentro de muy poco, todos los aviones se encontrarían sobre el helicóptero del terrorista fugitivo.

El cuartel general del Cinccentcom (comandante en jefe del comando central) se encontraba en la base McDill de las Fuerzas Aéreas en Tampa, frente al Centro Espacial Kennedy, solo que en el otro lado de la península de Florida. Técnicamente responsable de los intereses de la seguridad nacional norteamericana en África y Oriente Medio, Cinccentcom poseía la estructura militar de mando más adecuada para la defensa del Centro Espacial Kennedy. Los demás comandantes en jefe protestaron cuando la tarea de capturar al terrorista fugitivo fue encomendada a Cinccentcom, pero las consideraciones de proximidad geográfica se impusieron a

cualesquiera otras; ya se había tardado demasiado tiempo en emprender una operación de respuesta a la acción de los terroristas.

El general de cuatro estrellas que comandaba Cinccentcom tenía a sus órdenes una impresionante cantidad de aviones y barcos de guerra, así como de tropas de tierra. Uno de sus predecesores estuvo al mando de los quinientos mil soldados que se desplegaron para la guerra del Golfo. Ahora la misión consistía en capturar a un único fugitivo.

El Cinccentcom se echó hacia adelante en su asiento de la sala de alerta del comando. La sala, provista de moqueta de pared a pared y de un excelente sistema de aire acondicionado, estaba dotada de una serie de ordenadores cuyos monitores estaban incrustados en una larga mesa de madera y protegidos por gruesos cristales. Mientras media docena de hombres y mujeres permanecían detrás del general en espera de sus órdenes, los ordenadores procesaban los datos de rastreo y localización que iban recibiendo y los proyectaban en una inmensa pantalla mural en la que estaba representada con asombroso detalle una pequeña parte de la península de Florida.

El Cinccentcom no parecía nada satisfecho:

—¿Hemos conseguido localizar ya ese helicóptero?

Una joven comandante de las Fuerzas Aéreas permanecía a la izquierda del general. La mujer, que llevaba el negro cabello recogido en un pequeño y sobrio moño, sería el único enlace con las Fuerzas Aéreas hasta que llegara su jefe, un general de dos estrellas.

—Estamos recibiendo información procedente del Mando de la Defensa Aérea de Colorado Springs, general. Los datos de radar nos llegan de una unidad de tierra en la base Patrick de las Fuerzas Aéreas, al sur de Kennedy, y de un radar de retrodispersión situado en Virginia.

»Lamentablemente, hasta que lleguen nuestros cazas, no dispondremos de información directa. El comando de operaciones especiales se dispone a desviar hacia la zona a un C-130 provisto de equipo especial de rastreo por rayos infrarrojos, pero tardará un buen rato en llegar. Varios helicópteros de la NASA están ya en el aire, pero no podemos contar con que ellos localicen al fugitivo, ya que este les saca demasiada ventaja. —La comandante señaló hacia la gran pantalla mural—. Hemos eliminado el resto del tráfico aéreo para que vea usted cuál es el rumbo que, en nuestra opinión, lleva el helicóptero del terrorista.

La pequeña mancha parpadeante que indicaba la situación del MH-60 de Phillips se movía en dirección hacia mar abierto. El Cinccentcom tamborileó con los dedos sobre el tablero de la mesa.

—¿Qué me dice del AWACS<sup>[1]</sup>? ¿Disponemos de algún avión que no sea un caza para rastrear ese helicóptero?

La joven comandante sacó las notas que había tomado minutos antes de dirigirse a la sala de alerta y estudió los datos correspondientes al sistema aerotransportado de alerta y control.

—Uno de los aparatos AWACS está siendo utilizado para el control del narcotráfico en el Caribe, pero el avión tardaría una hora en llegar aquí. ¿Doy orden de que se desvíe?

El Cincocentcom miró la gran pantalla mural. Los puntos que representaban a los aparatos que volaban hacia la zona iban convergiendo sobre la pequeña mancha luminosa que se dirigía hacia el mar.

De pronto, aquella pequeña mancha desapareció de la pantalla.

El general hizo girar su sillón.

—¿Qué ha pasado?

La comandante se adelantó para estudiar uno de los monitores.

—Nuestro radar de tierra ha perdido el rastro del helicóptero. Tal vez haya descendido sobre el mar.

—Hagan que en la pantalla se vea el resto del tráfico aéreo.

La gran pantalla parpadeó y en ella aparecieron las huellas de radar de los aviones comerciales, las avionetas privadas y los helicópteros que sobrevolaban las proximidades del Centro Espacial Kennedy. El Cincocentcom gruñó:

—¿Dónde demonios se ha metido ese helicóptero?

—Vuela demasiado bajo para que nuestro radar de tierra lo detecte —replicó la comandante—. Y el radar de retrodispersión tampoco es capaz de rastrearlo.

—O sea que ese tipo va a encontrarse con un barco o un submarino —dijo simplemente el general.

La joven comandante vaciló.

—O eso, señor, o bien ha amarrado en el Atlántico.

El Cincocentcom se retrepó en su sillón.

—Que los cazas se acerquen y nos envíen señal de imagen. No toleraremos que ese individuo se nos escape. El muy cabrón hizo volar por los aires nuestro transbordador espacial.

—Sí, señor. —La comandante envió la orden antes incluso de que el general terminase de hablar.

## Helicóptero MH-60

Siguiendo las instrucciones de Phillips, Nicole pilotó el helicóptero a todo gas adentrándose en el Atlántico. El aparato volaba tan bajo sobre las olas que el olor de la espuma marina entraba por los abiertos costados del aparato. El torbellino de los rotores aplanaba las olas verdeazuladas del Atlántico y una fina película de humedad recubría el curvado parabrisas.

—¿Hasta dónde tengo que seguir? —preguntó la joven.

—Siga así unos minutos. Lo hace muy bien.

Nicole mantenía la mirada en las olas. No divisaba ningún barco ni submarino, y ni siquiera se veían barcos de pesca ni yates privados.

—¿Dónde debería estar ese submarino? Quizá sus amigos hayan decidido no aparecer.

Phillips metió la mano en el bolsillo, sacó de él su reloj y abrió la tapa.

—¿Tantas ganas tiene usted de perderme de vista, señora Hunter?

—Sí, muchísimas —replicó ella.

El hombrecillo cerró el reloj, se lo guardó de nuevo y se volvió hacia Nicole. Con una sonrisa en los labios, dijo:

—La verdad es que no existe ningún submarino... pero supongo que ya hemos desaparecido de todas las pantallas de radar. —Hizo un movimiento circular con la mano—. Ahora, dé media vuelta y diríjase de nuevo hacia tierra. Volando bien bajo. Quiero que los patines del helicóptero se mojen.

Nicole hizo que el aparato describiera un amplio semicírculo.

—Esto es absurdo —dijo perdiendo al fin los estribos—. Acaba usted de robar un montón de millones de dólares y todo el mundo anda buscándolo. ¿Qué demonios se propone?

Phillips dirigió una amplia sonrisa a su compañera.

—Pues la verdad es que pienso irme a Disneylandia. Bueno, para ser más exacto, a Disney World.

Aquello confirmó las sospechas de Nicole de que el hombrecillo estaba completamente loco.

—Pero... ¿de qué habla? ¿Qué pasa con el submarino?

Phillips se aflojó la corbata y se desabrochó el botón de la camisa. Luego separó la tela para mostrar la otra prenda que llevaba debajo, una vistosa camisa floreada hawaiana.

Se quitó la chaqueta y se despojó de la camisa de vestir.

—Voy disfrazado de turista —dijo alzando las cejas como si esperase que Nicole

lo felicitara por su astucia—. Debajo de los pantalones llevo también unas bermudas; pero, por no incomodarla, me quitaré los pantalones en un momento más oportuno.

Siguieron volando raudamente sobre las olas en dirección a tierra firme. La costa era una línea difusa verde y marrón que se iba agrandando más y más entre la neblina de la mañana.

—Pero... ¿por qué Disney World? —preguntó la joven totalmente desconcertada.

Phillips se frotó las manos y agitó la tela de la camisa hawaiana para darse aire. Parecía mucho más cómodo, un desconocido con ropa informal.

—La verdad es que, modestia aparte, se trata de Mi pian sumamente ingenioso. Mientras todo el mundo se vuelve loco buscándonos por el inmenso océano, usted y yo cataremos volando tierra adentro en dirección a Orlando Incluso en el caso de que nos localicen y averigüen quiénes somos, todo habrá terminado antes de que puedan iniciar nuestra persecución.

—Pero... no entiendo. Creí que deseaba usted escapar.

Phillips se echó a reír.

—Es lo que haré. Usted me dejará en el centro del lugar más densamente poblado de todo el sureste de Estados Unidos: ¡el estacionamiento de Walt Disney World! Naturalmente, la aparición del helicóptero producirá una cierta conmoción, pero en cuestión de segundos desapareceré entre el público, y me convertiré en un simple turista con una maleta. —Eché un nuevo vistazo a su reloj y prosiguió—: He calculado el tiempo de modo que lleguemos justo cuando abren las puertas, que es el momento de mayor trajín de todo el día. ¿Duda usted de que un hombre pueda desaparecer entre el bullicio? Nunca darán conmigo.

—Supongo que habla usted en broma.

Mirándola con ojos fríos, Phillips replicó:

—No, nada de eso. Solo los estacionamientos del Reino de la Magia tienen capacidad para doce mil coches, y cada día posan por los parques más de treinta mil personas, la mayoría de las cuales entran en las instalaciones más o menos a esa hora. Me encanta este tipo de información trivial.

—Eso no es raro en alguien tan trivial como usted —replicó Nicole.

Phillips la miró mal, pero decidió no perder el tiempo en discusiones.

Cuando rebasaron la línea de la costa, Nicole mantuvo el helicóptero justo por encima de las copas de los árboles mientras surcaban el aire por encima de los pantanos cubiertos de exuberante vegetación.

Phillips rio entre dientes y se volvió para echar la chaqueta de su traje a la parte posterior de la cabina. De pronto, el hombrecillo quedó paralizado. Se giró más para mirar hacia atrás. Escrutó el vacío compartimento de los pasajeros... y no vio el maletín del rescate por ninguna parte.

—¿Cómo...? —masculló. Se inclinó sobre el respaldo de su asiento y recorrió con la mirada toda la cabina. Tanteó con las bien manicuradas manos, pero no encontró nada—. ¡Mi tesoro!

Indiferente, Nicole dijo:

—Las entradas de Disney World son bastante caras, señor Phillips. Si anda escaso de fondos, no creo que pueda pagarse la suya.

Alarmado e hiperventilando furiosamente, Phillips se soltó el cinturón de seguridad, saltó sobre su asiento y pasó a la parte de los pasajeros. Miró bajo los asientos, y registró todo el pequeño compartimento, pero no encontró ni rastro del maletín lleno de piedras preciosas.

—¡Boorman! —exclamó. Nicole permaneció en silencio, dejando que el hombrecillo creyese que el senador había huido con el rescate—. ¡Quiero que me devuelvan mis joyas!

Lívido y furioso, se agarró al respaldo del asiento contiguo al de Nicole. Se encontraba totalmente erguido, pero, a causa de su escasa estatura, ni siquiera tenía que inclinar la cabeza para no dar con la coronilla en el bajo techo de la cabina.

De pronto, ambos oyeron más abajo un sonido petardeante que no tardó en convertirse en un ensordecedor estruendo.

Phillips asomó la cabeza por el costado abierto del aparato. Nicole se volvió a mirar y vio el maltrecho helicóptero de Iceberg, que apenas lograba mantenerse de una pieza debido a los daños que le había producido la cercana explosión del Stinger. El aparato parecía surgido de la nada, e iba reduciendo la distancia que lo separaba del MH-60, como si fuera a estrellarse contra él. A Nicole se le levantó el corazón.

—¿Qué hace ahí ese hombre? —exclamó Phillips.

En la radio sonó la voz de Iceberg hablando para Nicole.

—¿Qué tal, Pantera? A ti siempre te gustó estar encima. Tu posición es perfecta para una maniobra evasiva.

Con torva expresión, Nicole movió bruscamente hacia un lado la columna de control haciendo que el helicóptero se ladeara.

El súbito movimiento cogió a Phillips desprevenido. Se le soltó la mano con que se sujetaba al respaldo del asiento derecho, comenzó a caer y, por un instante, miró a Nicole con aquellos relucientes ojos que antes habían estado llenos de irónico humor y que ahora solo reflejaban el más abyecto de los terrores.

Agitó las manos y abrió la boca, pero de ella no escapó sonido alguno. Trastabilló hacia adelante y resbaló. Sus dedos tocaron por un momento el marco de la portezuela, y luego cayó al vacío lanzando un ahogado grito de sorpresa.

Solo pudo agitar los brazos un par de veces antes de caer de cabeza sobre el centelleante rotor del helicóptero de Iceberg, que volaba inmediatamente por debajo del MH-60. El cuerpo de Phillips se convirtió en una nube escarlata de sangre, carne y huesos desmenuzados que no tardó en disiparse.

—Fascinante —dijo Nicole.

El helicóptero de Iceberg brincó a causa del impacto en el extremo de su rotor principal, se encabritó como un caballo salvaje y comenzó a descender. Con el corazón en la garganta, Nicole vio a Iceberg, con la mandíbula encajada y una pétrea

expresión en el rostro, peleándose con los mandos. Su aparato siguió estremeciéndose fuertemente hasta que al fin, cuando solo unos pocos metros lo separaban de las copas de los árboles, Iceberg logró recuperar el control. El motor petardeó, volvió al funcionamiento normal y comenzó a recuperar altura. Sonriendo de oreja a oreja, Iceberg se puso a volar en paralelo a Nicole y le dirigió un saludo con la mano a la joven.

Nicole se desmadejó en su asiento, exhausta. Bajando la vista, murmuró:

—Al menos, tuvo usted un final espectacular, señor Phillips.

La joven sonrió y se dijo que al hombrecillo le hubiera hecho gracia el comentario.

## Búnker reemisor de TV de la NASA

Para cuando los equipos de seguridad de la NASA llegaron al búnker reemisor de televisión, Amos Friese ya tenía la situación plenamente controlada.

Blandiendo el mortífero fusil de asalto que le había quitado a Rusty, el joven paseaba de arriba abajo por el pintado suelo de hormigón. Como todos los monitores de vídeo estaban destrozados, Amos no tenía modo de saber qué había sucedido durante la reconquista del Centro Espacial Kennedy, pero se proponía defender su búnker contra cualquier enemigo que se presentase.

Como ya había quedado sobradamente demostrado con el terrorista pelirrojo, cualquier criminal haría bien pensárselo dos veces antes de enfrentarse con Amos Friese.

Mientras Rusty estaba fuera de combate, Amos había cortado con un cuchillo varios de los cables eléctricos de los monitores inutilizados, y maniató con ellos al pecoso terrorista. Le encantó la sensación de amarrar al pelirrojo como a un cerdo. Le pareció de lo más adecuado.

Por si acaso, Amos aseguró además las manos del hombre con una gruesa capa de cinta adhesiva transparente que cogió del dispensador de su escritorio.

Cuando Rusty recuperó al fin el conocimiento, se debatió intentando liberarse hasta quedar exhausto. El pelirrojo no dejó de gruñir insultos y amenazas hasta que Amos le metió en la boca una vieja bayeta. El trapo estaba empapado del limpiador que se utilizaba para los escritorios y las pantallas de los monitores y debía de tener un sabor espantoso.

Rusty continuó fulminando a su captor con la mirada, lo cual le produjo a Amos una gran satisfacción.

Macilento y con las ropas hechas jirones, Amos no quitaba ojo a su prisionero. Incluso con el ruidoso aire acondicionado conectado, el joven sudaba tanto que desgarró una bayeta y se ató el jirón en torno a la frente para evitar que la transpiración le cayera sobre los ojos.

Cuando las fuerzas de seguridad de la NASA irrumpieron en el búnker y vieron a los dos hombres, comprendieron rápidamente lo ocurrido y, muy sensatamente, se dieron cuenta de que era preferible dejar a Amos en paz.

El jefe del equipo, un oficial hispano alto y flaco con el oscuro pelo cortado a cepillo y unas mejillas rasuradas tan apuradamente que parecían de cristal, señaló con un movimiento de cabeza al terrorista maniatado.

—¿Solo este, señor?

Sin apartar la vista de su prisionero, Amos asintió.



—Sí, un prisionero. El único que queda.

Algo que vieron en los ojos y en las duras facciones de Amos hizo que los hombres del equipo de seguridad se abstuvieran de hacer nuevas preguntas.

—Según nuestros informes, es el único de los terroristas que sigue con vida.

—Estupendo —dijo fríamente Amos—. Me gustaría ser yo quien lo interrogase.

Pese a la mordaza, Rusty trató de decir algo, pero lo único que logró fue emitir ininteligibles gruñidos. A Amos le encantó ver el brillo de terror que relució en los ojos del pelirrojo.

Apareció otro oficial de seguridad, que había estado inspeccionando los daños causados por la explosión en la puerta. El hombre se fijó en la forma femenina que yacía en el suelo con un suéter cubriéndole el rostro.

—Parece que son tres cadáveres —informó el hombre—. Los de dos guardias de seguridad, que murieron a causa de la bomba trampa de la puerta, y este.

Cuando los guardias se disponían a levantar el cadáver de Cecilia del suelo, Amos les pidió:

—Tengan cuidado con ella.

—Lo haremos, señor.

De mala gana, Amos permitió que le quitaran la ametralladora que empuñaba. Le dolían los brazos y las manos a causa de la tensión. El subidón de adrenalina era mejor que beberse seis botes de Jolt Cola en una hora. Esperaba que su hermano hubiera salido tan bien librado como él.

Y de pronto decidió que tal vez incluso retase a Iceberg a una nueva batalla de bolas de nieve...

## Centro Espacial Kennedy

Iceberg conectó los limpiaparabrisas del helicóptero a máxima potencia, en un intento de limpiar del cristal los restos de sangre, carne y huesos que constituían un tétrico recordatorio del brusco fallecimiento del señor Phillips. Había sido una suerte que el rotor principal del aparato no quedara destrozado por el súbito impacto del cuerpo del hombrecillo.

Iceberg iba a cosa de un kilómetro por detrás del aparato de Nicole. Volaban de regreso al Centro de Control de Lanzamiento. La zona central de guerra, se dijo. La costa de Florida era de un color verde pardusco que contrastaba con el intenso azul del océano. Un espléndido lugar para pasar unas vacaciones paradisíacas.

De la plataforma de lanzamiento 39A seguían brotando llamas y humo. Era como una pira funeraria para el transbordador espacial Atlantis. Iceberg sabía que el mundo entero había presenciado la crisis. El hastiado público había recibido un trágico recordatorio de la vulnerabilidad del programa espacial y del hecho de que volar en órbita nunca sería un ejercicio tan tranquilo y apacible como un viaje en autobús.

Iceberg no temía que la voladura del Atlantis fuera a suponer el final del programa espacial. Quizá algo tan dramático haría que el ciudadano medio comprendiese el valor de los vuelos orbitales. La NASA solo se llevaba una parte mínima del presupuesto federal y, sin embargo, resultaba mucho más rentable que cualquier otro programa gubernamental. La comercialización del espacio era la última gran esperanza para el futuro de la nación, y quizá aquel desastre hiciera que el público se movilizase en favor de la NASA.

A Iceberg apenas le resultó posible distinguir los camiones de bomberos y los vehículos de emergencia aparcados en semicírculo en torno a la plataforma de hormigón, tal era la cantidad de humo que seguía llenando el aire. A pesar de todo, la plataforma de lanzamiento 39B y su torre de servicio seguían intactas, orgullosamente erguidas sobre los pantanos de Florida. En ella, el Endeavour esperaba el momento de su lanzamiento.

Iceberg se sentía totalmente exhausto. El tobillo le latía, los músculos le dolían, las palmas de sus manos seguían en carne viva y notaba el cuerpo como si se hubiera pasado toda la mañana en el interior de una hormigonera en marcha.

En el canal abierto de la radio sonó la voz de Nicole.

—Centro Espacial Kennedy, aquí Pantera a bordo de uno de los dos helicópteros de las Fuerzas Aéreas que se están aproximando a la zona restringida de lanzamiento. Solicito permiso inmediato para posarme frente al Centro de Control de Lanzamiento. Informo de la muerte de un terrorista. Ninguna otra baja. Acusen recibo.

—Recibido, Pantera —dijo por radio una nerviosa voz—. ¿Cómo se encuentran ustedes?

—Vivos, lo cual ya es mucho —dijo Iceberg a través del micrófono—. Habla el coronel Friese. Tanto mi compañera como yo estamos bien. El senador Boorman se encuentra ileso, pero se quedó en los pantanos y habrá que ir a recogerlo.

—Recibido —respondió el operador de radio—. Sigán hasta el Centro de Control de Lanzamiento. Ya saben dónde se encuentra el helipuerto. Y los felicitamos por regresar sanos y salvos. Estábamos inquietos por ustedes.

La voz de Nicole volvió a sonar:

—Por favor, que un equipo médico nos espere en el helipuerto. Creo que Iceberg va a necesitar bastantes analgésicos. Y tal vez se quede quieto el tiempo suficiente para que lo atiendan como es debido.

Cansadamente, Iceberg oprimió dos veces el botón de su micrófono para indicar que estaba de acuerdo con las palabras de su compañera.

Al sobrevolar el río Banana pudieron darse cuenta de que el Centro Espacial Kennedy parecía un campo de batalla. El humo de la incendiada planta ensambladora de vehículos seguía ensuciando el cielo como una grasienta mancha de pintura. En varios puntos de las carreteras del complejo se veían vehículos accidentados o ardiendo. En el cielo, una escuadrilla de aviones F-16 en formación de patrulla de combate sobrevolaba permanentemente la zona, y lo mismo hacía un pesado C-130 con los sensores infrarrojos desplegados.

El Centro Espacial Kennedy nunca volvería a ser el mismo. Había sido víctima de un sanguinario ataque, pero los astronautas y el programa espacial habían salido victoriosos, aunque a costa de pagar un terrible precio.

A altitudes más bajas, el aire estaba lleno de helicópteros militares; algunos llevaban en los costados distintivos de la NASA, y otros de GUARDIA COSTERA o de las FUERZAS AÉREAS. Un amenazador helicóptero de combate, con ametralladoras asomando por el morro y misiles aire-tierra colgando de sus cortas alas, se acercó a los aparatos de Nicole e Iceberg cuando estos llegaron a las proximidades del Centro de Control de Lanzamiento. Iceberg rezó porque el piloto no fuera aficionado a darle gusto al dedo. De momento no le apetecía seguir jugando a Rambo.

El estacionamiento del Centro de Control de Lanzamiento estaba lleno de vehículos y era un hervidero de actividad. Por doquier se veían luces de emergencia, ambulancias y hombres yendo y viniendo. En el camino que conducía a la zona de administración había gran cantidad de camiones del ejército aparcados, y estaba vigilado por centinelas de amenazador aspecto. Las gradas de la tribuna de prensa situada al sur del Centro de Control de Lanzamiento se encontraban atestadas de cámaras de televisión, y todas ellas apuntaban hacia los helicópteros de Nicole e Iceberg.

La única tranquilidad que sentía Iceberg era la de que, estando la estación rusa

Mir en espera de reabastecimiento, la NASA no podría demorar el próximo lanzamiento. La situación de emergencia de la Mir impediría que la NASA quedara paralizada durante años, como ocurrió tras el accidente del Challenger. Suponía que el Endeavour, que ya se encontraba en la plataforma de lanzamiento 39B, estaría siendo acondicionado para que se encargase del reabastecimiento a la Mir. Quizá ahora Estados Unidos se tomara más en serio los vuelos espaciales y, aprovechando lo aprendido con el transbordador, tal vez la nación se decidiera a hacer grandes inversiones para desarrollar una tecnología que permitiera efectuar vuelos orbitales con vehículos de fase única.

La policía militar despejó el helipuerto para que se posaran los aparatos de Nicole e Iceberg. En la periferia aguardaban dos ambulancias con las luces giratorias encendidas.

Reteniendo la columna de mando, Iceberg le hizo una seña a Nicole de que aterrizase primero, y cuando la mujer lo hubo hecho, él se posó a su lado. Media docena de hombres y mujeres corrieron con las cabezas agachadas hacia los aparatos. Iceberg desconectó los rotores, apagó el motor y se derrumbó en el asiento. Quizá ahora le fuera posible dormir al fin una siesta. Lo malo era que, sabiéndose ya fuera de peligro, sus dolores se habían triplicado.

Agentes de seguridad de la NASA salían precipitadamente del Centro de Control de Lanzamiento en dirección a las ambulancias y los vehículos de emergencia. Se veían varias camillas que transportaban cuerpos cubiertos por sábanas. Otros hombres uniformados conducían a lugar seguro a los temblorosos retenes supervivientes. Los ingenieros y los técnicos de la sala de despegue iban de un lado a otro, nerviosos y agitados.

Con rígidos movimientos, Iceberg salió de la maltrecha y ahumada cabina. Posó temblorosamente el pie bueno en tierra, manteniendo en alto la escayola, que estaba a punto de deshacerse por completo. Hizo una mueca y estuvo a punto de derrumbarse por el dolor. Se dijo que tal vez no sería mala idea esperar a que se acercase alguien a echarle una mano.

Con el rotor de su aparato aun dando vueltas, Nicole bajo al suelo y corrió con la cabeza agachada hacia Iceberg. Cuando llegó junto a él, estuvo a punto de derribarlo con el inmenso abrigo que le dio y que ella trató de hacer pasar por un intento de ayudar al hombre a mantenerse en pie. Se abrazaron por unos segundos más de lo estrictamente imprescindible y luego se separaron lentamente.

Nicole lo miró por un largo momento.

—Gracias, Iceberg —dijo. Luego, aparentemente turbada añadió—: Siempre supe que eras demasiado estúpido para quedarte quietecito.

Pese al alivio que sentía, Iceberg notaba como si le faltase algo. Miró en torno.

—Tengo que ver a mi tripulación —dijo.

A él siempre le había gustado ser la estrella de la función, pero ahora el equipo de astronautas se había encontrado en aprietos muy graves y él no había estado con

ellos. Pese a sus esfuerzos por ayudarlos, sus hombres se las habían tenido que arreglar solos.

Antes de que Nicole pudiera responder, Iceberg recordó algo:

—¡Y Amos! ¡Oh, Dios, mi hermano, Amos! ¿Cómo está?

Con una luminosa sonrisa, Nicole replicó:

—Está bien. Pregunté por él por radio antes de aterrizar. Amos ha corrido unas cuantas avenaras por su cuenta. Viene camino del Centro de Control de Lanzamiento. Creo que te sentirás orgulloso de él.

—Pues claro que me siento orgulloso —replicó Iceberg—. Es mi hermano, ¿no? —Nicole apretó los labios y guardó silencio. Iceberg suspiró y bajó los hombros—. Supongo que el «pues claro» no está tan claro. No es algo obvio. Quizá yo no le haya dicho con la suficiente frecuencia que me enorgullecen las cosas que hace. Amos es un gran experto en vídeo, quizá el mejor que existe. Comprende los chismes electrónicos mucho mejor de lo que yo comprendo nada.

Nicole asintió lentamente. Iceberg le pasó un brazo por el hombro y se apoyó en ella. Ambos echaron a andar hacia el Centro de Control de Lanzamiento.

—Y no sabes ni la mitad —siguió la joven—. Él solito capturó a uno de los terroristas, y desde entonces el tipo ha estado parlotando como un papagayo tratando de conseguir una sentencia acordada de todos cuantos se le acercan. Es el único terrorista del grupo que sigue con vida.

Iban hacia ellos dos mujeres y un hombre que vestían el blanco uniforme de los paramédicos y llevaban maletines de primeros auxilios. Nicole les indicó por señas que se alejaran.

—No se preocupen, yo acompañaré dentro al coronel y me ocuparé de él.

Nicole e Iceberg se abrieron paso entre la creciente multitud congregada ante el edificio.

—Te admiro por no haber perdido la calma en el Centro de Control de Lanzamiento —comentó Iceberg mientras seguían caminando; le costaba encontrar las palabras adecuadas.

Ella movió torvamente la cabeza.

—Varias personas murieron. Dos de ellas, frente a mis ojos.

—Ya, y si se te hubiera ocurrido hacer alguna gracia, como probablemente habría hecho yo, hubiese habido un montón de cadáveres más. Quizá la mitad de los que estaban en la sala de despegue habrían muerto. No creo que nadie hubiera tenido tanto control como tú. Has evitado una matanza, Pantera.

Nicole lo miró sonriente.

—Vaya, parece que el iceberg comienza a deshelarse.

Él se encogió cíe hombros.

—Quizá, pero solo un poco.

Se apoyó más en ella y siguieron avanzando por el Centro de Control de Lanzamiento. Nicole bajó los ojos y se pasó una mano por el corto cabello, que

estaba húmedo a causa del sudor.

—Tengo que admitir que esta ha sido la mañana más apasionante que he vivido en mucho tiempo. Me ha hecho recordar mis días de piloto y mi entrenamiento de astronauta. Fue duro pero... mereció la pena.

La joven tragó saliva. Iceberg le apretó el hombro, recordando al hacerlo lo agradable que resultaba estrecharla. Ella continuó:

—Últimamente me estaban asaltando serias dudas acerca de lo de dejar el «verdadero trabajo» de astronauta para «venderme» al mundo de la administración y la política. Esas fueron las palabras que tú usaste, no sé si lo recuerdas. —Nicole permaneció unos momentos en silencio, y luego alzó la vista hacia él—. Pero es un trabajo que se me da muy bien, Iceberg. No tengo por qué sentirme culpable por estar hecha para algo distinto. —Tocó la llavecita de oro de su cuello—. Son mis sueños y son mis decisiones, y los únicos planes que debo seguir son los míos.

—Tienes toda la razón —dijo Iceberg muy serio—. Debió de resultarte difícil tratar con ese tipo, el tal Phillips.

—Más difícil me ha resultado a veces tratar contigo.

Ante el edificio se detuvo la furgoneta en la que iba la tripulación del Atlantis. Gator ya había sido transportado en helicóptero al hospital de la estación Cabo Cañaveral de las Fuerzas Aéreas.

Los tripulantes, vestidos aún con sus monos de vuelo color naranja, se apearon del vehículo y fueron inmediatamente rodeados por personal de la NASA. Aún apoyado en el hombro de Nicole, Iceberg les dirigió una amplia sonrisa. Bums y Purvis lo vieron y avanzaron hacia él entre la multitud. Los otros tripulantes los siguieron. En todo el tiempo que los componentes del grupo pasaron entrenándose y ensayando aquella misión, nunca sospecharon que tuvieran que pasar por un calvario como el de aquella mañana.

Alexandra Koslovsky fue la última en salir de la furgoneta; se movía lentamente, como una vieja artrítica. Iceberg se preguntó si el pie de la rusa habría recibido daños graves. La mujer, alta y esbelta, miró al despejado cielo y parpadeó varias veces.

Tras hablar unos momentos con los tripulantes, Iceberg, siempre apoyado en Nicole, se acercó a Alexandra. La cosmonauta rusa se mantenía erguida como un soldado a punto de presentar su informe.

—Gracias por su contribución a mi rescate, coronel Iceberg —dijo Alexandra—. Me satisface informarle de que las heridas del capitán Gator no parecen graves. Los médicos esperan que sobreviva y se recupere totalmente.

Nicole estrechó la mano de Alexandra.

—Lamento muchísimo lo de Andrei —dijo—. Yo estaba allí con él. Ojalá me hubiera sido posible evitar lo que ocurrió. Murió como un héroe.

Alexandra asintió, impasible. Luego, por un instante, una expresión de angustia se abrió paso hasta su rostro; pero la mujer no tardó en recuperar su máscara de frialdad.

—Yo también lamento la muerte del comandante Franklin —dijo—. Tanto él

como Andrei se comportaron heroicamente. —Torció el gesto—. Lo malo es que los dos están muertos.

Iceberg asintió con la cabeza. Comprendía exactamente lo que la rusa quería decir. El embajador Andrei Trovkin, el enorme ruso, había hecho exactamente lo que el propio Iceberg hubiera hecho. En algunas ocasiones, no quedaba más remedio que lanzarse a la acción... pero en otras ocasiones era preferible mantener la calma y esperar. Durante toda su vida, Iceberg había tenido dificultades para distinguir unas ocasiones de otras.

—Me alegro de que hayas salido con vida, Iceberg —dijo Nicole—, aunque lo cierto es que hiciste todo lo posible para que te mataran.

Él la estrechó con más fuerza.

—Soy un mal alumno —dijo—, pero terminaré aprendiendo.

Más tarde, en su oficina del Centro de Control de Lanzamiento. Nicole abrió la agenda electrónica que había sacado de la chaqueta que Phillips arrojó a la parte trasera del helicóptero. La mujer ya conocía algunas de las respuestas, pero quizá la agenda contuviera otros detalles.

Iceberg y Amos permanecían con ella, observándola y esperando. Los paramédicos aguardaban al otro lado de la puerta para llevarse a Iceberg a un hospital; pero antes de irse, el hombre quería conocer algunas respuestas. Nicole no discutió. Probablemente, aquel era el único modo de conseguir que Iceberg permaneciera un rato inmóvil. Después de tantos meses de acres tensiones entre ellos, resultaba espléndido estar tranquila y relajadamente junto al que había sido su novio.

Aunque la agenda era de reducido tamaño, su disco duro estaba lleno de información que serviría para averiguar qué había llevado al atildado hombrecillo a concebir un plan tan estrambótico. Tardarían meses en desenredar toda la madeja, pero algunos de los detalles podían ser fáciles de averiguar.

Nicole entregó la agenda electrónica al hermano de Iceberg.

—Tú eres el experto, Amos —dijo Nicole—. El tipo me dijo que en realidad no se apellidaba Phillips.

—Gracias.

Amos se puso manos a la obra, utilizando el romo punzón de plástico para abrir archivo tras archivo. Nicole se inclinó sobre el hombro de Amos para examinar la información que iba apareciendo en la pantalla de cristal líquido.

Agentes de seguridad de la NASA recorrían los pasillos del Centro de Control de Lanzamiento tratando de conseguir que la situación volviera a la normalidad. Los hombres del FBI estaban también por todas partes. Tanto la NASA, como la Casa Blanca, como el Congreso, como las fuerzas de seguridad de todo el mundo libre estaban ansiosos por conocer los detalles de lo ocurrido. Por no decir nada de los periodistas.

—Esto es una mina de información —dijo Amos—. El tipo se llamaba en realidad Thomas Carrington Beckley Jr. Y parece que tenía un ego desmesurado.

Nicole miró la información que aparecía en la pantalla de la agenda electrónica.

—Típico —comentó.

—Voy a cruzar sus archivos personales —siguió Amos. Movi6 el punz6n y fue abriendo uno a uno los distintos documentos. Memorias, informes, destempladas cartas a compa1as de inversiones—. Habr6 que verificar todo esto, pero creo que el tipo no esperaba que nadie encontrase esta informaci6n. Su madre muri6 cuando 6l era joven y le dej6 una cuantios6sima herencia. Parece que el tal Phillips era de clase alta e hijo 6nico.

Iceberg se retrep6 en su sill6n e hizo una mueca de dolor.

—Eso no tiene nada de sorprendente.

Los responsables de seguridad de la NASA ya le hab6an explicado a Nicole parte de la historia contada por Rusty. El falso.

Phillips hab6a sido br6ker en Wall Street, un «tibur6n» que invirti6 todo su dinero en empresas de alta tecnolog6a y en la industria aeroespacial esperando dar el gran pelotazo... Pero se le termin6 el dinero antes de que el pelotazo llegara y perdi6 hasta la camisa.

Aparentemente, el hombrecillo hab6a dilapidado toda la fortuna familiar, doscientos millones de d6lares. Ahora su esposa y sus hijos llevaban una vida casi espartana con el escaso dinero del seguro del hombre. Nicole estaba segura de que los hijos del terrorista no guardaban buenos recuerdos de su padre.

Sin embargo, bajo mano, el tal Phillips hab6a hecho buena cantidad de negocios y transacciones ilegales, as6 que sali6 de su falsa ruina con el ri6n bien cubierto... y con una nueva identidad.

Iceberg lanz6 un suspiro.

—Menos mal que en su segunda carrera tuvo tan poco 6xito como en la primera.

Amos rio entre dientes.

—Bueno, lo cierto es que el saldo de su cuenta corriente no va a aumentar hoy.

Nicole rio en alto.

—Eso, desde luego. Encontrar6n el malet6n de las gemas en cuanto localicen al senador Boorman en los pantanos.

Son6 una llamada en la puerta.

—Se1ora Hunter... tenemos que llevamos al coronel Friese al hospital.

—¿Durante cu6nto tiempo me obligar6n los m6dicos a permanecer en una inc6moda cama de hospital con s6banas limpias y oliendo a formol? —pregunt6 Iceberg.

Con una sonrisa, Nicole replic6:

—Por mucho tiempo que sea, nunca ser6 el suficiente.

Amos se encaj6 las redondas gafas y le hizo un gui1o a Nicole.

—Oye, si vas a pasarte unas cuantas semanas comiendo comida de hospital, ¿qu6



tal si los tres nos vamos a Flat Boyas a comer una barbacoa? Así, mientras mi querido hermano está ahíto y satisfecho, los médicos podrán operarlo sin que él sienta el más mínimo dolor.

Iceberg se echó hacia adelante y trató de dar un amistoso golpe en el hombro de su hermano, pero tenía las articulaciones demasiado doloridas y rígidas, y ni siquiera le fue posible cerrar el puño. Totalmente incapaz de moverse, se desmadejó en el sillón y lanzó un gruñido. Amos y Nicole rieron mientras entraban los paramédicos para llevarse a Iceberg.

## Reserva natural de Merrit Island

Los millones de criaturas hambrientas de los pantanos producían un enloquecedor estrépito. Eran miles y miles de voces individuales, cada una de ellas desagradable, pavorosa o amenazadora a su manera. Se oía además el rumor de agua corriendo, y el ruido de animales, probablemente grandes y peligrosos depredadores que se movían entre la tupida maleza.

El senador Boorman se aferraba con todas sus fuerzas a la corteza del árbol. Una masa de líquenes, infestada probablemente de enormes arañas, colgaba fuera de su alcance. Las hormigas recorrían las manos y las piernas del hombre, que ya ni siquiera se molestaba en quitárselas, pues había otras cosas que le preocupaban más.

Se había encaramado a lo que esperaba fuese la seguridad de las ramas de un pino de Georgia. Al hacerlo, las punzantes agujas de la conífera le pincharon y se puso las manos perdidas de pegajosa resina. Boorman no dejaba de pensar en peligrosas serpientes de coral reptando entre las ramas... en grandes y mortíferas panteras de Florida aguardando para devorarlo... y en peligrosos jabalíes silvestres de largos colmillos dispuestos a embestir contra él.

Boorman estaba empapado, exhausto y cubierto de cieno de los pantanos... En resumen, se sentía horrorosamente mal. Y el pino al que en su desesperación había trepado ni siquiera parecía ser lo bastante alto para constituir un refugio efectivo.

Dos inmensos caimanes, negros como la noche y amenazadores cómo diablos, aguardaban pacientemente en la zona herbosa que rodeaba al árbol de Boorman.

Ambos animales bostezaron a la vez, mostrando el rosado interior de sus inmensas fauces, en las que había dientes suficientes para devorar a medio Senado. Boorman se había subido al árbol huyendo de los dos caimanes, y ellos se habían quedado allá abajo, esperando mientras olfateaban golosamente su presa.

Boorman tragó saliva. Esperaba que el rescate no tardase demasiado en llegar.

Escrutó el cielo con los párpados fruncidos. El sol brillaba y la atmósfera era transparente, pero no se veían por ningún lado helicópteros ni grupos de búsqueda.

Las autoridades debían de saber que él estaba por allí, y sin duda enviarían a alguien a buscarlo. Seguro que no tardaba en llegar la ayuda que él tan imperiosamente necesitaba.

Estaba seguro de que todos querían rescatarlo. Y albergaba la esperanza de que al fin lo harían. A fin de cuentas, él era un senador de Estados Unidos.

Boorman bajó de nuevo la vista y se agarró al árbol con tal fuerza que la corteza le laceró las manos. Allá abajo, los caimanes daban la sensación de estar cada vez más hambrientos.

Alzó de nuevo la vista al cielo y continuó esperando.

# Notas

[1] Airborne Warning and Control System. Sistema aerotransportado de alerta y control. <<